

Trilogía *La chica invisible* 3

BLUE
JEANS
LA
PROMESA
DE JULIA

ÍNDICE

Sinopsis

Portadilla

Guía de personajes (en orden alfabético)

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58

Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72

Epílogo

Nota del autor

Agradecimientos

El final de la trilogía

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Tras el éxito de *La chica invisible* y *El puzle de cristal*, llega el desenlace de la trilogía LA CHICA INVISIBLE.

Cuando Julia comienza a estudiar Criminología en la universidad, uno de sus profesores percibe enseguida que la inteligencia de la joven destaca por encima de la de los demás y decide plantearle un controvertido ejercicio: analizar el caso de Pedro Juncosa, un psicólogo que murió ahorcado cinco años atrás. Todo parece indicar que aquel hombre se quitó la vida, pero la opinión del profesor y las posteriores investigaciones que hace le generan muchas dudas a Julia. ¿Realmente fue un suicidio? ¿Qué queda de aquel crimen si no fue una muerte voluntaria?

Este nuevo caso altera, sin desearlo, todo lo que la chica tiene a su alrededor, incluida su historia de amor. Además, su inseparable amigo Emilio conoce en la universidad a una extraña joven que le recuerda a Aurora, la chica invisible, quien esconde un complicado pasado. Y Vanesa, que se ha recuperado completamente y trabaja ahora en el hotel de sus padres, recibe una visita inesperada que le complicará la existencia.

La muerte vuelve a sacudir la vida de la chica de la mente maravillosa. Siete sospechosos. Amistades peligrosas. Amores. Desengaños. Mentiras. Y giros impredecibles. La historia más Blue Jeans de todas, en la que se mezcla la esencia de sus doce novelas anteriores.

El juego ha comenzado.

Amor, amistad y misterio se unen en el esperado cierre de la trilogía LA CHICA INVISIBLE. ¡Más Blue Jeans que nunca!

Blue Jeans

La promesa de Julia

 Planeta

GUÍA DE PERSONAJES (EN ORDEN ALFABÉTICO)

En negrita los personajes que aparecen por primera vez en la trilogía.

Aitana Álvarez: madre de Julia, forense.

Almudena Díaz: madre de Emilio, abogada.

Amadeo Robledo: juez del caso Juncosa.

Andrés Montesinos: policía de la Brigada Central de Investigación Tecnológica.

Antonio Viñales: padre de Emilio, abogado.

Aurora Ríos: era la chica invisible, asesinada en mayo de 2017.

Carlos Montero: paciente de Pedro Juncosa.

Claudia Comino: estudiante de Periodismo, compañera de clase de Emilio.

Daniel Durán: compañero de clase de Julia en la universidad.

Demetrio Ávalos: inspector jefe de la Policía Judicial.

Emilio Viñales: estudiante de primero de Periodismo y mejor amigo de Julia.

Ernesto Valle: profesor de Fundamentos Criminológicos de Julia.

Gloria Gómez: madre de Vanesa, regenta un hotel en el pueblo.

Ingrid San Juan: antigua compañera de clase de Julia y expareja de Vanesa.

Iván Pardo: antiguo amor de Julia y exnovio de Vanesa.

Jacob: jefe de Viral.

Julia Plaza: estudiante de primero de Criminología y protagonista de

esta historia.

Manolita Guijosa: encargada de la limpieza del hotel de los padres de Vanesa.

Marcelo González: psicólogo, rival de Pedro Juncosa.

María Gisbert: exmujer de Pedro Juncosa.

María José Yuste: encargada de las tareas domésticas en el piso de Pedro Juncosa.

Marilia Guillén: amiga de Julia, estudiante de Veterinaria.

Miguel Ángel Plaza: padre de Julia, sargento de la Policía Judicial.

Miriam Iglesias Canales: subinspectora de la Policía Judicial.

Pedro Juncosa: psicólogo, fallecido en abril de 2014.

Pilar Plaza: abuela paterna de Julia.

Ricardo Acosta: profesor de Historia, amigo de Pedro Juncosa.

Rita Jovellanos: exsecretaria de Pedro Juncosa.

Rodolfo Martínez Prado: inspector jefe de la Policía Judicial.

Sabrina Serrano: paciente de Pedro Juncosa, con el que tuvo un enfrentamiento.

Simón Juncosa: hijo de Pedro Juncosa, trabaja en un concesionario.

Sofía Gisbert: profesora de Sociología de Emilio.

Úrsula Medina: vecina de Pedro Juncosa con la que no se llevaba bien.

Vanesa Izquierdo: antigua compañera de clase de Julia y su actual pareja.

Victoria García López: forense del caso Juncosa.

Yi Lin: amiga y compañera de clase de Julia.

PRÓLOGO

Viernes, 4 de abril de 2014

«No puedo más. Hasta aquí llegaron mis fuerzas. Es hora de acabar con todo esto. Mi existencia se ha convertido en un auténtico sinsentido y he perdido el control de la situación. ¿Para qué vivir? ¿Para qué continuar? Para nada. Estoy inmerso en el mismísimo infierno, de donde ya no podré salir. Lo tengo muy claro.

Es mi turno. Me toca ser valiente y dar el último paso. Debo apretar los dientes y aceptar que ha llegado el final. Sí, este es el final. Lo siento así.

Parece mentira que me haya rendido. ¿He cambiado tanto? ¿Me he transformado en alguien tan débil? Seguramente. La realidad es que no soy el mismo que hace unos años. Entonces lo veía todo tan claro... Hoy solo sé que la lucha, mi lucha, debe concluir con mi desaparición.

La vida me ha tratado tan mal como yo la he tratado a ella, así que nada que reclamar. El resultado es justo. Llevo días planteándome muchas cosas, buscando respuestas. He buceado en el pasado y he analizado todo lo que he hecho. Ni siquiera reconozco a aquel tipo ambicioso y frío que solía ser, la misma persona que escribe estas líneas y que un día quiso cambiar el mundo. Sin embargo, me he dado cuenta de que no puedo ser como soy o como quería ser. No, no soy así, aunque el daño ya está hecho. Un daño eterno por el que debo pagar con mi vida, porque ya no puedo soportarme más. Luego, que pase lo que tenga que pasar. Si hay un ente superior, un dios, que me juzgue. Yo ya me he juzgado y he dictado sentencia. A todos los que me queréis y también a los que me habéis odiado, ADIÓS».

Lunes, 7 de abril de 2014

Cómo odia los lunes. María José sube las escaleras de la estación y resopla cuando sale a la calle. La línea seis esa mañana estaba imposible, no se podía ni respirar. Menos mal que un jovenzuelo con cara de empollón le ha cedido el sitio y ha podido ir sentada casi todo el viaje. Alguna ventaja debe tener hacerse mayor. De pie le cuesta leer y no hay nada que disfrute más que leer una buena novela de misterio en el metro. Siempre ha sido muy fan de los libros de asesinatos. Algún día, cuando se jubile, quizá se anime a escribir una historia de ese tipo. Si a tantos les ha dado por ahí y han conseguido publicar, no tiene que ser tan difícil.

Todavía no son las nueve de la mañana, pero la claridad ya le molesta en los ojos, así que saca sus gafas de sol del bolso, unas Ray-Ban muy modernitas que le regaló su sobrino Raúl las pasadas Navidades, y se las pone. Le da la impresión de que unos chavales, vestidos con uniforme de colegio privado, se ríen de ella cuando pasan a su lado. No le importa demasiado. A sus cincuenta y nueve años ya está curada de espanto y no le van a afectar las burlas de unos niñatos estúpidos. Se atusa su cabello tintado de rosa con ambas manos y se ajusta las gafas de sol. Mientras camina hacia el número 26 de esa calle que se conoce de memoria, sonrío irónica mostrando la dentadura postiza que le colocaron hace unos meses. Qué sabrán de la vida esos ridículos «caradegranos». ¿Es que en los colegios ya no enseñan respeto ni educación?

María José continúa andando y saluda a un par de conocidos antes de llegar a su destino. Lleva dos años trabajando allí y, aunque no puede decir que tenga amigos por la zona, cada mañana intercambia algunas palabras con varios rostros familiares que se cruzan a su paso.

—Ese Higinio cada día está más viejo. Y eso que solo tiene tres años más que yo —murmura divertida frente al portal del número 26 refiriéndose al hombre al que acaba de dar los buenos días.

Saca las llaves y abre el portón de entrada del edificio, que chirría ostensiblemente como viene siendo habitual desde hace un par de semanas. Es un sonido bastante desagradable que molesta a María José. Ella ya ha avisado, pero nadie le hace caso. ¡Quién va a prestarle atención a la señora bajita del pelo rosa que se encarga de las tareas domésticas del tercero C! A veces, se siente como si fuera invisible. Pero no es su problema, ella no vive allí.

La mujer sube las escaleras hasta la tercera planta. Tampoco los

escalones de madera están en buen estado y crujen al pisarlos. Algún día alguien tropezará, se caerá y se exigirán responsabilidades que nadie asumirá.

—¡Buenos días, señor! ¡Ya estoy aquí! —grita María José entrando en el piso.

No recibe respuesta. De hecho, él nunca le contesta cuando lo saluda al llegar, por lo que no se sorprende. Lo que sí le extraña es que la cocina esté recogida; los lunes por la mañana siempre se encuentra los restos de la cena del domingo y el lavavajillas hasta arriba. ¿Habrá pasado el fin de semana fuera? María José se rasca la cabeza dubitativa. Sale de la cocina y se dirige al salón, donde suele encontrárselo sentado en el sofá leyendo la prensa en el ordenador y tomándose el primer café del día. Sin embargo, hoy no hay nadie.

—¿Señor? ¿Está en casa? —pregunta la mujer elevando la voz—. ¿Señor?

Nada. No obtiene contestación. Quizá ha salido a primera hora a hacer algún recado antes de ir a la consulta, aunque es muy raro que no la haya avisado. O a lo mejor se le han pegado las sábanas y todavía está durmiendo. Comprueba su reloj: son las nueve y cinco. No suele levantarse tan tarde, a las diez tiene el primer paciente.

María José abandona el salón y atraviesa un estrecho pasillo que lleva hasta la habitación del fondo. La puerta está entreabierta. No está muy segura de si debe entrar o no. ¿Y si está, pero no se encuentra solo? Sonríe al pensarlo. Desde que lo conoce, jamás lo ha visto con ninguna mujer que pudiera considerarse su pareja, rollo o ligue de una noche. Sabe que estuvo casado y que se divorció poco antes de que ella empezara a trabajar allí, pero nunca han hablado de ello.

Finalmente, decide empujar la puerta del dormitorio. La luz está apagada y la persiana bajada; casi no se ve nada. Entra en el cuarto con sigilo, dando pequeños pasos.

—¿Señor? ¿Hola? ¿Puedo pasar? ¿Está usted dormido?

Las preguntas de María José solo encuentran el silencio en la oscuridad de aquella habitación. La mujer opta entonces por encender la luz, arriesgándose a ver algo que no debe. Pulsa el interruptor y casi se cae al suelo de la impresión. Lo que descubre se le quedará grabado en la retina toda la vida: un hombre está colgado del techo con una cuerda alrededor del cuello y una silla volcada a sus pies. El señor para el que lleva trabajando dos años ha muerto

ahorcado en su propio dormitorio.

CAPÍTULO 1

Lunes, 11 de marzo de 2019

—¿Es importante la profesión del pasajero?

—Sí, es muy importante.

—¿No será cura?

La expresión en el rostro de Daniel cambia de repente. Julia lo mira fijamente esperando una respuesta. Yi Lin, que está sentada con ellos en la mesa de la cafetería de la facultad, también observa impaciente al joven.

—Sí, es cura —responde por fin Daniel después de unos segundos en los que ha tratado de mantener la expectación.

—Entonces, lo tengo —comenta Julia sonriente.

—¿Ya? ¿Has dado con la clave del caso? ¡No me lo puedo creer! —dice Yi fuera de sí—. ¡Tengo la amiga más lista del planeta!

Varias personas se giran hacia el trío de estudiantes tras escuchar los gritos de la muchacha de rasgos asiáticos nacida en un pueblo de Albacete.

—No hables tan alto —protesta Daniel molesto llevándose el dedo índice a la boca para pedirle a Yi que guarde silencio—. A ver, Julia, ¿cuál es la solución del enigma?

El chico le ha planteado a sus amigas el siguiente acertijo: Un hombre entra en un avión y se dirige a la parte trasera del aparato. Viaja a Roma desde Madrid. Guarda su maleta en el portaequipajes y se acomoda en el asiento de la ventanilla, situado en la parte derecha de una de las últimas filas. Cierra los ojos para relajarse y respira hondo. No le gusta volar, pero esta vez no le queda más remedio. El avión despegó y a los diez minutos de estar en el aire el hombre

escucha algo que lo aterroriza. Se quita el cinturón de seguridad, se pone de pie y comienza a gritar como un loco. Está convencido de que su vida corre peligro. Instantes después, sus peores presagios se hacen realidad.

—¡Eso! ¡Di ya la solución! —exclama Yi, que ignora la petición de Daniel de no gritar—. Estoy intrigadísima.

—Puedo estar equivocada —comenta Julia, que da un sorbo a su taza de café antes de continuar—, pero yo creo que lo que ese hombre escuchó a los diez minutos del despegue fue la voz del piloto presentándose y anunciando las condiciones del viaje. ¿Es así, Dani?

—Correcto.

—Bien. El cura reconoció esa voz, la había escuchado hacía poco tiempo, en la iglesia. Imagino que el piloto habría ido a confesarse y le habría dicho que se iba a suicidar poniendo una bomba en el avión, estrellando el aparato o algo por el estilo. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas. Una bomba.

—¡Y al reconocer el cura la voz del tipo que le confesó que se iba a suicidar poniendo una bomba en un avión se vuelve loco y empieza a gritar, aunque ya sabe que va a morir! —exclama eufórica Yi, que se pone de pie—. ¡Menuda historia tan genial!

Daniel vuelve a mirar con cara de pocos amigos a la chica, que sigue llamando la atención de las personas que están sentadas cerca. Luego se centra de nuevo en Julia.

—Es una historia que leí en un libro de acertijos. ¿Cómo supiste que el pasajero era cura?

—Se me ha ocurrido cuando has dicho que viajaba a Roma. Iba al Vaticano, ¿verdad?

—Así es. Bien jugado.

—Ha sido suerte —asegura Julia mientras sonríe y se rasca la nuca—. Cuando me has confirmado ese dato, lo demás lo he visualizado rápidamente en mi cabeza.

—Ya me gustaría a mí tener esa cabeza —suelta Daniel resoplando.

A pesar de que le dicen cosas similares muchas veces, Julia siempre se avergüenza de los halagos que recibe por su inteligencia y su memoria prodigiosa. Ella es consciente de que posee una mente privilegiada, pero esta no funciona como la gente piensa. A esa mente hay que ponerla en marcha y eso no es tan fácil.

—He perdido la apuesta, así que el café de mañana lo pago yo —

indica Dani, que apura su bebida antes de levantarse de la silla—. Tendré que buscar un problema más complicado. Eres demasiado lista.

—No es para tanto.

—Te voy a coger manía, Julia Plaza... Nos vemos ahora en clase.

El joven se despide de las dos chicas y se dirige a la puerta de la cafetería. Ambas lo siguen con la mirada hasta que desaparece por completo.

—Qué mono es. Me encanta.

—Casi no se te nota —comenta Julia con ironía.

—¿Crees que tengo posibilidades con él?

No es la primera vez que Yi le hace esa pregunta y ella nunca sabe qué responderle. Dani es un chaval bastante guapete. No es el tío más atractivo del mundo, pero tiene algo que llama la atención. Quizá sea su pelo ensortijado castaño, casi rubio, o sus ojos grandes y verdes. O a lo mejor es esa nariz larga y afilada que le da una personalidad especial a su rostro. El caso es que a su amiga le gusta y, pese a que Yi suele soltar todo lo que se le pasa por la cabeza, no ha sido capaz de decírselo.

—Tienes las mismas posibilidades que cualquiera. No te infravalores —responde Julia, que no quiere darle muchas vueltas al tema. Luego se pone de pie—. Tengo que ir a recoger unas fotocopias a reprografía. ¿Me acompañas?

—Quedan cuatro minutos para la siguiente clase y necesito ir al baño antes.

—Vale, pues nos vemos ahora en Fundamentos Criminológicos.

—Qué divertido...

Julia sonrío al ver la cara de su amiga. No es precisamente la asignatura preferida de Yi; sin embargo, a ella le gusta. Lo poco que llevan estudiado durante el semestre le ha parecido muy interesante.

Las dos chicas se dan un achuchón y un beso en la mejilla y se separan. Yi ha sido un gran apoyo para Julia en los primeros meses en la universidad. También al revés. Ambas se han ayudado desde el principio, cuando todavía no conocían a nadie y trataban de adaptarse a esa nueva etapa de sus vidas.

Julia camina deprisa por uno de los pasillos de la facultad. No quiere llegar tarde a la siguiente clase, aunque sabe que ese profesor siempre se retrasa, como mínimo, cinco minutos.

—¡Julia! —grita alguien a su espalda.

La chica se detiene y se da la vuelta. Al que ve acercarse a paso ligero es, precisamente, al profesor de Fundamentos Criminológicos. Ernesto Valle está soltero y acaba de cumplir los treinta y cuatro años, según pudo cotillear Julia en su página de Facebook, abierta para todos los públicos. Se le ha empezado a caer el cabello por algunas zonas de la cabeza y también se aprecia alguna cana en su barba, que suele llevar de tres o cuatro días. Pero por lo que más se caracteriza aquel hombre es por su voz profunda. Algunos de sus compañeros de clase lo llaman el Locutor. Y es que el profesor Valle podría haberse dedicado perfectamente a la radio o al doblaje.

—¿Tienes un momento? Me gustaría comentarte una cosa.

—Bueno. Voy a recoger unas fotocopias a reprografía y en menos de cinco minutos empieza su clase.

El hombre examina su reloj y asiente varias veces con la cabeza.

—Cierto. Bien. ¿Te puedes quedar después de clase?

—Tengo Psicología de la Personalidad.

—¿Y después?

—Después me voy a casa —contesta Julia, a la que tanta insistencia le está despertando una inmensa curiosidad—. Pero puedo quedarme un rato.

—Perfecto. Mi despacho es el 54. ¿Sabes dónde está?

—Sí. Conozco bien la universidad.

—Genial. Pues no te entretengo más. Te veo ahora en clase. No empezaremos hasta que llegues.

El hombre esboza una sonrisa y se gira para regresar por el mismo lugar por el que vino. La chica se queda pensativa durante unos segundos, confusa por la conversación que acaban de tener. ¿Qué querrá Ernesto Valle de ella?

La siguiente hora de clase se le hace muy larga. Antes de marcharse, el profesor le recuerda que han quedado, pero sigue sin darle ninguna pista acerca de lo que desea tratar con ella.

La clase de Psicología de la Personalidad es todavía peor. Julia tiene la sensación de que los minutos no avanzan. Al finalizar, resopla aliviada y recoge sus cosas a toda velocidad.

—Yi, vete sin mí. Cogeré el siguiente bus.

—¿Y eso?

—Ernesto Valle quiere hablar conmigo. Voy a su despacho.

—¿Sobre qué quiere hablar?

—No lo sé. No me lo ha dicho. ¡Hasta luego!

Julia le da un breve abrazo a su amiga y abandona corriendo el aula. En el trayecto hacia el despacho del profesor reflexiona sobre lo que puede querer aquel hombre de ella. ¿Habrá hecho algo mal? No recuerda que haya pasado nada por lo que pueda llamarle la atención. Además, el tono que ha empleado en la conversación ha sido amable. No, no va a echarle la bronca.  Y si es por alguna circunstancia relacionada con su pasado?  Habr  descubierto que era compañera de instituto de Aurora Ríos?  Y si se ha enterado de que ella fue una de las perjudicadas en la explosión que se produjo en el metro del aeropuerto a finales del 2017? Hasta ese momento nadie en la universidad le ha comentado nada sobre aquellas dos historias que han marcado los últimos dos años de su vida.

La puerta del despacho 54 se encuentra cerrada. La joven toca con los nudillos y la imponente voz de Ernesto Valle le anuncia que est  abierto y que puede pasar. El hombre recibe a Julia de pie, aunque enseguida los dos toman asiento a ambos lados de una mesa de madera repleta de papeles y presidida por un ordenador portátil.

—Gracias por venir, Julia —dice el profesor, que entrelaza los dedos de las manos—. No me extenderá mucho.

—Tranquilo. Tengo tiempo. Mi autobús no sale hasta dentro de veinticinco minutos.

—Estupendo. De todas maneras, no te quiero entretener demasiado —comenta Ernesto, que hace una pausa de unos cuantos segundos. Luego sonríe y continúa hablando—. Me has impresionado.

— Impresionado?  A qué se refiere? —pregunta la chica muy confusa.

—Estaba en la cafetería cuando has resuelto el enigma que te ha planteado Daniel Durán. Yo ni siquiera me había aproximado a la solución. Ha sido fantástico ver cómo has ido tirando del hilo hasta dar con la respuesta.

—Bueno. He tenido un poquito de suerte.

— De suerte nada!  Tu capacidad de deducción es brillante! Y para alguien que estudia Criminología poseer esa cualidad es extraordinario.

La chica se siente abrumada por las palabras de su profesor. No esperaba que la charla fuera por ahí.

—Gracias —se limita a contestar Julia, que se ha sonrojado.

—Llevo observ ndote desde principio de curso. Eres muy buena;

tengo la sensación de que te lo pasarás muy bien en la carrera — afirma Ernesto mientras abre un cajón de la mesa y saca una carpeta—. Esto es de lo que quería hablar contigo.

El profesor le entrega a Julia un dossier. La joven lo ojea por encima y comprueba que se trata de algo fechado en el año 2014. A simple vista, parece la documentación de un caso policial.

—Cada año, les doy la oportunidad a algunos alumnos de sacar matrícula de honor en mi asignatura —continúa diciendo Valle—. No me gusta ponerle esa nota a cualquiera. Creo que debe ser en exclusiva para el mejor de cada promoción. Este año tengo muy claro quién será una de las alumnas que aspiren a la matrícula. ¿Te gustaría intentarlo?

—Claro —responde tímidamente Julia, que pasa despacio las páginas del dossier—. ¿Qué tendría que hacer?

—Investigar ese caso; es de hace cinco años. Se trata de la muerte del psicólogo Pedro Juncosa.

—¿Tengo que investigar la muerte de este hombre? ¿Cómo?

—Eso depende de ti. Tu trabajo será reconstruir el caso y darme tu veredicto al final de curso. En esa carpeta tienes toda la documentación que necesitas para llegar a una conclusión.

—Pero se trata de un caso ya juzgado, ¿no?

—Sí, aunque el caso de la muerte de Pedro Juncosa es bastante particular. Está archivado como suicidio. El juez determinó que él mismo se había quitado la vida ahorcándose en su habitación.

—Y si es un suicidio, ¿qué tengo que investigar? Está claro lo que pasó.

—No está tan claro. Han pasado cinco años y todavía existen ciertas dudas sobre lo que sucedió exactamente, a pesar de lo que dictaminó el juez. Tu misión será convertirte en la criminóloga que serás en el futuro. Quiero que lo estudies todo y que elabores una teoría; eso será lo que yo valoraré, más allá de si finalmente crees que fue un suicidio o no. Sé que lo harás muy bien y que me convencerás para que te ponga esa matrícula de honor. ¿Qué me dices? ¿Aceptas el reto?

CAPÍTULO 2

Lunes, 11 de marzo de 2019

—Nunca debí elegir el turno de tarde. No me apetece nada ir a clase.

—Pues no vayas.

—Tengo una práctica de Documentación. No puedo faltar.

—Entonces, para ya de quejarte y déjame trabajar.

Emilio suspira y comprueba la hora en su móvil; son casi las doce y media de la mañana. Después mira a Vanesa, que está consultando algo en el ordenador que reposa sobre el mostrador de la recepción. Desde que acabó el instituto, ayuda a sus padres en el hotel de tres estrellas que regentan en el pueblo. Fue la alternativa que le ofrecieron cuando ella se negó a estudiar una carrera o un ciclo. No es que le entusiasme pasarse unas cuantas horas allí cada día, pero por lo menos tiene algo que hacer mientras no encuentra otro plan que la satisfaga.

—¿Has quedado luego con Julia? —pregunta el joven mientras examina sus redes sociales.

—Sí, por la tarde iré a su casa.

—¿Cuánto lleváis ya juntas? ¿Un año?

—El veintiocho de este mes lo cumpliremos —dice Vanesa, a la que una gran sonrisa le aparece en la cara—. Cómo pasa el tiempo.

—Ni que lo digas. Parece que fue ayer cuando Julia me lo dijo. No me lo podía creer.

—¿Qué no te podías creer?

Los ojos de la chica se clavan en los de su amigo, que titubea y se toca la parte superior de la nariz. Aunque ha cambiado las gafas por lentillas, instintivamente sigue haciendo el gesto de ajustarse las

lentes cuando se pone nervioso.

—A ver, no me malinterpretes. Me encantáis y me alegro de veros tan contentas, pero me quedé en *shock* cuando Julia me confesó que estabais saliendo en secreto. Yo no sabía que a ella le gustaban las chicas.

—Le gusto yo —suelta Vanesa con vehemencia.

Y a ella le gusta Julia. Nunca ha hecho demasiado caso a las etiquetas ni ha definido su condición sexual. Se enamoró de Ingrid y luego de Julia. Ya está. No le han interesado otras chicas y no se come la cabeza con su actual situación. Bueno, quizá un poco. Solo un poco.

Emilio no le responde. Cuando Vane se pone así, es mejor no entrar al trapo, así que le dedica una sonrisa y asiente. A él ya no le atrae Julia. Aquello se le pasó cuando se fue a estudiar a Suecia. Temía que, al volver, regresaran también los viejos sentimientos, pero eso no sucedió. Es su mejor amiga y punto.

—Si al final no vas a la universidad, puedes venir a merendar con nosotras —le propone Vanesa más sosegada. Le preocupa haber sido demasiado brusca con él e intenta arreglarlo suavizando el tono de voz.

—Gracias. Creo que iré a clase. No sería buena idea perderme la práctica. Además...

El chico se calla. Vane aguarda atenta a que Emilio concluya la frase, algo que no ocurre.

—¿Además qué? —pregunta la joven irritada por el silencio de su amigo.

—Nada. Se me ha olvidado lo que iba a decir.

Miente. No se le ha olvidado, pero se lo ha pensado mejor antes de hablar con Vanesa de Claudia Comino, una chica de su clase que le gusta. De repente, tiene muchas ganas de verla, aunque ella no lo sepa.

—Ya estamos con los secretitos. Bueno, allá tú. No voy a insistir. Y ahora ¿me dejas trabajar tranquila? Tengo mucho que hacer y contigo aquí es imposible.

Emilio asiente y se dispone a marcharse del hotel, prometiéndole a Vanesa que ya no la molestará más. La joven resopla y vuelve a centrarse en la pantalla del ordenador. No es mal tío, pero a veces la pone de los nervios. Tiene una forma de ser muy peculiar y en ocasiones continúa comportándose como un friki en

toda regla. Sin embargo, Emi se ha convertido en un buen amigo, alguien importante en quien puede confiar. Lo respeta y lo admira y, desde que volvió de Suecia, su relación es mucho más estrecha. Quién se lo iba a decir a ella un par de años antes, con lo que se odiaban.

Ingrid no había sido una buena influencia. Afortunadamente, la que fue su primera novia había desaparecido de su vida; de hecho, se había marchado del pueblo al terminar el instituto. Debe admitir que respiró cuando eso pasó; un problema menos. Hasta que ella no se largó, Vanesa no se atrevió a mostrar en público su amor por Julia.

Pese a la presencia de Emilio, la mañana ha sido tranquila en el hotel. Le ha dado tiempo a poner al día todo el trabajo administrativo que tenía pendiente y a las dos menos cuarto ya ha finalizado su tarea. En quince minutos llegará su madre para relevarla y ella se irá a comer. No hay más reservas y es poco probable que a esa hora aparezca alguien que necesite una habitación.

Cuando está recogiendo sus cosas y preparándose para marcharse, la campanita colocada encima de la puerta anuncia que alguien ha entrado. La chica levanta la vista y descubre a un tipo ataviado con una chaqueta de cuero, una gorra negra y gafas de sol. Una poblada y llamativa barba hípster cubre parte de su rostro y lleva una mochila colgada a la espalda. A pesar de su aspecto, se nota que es bastante joven; tendrá entre veinte y veinticinco años. Vanesa no lo conoce, aunque, por algún motivo, le resulta familiar.

—Buenas tardes, bienvenido, señor. ¿Qué desea? —le atiende la joven con la amabilidad que sus padres le han enseñado que debe emplear con los clientes.

—Hola. Yo...

El joven de la barba titubea y se gira para mirar hacia atrás. La chica lo contempla extrañada. Ese tío es muy raro. ¿No será peligroso? Nunca ha tenido que pulsar el botón de emergencia que tiene bajo el mostrador para casos complicados. ¿Será aquella la primera vez? Procura serenarse y se dirige de nuevo al visitante, que continúa mirando a un lado y a otro.

—Señor, ¿en qué puedo ayudarle? —insiste Vane algo preocupada.

—¿No sabes quién soy?

El chico se quita las gafas de sol y deja al descubierto unos ojos

que ella enseguida reconoce. Un escalofrío le recorre el cuerpo de arriba abajo.

—¡Iván! Pero... ¿qué haces aquí? ¿Dónde has estado?

—Es una larga historia. Demasiado larga —responde el joven, que parece comprobar de nuevo que no hay nadie más allí—. ¿Tienes alguna habitación libre?

—¿Qué? ¿Quieres quedarte aquí?

—Si me dejas, sí.

—Pero ¿y tus padres? ¿No puedes ir a tu casa?

—No es seguro.

—¿Que no es seguro? ¿Por qué lo dices?

—Sé por qué lo digo, Vane. ¿Puedo quedarme aquí?

—¿Qué es lo que está pasando? Explícamelo.

Iván vuelve a echar un vistazo a su espalda para asegurarse de que los dos están solos. Luego, le coge las manos a Vanesa y le suplica.

—Luego te lo contaré todo. Te lo prometo. Ahora necesito que me des una habitación. Pero mi nombre no debe figurar en el registro de clientes ni puedes introducir mis datos en el ordenador.

—No lo comprendo. ¿Cómo voy a hacer eso?

—Nadie puede saber que estoy aquí hospedado, Vane.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Por supuesto.

—Esto es una locura.

—De verdad que más tarde te lo explicaré todo detalladamente. ¿Puedes darme una habitación o no?

La chica suspira y busca en el ordenador una habitación libre para su inesperado huésped.

—La 123 está disponible. Está en la primera planta.

—¡Genial! ¿Te puedo pagar en metálico? De momento, no puedo usar tarjetas de crédito.

—Sí, claro. Pero tranquilo, ya me pagarás más tarde. Aunque sea con otros datos, tengo que rellenar la ficha para que conste que alguien está ocupando la habitación. Mi madre llegará enseguida. Toma la llave.

La joven le entrega a Iván una tarjeta magnética y un papelito en el que anota la clave del wifi.

—Gracias, Vane. Por favor, no le digas a nadie que estoy aquí. A nadie. Es muy importante que esto quede solo entre tú y yo.

—¿Ni a Julia?

—No. Ni siquiera a ella —responde tajante Iván—. Por cierto, enhorabuena por lo vuestro. Hacéis una pareja preciosa. Ya me pondrás al día cuando hablemos.

Y tras dedicarle una amplia sonrisa, el chico se apresura hacia la escalera y sube a la primera planta, en donde se encuentra la habitación 123. Vanesa lo observa hasta que desaparece de su vista. No puede creer que Iván esté allí. ¿Es real lo que acaba de ocurrir? ¡Iván ha vuelto después de un año y algunos meses desaparecido! ¿Dónde se habrá metido todo ese tiempo? ¿Estará en peligro? Mil preguntas le rondan en la cabeza, pero tendrá que esperar para obtener las respuestas. ¡Qué angustia! Lo peor será no contarle nada a Julia. No le gusta mentirle. Además, ella es tan inteligente que siempre la descubre cuando no le dice la verdad o se guarda algo importante. ¿Será capaz de ocultarle que el chico del que ambas estuvieron enamoradas ha regresado al pueblo en el que tantas cosas vivieron juntos?

CAPÍTULO 3

Lunes, 11 de marzo de 2019

Sentada en la última mesa de la fila situada en la parte izquierda del aula, se pregunta una vez más qué pinta allí. Han pasado varios meses desde que empezó a estudiar Periodismo, seis en concreto, y sigue igual que el primer día: pérdida, confusa y triste. Apenas se relaciona con sus compañeros y duda que algún profesor se haya aprendido su nombre, y eso que su apellido es de lo más peculiar. Quedan cinco minutos para que comiencen las clases del lunes. Nueva semana, mismas sensaciones.

Claudia Comino mordisquea la tapa de un bolígrafo mientras mira el móvil. Hoy no ha parado de leer todo lo que han publicado sobre el 11 de marzo del 2004, el día del atentado en Madrid. Ella acababa de cumplir cuatro años, su madre, treinta y uno, y estuvo a punto de perder la vida. Iba en uno de los trenes en los que aquellos malnacidos colocaron los explosivos. Por suerte, se salvó y, aunque se rompió una pierna y unas cuantas costillas, lo pudo contar.

Hace un rato la llamó.

—¿Estás bien?

—Bueno, ya sabes, como cada año por estas fechas. Me vienen muchos recuerdos a la cabeza y me tiembla todo el cuerpo.

—Me gustaría estar ahí contigo, mamá.

—No te preocupes, hija. Estás donde debes estar.

A un montón de kilómetros de distancia de su madre, estudiando una carrera que creía vocacional, pero para la que no se siente preparada. Después del atentado de Madrid, decidieron hacer las maletas y marcharse al norte del país, a un pueblecito tranquilo,

lejos de ruidos y complicaciones, en el que poder rehacer sus vidas.

—Y tú ¿cómo estás?

—Bien, mamá, pero te echo de menos.

—Lo que echas de menos es mi comida, cariño. Reconócelo.

—Me has pillado. Tu comida es insuperable.

Claudia se limpia la lágrima que le cae por la mejilla antes de que aterrice en el móvil. No quiere que la vean llorar, aunque nadie se estará fijando en ella.

Se equivoca. Un chaval no muy alto, con el cabello de punta y tintado de azul, la está mirando desde otra de las últimas mesas de la clase, a dos filas de distancia. La joven se da cuenta y se sonroja.

—¿Te encuentras bien? —le pregunta el chico, que se pone de pie y camina hasta ella.

Aquel muchacho se llama Emilio. Se quedó con su nombre cuando pasaron lista por primera vez en la asignatura de Teoría de la Información. Solo han hablado unas cuantas veces y simplemente para saludarse al llegar a clase. Él tampoco está entre los populares ni entre los guais de aquel grupo de primero B.

—Sí, sí. Todo perfecto —responde Claudia nerviosa sin mirarlo.

—No es cierto.

Las palabras del chico hacen que la joven levante la cabeza. Está sonriendo. No es un tipo guapo, más bien al contrario, y, en su opinión, aquel peinado, con aquel color tan llamativo, le queda bastante mal. Sin embargo, la expresión de su cara le resulta agradable.

—Te estaba observando y he visto que llorabas —dice Emilio sentándose encima de la mesa de Claudia.

—No estaba llorando. Solo ha sido una lágrima tonta e inoportuna.

—¡Ves! ¡Me estás dando la razón! Si se te ha caído una lágrima, es que estabas llorando.

—Lo que tú digas —responde rotunda la chica, que después resopla—. Y tú ¿por qué me estabas mirando?

—Porque soy muy observador.

—Ya. Claro.

—¿Tú no? Vamos a ser periodistas. Si no somos observadores, no nos irá bien. En esta profesión hay que estar siempre con los cinco sentidos puestos en todo lo que ocurre a nuestro alrededor.

La joven no le lleva la contraria a Emilio y vuelve a centrarse en

el móvil. Arrastra la yema del dedo por la pantalla para cambiar de página. Esa debe de ser una de las conversaciones más largas que ha tenido con un tío en lo que va de curso.

—¿Sabes? Me recuerdas a alguien —continúa diciendo él mientras acerca un poco más su cara a la de Claudia.

—¿Sí? ¿A quién?

—A una vieja amiga.

Ella también trataba de ser invisible, como parece que intenta serlo Claudia. Desde el primer momento en que se fijó en esa joven de cabello oscuro y ojos claros que procura pasar desapercibida y que nunca interactúa con el resto de la clase, Emilio pensó en Aurora.

—¿Vieja amiga? ¿Hace mucho que no la ves?

El chico no sabe qué responder a eso. A veces, Aurora se le aparece en sueños y le recrimina no haberla ayudado más. En mayo se cumplirán dos años de su asesinato a manos de Jonathan Vila, pero su recuerdo sigue estando presente en su mente. También en la de Julia. Es un tema del que han hablado muchas veces. No han olvidado a su compañera de instituto fallecida y tal vez no lo hagan jamás.

Emilio todavía está pensando qué contestarle a Claudia sobre aquella vieja amiga, cuando la profesora de Sociología, la primera clase del día, entra en el aula. El chico se baja de la mesa, se despide y regresa a su sitio.

—Buenas tardes, chicos. ¿Cómo ha ido el fin de semana? —saluda la profesora al tiempo que se quita la chaqueta y la cuelga en un perchero de pie—. ¿Habéis leído lo que os mandé el último día?

En los cincuenta y cinco minutos que dura la clase, Emilio mira a Claudia de reojo más de una decena de veces. Le gusta esa chica, tiene un magnetismo que le atrae. Es cierto que no reparó en ella casi hasta fechas navideñas, pero desde entonces no hay día en que no se plantee pedirle salir, ir a tomar un café o quedar para estudiar juntos. Sin embargo, aún no se ha atrevido y, después de los traspies con Julia y de la ruptura con Kerstin, duda que lo haga. También influye el palo que se llevó con Ana Rincón, a la que ha ignorado desde que descubrió que pretendía aprovecharse de él para su periódico digital. Desde que dejó Estocolmo, su vida es muy tranquila y poco a poco ha ido ganando confianza en sí mismo; que Claudia le respondiera con una negativa le afectaría.

Julia, en cambio, ha intentado animarlo.

—Pues deberías lanzarte y pedírselo.

—No. Definitivamente, no.

—¿Por qué, Emi? El no ya lo tienes. A lo mejor, tú también le gustas y estáis los dos haciendo el tonto.

—No creo que le guste.

—¡Venga ya! ¿Con tu mirada superpenetrante? ¿Cómo no vas a gustarle?

—Paso de ti. Siempre estás con lo mismo.

—No te enfades —dice Julia riéndose, y lo abraza—. Eres el mejor, Emilio Viñales.

Cuando acaba la clase de Sociología, el chico del cabello azul observa cómo Claudia se levanta y sale del aula rápidamente. Lleva el móvil en la mano y la mochila colgada de un hombro. De nuevo, tiene la sensación de que está triste. Antes se las ingenió para evitar explicarle por qué lloraba, pero, con un poco de suerte, quizá pueda hablar con ella antes de que llegue el siguiente profesor, así que también se pone de pie y acelera hasta la puerta. Sin embargo, cuando está a punto de salir, escucha que alguien lo llama a su espalda. El joven se da la vuelta y contempla cómo su profesora camina hacia él.

—Te he visto muy distraído hoy en clase —le dice ella sonriente—. ¿Te has aburrido mucho con lo que os he contado hoy?

—¿Qué? No. ¡No! ¡Para nada! Solo es que...

El chico no termina la frase y se toca la nariz nervioso. No sabe qué responder. Es verdad que aquella no es su asignatura preferida, pero los motivos por los que no ha estado atento no tienen que ver con el aburrimiento.

—No te preocupes. Si la clase ha sido un coñazo, puedes decírmelo. Estoy abierta a críticas.

—Que no, de verdad. Ha sido una clase... normal —insiste Emilio cada vez más tenso—. Soy yo, que tengo la cabeza en otro sitio, Sofía.

Sofía acaba de cumplir los treinta y dos años, aunque su aspecto, su manera de vestir y su forma de hablar la hacen parecer más joven. Desde el primer día, intenta mostrarse cercana a sus alumnos e interactúa con ellos dentro y fuera del aula. Lleva haciéndolo así desde que empezó a dar clases en la universidad. Este es su tercer curso. Tiene fama de buena profesora, a pesar de que sus exámenes no son, precisamente, los más fáciles de la carrera.

—Bueno. Te creo, pero procura estar más atento la próxima vez

para que yo no piense que estoy aburriendo hasta a las ovejas.

—No volverá a pasar. Perdón.

La profesora sonríe y asiente. En ese instante, le suena el m ovil. Sofía se disculpa y se va caminando deprisa y con el teléfono pegado a la oreja. El chico respira hondo y sale detrás de ella. Busca con la mirada a Claudia, pero no la ve en el pasillo. A lo mejor ha ido a la cafetería o al baño. La espera all  de pie, apoyado en la pared. Si le ocurre algo, le gustaría ayudarla y no solo porque se sienta atraído por ella. Eso es algo secundario. El recuerdo de Aurora Ríos y de lo que pasó entre ambos est  todavía muy presente en él y esa chica se parece demasiado a la joven asesinada en el Rub n Darío. La historia no puede volver a repetirse.

Sin embargo, Claudia no asiste a la siguiente clase ni a ninguna más de aquel 11 de marzo.

CAPÍTULO 4

Lunes, 11 de marzo de 2019

—¿Qué lees con tanta atención?

—El informe del caso de un hombre que murió ahorcado hace cinco años. Es para un trabajo de clase.

—¿Se trata de un caso real?

—Sí, papá. Si lo hago muy bien, me pueden poner matrícula de honor en una asignatura.

Miguel Ángel arquea una ceja y lee por encima del hombro de Julia. La chica está obsesionada con esas páginas desde que su profesor Ernesto Valle le entregó la carpeta. Empezó a examinar el dossier de más de trescientos folios en el autobús. Ya en su casa, comió a toda prisa y después se sentó en su habitación a analizar minuciosamente cada hoja del documento. El único parón que ha hecho ha sido para llamar por teléfono a Vanesa, con la que ha quedado más tarde. No le ha contado nada todavía del misterioso asunto.

Pedro Juncosa fue encontrado ahorcado en su propio domicilio el 7 de abril de 2014, aunque murió el día 4 de ese mes. De profesión psicólogo, tenía cincuenta y cuatro años, estaba divorciado y era padre de dos hijos. Después de tres semanas de investigación, el juez confirmó el suicidio y archivó el caso.

—¿Se suicidó?

—Eso parece, pero hay quien lo duda. No se encontraron pruebas de que fuera asesinado. Mi profesor me ha pasado toda la documentación, con los testimonios, el análisis forense, la investigación de la policía científica y la judicial...

—¿Y de dónde ha sacado esa carpeta tu profesor?

Julia se encoge de hombros. No se lo ha preguntado. Ni siquiera se lo había planteado hasta ese momento.

—No tengo ni idea, pero aquí está todo bastante detallado. Hay incluso recortes de periódicos con el tratamiento que en su día le dio la prensa a la noticia y notas a mano sobre el caso.

—¿Se habló mucho del tema?

—No demasiado, pero sí apareció en varios medios.

—¿Y en qué consiste el trabajo?

—Debo reconstruir el caso y darle mi opinión al profesor a final de curso.

—Pero si es un suicidio, pocas conclusiones vas a poder sacar.

—Ya te he dicho que, aunque se juzgó como tal, parece que no todo el mundo lo tiene claro.

—Si el juez lo determinó así es porque estaba muy seguro y porque la policía no aportó pruebas que mostraran lo contrario — comenta Miguel Ángel, que se ha visto unas cuantas veces en circunstancias parecidas.

—Ya, pero mi labor no es cambiar el veredicto, sino llegar a mi propia conclusión con la información que tengo.

—Me parece muy interesante.

—Sí. Los ejercicios prácticos como este son lo mejor de la carrera —dice Julia, que está entusiasmada con la prueba que le ha puesto Ernesto Valle—. Quiero hacerlo muy bien y presentar un buen trabajo.

—Me parece perfecto. Estoy seguro de que lo conseguirás. Cualquier duda que tengas, puedes consultarla conmigo.

—Gracias, papá. Lo haré.

El hombre le da una palmadita en el hombro a la chica y sale de su habitación con una sonrisa de satisfacción. Tanto Miguel Ángel como Aitana están muy felices de ver a su hija recuperada e ilusionada otra vez. Tras un periodo de tiempo muy complicado, debido a los sucesos acontecidos en el pasado reciente, Julia por fin vuelve a ser la misma de siempre.

La joven continúa leyendo el dossier unos minutos más. En su memoria se van acumulando datos y nombres, sin embargo, es consciente de que necesita analizarlo todo desde una perspectiva más amplia. Se pone de pie y camina hacia la pared del fondo. Allí tiene la pizarra que le regaló su abuela Pilar el día de Reyes de hace dos años.

Hace un par de semanas que no la ve y de pronto la echa de menos. Tal vez le haga una visita pronto y le hable de ese trabajo que tiene que realizar.

Julia hace varias fotografías a lo que hay anotado en la pizarra, material relacionado con una idea para una novela que tiene en la cabeza, y luego borra todo, dejándola completamente en blanco. Con un rotulador negro escribe el nombre del fallecido en el centro, Pedro Juncosa, y lo rodea con un círculo. Debajo del diagrama anota la fecha de su muerte y una frase entrecomillada: «¿Crimen o suicidio?».

—¿Y ahora qué? —murmura para sí mientras da un par de pasos hacia atrás.

La joven coge de nuevo la carpeta y lee una de las primeras páginas del informe, la referente a la biografía de Pedro Juncosa Martín. Tenía cincuenta y cuatro años y era psicólogo. Atendía a sus pacientes en una consulta privada situada en la misma calle en la que vivía, en la segunda planta del número 36. Estaba divorciado y tenía dos hijos, una chica y un chico. Le gustaba el deporte, viajar y las novelas históricas.

Julia pasa la página y continúa leyendo:

«El cuerpo sin vida de la víctima fue encontrado por María José Yuste Ortigosa, la mujer que se encargaba de realizar las tareas domésticas. Afirma que llegó al domicilio del fallecido el lunes 7 de abril cuando pasaban dos minutos, o tres, de las nueve de la mañana. Al no ver al hombre en el salón, donde solía estar cuando ella llegaba, decidió mirar en su dormitorio. La puerta estaba entornada, la luz apagada y la persiana echada. Al encender la luz, encontró a Juncosa colgado del techo».

En su declaración, María José añade que la cuerda que apretaba el cuello del hombre estaba enganchada al ventilador del techo y que en el suelo había una silla tirada. Tras el *shock* inicial, la mujer llamó rápidamente a la policía, que llegó diez minutos más tarde.

¿No había ninguna nota de suicidio?

Julia repasa la descripción de la habitación en la que apareció el cuerpo y no encuentra nada que sugiera la existencia de una nota. Eso le extraña. Ha leído que la mayoría de las personas que se quitan la vida dejan algo escrito.

A continuación, busca una fotografía del fallecido. Encuentra

una en color en la que aparece vestido con chaqueta y corbata. No era un hombre alto, metro setenta, aproximadamente, ni corpulento, por lo que el ventilador de la habitación pudo aguantar su peso. Hace un rato leyó en el informe que su muerte se produjo la tarde del viernes, así que cuando María José lo encontró el lunes por la mañana, llevaba muerto dos días y medio. Julia escribe ese dato en la pizarra y también el nombre de la mujer, el cual rodea con otro círculo. Con una flecha une las dos circunferencias y apunta la relación que los unía.

Hay una cuestión que Julia se ha propuesto: hablar con las personas relacionadas con el caso y no conformarse solo con la información del dossier. María José podría ser la primera. Tal vez no quiera recordar el pasado y se moleste cuando le pregunte por Pedro Juncosa, pero si tiene que investigar ese caso, debe formarse una opinión contactando con los implicados y conocer mejor al fallecido. Esas páginas no son suficiente.

Entonces descubre un folio en la carpeta en el que figuran las direcciones y los números de teléfono de varias personas, entre ellos el de María José Yuste. ¿Y si la llama? Quizá sea mejor enviarle un mensaje primero y tantearla. Piensa unos minutos lo que va a decirle y finalmente le escribe.

«Buenas tardes. Mi nombre es Julia Plaza, estudiante de Criminología. Me gustaría hablar con usted, si es posible, sobre el caso de Pedro Juncosa. Es para un trabajo. No la molestaré mucho. Muchas gracias por su atención».

La chica relee unas cuantas veces el WhatsApp y duda sobre si debe mandarlo o no. A lo mejor ha sido demasiado directa. Espera que a la mujer no le parezca mal y se enfade con ella por la intromisión. Bueno, al fin y al cabo, solo es un mensaje y ellas no se conocen.

No del todo convencida, decide enviarlo y aguarda la respuesta con cierta impaciencia. Pero nada. Julia trata de tomárselo con calma y continúa estudiando la documentación del caso, hasta que su móvil suena, sobresaltándola. Sus pulsaciones bajan cuando comprueba que la que llama es Vanesa.

—Hola, ¿qué tal, guapa? —responde algo tensa todavía.

—Hola. Bien. Escucha, al final no puedo quedar esta tarde. Mi madre se ha puesto mala y tengo que permanecer en el hotel hasta

por la noche, que llega mi padre.

—¿Se ha puesto mala? ¿Qué le pasa?

—Nada grave, no te preocupes. Una pequeña indisposición. Pero me ha pedido que la sustituya y me toca trabajar.

—Vaya, ya lo siento. ¿Quieres que me pase por el hotel y que te haga compañía un rato?

—No, no hace falta. Tengo mucho que hacer. Estamos hasta arriba y, además, mis padres me han pedido que meta en el sistema toda la información que hay en los libros de registro antiguos. Una pesadez.

Por un lado, a Julia le desilusiona no ver a su novia porque le apetecía mucho estar con ella. Sin embargo, por otro, podrá centrarse plenamente en lo que tiene entre manos desde que su profesor le entregó la documentación del caso de la muerte de Pedro Juncosa. Aquel asunto la ha atrapado y siente que necesita avanzar a toda velocidad. Aunque es consciente de que para historias como esa las prisas son malas consejeras y la paciencia es un elemento clave.

—Bien. ¿Me llamas cuando salgas?

—Claro. Hablamos luego. Te quiero.

—Te quiero.

Al colgar, Julia experimenta esa sensación indescriptible y al mismo tiempo extraña que tiene cada vez que le dice a Vanesa que la quiere. ¡Quiere a la que fue su mejor amiga! ¡Y su amor es recíproco!

Recuerda perfectamente el momento en el que se lo soltó por primera vez. Fue la misma noche en la que se dieron el primer beso. No esperó más. Dentro de diecisiete días, el 28 de marzo, hará justo un año. Por aquel entonces, Julia sentía algo diferente cuando estaban juntas. No era solo amistad, la sensación era otra. El mismo cosquilleo que en su día sentía cuando veía a Iván. Pero ¿desde cuándo le gustaban las chicas? Se había hecho muchas preguntas y había llegado a discutir consigo misma sobre aquellos sentimientos que no lograba justificar; inexplicables e indescifrables. ¿Era posible que se hubiese enamorado de Vane? Por lo visto, sí. Y a Vane le sucedía lo mismo.

Se lo confesó una tarde en la cama del hospital, cuando estaba ingresada a consecuencia de las lesiones que le había causado la bomba que estalló en el metro del aeropuerto. La situación fue confusa. Vanesa estaba medio dormida, sedada por los calmantes, así que fue un te quiero al cincuenta por ciento que apareció en un

susurro. No volvieron a hablar del tema hasta casi tres meses después. Durante ese tiempo, Julia se había dado cuenta de que Cupido había actuado de la manera menos imaginable posible y de que su corazón latía con más fuerza cada vez que hablaban de cualquier tontería o se quedaban calladas sin necesidad de decir nada. Demasiadas pistas, demasiadas evidencias. Y aquel día de finales de marzo, una noche lluviosa y sin luna, el caso quedó cerrado. Se hicieron novias en la clandestinidad.

El sonido del móvil vuelve a irrumpir en el silencio de su habitación. Esta vez es un mensaje de WhatsApp. Julia se abalanza sobre el teléfono y empieza a temblar al comprobar que es de María José Yuste. Resopla antes de leerlo. No es un texto demasiado largo, pero sí intrigante y concluyente.

«Hola, Julia. Me ha sorprendido mucho que me hayas escrito. He estado pensando un rato en qué debía hacer. Llevo cinco años con esto metido en el cuerpo. Si quieres, quedamos mañana y hablamos sobre la muerte de Pedro Juncosa. Quizá haya llegado la hora de que alguien me tome en serio de una vez por todas y se sepa mi verdad».

CAPÍTULO 5

Lunes, 11 de marzo de 2019

—Me siento mal por no haberle dicho la verdad. Nunca le miento.

—Ha sido por necesidad. No quiero que Julia sepa que estoy aquí. Al menos hasta que se solucione todo.

Iván mira por la ventana de la habitación y baja la persiana casi por completo. Luego enciende la luz de una pequeña lámpara situada encima de la mesita de noche.

—¿Me vas a contar de una vez qué está pasando? —le pide Vanesa, que ha tenido que mentir a su madre y a su novia para no revelar la presencia de Iván en el hotel—. ¿De quién te escondes? ¿Qué es lo que ocurre?

El chico camina hasta la cama y se sienta. No responde. Se acaricia la barba pensativo. De pie, con la espalda apoyada en una de las paredes del cuarto, Vanesa no deja de observarlo. Aquel joven no tiene nada que ver con el adolescente del instituto con el que salió hace dos años. Delante tiene a otra persona completamente distinta. Ni siquiera conserva el *piercing* en la ceja.

—Me encuentro en una situación bastante complicada — responde Iván tras soltar un resoplido—. Estoy vivo de milagro. Aunque no sé de cuánto tiempo más dispongo.

—¿Estás en peligro?

—Sí, hay gente que preferiría verme muerto. Por eso nadie debe saber que estoy aquí, ¿de acuerdo? Es algo muy serio.

Vanesa asiente y se acomoda a su lado en la cama. Le coge una mano y se la acaricia para intentar tranquilizarlo. Está ansiosa por que le explique qué ocurre, pero debe tener paciencia con él. Se le ve

muy preocupado, incluso ausente por momentos.

—Aquí me tienes para lo que pueda ayudarte.

—Gracias. Ya bastante has hecho dejando que me quede en el hotel de tus padres. Tengo que pensar en cómo llegar al final de todo esto. Llevo más de un año huyendo y librándome de Jacob.

—¿Jacob? ¿El jefe de Viral?

—Sí, va detrás de mí desde que lo traicioné y le conté a la policía a qué se dedicaba su organización —dice Iván, que suelta la mano de Vanesa y vuelve a frotarse nervioso la barba—. Durante todo este tiempo no ha dejado de buscarme.

—Pero detuvieron a toda su banda, ¿no?

—A la mayoría. Sin embargo, tengo la certeza de que se está reorganizando. Está buscando nuevos *hackers* para relanzar la empresa con otro nombre; también busca a gente que se encargue de hacer el trabajo sucio. Sigue siendo un tipo extremadamente peligroso y, en estos momentos, yo soy su principal objetivo.

—¡Dios mío! ¿Por qué no le cuentas todo esto a la policía?

—No puedo. ¿No te acuerdas de quién mató a Hugo Velero? También ellos me están buscando. Si dan conmigo, me detendrán y me juzgarán por el crimen de mi compañero de piso.

—¿Y qué piensas hacer?

Iván no contesta. Se pone de pie y comienza a dar vueltas por la habitación en silencio, con las manos juntas sobre el pecho y cabeceando adelante y atrás. Murmura algo ininteligible. Vanesa lo contempla desconcertada. Su comportamiento es muy extraño, aunque entiende que está viviendo una situación extrema: ivan a por él los buenos y los malos!

—Oye, ¿te encuentras bien? ¿Quieres que...?

—Solo quiero que esto termine, Vane —la interrumpe Iván, que se queda quieto en el centro del cuarto mirándola fijamente—. Y la única forma de que eso pase es eliminando a Jacob.

—¿Quieres matar a Jacob?

—Es la única solución. No hay otra.

—¡Estás hablando de matar a una persona! ¿Cómo no va a haber otra solución? ¿Y cómo vas a dar con él?

Iván se encoge de hombros y vuelve a sentarse junto a Vanesa. Le pasa el brazo por detrás y le acaricia suavemente la espalda; primero, de arriba abajo, y luego, trazando pequeñas circunferencias por encima de su ropa. Resulta tan íntimo que a la chica le vienen

recuerdos de cuando estaban juntos. Eso la incomoda y termina por apartarse de forma brusca, sin levantarse, pero alejándose de él.

—¿Alguna vez has echado de menos lo nuestro?

—¿Lo nuestro?

—Sí, lo que teníamos tú y yo antes de mandarlo todo a la mierda.

—¿Estás hablando en serio?

—¡Claro que sí! —exclama Iván, que sonríe de una forma que Vanesa no logra descifrar—. Fue muy bonito lo que vivimos. Yo no he olvidado aquella época en el instituto. A pesar de todo, era feliz.

Ahora es Vanesa la que se levanta de la cama y se cruza de brazos en actitud defensiva. Tiene los ojos clavados en el joven, que continúa sonriendo de una manera extraña. No puede creerse que le haya salido con eso después de tanto tiempo. No tiene sentido y tampoco ningún derecho.

—Aquello pasó hace mucho tiempo. Es historia. Yo ahora solo pienso en Julia. Ella es mi pareja.

—Lo sé, lo sé. Pero ¿de verdad te gustan las chicas?

—Me gusta ella. Con eso me basta.

—Es un capricho, como lo fue Ingrid —dice Iván, que ya no sonríe.

—¡No es un capricho! —grita Vanesa alterada y molesta—. Yo estoy ena...

La melodía de un móvil impide que la chica acabe la frase. Iván se incorpora y se acerca rápidamente a la silla en la que está colgada su chaqueta de cuero. Saca un teléfono negro de uno de los bolsillos y con él en la mano sale de la habitación sin darle explicaciones a Vanesa. Ella lo sigue con la mirada hasta que desaparece de su vista. No comprende nada. ¿A qué está jugando? ¿A cuento de qué ha sacado a relucir su pasado juntos? ¿Y lo de considerar caprichos a Ingrid y a Julia? Le hierve la sangre. Se presta a ayudarlo, le miente a su novia y se lo paga con esos estúpidos comentarios. ¡Le exigirá una disculpa en cuanto regrese!

Vanesa observa el reloj inquieta. Ya han pasado más de quince minutos desde que Iván se marchó y todavía no ha vuelto. El enfado se transforma en preocupación. Después de lo que le ha contado, teme que le haya sucedido algo. Decide ir a buscarlo. Sale de la habitación 123 y recorre la primera planta del hotel. En el pasillo se cruza con una pareja gallega y con un matrimonio alemán y sus dos hijos pequeños, a los que saluda en inglés, pero ni rastro de Iván.

¿Dónde se habrá metido? Su madre no sabe que está alojado allí y él le ha pedido que no informara a nadie de su presencia, así que es poco probable que haya salido del hotel pasando por delante de la recepción.

Vanesa sube a la segunda planta. Iván tampoco parece estar allí. En cambio, de la habitación 224 sale Manolita, una de las personas encargadas de la limpieza. Es una señora grandota, de pelo rizado y manos robustas. Lleva toda la vida trabajando en el hotel y casi siempre está sonriendo.

—Hola, nena, ¿qué haces tú por aquí? ¿No librabas por la tarde?

—Sí, solo he venido a recoger una cosa que se me olvidó esta mañana —miente Vanesa, que se ha puesto colorada.

—¿Qué cosa?

La pregunta de Manolita coge desprevenida a Vanesa, que improvisa con lo primero que le viene a la cabeza.

—Un cubo de Rubik.

—¡Anda! No sabía que te gustaban. A mi hijo mayor le encantan.

—¿Sí? Qué bien.

—Un día lo traigo y competís a ver quién de los dos lo hace en menos tiempo.

Vane sonrío nerviosa. Lo que le faltaba. Por más que Julia ha intentado enseñarle, ella nunca ha aprendido a hacerlo. Tendrá que pedirle más clases por si acaso algún día aquella mujer aparece con su hijo y un cubo de Rubik.

—Bueno, me tengo que ir. He quedado.

—Genial, nena. Oye, por casualidad, ¿tú sabes quién es un tipo moreno con barba y pinta de hípster?

La descripción de la mujer no puede hacer referencia a otra persona. Vanesa intenta disimular la tensión que está soportando, aunque es consciente de que le tiembla un poco el labio superior.

—Es el huésped de la 123 —responde con aparente serenidad evitando una nueva mentira. Ella misma fue la encargada de hacerle el registro a Iván y teme que la terminen pillando si dice que no sabe nada—. Llegó hoy, al mediodía.

—¡Ah! Ahora entiendo por qué no lo había visto hasta ahora. Es que me lo he cruzado hace un rato y me ha parecido un tío muy raro.

—¿Dónde lo has visto?

—Subiendo a la azotea. Hablaba por teléfono. Me dio la sensación de que estaba algo irritado.

Eso lo explica todo. En lugar de bajar y salir del hotel, Iván ha decidido subir hasta la azotea del edificio para evitar que la madre de Vanesa lo vea.

—No te preocupes, es inofensivo. Voy a buscarlo arriba por si necesita algo. ¡Nos vemos mañana!

—Muy bien, cariño. Y prepárate para un duelo con mi hijo. El día menos pensado lo traigo para que le des una paliza y se le bajen los humos. Está muy subidito últimamente. Cosas de la pubertad.

Vanesa sonríe y alza el dedo pulgar de su mano derecha en señal de conformidad. En cuanto se despide de Manolita, se dirige rápidamente hacia la escalera que conduce hasta la última planta, que, como en gran parte de los edificios de aquel pueblo, se corresponde con una azotea. Sus padres la usan como terraza *chill out*; incluso han instalado una pequeña piscina-*jacuzzi*, aunque en aquella época del año está cerrada.

Cuando Vane pone el pie en el último escalón del último tramo, ve a Iván. El joven está de espaldas. Ha saltado una pequeña valla acristalada de protección y se ha sentado al otro lado, en la cornisa. A su lado, en el suelo, la joven ve el móvil completamente destrozado.

—¡Iván! ¿Qué haces?

El chico gira la cabeza y mira durante un par de segundos a la que una vez fue su novia. Tiene los ojos llorosos y está gimoteando.

—Déjame, por favor —susurra.

—¿Que te deje? Pero ¿qué estás diciendo?

—Voy a saltar.

—¿Qué? ¡No digas tonterías! Ven conmigo, por favor.

—No.

—Iván, por favor..., por favor. No cometas una locura.

—Se acabó.

—Nada se ha acabado. ¡Iván, por favor! ¡Ven conmigo!

—No quiero seguir viviendo. No puedo más. No puedo más, Vane... Adiós.

CAPÍTULO 6

Lunes, 11 de marzo de 2019

Ha quedado en verse con María José Yuste al día siguiente a las cuatro de la tarde para hablar de la muerte de Pedro Juncosa. La reunión será en una cafetería del centro de la ciudad. Julia está excitada y con los nervios a flor de piel. Si por ella hubiese sido, se habrían visto ese mismo día, pero no quiere pecar de impaciente ni acelerar los acontecimientos. Aunque, a ese paso, se va a quedar sin uñas.

¿Qué habrá querido decir esa mujer con lo de «mi verdad»? Ha preferido no preguntar y dejarlo para la charla que tienen pendiente. Solo tiene que esperar veintidós horas. ¡Veintidós horas! Debe armarse de paciencia e intentar no pensar demasiado en ello.

La chica suspira y vuelve a centrarse en el dossier con la documentación del caso. Lee con atención al tiempo que va anotando cosas en la pizarra. Hay una página escrita a mano, presumiblemente, por su profesor Ernesto Valle, a la que presta especial atención. La frase que da título a la hoja, escrita en mayúsculas, centrada y subrayada, anuncia el jugoso contenido que viene a continuación:

«SI NO FUE UN SUICIDIO, ¿QUIÉN ASESINÓ A JUNCOSA?».
Debajo, enumerada, aparece una lista de nombres. El que la ha elaborado ha clasificado como sospechosas del asesinato a siete personas:

1. Sabrina Serrano: antigua paciente del doctor Juncosa. Los escucharon discutir acaloradamente en la consulta del fallecido unos días antes de la muerte. La mujer lo acusó de engañarla durante la terapia.
2. Ricardo Acosta: amigo de la víctima, profesor de Historia. Reconoció que últimamente no se llevaban tan bien por una deuda económica. Estuvo en el piso de Juncosa el viernes por la tarde, hacia las cinco, aunque asegura que la víctima no le abrió la puerta.
3. María Gisbert Romero: exmujer de Pedro Juncosa. Se divorciaron dos años antes de la muerte del psicólogo. Las cosas no habían terminado nada bien entre ellos.
4. Úrsula Medina: propietaria de una vivienda en el edificio en el que Juncosa tenía la consulta. Habían mantenido varias disputas por el comportamiento de algunos pacientes del doctor y por la falta de empatía de este, al que acusaba de no poner remedio.
5. Carlos Montero: antiguo paciente de Juncosa que pasó una temporada en la cárcel por el asesinato de uno de sus primos. Pedro fue el que puso a la policía sobre la pista después de una sesión en la que el hombre le reveló el crimen que había cometido.
6. Rita Jovellanos: exsecretaria de Pedro Juncosa, a la que despidió en enero de 2014. Trabajó para él durante varios años.
7. Marcelo González: colega de profesión y rival de Juncosa. En varias ocasiones, criticó en público la falta de ética de la víctima. Estuvieron a punto de llegar a las manos en un programa de televisión, en el que se dijeron cosas muy graves.

Julia anota los nombres de los siete sospechosos en la pizarra y la relación de estos con el psicólogo. Los rodea con sus respectivas circunferencias y las une con flechas al círculo central, en el que figura el nombre del fallecido. Luego se separa un poco para examinar con cierta distancia lo que ha escrito. Cuenta con material suficiente para empezar a trabajar. Tendrá que analizar e investigar a todas esas personas, una por una. Está convencida de que no será

nada fácil y de que se encontrará con innumerables obstáculos por el camino, pero eso lo hace más emocionante todavía. Hace nuevas fotos de la pizarra con su móvil y comprueba que han salido bien y que todos los nombres se leen con claridad. Mañana le preguntará a María José Yuste por cada uno de ellos; quizá esa mujer le pueda dar alguna pista sobre por dónde debe empezar a buscar. Ese será el primer paso.

Respira hondo y se sienta de nuevo en el escritorio con los papeles en la mano. Le pican un poco los ojos y bosteza un par de veces. Lleva demasiado tiempo leyendo; es hora de descansar y de desconectar un rato. ¿Habrá terminado ya Vanesa de trabajar en el hotel?

Está a punto de llamarla cuando escucha el timbre de casa. Su padre abre la puerta y recibe al recién llegado. Julia distingue la voz de Emilio, que intercambia algunas palabras con Miguel Ángel antes de pedir permiso para subir a la habitación de la chica. Después, el joven del cabello azul se despide amablemente del sargento de la guardia civil y va en busca de su amiga.

—No te esperaba —dice Julia tras darle dos besos a Emilio, al que invita a pasar a su cuarto—. ¿Has salido antes de clase?

—Me he saltado la última. Después de hacer la práctica de Documentación, mi cabeza no daba para más.

Julia asiente mientras pega un brinco para sentarse encima del escritorio de madera. Emilio, por su parte, ocupa la silla con ruedecitas y se desliza hasta donde está su amiga. Parece preocupado. La chica enseguida se da cuenta; lo conoce perfectamente.

—Aparte de la práctica de Documentación, ¿hay algo más por lo que vengas con esa cara? —pregunta interesada Julia—. Perdona que te lo diga así, pero has tenido días con mejor aspecto.

—Hoy he hablado con ella.

—¿Con quién?

—Con Claudia.

—¡Ah! ¡La chica de tu clase que te gusta tanto! ¡Al fin me has hecho caso! ¿Y qué tal ha ido? ¿Muy mal?

Emilio se rasca la cabeza e impulsa la silla hacia atrás hasta tropezar con la pared en la que está el póster de Magnus Carlsen. Chasquea la lengua y coloca las palmas de las manos en las mejillas.

—¿Ya te he dicho que Claudia me recuerda mucho a Aurora?

—Sí, varias veces.

—Tiene el mismo halo melancólico y sus ojos parecen estar siempre tristes. Me da la impresión de que también pretende ser invisible a los demás —dice el chico, que vuelve a lanzarse en la silla de ruedas hacia donde está sentada su amiga—. Hoy la he pillado llorando y me he ofrecido a que me contara lo que le pasaba. Quería ayudarla.

—¿Y qué te ha dicho?

—Se ha puesto a la defensiva. Luego ha llegado la profesora de Sociología y ya no hemos vuelto a hablar.

—¿Y eso? ¿Se ha enfadado contigo?

—No lo sé. Ha desaparecido. Se ha ido al terminar la primera clase y no ha regresado. Ni siquiera ha hecho la práctica de Documentación.

—Tal vez se ha puesto enferma.

—No lo sé, pero no lo creo —comenta Emilio pensativo—. Aunque podría ser, claro.

—¿No hay ninguna forma de contactar con ella para que te quedes más tranquilo?

—No, no tengo su número para llamarla o escribirle un WhatsApp.

—¿La has buscado en las redes sociales?

—No aparece. O por lo menos no con su nombre. Ya lo he comprobado. Por más que la he buscado no he dado con ella.

—Eso sí que es extraño. Una chica joven sin redes sociales... Digno de Iker Jiménez y *Cuarto Milenio*.

A Julia se le escapa una sonrisilla que molesta a Emilio. El joven se queja e inmediatamente ella le pide perdón por la broma. El chico acepta las disculpas y hace rodar la silla hasta la pared en la que está la pizarra. La contempla sorprendido e interroga con la mirada a su amiga.

—¿Esto es para la novela?

—No. Es un caso real. La muerte del psicólogo Pedro Juncosa. Es para un trabajo de clase.

Durante varios minutos, Julia le explica a Emilio todo lo relacionado con aquel misterioso asunto y la propuesta de su profesor de Fundamentos Criminológicos para optar a una matrícula de honor.

—Quiere que saque mis propias conclusiones y se las exponga.

El caso está archivado como un suicidio, pero no está del todo claro que fuera eso lo que pasó.

—¿De verdad? ¿A pesar de lo que dijo el juez?

—No hubo pruebas ni indicios de asesinato, pero mi profesor no las tiene todas consigo —responde Julia, que alcanza la carpeta con la documentación y se la da a su amigo para que le eche un vistazo.

—Qué curioso. ¿Por qué piensa eso?

—No me lo ha dicho. Solo me ha pedido que investigue y que elabore una teoría con mis ideas finales.

—¿Y estos son los sospechosos? —pregunta Emilio señalando los nombres que Julia ha anotado en la pizarra.

—Eso parece. Estaban en una lista escrita a mano. Tengo que investigarlos a todos y contactar con ellos para ver qué me cuentan de su relación con Pedro Juncosa.

El chico abre los ojos muchísimo cuando escucha lo que dice su amiga, como un búho en la oscuridad de la noche.

—¿No me digas que vas a hablar con esas personas?

—Lo voy a intentar al menos.

—Pero ¿y si molestas a alguien? —pregunta Emilio, al que se le viene una idea a la cabeza que lo pone muy nervioso—. ¿Y si resulta que uno de ellos es el asesino de Pedro Juncosa y remueves el pasado? ¿Lo has pensado?

¡Por supuesto que lo ha pensado! Pero no cree que vaya a pasar nada por hacer unas cuantas preguntas. Ella no va a juzgar a nadie ni está reabriendo el caso. Simplemente quiere conversar con esas personas sobre un hecho que sucedió hace cinco años. No pretende hacer de policía.

—Tranquilo. Les diré que es para un trabajo de la universidad. No pasará nada.

—No me digas que no pasará nada, ¡que eres Julia Plaza! ¡Siempre pasan cosas a tu alrededor! ¿Te recuerdo tu currículum de desgracias?

—¡No hace falta! Pero esta vez no hay nada que temer, Emi. Estamos hablando de un suceso del pasado. No hay ningún peligro —dice la chica, que trata de calmar a su amigo usando un tono de voz convincente—. Esto es para un trabajo de la universidad. Solo soy una simple estudiante de primero de Criminología que quiere una matrícula de honor. Y para lograrla tengo que poner todo de mi parte. Es la única manera de conseguirla. Aun así, tendré cuidado y

actuaré con precaución.

Emilio escucha con atención a la joven. A pesar de la seguridad con la que ella le habla, él no las tiene todas consigo. Después del caso del Asesino de la brújula, de la explosión en el metro y de lo de Viral, es imposible que no piense que su amiga se puede meter en un nuevo lío y que se preocupe. Sin embargo, prefiere no decirle nada más. Sabe que no va a conseguir convencerla de que abandone la idea. Tiene los ojos brillantes y la ilusión le sale por cada poro de la piel. Ya ha decidido que va a investigar el caso y nadie se lo va a impedir.

—El juez tiene muy claro que fue un suicidio —dice Emilio, que lee la sentencia en el dossier—. Sin ninguna duda.

—La policía y la forense que hizo la autopsia también lo piensan.

Según ha leído en la reconstrucción policial, parece que Pedro Juncosa preparó todo para ahorcarse. Ató una cuerda en el ventilador del techo de su habitación, puso una silla debajo y se subió a ella; se colocó la soga al cuello y derribó la silla. La muerte no tardó mucho en llegar.

—Es obvio que existen dos opciones: una es que se ahorcara él y otra es que lo colgaran. No encontraron rastros de que lo drogaran o lo golpearan con anterioridad. Tampoco aparecieron huellas ni rastros de otras personas. Parece evidente que lo hizo todo él; sin embargo..., hay más posibilidades.

—No te entiendo, Julia. ¿Qué más posibilidades puede haber?

—Existe una tercera opción.

—¿Y cuál es?

—Que lo obligaran a colgarse —resuelve la chica, que busca una noticia en su móvil. La encuentra a los pocos segundos—. Eva Maldonado fue considerada culpable de la muerte de su marido, Elder Riofrío. Ella preparó la soga, curiosamente también la colgó de un ventilador de techo, y luego lo obligó a ponérsela alrededor del cuello.

—¿Cómo lo persuadió para que lo hiciera?

—Fácil. Apuntándole con una pistola —comenta Julia mientras le enseña el móvil a Emilio—. A Pedro Juncosa pudieron amenazarlo con un arma, como en el caso de Eva y Elder, y tuvo que elegir.

—Menuda elección. Morir ahorcado o de un disparo.

—Imagino que, en esas circunstancias, la víctima intenta ganar tiempo. El disparo sería inminente y mortal. En el ahorcamiento,

cabe la posibilidad de que la cuerda se rompa o de que surja algún imprevisto, aunque yo lo veo más como una cuestión extrema de supervivencia. Lo que quiero decir es que, aunque no hay indicios ni pruebas de que alguien lo hiciera, el propio Pedro Juncosa pudo colgarse inducido por una segunda persona que hizo que pareciera un suicidio. Por lo que no hay que descartar nada, a pesar de lo que dijeron el juez, la policía y la forense. Creo que esto es lo que mi profesor quiere que haga en este ejercicio.

Emilio observa a su amiga con admiración. Qué rápido se ha metido en el papel de criminóloga. Siempre ha tenido un sexto sentido para ese tipo de historias, incluso un séptimo.

—Me has convencido. Tal y como lo planteas y teniendo en cuenta el caso que comentas, alguien pudo obligarlo a ahorcarse. Y pudo ser cualquiera. Por cierto, ¿de dónde has sacado esa noticia?

—He leído mucho en lo que llevamos de curso, casos de todo tipo, para familiarizarme cuanto antes con la carrera y con la manera de proceder de los criminólogos. Y ya sabes que tengo buena memoria.

—Con tu memoria prodigiosa vas a ser el terror de los criminales.

—No exageres —dice Julia azorada—. Ahora lo que más me preocupa es estudiar bien este caso y obtener mi primera matrícula de honor en la carrera.

—Vale, pero con calma. Sin sobresaltos, por favor.

—Prometido, Emi. Así será, sin sobresaltos.

CAPÍTULO 7

Martes, 11 de marzo de 2014

Ya lo han llamado dos veces al móvil nuevo que tiene desde hace unas semanas y no lo ha cogido. Pedro Juncosa se quita las gafas de sol y se frota los ojos casi con violencia. Los tiene irritados y cansados de no dormir. Si sumara las horas en las que ha conseguido descansar y desconectar en lo que va de marzo, no pasarían de cuarenta.

Está sentado en la terraza del bar al que suele ir de vez en cuando, a cinco minutos a pie de su casa. En breve tendrá que regresar. Cuatro pacientes lo esperan esa tarde en la consulta. El primero, sin duda, es el peor; un tipo que sueña a menudo que mata a sus hijos. Sabe que no debe dejarse llevar por las apariencias, pero no le extrañaría verlo algún día en la sección de sucesos del Telediario. Quizá debería encargarse de él, lanzarlo por el balcón y decirle a la policía que aquel sujeto se ha suicidado. No lo hará, es un profesional y nunca ha matado a nadie. Al menos, no con sus propias manos.

El teléfono vuelve a sonar. No puede alargarlo más. Da un último sorbo al café, se coloca las gafas y al cuarto timbrazo contesta.

—¿Sí?

—¿Por qué no lo coges a la primera? —pregunta al otro lado una voz masculina y profunda. El hombre parece enfadado.

—Estaba ocupado. Perdona.

—¿Ocupado? Hasta dentro de veinte minutos no abres la consulta.

Pedro resopla. Efectivamente, la voz profunda y enfadada tiene

razón. Si no ha respondido ha sido porque no ha querido.

—¿Qué quieres? —dice el psicólogo, tras unos segundos en silencio.

—¿Te has ocupado de todo?

—Todavía me faltan unos flecos.

—¿Flecos? ¿Qué flecos? ¡No me jodas!

—Es que esto no es fácil.

—Ya sé que no es fácil, pero tú eres el que tiene que encargarse de...

—Lo sé. Sé cuáles son mis funciones. No hace falta que me lo recuerdes —dice Pedro, que cambia el tono de su voz—. Llevo mucho tiempo en esto.

También él se ha molestado. ¿A qué vienen esas exigencias? No tienen derecho a pedirle que haga más de lo que hace, que ya es bastante. Es cierto que se comprometió cuando todo comenzó; creía en aquel proyecto y en el fin por el que se movían. Sin embargo, cada vez tiene más dudas, más remordimientos.

—Mira, Pedro, sé que la próxima operación es muy arriesgada y que, sin duda, es el cometido más ambicioso que vamos a llevar a cabo. Es lógico que estés tenso. Pero de ti depende que no terminemos todos en la cárcel. ¿Puedo seguir confiando en tu trabajo?

El psicólogo no responde inmediatamente. Duda en su respuesta. ¿Pueden seguir contando con él? A su cabeza vienen los recuerdos de hace diez años, de aquella primera reunión en la que todos estaban decididos a cambiar el mundo. Querían hacer historia. Otras leyes, otras reglas.

—Sí, puedes seguir confiando en mí —asegura Pedro, que suena más convencido de lo que en realidad su cerebro dictamina—. Me encargaré de todo, como siempre.

—Bien. Me fío de tu palabra. Te llamo dentro de tres días y me cuentas. Espero que para entonces lo tengas todo solucionado.

—No te preocupes. Estará todo arreglado.

Y sin despedirse, Pedro Juncosa cuelga y da por finalizada la llamada. Se guarda el teléfono de prepago en la chaqueta y mira el reloj que lleva en la muñeca derecha. Tiene que regresar a la consulta para atender al loco que con frecuencia sueña que asesina a sus hijos. Resopla. En el fondo, él no es mejor que aquel tipejo. No, realmente no lo es. De eso ya está más que seguro.

CAPÍTULO 8

Lunes, 11 de marzo de 2019

—¡Espera! ¡Iván, por favor! ¡No lo hagas! ¡No saltes!

El grito ahogado de Vanesa consigue frenar de momento las intenciones del chico, que observa cómo ella corre hacia él.

—No puedo más. Te prometo que no puedo más.

—Claro que puedes. Eres un tío muy fuerte.

—No, ya no.

—Venga, dame la mano —dice la joven temblorosa y con lágrimas en los ojos—. Iván, por Dios, dame la mano.

—Vienen a por mí, Vane. Me van a matar.

—Nadie te va a matar. Yo cuidaré de ti. Iremos a la policía y...

—¡No! ¡A la policía no! ¡La policía es mi enemiga!

—Vale, vale. Nada de policía —rectifica rápidamente la chica temiendo que sus palabras impulsen a su amigo a saltar—. Vamos a la habitación y hablamos. Entre los dos encontraremos una solución. Estoy contigo. Como en los viejos tiempos, ¿vale?

Aquel alegato desesperado de Vanesa hace reaccionar a Iván, al que le ha cambiado la expresión del rostro. Parece más relajado; incluso sonríe tímidamente.

—Como has dicho antes, ha pasado mucho tiempo.

—Pues vamos a recuperarlo. Ven conmigo, anda.

El chico observa la mano tendida de su exnovia, se lo piensa unos segundos y, finalmente, se la coge. Despacio, con su ayuda, elude la valla de cristal. Y se abrazan.

—No vuelvas a hacerme esto jamás —le dice la joven al oído.

—Lo siento. De verdad que lo siento.

Los chicos se separan y se miran a los ojos. A la cabeza de ambos acuden un montón de recuerdos del pasado, de cuando eran pareja. Muchas cosas han cambiado desde aquellos días en los que eran el uno para el otro, demasiadas. Pero después de una situación extrema, la debilidad de las personas se hace más presente. Iván es el que da el paso, pero a ella parece no importarle. Sus labios se juntan. El beso es intenso, corto e incluso torpe. Un beso de otra época, de hace dos años. Son escasos diez segundos recuperados en el tiempo.

Vanesa se da cuenta del error y se culpa de lo que acaba de ocurrir. Pero tiene miedo de que, si dice algo inapropiado, Iván salga corriendo y salte por la cornisa de la azotea. Así que cierra los ojos un instante más y se guarda lo que está sintiendo.

—Ha sido muy bonito —comenta por fin el chico, que sonrío.

Ya no hay rastro del Iván asustadizo de hace un par de minutos. Entonces, repara en el teléfono que hace un momento lanzó contra el suelo. El joven se agacha y contempla el móvil que ha destrozado. Examina las piezas y se da cuenta de que aquello no tiene arreglo. Recoge la tarjeta SIM y se la guarda en el bolsillo del pantalón.

—¿Quién te ha llamado?

—Mi contacto. La única persona que está de mi parte. Él me está ayudando a escapar de Jacob y me mantiene informado de todo.

A Vanesa aquello le suena a película de espías. Le resulta de lo más extraño que Iván tenga un confidente, un contacto, como él lo ha llamado, que le eche una mano para que el jefe de Viral no lo atrape.

—¿Y qué te ha dicho para que reacciones así?

—No puedo contártelo.

—Venga, Iván. Claro que puedes. Yo también quiero ayudarte.

—¡Te he dicho que no! —exclama el joven, que ha alzado la voz, aunque enseguida se arrepiente y se disculpa—. Lo siento. De verdad que no puedo hablar de esto. ¿Vamos a la habitación?

Vanesa asiente. Espera a que Iván pase delante y baja la escalera detrás de él. Agradece no cruzarse ni con Manolita ni con su madre en su camino hasta la 123. Su mente no está para elaborar excusas ni inventar explicaciones.

Entran en el cuarto y los dos se sientan en la cama. La chica piensa que estar tan cerca puede llevar a Iván a equívoco y ella no quiere más besos. Así que, disimuladamente, se levanta y se queda de pie, apoyada en la puerta de la habitación.

—No puedo salir de aquí. Por lo menos hasta dentro de un par

de días —dice Iván apesadumbrado—. Necesito otro teléfono. ¿Puedes prestarme uno?

—Solo tengo el mío.

—No puedo usar tu móvil para llamar a mi contacto. Jacob puede tenerlo pinchado. ¿Puedes ir a comprarme uno? Solo el teléfono, parece que la tarjeta no se ha dañado.

Antes de que Vanesa responda, el chico se agacha y alcanza su mochila, que está en el suelo junto a la cama. Abre el bolsillo delantero y coge una cartera de piel marrón de la que saca dos billetes de cincuenta euros.

—¿Con esto tendrás suficiente?

—De sobra. Pero...

—¿Sabes? Me ha entrado hambre. Llevo más de veinticuatro horas sin comer —continúa diciendo el chico, que parece que definitivamente ha dejado atrás lo ocurrido hace unos minutos en la azotea—. ¿Se puede pedir comida a la habitación, sin tener que bajar a recepción a recogerla?

—Imagino que sí. Nunca me lo han planteado.

—¿Me dejas tu móvil?

Vanesa dibuja una mueca de sorpresa ante la petición de su amigo. Su comportamiento es contradictorio, aunque entiende que tenga hambre si lleva tantas horas sin probar bocado. Sin embargo, tiene alguna que otra duda. ¿Es seguro que haga una llamada desde su teléfono?

—No te preocupes —la tranquiliza Iván adivinando lo que ella está pensando—. Desde tu móvil no puedo llamar a mi contacto porque no sé si lo están vigilando y te pondría en peligro. Pero no pasa nada si pido comida a domicilio. Jacob es bueno, pero no tiene poderes mágicos para averiguar que soy yo el que está llamando a un restaurante desde tu *smartphone*.

Vanesa acepta y le da su móvil a Iván. Este busca en Google una pizzería del pueblo que esté abierta y pide dos pizzas familiares y varias latas de refresco.

—Lo traerán directamente a la habitación 123.

—¿No te has pasado un poco con la comida que has pedido? —pregunta Vanesa cuando el chico cuelga.

—Puede ser. Pero estoy hambriento. Lo que sobre me lo comeré para desayunar. Aunque te podrías quedar a cenar conmigo. He pedido una de barbacoa, como a ti te gusta.

—No, gracias. Tengo cosas que hacer.

Ha sonado poco convincente. Quizá hasta demasiado seca. Pero la realidad es que empieza a sentirse un poco agobiada allí. No puede parar de pensar en el beso que se han dado. ¿Debería contárselo a Julia?

—Comprendo. ¿Me traerás mañana el móvil?

—Sí, iré ahora a por él. A ver si me da tiempo. La tienda estará a punto de cerrar.

—No te entretengo más entonces —dice Iván caminando hasta ella—. Gracias por todo, de verdad. Sabía que podía confiar en ti.

El chico le da un beso en la mejilla como despedida. Vanesa fuerza una sonrisa. Abre la puerta y se marcha de la habitación. Sin perder tiempo, la joven baja la escalera a toda velocidad hasta la planta baja. Mira hacia la recepción para ver la posición de su madre, que, afortunadamente, no está en ese momento. Da gracias en voz baja por su suerte y sale corriendo del hotel. No se detiene hasta que llega a la siguiente calle. Allí se para, respira hondo y toma aire. Reflexiona mientras recupera el aliento. Está estresada, incómoda y descontenta consigo misma. Los hechos se han ido sucediendo sin que ella haya sido capaz de actuar de otra manera, pero siente que no ha hecho las cosas del todo bien. Ha besado a Iván, como en los viejos tiempos. ¿Por qué? ¿En qué demonios estaba pensando? Está arrepentida. Muy arrepentida. Y confusa. Sobre todo porque no sabe qué va a pasar a continuación. Su vida por fin estaba en orden. Disponía de estabilidad y no tenía secretos ni nada que esconder. Ahora, en cambio, no solo tendrá que ocultarle a todo el mundo que Iván ha vuelto al pueblo, sino que deberá cargar con los remordimientos del beso.

Un pinchazo en la espalda la devuelve a la realidad. Es un latigazo muy fuerte, un dolor intenso por encima de la cintura. De vez en cuando le pasa, especialmente cuando hace un gran esfuerzo o está demasiado tensa. Son las secuelas de la explosión en la estación de metro que la tuvo varias semanas internada en el hospital.

A Vanesa le entran ganas de llorar, pero se las aguanta. No le queda más remedio. Si no se da prisa, no podrá comprarle el móvil de prepago a Iván y este no podrá comunicarse con su contacto.

Reanuda el paso con el pinchazo en la espalda todavía presente. De repente, se siente observada. Mira a su alrededor y examina a la gente que tiene más cerca. Es como si todos estuvieran pendientes de

ella. Menuda paranoia. Se reprende a sí misma por su comedura de cabeza y se pone en marcha de nuevo. Sin embargo, esa sensación no la abandona. ¿De verdad alguien la está vigilando?

Manolita guarda el cubo y la fregona en el cuarto de la limpieza de la primera planta. Tiene ganas de llegar a casa y ver a sus hijos. El pequeño, de apenas cinco años, está para comérselo. El mayor, por otra parte, pasa por una etapa complicada. No es fácil ser un adolescente de catorce años. Pero a ambos los quiere tanto que daría lo que fuera por ellos.

La mujer se dirige hacia la escalera cuando ve a un tipo ataviado con una gorra roja y un uniforme del mismo color. Lleva dos cajas de cartón, que parecen ser de pizza, y una bolsa llena de latas de refrescos.

—Perdona, ¿la habitación 123? —le pregunta el muchacho tras mirar un tique—. Tengo que entregar un pedido.

—Es aquella.

Manolita le indica la tercera puerta de la derecha. Le resulta extraño ver allí a un repartidor de pizzas. No es nada habitual. Piensa en quién es el huésped de la 123 y rápidamente recuerda su identidad. Es el hípster al que vio subiendo antes a la azotea. Ese tío que le pareció tan raro y que según Vanesa se había registrado ese mismo día.

El muchacho le da las gracias a la mujer y se encamina hacia la puerta señalada. Llama con los nudillos y enseguida le abren. Manolita contempla la escena de reojo, con discreción. No se ha confundido. Puede ver con claridad el rostro del joven de la barba cuando le paga al repartidor. Entonces un escalofrío recorre todo su cuerpo. No puede ser. El corazón le va a mil por hora y le tiemblan las piernas. ¿Aquel chico es quien ella cree que es?

CAPÍTULO 9

Lunes, 11 de marzo de 2019

—La persona que induzca a otra a suicidarse será castigada con penas de entre cuatro y ocho años de cárcel. En España se suicidaron más de tres mil seiscientas personas en 2017, es el último dato computado por el Instituto Nacional de Estadística.

Julia le lee en voz alta a Emilio, que está al otro lado del teléfono, la información que ha encontrado en Internet sobre las muertes por suicidio que se producen en España. Sin que se diera cuenta, al joven se le ha hecho tarde y ha tenido que irse precipitadamente. De camino a casa ha llamado a su amiga para continuar hablando sobre el tema que los ha mantenido ocupados durante el tiempo que han estado juntos.

—En 2014, año en que murió Pedro Juncosa, se suicidaron tres mil novecientas diez personas, el récord desde que se contabilizan este tipo de datos.

—Vamos, que si ese hombre realmente decidió quitarse la vida no habría sido algo extraño ni ocasional.

—Por desgracia, pasa más de lo que creemos, Emi.

—Pero no estamos seguros de que Pedro se suicidara.

—Eso es lo que piensa mi profesor y, por lo que me ha dado a entender, no es el único. Yo no he sacado aún conclusiones de ningún tipo. Es muy pronto. Pero no quiero poner en duda la investigación oficial ni al juez.

—Si, como dicen, fue un suicidio, ¿aparece en el dossier el motivo por el que creen que pudo haberlo hecho?

Julia abre la carpeta que sostiene sobre el regazo y ojea un par

de páginas antes de responderle a su amigo.

—La razón exacta no queda determinada, pero sí consta que varias personas lo habían visto muy bajo de moral en las últimas semanas. No pasaba por un buen momento.

—Un psicólogo que se suicida por problemas de depresión. No tuvo cura para sí mismo.

—Juncosa no dejaba de ser una persona de carne y hueso. Seguro que tenía sus malas rachas como todo el mundo —comenta Julia, que se fija en una fotografía a la que hasta ahora no había prestado demasiada atención—. ¿Entiendes de nudos?

—¿Yo? No. ¿Por qué me lo preguntas?

—Tengo delante la imagen de la cuerda con la que se ahorcó o lo ahorcaron. El informe dice que es una cuerda de esas que se usan en los rodeos en Estados Unidos.

—Qué curioso. ¿Y de dónde la sacó?

—Aquí pone que fue un recuerdo que compró en Dallas. Me estoy fijando en el nudo. Es el que se conoce como «nudo del ahorcado». Está muy bien hecho.

—¿Y eso tiene algo de raro?

—No lo sé, tal vez no —dice Julia sin apartar los ojos de la foto—. Pero, si realmente se suicidó, o era un experto en nudos o tuvo la sangre muy fría. No hay otra forma de explicar que hiciera un nudo tan perfecto en esas condiciones. Lo lógico sería que estuviera muy nervioso y le temblaran hasta las manos por el paso drástico que iba a dar. ¿Cómo fue capaz de preparar un nudo tan bueno?

La pregunta de la joven no obtiene respuesta de su amigo. De hecho, ninguno de los dos dice nada durante unos segundos.

—Estoy mirando en YouTube —interviene por fin Emilio—. Hay tutoriales para aprender a hacer el nudo del ahorcado. Es increíble.

—En Internet hay de todo, ya lo sabes.

Los dos son conscientes de que en la Red se puede encontrar cualquier cosa. Viral todavía está muy presente en sus mentes. Sin embargo, los vídeos de cómo hacer el nudo del ahorcado perfecto ni siquiera hay que buscarlos en la *Deep Web*. Están en YouTube, al alcance de cualquiera.

—Imagino que lo del nudo lo tendrían controlado el juez y la policía, ¿no?

—Sí, imagino que sí —responde Julia poco convencida—, aunque dieron por hecho que lo hizo el propio Juncosa.

—A lo mejor no es tan difícil hacerlo; quizá esa parte fue la más sencilla. Al fin y al cabo, solo es un nudo.

—Estaba preparando su propia muerte, ¿te parece fácil eso?

—No, claro que no. ¿Has consultado cuántas personas se suicidan de esa manera?

Julia no contesta a la pregunta de Emilio porque en ese instante recibe una llamada. El número que aparece en su móvil es el mismo al que hace un rato envió un mensaje de WhatsApp.

—Emi, luego hablamos. Me está llamando María José Yuste, la empleada de Juncosa con la que he quedado en verme mañana.

—¡Joder! ¿En serio? ¡Contesta! —exclama el chico—. Llámame luego y me das todos los detalles.

Julia ni se despidió de su amigo. Da por finalizada la llamada con él y acepta la de la mujer que encontró el cuerpo del psicólogo fallecido hace cinco años.

—¿Sí?

—¿Eres Julia Plaza?

—Sí, soy yo, encantada. ¿María José?

—Exacto —responde la mujer. Julia le nota la respiración agitada. Tiene una voz aguda y chillona—. Oye, verás, sobre lo de vernos mañana...

Por un momento, la chica cree que la señora va a anular la cita del día siguiente, así que lo que le dice a continuación la coge desprevenida.

—¿Puede ser hoy?

—¿Quiere que nos veamos hoy?

—Sí, esta noche, sobre las diez. ¿Te viene bien? Es que estoy viendo que me voy a pasar toda la madrugada dándole vueltas al tema y prefiero hablar contigo cuanto antes.

Julia piensa rápidamente. Esa mujer vive en la ciudad y ella está en el pueblo. Ir en bus le llevará una hora como mínimo y, si terminan muy tarde, llegará a casa a las tantas y mañana debe madrugar para ir a la universidad. Pero es una oportunidad única para saber más sobre la muerte de Pedro Juncosa. Y antes de lo previsto.

—Perfecto. Quedamos a las diez en...

—A las diez en mi casa —suelta María José sin consultarlo con Julia—. Te mando la ubicación exacta en un mensaje.

—Muy bien. Nos vemos dentro de un rato. Gracias por su

disponibilidad.

—Gracias a ti. Y perdona por el cambio de planes.

Es la mujer la que cuelga dando por terminada la llamada. Julia se queda unos segundos mirando el móvil en silencio, pensativa, con la voz chillona de María José Yuste retumbando en su cabeza. Está segura de que su testimonio le será muy útil para su trabajo, aunque ella no tiene que averiguar si alguien mató a Pedro Juncosa, sino hacer un planteamiento argumentado y realista del caso. Debería repetirse eso constantemente, porque tiene la sensación de que está afrontando la investigación como si fuera la policía encargada de resolverlo. El caso está cerrado y archivado: el juez lo consideró un suicidio.

Mira el reloj. Son más de las ocho y media. Debe calmarse. Ir paso a paso y no centrarse exclusivamente en aquella historia que la está absorbiendo por completo. Incluso se ha olvidado de llamar a Vanesa. ¿Estará ya en casa? Quiere hablar con ella, pero primero le envía un WhatsApp a Emilio contándole las novedades. Sin esperar a que su amigo le responda, marca el número de su novia, que todavía no sabe lo que se trae entre manos. Según transcurra la conversación, se lo explicará en ese momento o lo hará al día siguiente. No tiene mucho tiempo, en veinte minutos tiene que coger el bus.

Pero Vanesa no responde a la primera llamada. Tampoco a la segunda. Ni a la tercera. El que sí lo hace es Emilio, que le envía un WhatsApp.

«¿Quieres que vaya contigo?».

Julia le responde que no, que la mujer cuenta con que irá ella sola y no quiere agobiarla ni que se sienta cohibida por la presencia de alguien más. El chico lo comprende y lo acepta, aunque le pide por favor que lo mantenga informado de todo.

«Y no te metas en líos. Recuerda: sin sobresaltos».

Esta vez no le contesta. Tiene prisa y debe solucionar algún que otro asunto antes de ir a la estación de autobuses. Llama una vez más a Vanesa, que sigue sin cogerle el móvil. Estará muy liada en el hotel. Julia le escribe pidiéndole que la llame cuando pueda e

inmediatamente envía otro mensaje a alguien que sí puede echarle una mano.

«¡Hola! ¿Me puedo quedar a dormir en tu casa esta noche? Llegaría bastante tarde. Sobre las once u once y media. Dime algo cuando veas el mensaje. Un beso».

Está segura de cuál será la respuesta, pero mientras espera la confirmación, prepara la mochila. Mete en ella un pijama, ropa para cambiarse, el neceser con sus utensilios de aseo y el cargador del móvil. También guarda la carpeta con el dossier del caso de la muerte de Pedro Juncosa. Se cuelga la bolsa a la espalda y, tras ponerse la chaqueta vaquera, sale de su habitación.

Cuando está bajando las escaleras, recibe el WhatsApp deseado.

«¡Por supuesto! ¡Qué bien que vengas! Tenía muchas ganas de verte».

Julia sonrío al leer el mensaje. Sabía que podía contar con ella. Solo falta decírselo a sus padres, pero ninguno de los dos está en casa en ese momento. Su madre todavía no ha regresado del trabajo y su padre ha salido a comprar algo para la cena. Cuando se suba al autobús les enviará un mensaje al grupo de WhatsApp que tienen los tres para avisarlos de que pasará la noche fuera y de que mañana irá directa a la universidad. Últimamente ya no la sobreprotegen tanto. ¡Menos mal! Aun así, prefiere no decirles nada hasta estar camino de la ciudad, así no podrán evitar que siga adelante con su plan.

Fuera no hace mucho frío, entre doce y quince grados. Ya es de noche y las luces de las farolas iluminan las calles. Un pitido del móvil le anuncia que ha recibido un nuevo WhatsApp. Piensa que puede ser Vanesa o Emilio, pero no se trata de ninguno de ellos. Es la persona que le dará cobijo esa noche en la ciudad.

«Imagino que no vendrás para cenar, pero guarda sitio para el postre. Casualmente, hoy he preparado esa tarta de manzana que te gusta tanto. Podemos comérsela mientras echamos una partida al ajedrez y me pones al día de tu intensa vida en la universidad. ¡Qué bien lo vamos a pasar, querida nieta!».

CAPÍTULO 10

Lunes, 11 de marzo de 2019

Vanesa todavía tiene la sensación de que alguien la sigue. Se detiene varias veces y mira a su espalda, pero no detecta a nadie que la esté observando ni que vaya detrás de ella. Sin duda, la charla con Iván le ha metido el miedo en el cuerpo y ahora desconfía hasta de su propia sombra.

Julia la ha llamado en varias ocasiones, pero ha preferido no cogerle el teléfono. La llamará en cuanto llegue a casa y haya cumplido con su cometido.

En el pueblo no hay demasiadas tiendas en las que se pueda comprar un móvil. La mejor es la del padre de Yi Lin, que es a la que se dirige. Entra en el establecimiento y ve a su amiga en el mostrador con la vista puesta en su teléfono. Nunca se llevó ni bien ni mal con aquella chica de padres chinos nacida en la provincia de Albacete. Hasta que empezó a salir con Julia. Desde entonces, mantienen una buena relación y forman parte del mismo grupo de amigos.

—¡Vane! ¿Qué haces por aquí? —dice Yi, que levanta la cabeza al escuchar que la puerta se abre y contempla sorprendida a la recién llegada—. ¿No viene Julia contigo?

En ese instante, Vanesa recuerda que le ha mentado a su novia hace un rato cuando le dijo que no podía quedar con ella porque tenía que trabajar en el hotel porque su madre se había puesto mala. Con la paranoia de que alguien la persigue, no había pensado en eso.

—No. Y no puede saber que he venido —le advierte la joven, que habla en voz baja—. ¿De acuerdo?

—¿Estáis mal? ¿Habéis discutido?

—No. Nada de eso. Todo va bien, no te preocupes. Ya te lo explicaré. ¿Estás tú de encargada?

—No, mi padre. Espera.

Yi da un grito para avisar a su padre, que está en la trastienda. Enseguida aparece un hombrecillo de ojos rasgados, con poco pelo y vestido completamente de blanco. Le sonrío a Vanesa y le pregunta amablemente qué desea. La joven le explica que necesita un móvil de tarjeta prepago no demasiado caro. El hombre se gira y abre una vitrina de la que empieza a sacar teléfonos, que va colocando encima del mostrador.

—¿Te han robado el móvil? —le pregunta Yi desconcertada.

—No, no me lo han robado. Es que... necesito otro.

Vanesa se da cuenta de la expresión de su amiga, mezcla de confusión e incredulidad. Pero no puede contarle que Iván está alojado en una habitación del hotel de sus padres y que aquel teléfono es para él. El chico le ha ordenado que no le revele a nadie su paradero.

—Este está muy bien de precio y es un móvil muy bueno —dice el dueño de la tienda mostrándole un Alcatel negro—. Y este otro también va fenomenal.

El segundo móvil que le muestra es un Nokia. A Vanesa le agrada. Parece muy antiguo, aunque eso le da igual. No es para ella y no cree que Iván lo necesite para mucho más que para realizar y recibir llamadas. Lo que desea es salir de allí cuanto antes y que Yi Lin no le haga más preguntas.

—Perfecto. Me llevo este —dice Vanesa eligiendo el Nokia.

—Buena elección, señorita. ¿Te lo envuelvo para regalo?

—No hace falta, gracias. Cóbreme cuando pueda.

El hombre asiente sin dejar de sonreír ni un solo segundo. Vuelve a guardar los móviles de muestra en la vitrina y busca en el interior de un armario el modelo por el que la joven se ha decidido.

—¿Este número se lo vas a dar a todo el mundo o solo lo usarás con alguien en concreto? —vuelve a preguntar Yi curiosa.

—Es para... hablar con mis padres —miente Vanesa, que se sonroja.

—Eso está muy bien —se atreve a decir el hombre, que ya ha dado con la caja que busca—. Nunca hay que perder el contacto con los padres. Nosotros nos preocupamos cuando volvéis tarde o cuando no nos llamáis para avisar.

—Papá, tú no puedes quejarte de mí en ese sentido. Me tienes supercontrolada.

El hombre sonríe y mueve la cabeza negativamente. No piensa discutir con la alocada de su hija en público y menos delante de una de sus amigas. Introduce la caja en una bolsa de tela que lleva impreso el nombre de la tienda y se la da a Vanesa. Esta paga con un billete de cincuenta euros y en cuanto recibe la vuelta, se despide de Yi Lin y de su padre y sale precipitadamente del establecimiento.

Vanesa sabe que su amiga ha dudado de lo que le ha contado. Ha sonado muy sospechoso que le pidiera que no le dijera nada a Julia. Mientras camina, se arrepiente de su manera de gestionar la situación. Pero se ha puesto nerviosa y sus respuestas no han sido demasiado brillantes. Ahora ya no hay marcha atrás. Espera que Yi no le diga nada a su novia, por lo menos hasta que ella pueda contarle lo que pasa, que ojalá sea pronto, porque no le gusta tener que mentir. Hace varias horas que no habla con ella y se siente mal por no haberle contado la verdad. Y por el beso. No se puede olvidar de que ha besado a Iván. No se lo perdona.

De pronto, echa mucho de menos a Julia. Siente la necesidad de escuchar su voz, así que saca el móvil del bolsillo de su chaqueta para llamarla. Entonces descubre que no tiene batería. Suelta un par de palabras malsonantes en voz alta y se detiene delante de un semáforo en rojo. Puede que sea una locura, pero vuelve a sentir que alguien la observa. Aquello empieza a preocuparle de verdad. Se da la vuelta y en esta ocasión sí ve a alguien conocido corriendo hacia ella. Es Yi la que se acerca rápidamente al paso de cebra en el que Vane aguarda para cruzar.

—¿Qué pasa? ¿Me he olvidado algo en la tienda?

—No, nada de eso —responde Yi muy seria—. He venido para preguntarte algo.

—¿El qué?

—¿Le estás poniendo los cuernos a Julia?

La pregunta pillaba desprevenida a Vanesa, que titubea antes de contestar intentando no mostrar fisuras. Un simple beso no puede considerarse infidelidad, ¿no? Solo ha sido un estúpido y desafortunado error. Tiene muy claros sus sentimientos.

—Por supuesto que no.

—¿Y por qué no puedo decirle que has estado en la tienda?

—Porque cree que estoy trabajando —dice Vanesa con

sinceridad—. Habíamos quedado, me ha surgido un imprevisto y he preferido decirle que tenía que sustituir a mi madre en la recepción del hotel.

—¿La has engañado?

—Bueno, no le he dicho la verdad.

—¿Por qué?

—No puedo explicártelo, pero confía en mí. No le estoy poniendo los cuernos. Te lo prometo, Yi.

—El teléfono que has comprado no es para hablar con tus padres, ¿verdad?

Vanesa suspira resignada. ¿En qué momento se le ocurrió la brillante idea de ir a la tienda del padre de Yi a comprar el teléfono para Iván? Debería haber previsto que su amiga podía estar allí.

—Mira, de momento no puedo decirte nada. Perdóname.

—No quiero ser cómplice de una infidelidad.

—¡Que no he engañado a Julia! ¡Tienes que creerme, Yi! ¡Confía en mí, por favor!

—Entonces, ¿lo del móvil nuevo?

La insistencia de la joven de rasgos asiáticos la está agobiando. Agacha la cabeza, cierra los ojos y se aprieta las sienes con ambas manos. Su amiga la observa con cierta preocupación.

—¿Estás bien?

—No, Yi. No estoy bien —responde Vanesa harta de la situación—. No puedo contarte el motivo por el que no le he dicho a Julia la verdad ni para qué es el móvil que he comprado. Solo te pido que confíes en mí y que no hables de esto con nadie. Por favor.

—¿No estás siendo infiel? ¿El teléfono no es para hablar con alguien que no es Julia?

—Te juro que no. Hay un motivo para todo esto, pero todavía no puedo hablar de ello.

—Qué misterioso.

Yi se acaricia la barbilla y mira hacia arriba, como si estuviese tratando de adivinar un acertijo imposible. Finalmente, sonrío y termina abrazando a Vanesa, que respira algo más tranquila.

—Me tengo que marchar. Me he quedado sin batería en el móvil y no sé cuánto tiempo llevo incomunicada. Por favor, no le cuentes nuestra conversación a Julia.

—No lo haré. Tu secreto turbio está a salvo conmigo. Aunque si me entero de que le has puesto los cuernos a mi querida amiga Jota

punto Plaza te vas a enterar. Y descubrirás qué entendemos los chinos por venganza.

—Tú eres española, naciste en un pueblo de Albacete.

—Pero mi sangre es pekinesa —dice Yi, que le lanza un beso a su amiga y se da la vuelta para regresar a la tienda de su padre con un aire dramático en sus movimientos.

Aunque no está para muchas alegrías, a Vanesa se le escapa una sonrisilla. No ha sido una tarde fácil. Tiene ganas de llegar a casa, tumbarse en el sofá y llamar a su novia para decirle cuánto la quiere. Esa es la única verdad: quiere a Julia; todo lo demás es ciencia ficción.

Con energías renovadas y deseosa de recuperar la tranquilidad, Vane cruza por fin el paso de cebra sin fijarse en el color del disco del semáforo. Tampoco se da cuenta de que un coche azul se aproxima a toda velocidad. No se oye el ruido del frenazo, porque el vehículo no se detiene. Solo se escuchan los sonidos de la noche y del impacto del cuerpo de la chica contra el asfalto. Después, gritos.

CAPÍTULO 11

Lunes, 11 de marzo de 2019

Es muy raro que no le coja el móvil ni le responda al mensaje que le envió antes. Ahora una voz la informa de que su teléfono está apagado o no tiene cobertura. A lo mejor se le ha terminado la batería y no se ha dado cuenta. Julia está empezando a preocuparse por la falta de noticias de Vanesa. Tal vez solo esté ocupada, trabajando. Piensa en llamarla al teléfono fijo del hotel, pero enseguida descarta la idea. No quiere molestarla ni parecer una pesada obsesionada. Decide darse de plazo hasta llegar a la ciudad. Si entonces no ha tenido noticias suyas, intentará localizarla en el hotel.

Los que sí la han llamado han sido sus padres, que ya estaban juntos en casa cuando recibieron el mensaje en el grupo de WhatsApp. No se han tomado mal su improvisado plan ni le ha caído una bronca, aunque tampoco saben el motivo real de su viaje; ha preferido guardárselo hasta más adelante. Simplemente, se ha limitado a contarles que iba a visitar a su abuela Pilar. Ya les explicará en su momento la historia completa. Por teléfono seguro que se pondrían nerviosos y se quejarían de su atrevimiento. Y llevan una racha familiar muy buena como para alterarlos ahora.

Sin sobresaltos.

El autobús va medio vacío, así que se ha podido sentar sola. Eso le ha permitido seguir analizando con tranquilidad el informe de la muerte de Pedro Juncosa.

A mitad del trayecto, su móvil, al que ha quitado el sonido, empieza a vibrar. El que llama es Emilio. La chica contesta procurando no alzar demasiado la voz para no incomodar al resto de

los viajeros.

—Dime, Emi.

—¿Sigues en el bus?

—Sí, me queda un ratito para llegar y después aún tengo que coger el metro. Son cinco paradas de la línea seis. La casa de la señora está al lado de la estación.

—Mejor. Así no tendrás que caminar mucho de noche —dice Emilio, que decide abordar la verdadera razón de su llamada—. Oye, te quería pedir algo.

—Miedo me das. ¿De qué se trata?

—Verás, desde que salí de tu casa, no he dejado de darle vueltas al caso de Juncosa y a su misteriosa muerte. ¿Tienes el informe a mano?

—Sí, me lo he traído. Precisamente lo estaba leyendo cuando me has llamado.

—¿Te importaría compartir conmigo algunas páginas del dossier? Podrías fotografiarlas con el móvil y enviármelas por WhatsApp.

—No sé si es una buena idea.

En realidad, a Julia le parece una idea horrible. Aquel informe es para un trabajo de clase y su amigo no debería pedírselo ni jugar a los detectives con la que fue una muerte real.

—¿Por qué? Solo quiero echarle un vistazo con calma. En tu casa apenas pude ver nada.

—Es que no deberías haber visto nada, Emi.

—¿Prefieres que investigue en Internet por mi cuenta? —pregunta el joven molesto por la negativa de Julia—. Vamos... Es que ahora no pienso en otra cosa. A lo mejor, hasta puedo servirte de ayuda.

La chica intenta no ponerse nerviosa. La culpa es suya por haberle hablado del caso. Ahora tiene que pagar las consecuencias.

—¿Qué parte quieres que te pase?

—¡No sé! ¡El principio! —exclama Emilio, que no disimula su emoción—. Las primeras páginas estaría bien. Las que puedas.

—Me voy a arrepentir de esto.

—¡Seguro que no! ¡Gracias! Te cuelgo para que puedas hacer las fotos y mandármelas.

Julia emite un gruñido en señal de protesta, pero accede a hacer lo que su amigo le pide. No tarda mucho. Al no haber nadie sentado a su lado, actúa rápido y sin presión. Antes de que el autobús llegue a

la estación ha finalizado la tarea y le ha enviado las fotos a Emilio. El joven del cabello azul vuelve a llamarla para darle las gracias y disculparse por si se ha sentido obligada a cumplir con lo que le ha pedido.

—No te preocupes. Pero no vayas hablando de esto por ahí.

—Solo será para uso personal. Lo leeré atentamente después de cenar.

—Emi, esto no es un juego. Fue una muerte de verdad.

—Ya lo sé. ¿O es que no recuerdas quién te advirtió que no te metieras en líos?

Julia chasquea la lengua y se despide de su amigo, insistiendo en que no divulgue el contenido del informe.

El autobús ya ha entrado en la ciudad y Vanesa continúa sin ponerse en contacto con ella. Va a llamar al hotel, pero primero prueba suerte de nuevo con el móvil de su novia. Esta vez el teléfono sí da señal, pero nadie responde. Inquieta, vuelve a intentarlo. Al tercer *bip*, por fin responde.

—¡Julia! ¡Iba a llamarte ahora! ¡Tenía muchas ganas de hablar contigo!

La voz de Vanesa suena diferente, nasal y entrecortada, como si hubiese llorado.

—¿Qué ha pasado?

—Un coche casi me lleva por delante.

—¿Qué dices? ¿En serio? ¿Estás bien?

—Sí. Más o menos. Me he torcido un tobillo y me lo han vendado en el ambulatorio, pero nada más. Unos rasguños sin importancia en las rodillas y en los brazos. No tengo nada roto. ¡Menos mal! Ha sido un susto tremendo.

Vanesa le explica a su novia que estaba cruzando un paso de cebra cuando un coche azul, del que no pudo ver la matrícula ni distinguir el modelo, se saltó el semáforo en rojo y pasó muy cerca de ella. Afortunadamente, no la atropelló, pero al esquivarlo, cayó al suelo y se torció el pie. El conductor se dio a la fuga y nadie ha podido identificarlo todavía.

—Sigo en el ambulatorio. Mi madre va a venir a buscarme. Siento no haberte avisado antes, pero acabo de encender el móvil. Me quedé sin batería y una enfermera me ha prestado su cargador.

—No te preocupes. Lo importante es que te encuentres bien.

—Sí, pero me puse muy nerviosa. Casi ha sido peor la tensión del

momento que el golpe en sí. Cuando me caí, vi la sangre en las rodillas y en los brazos y me empezó a doler todo el cuerpo. Me acordé de los meses en el hospital... No quería volver —dice Vanesa entre lágrimas—. Un chico me ha traído al ambulatorio en su coche y se ha quedado conmigo hasta que ha visto que no era nada grave.

—Joder, Vane. Cuánto lo siento. ¿De verdad que estás bien?

—Sí, con muchas ganas de verte. ¿Estás en casa?

—No, en el autobús. Acabo de llegar a la ciudad. Estoy ya cerca de la estación —responde Julia, que se siente culpable por no estar al lado de su novia—. Te he llamado varias veces para avisarte.

—¿Has ido a la ciudad? ¿A estas horas?

No es el momento de darle explicaciones a su chica después de lo que le ha sucedido. La historia de Pedro Juncosa es muy larga para contársela ahora. Además, el autobús ya ha entrado en la estación. Debe darse prisa en coger el metro hasta la casa de María José. No quiere llegar tarde y hacer esperar a la mujer.

—He venido a visitar a mi abuela. Pasaré la noche aquí.

—¿Y eso? ¿Está enferma Pilar?

—No, pero tenía muchas ganas de verla y... aquí estoy —responde Julia, que cada vez se siente más culpable—. Pero si quieres cojo el siguiente bus de vuelta.

—¡No! No te preocupes. Yo estoy bien. Además, necesito descansar. No tardaré en irme a dormir.

—¿Quieres que comamos mañana juntas?

—¡Vale! ¡Me parece una gran idea! —exclama Vanesa; la propuesta le hace mucha ilusión—. Le diré a mi madre que me cojo el día libre para recuperarme del accidente.

—Genial. Mañana salgo a la una. Te recojo sobre las dos y cuarto y vamos a comer a algún restaurante de la plaza. Invito yo.

—¡Perfecto!

La alegría con la que Vane ha recibido el plan improvisado alivia a Julia, a la que le sabe muy mal no estar con ella arropándola y dándole cariño. Será un buen momento, además, para ponerla al día sobre lo que ha ido a hacer a la ciudad y sobre el trabajo que tiene que realizar para obtener una matrícula de honor en una de las asignaturas de la carrera.

—De verdad que estás bien, ¿no?

—Que sí, pesada. ¡No me lo preguntes más!

Las dos se echan a reír y bromean durante un rato antes de

despedirse. Julia entra en la estación del metro y le advierte a Vanesa de que puede quedarse sin cobertura en cualquier momento. Y así sucede después de que ambas se regalen el último «te quiero».

Tiene suerte y el tren aparece justo cuando ella llega al andén. No hay demasiada gente en el vagón al que sube, incluso puede sentarse. Coloca la mochila entre las piernas y coge el móvil. Examina las imágenes de las primeras páginas del dossier que antes le ha enviado a Emilio. Vuelve a mirar la foto en color de Pedro Juncosa con el traje puesto.

¿De verdad aquel hombre se suicidó? Hace *zoom* en el rostro del psicólogo, como esperando a que este le responda a la pregunta. Va deslizando la vista despacio por la fotografía aumentada. Se fija en sus dedos; tiene las uñas mordidas, las de los cinco dedos de las dos manos. Eso le llama la atención. Indica que aquel hombre era una persona aparentemente nerviosa. Inquieta, cuando menos. ¿Cómo pudo ser capaz de hacer un nudo tan preciso en la cuerda que iba a utilizar para suicidarse minutos después? Tal vez solo sea algo circunstancial y no tenga nada que ver una cosa con la otra. Pero su instinto continúa advirtiéndola de que hay algo que no cuadra. Los diez minutos en el metro se los pasa reflexionando sobre el tema y resuelve que no puede sacar conclusiones ni llevarle la contraria al juez ni a la policía que ha investigado el caso por unas uñas mordidas.

Cuando sale de la estación y su móvil vuelve a tener cobertura, escribe un WhatsApp a sus padres para decirles que ya está en la ciudad y que en breve verá a su abuela. Su madre le responde con un «OK» y un «dale un beso de nuestra parte».

La chica camina hasta el número 51 de la calle en la que vive María José Yuste. Es un edificio antiguo, marrón, de tres plantas. Se acerca al telefonillo y pulsa el botón correspondiente al primero D.

—¿Sí?

—Hola, soy Julia.

—Qué puntual. Te abro. Sube por la escalera, el ascensor está roto.

La chica escucha una especie de timbre y empuja la puerta, que pesa bastante. La luz del recibidor se enciende automáticamente y enseguida ve la escalera al fondo a la izquierda. Instintivamente, mira su reloj para comprobar la hora. Sí, ha sido muy puntual: falta un minuto para las diez.

Los nervios se apoderan de Julia desde que pisa el primer escalón. Trata de calmarse mientras sube a la primera planta del edificio. Se dice a sí misma que debe transmitir tranquilidad para que aquella mujer hable con ella sin miedo. Si ella duda, María José también lo hará y eso perjudicaría la conversación.

Así que toma aire, lo expulsa despacio y dibuja la mejor de sus sonrisas justo cuando llega al último peldaño. Desde su posición puede contemplar hasta ocho puertas en un pasillo no muy ancho, cuatro a cada lado. La que se abre es la segunda de la derecha. Una mujer bajita y regordeta, con el cabello corto y tintado de morado se asoma y le hace gestos con las manos para que se acerque.

—Aquí, niña, aquí.

Julia no cambia la expresión ensayada en la escalera y sigue sonriendo. Va hasta la puerta del primero D y se presenta a la mujer.

—Hola, soy Julia Plaza —dice alargando su brazo derecho para estrecharle la mano a María José.

Esta ignora la cortesía de la joven y le pide que entre en el piso sin siquiera saludarla. Julia obedece y va detrás de aquella curiosa mujer.

—¿Has venido sola o te ha traído alguien?

—He venido en metro.

—Ten cuidado en el metro por la noche, es peligroso.

Julia no quiere llevarle la contraria y asiente. María José la conduce hasta un pequeño salón recargado de cuadros y figuritas de todo tipo. Le pide que se siente en el lado derecho de un viejo sofá gris de tela mientras ella ocupa el lado izquierdo. Aunque la chica continúa esbozando su sonrisa, por dentro los nervios la están devorando. ¿Quién debe iniciar la conversación? ¿Debe ir directa al grano? ¿Preguntarle sin rodeos por lo que ella definió como «su verdad»?

Decide tomárselo con calma y empezar dándole las gracias por atenderla.

—María José, le estoy muy agradecida por...

—Lo mataron —la interrumpe la mujer del pelo morado con su voz aguda y chillona.

—¿Qué? ¿Lo mataron?

—Sí. Lo tengo clarísimo. La muerte de don Pedro no fue un suicidio. Estoy segura de que fue un asesinato.

CAPÍTULO 12

Lunes, 11 de marzo de 2019

Ha sido un día horrible, como todos los 11 de marzo de los últimos quince años. Lleva encerrada en la habitación desde que regresó de clase. Solo aguantó la primera hora; después volvió a la residencia en la que vive, un pequeño edificio en el que ocho chicas comparten cocina, comedor y dos cuartos de baño. Por lo menos, no paga mucho dinero y está bastante cerca de la universidad.

Alguien llama a la puerta. Al otro lado, escucha la voz de Gina, la italiana que vive con ella, que pronuncia su nombre con un marcado acento milanés. Claudia se levanta de la silla y esconde lo que tiene sobre la mesa en el segundo cajón de la cómoda, donde guarda la ropa interior. Después se sienta en la cama y le da permiso a la joven para que pase. Su compañera de residencia abre y se queda bajo el marco de la puerta.

—¿Has cenado? —le pregunta la morena de ojos claros y nariz respingona—. He traído pizza.

—No me apetece, gracias.

—Es de peperoni y *prosciutto*. Recién hecha.

—No, de verdad, Gina. No tengo ganas. Me voy a ir a dormir pronto.

—¿Tú? ¿Pronto? No me lo creo.

Normalmente, de las ocho residentes, Claudia siempre es la última en acostarse; incluso hay noches que se las pasa completamente en vela, pensando, escribiendo, llorando... Sobre todo llorando.

—Estoy cansada. No ha sido un buen día.

—¿Quieres hablar de ello?

—No.

La negativa suena excesivamente brusca, pero a Gina no le molesta. Después de seis meses viviendo juntas, ya conoce sus reacciones. La italiana asiente con la cabeza y le da las buenas noches antes de cerrar la puerta.

Claudia suspira. Sabe que a veces no se comporta de la manera más correcta. No lo hace a propósito. Simplemente es así. No tiene motivos para actuar de otra forma. Gina la entiende, pero la mayoría no. La consideran una estúpida, una borde. Por eso intenta relacionarse lo menos posible en la universidad. Además, no le apetece tener amigos ni ir contando sus problemas por ahí. ¿A quién le va a interesar la vida de mierda que le ha tocado soportar? Que no hable y que no se relacione con los demás no significa que no esté pendiente de lo que sucede a su alrededor. Posee un oído muy fino y es una persona muy observadora.

De nuevo sola, se pone de pie y se dirige a la cómoda. Abre el segundo cajón y saca lo que guardó antes de que apareciera Gina. Es una lata de cerveza. En aquella residencia tienen prohibido el alcohol, pero las normas, en ocasiones, están para saltárselas. Y aquel es un buen día para hacerlo. En la pequeña nevera que le regaló su madre por Reyes tiene dos botes más. Al salir de la universidad compró un pack de seis en una tienda que le pilló de camino. Por suerte, la italiana no se ha dado cuenta de que ha estado bebiendo. No cree que la denunciara a la encargada, pero le habría pedido una para acompañar la pizza. Y todas esas cervezas son exclusivamente para ella.

Da un sorbo y se sienta otra vez en la mesa, donde tiene el ordenador portátil. Desactiva el bloqueo de pantalla y continúa leyendo la información que acababa de encontrar. Es una noticia de hace casi dos años.

«... Junto al cuerpo de la víctima ha aparecido una brújula. En el pueblo todo el mundo está aterrorizado y se pregunta quién ha asesinado a la joven Aurora Ríos...».

Finalmente, ha dado con lo que buscaba. ¿Se referiría él a aquella chica muerta cuando la comparó con una vieja amiga? Claudia sonríe. No sabe si porque le hace gracia esa circunstancia o

por el efecto de las cervezas que se ha tomado.

Mira el calendario cutre de florecitas que tiene colgado en la pared de la habitación y sigue buscando información sobre la tal Aurora Ríos en Internet.

Puto 11 de marzo...

Sabe que es una imprudencia, pero mientras cenaba ha sentido un fuerte impulso y no se ha podido resistir. Se trata de algo que tiene pendiente desde hace bastante tiempo y esa noche por fin va a llevarlo a cabo.

Iván se pone la chaqueta de cuero, la gorra y las gafas de sol, aunque es noche cerrada. Se cuelga la mochila del hombro y sale de la habitación 123. Baja la escalera y pasa muy rápido por delante de la recepción agachando la cabeza. Ni siquiera se da cuenta de que la madre de Vanesa no está. De guardia se encuentra un joven con perilla y gafas a lo Harry Potter que está haciendo prácticas en el hotel; lo han avisado para cubrir el turno de noche. El muchacho ha sustituido a Gloria para que esta pudiera estar con su hija, que ha sufrido un accidente.

Iván todavía no se ha enterado de que un coche azul casi atropella a su amiga. El chico camina hasta la parada de taxis más cercana. Por suerte, hay uno libre. Se sube en él y sin quitarse las gafas ni la gorra le indica al taxista la dirección a la que desea ir. Falsea un poco la voz, poniéndola más grave. Teme que el hombre lo reconozca, pero, pasados unos minutos, ve que no le está prestando atención. El conductor canturrea un tema de Mecano que suena en la radio; aun así, Iván se mantiene alerta, por si acaso. Si aquel tipo descubriera su identidad, tendría que actuar rápidamente. En su mochila lleva lo necesario por si se diese el caso, aunque prefiere no tener que hacerle daño a nadie más.

—Fueron los mejores —comenta el hombre al detenerse en un semáforo en rojo.

—¿Cómo dice?

—Mecano. Me sé todas sus canciones. Nunca habrá un grupo mejor.

—Ya.

—¿A usted no le gusta?

—Están bien —responde Iván sin ganas de seguir con la charla.

—Claro. Es muy joven. Pero los que ya peinamos canas nos enamoramos de Ana Torroja y de los hermanos Cano a principio de los noventa. Menudas letras. Aquello sí que era música y no la que hay ahora.

El chico no le contradice. No piensa debatir con aquel hombre ni sobre música ni sobre ningún otro tema. Solo desea que no le hable más y que lo lleve lo más rápido posible al lugar que le ha indicado. Y consigue su propósito; al no tener respuesta por su parte, el taxista no vuelve a hablar en los siguientes quince minutos. Pero cuando se están acercando al destino, le hace una pregunta:

—¿Sabe usted que está cerrado?

—¿El qué está cerrado?

—El cementerio. Cierra a las siete y media —dice el taxista, que baja el volumen de la música de la radio. Ahora suena un éxito actual de una de esas cantantes de *Operación Triunfo* que no le gustan tanto—. No pensaría entrar, ¿verdad?

A Iván no se le había ocurrido que el cementerio no pudiera estar abierto a esa hora. ¡Cómo no lo ha pensado! Pero no va a informar al taxista de sus verdaderas intenciones. Tendrá que improvisar, porque no piensa cambiar sus planes.

El coche se detiene frente a la puerta principal del camposanto. El chico paga la carrera y se baja del vehículo. Se ha puesto nervioso en el taxi temiendo que aquel tipo terminara averiguando quién era. En cualquier caso, ha sido una buena prueba para comprobar que su camuflaje es válido. Ese hombre vive en su pueblo y no lo ha reconocido, aunque tendrá que evitar quitarse las gafas de sol y la gorra. Tampoco será muy aconsejable afeitarse en las próximas semanas.

Iván camina hasta la puerta del cementerio con pocas esperanzas. Efectivamente, está cerrada. En un cartel junto a la cancela se informa de los horarios: como le había dicho el taxista, abren desde las ocho de la mañana hasta las siete y media de la tarde. Necesita un plan B.

El joven empieza a andar pegado a la valla que rodea el cementerio. Está oscuro y no se ve demasiado. Ese factor le favorece, pues así nadie podrá apreciar desde la carretera lo que va a hacer. Iván se sube a la reja y con cuidado deja caer la mochila al otro lado.

Después da un brinco hasta alcanzar la parte más alta de la cancela y con un salto felino aterriza dentro del recinto. La maniobra ha sido más fácil de lo que imaginaba. Hubiera preferido entrar de otra manera, pero no le ha quedado más remedio que hacerlo así. Deberá tener cuidado para que no lo descubran.

Hay pocas farolas encendidas, pero dan la luz suficiente para ver el camino. Sabe a dónde se dirige; recuerda bien el lugar, a pesar de haber estado solo una vez allí. Son apenas cinco minutos los que tarda en llegar a la lápida de la persona a la que ha ido a visitar. Iván lee su nombre para sí y sonrío: Hugo Velero Minardi. Vuelven a encontrarse.

—Hola, amigo, ¿cómo estás? —dice alegremente el chico, que se sienta en el suelo frente a la tumba del que fue su compañero de piso—. Perdona por no haber venido antes a visitarte. Tu amigo Jacob me ha estado jodiendo. Bueno, ya sabes cómo se pone cuando le tocan los huevos. Me ha perseguido por Argentina, Perú, Brasil... Hasta me ha pisado los talones en Rusia, Hungría y Polonia. Pero, de momento, he sido más listo que él. También fui más listo que tú. ¡Menos mal! Porque si no, los que estaríamos en este sitio antes de tiempo habríamos sido Julia o yo..., no tú, maldito cabrón. Tal vez, si no hubieras sido tan avaricioso, ahora mismo no te estarían comiendo los gusanos en ese hoyo.

A Iván se le escapa una pequeña carcajada después de sus últimas palabras referidas a los gusanos y al hoyo en el que se encuentra Hugo y continúa hablándole en la oscuridad de esa noche cerrada de marzo. La temperatura está descendiendo y pronto bajará de diez grados.

—Te preguntarás a qué he venido. A lo mejor te han dicho algo en el infierno en el que seguro te han hospedado. O no. Me encantaría saber a dónde coño te han llevado. Bueno, lo que de verdad me gustaría es que estés sufriendo tanto como estoy sufriendo yo aquí. ¿Sabes lo que es vivir siendo consciente de que has matado a una persona? ¡Claro que lo sabes! ¡Tú también fuiste un asesino! ¡Un puto asesino!

Iván se da cuenta de que está alzando demasiado la voz. No es plan de que la gente de seguridad del cementerio lo pille allí gritándole a una tumba. Se pide a sí mismo tranquilidad y que hable más bajo. Suspira y, tras secarse dos lagrimones, prosigue.

—Aunque no te lo creas, he venido a disculparme. Pude hacerlo

el día que te enterramos, pero estaba todavía en caliente. Te odiaba. Y te sigo odiando, Hugo. Pero llevo mucho tiempo necesitando pedirte perdón por haberte matado. Aunque fuera justificado, aunque tuviera motivos más que de sobra para hacerlo. Fue un acto de defensa. Para defenderla a ella. ¿Que si lo volvería a hacer? Seguro. Volvería a clavarte aquel cuchillo para que no pudieras hacerle daño a Julia. En aquel momento, ella era muy importante para mí.

Hace una pausa y respira hondo. Siente una gran presión en el centro del pecho y las lágrimas corren por sus mejillas. Iván trata de limpiárselas con las manos conforme van cayendo, sin éxito. Muchas aterrizan incontroladas en el frío suelo del cementerio.

—Así que... perdóname, Hugo. Y si desde dondequiera que estés puedes ayudarme de alguna manera, hazlo; si no, pronto nos veremos las caras. O las almas. O lo que sea que nos identifique una vez muertos. No creo que me quede mucho tiempo aquí.

CAPÍTULO 13

Lunes, 11 de marzo de 2019

El encuentro con su abuela es muy emotivo. La chica le da un abrazo largo e intenso a Pilar, que sonríe ilusionada mientras mantiene su cabeza pegada al hombro de su nieta. Después se agarran de la mano y caminan juntas hasta el salón.

—Te he preparado la habitación de siempre.

—¡Gracias! ¡Eres la mejor! ¿Me dejas que me ponga el pijama antes de contarte algo que te va a encantar?

—Por supuesto, querida nieta. Estás en tu casa, ya lo sabes. Aunque ahora me has dejado en ascuas. ¿De qué se trata?

—Paciencia. Enseguida te lo cuento.

Julia le da un sonoro beso en la cara a Pilar y se dirige a la habitación del fondo, la más grande de todo el piso y con cuarto de baño dentro. Su abuela le ha dejado toallas limpias y una manta encima de la cama, como es habitual cada vez que va a dormir allí. La joven se cambia mientras piensa en lo que vivió en aquel lugar a comienzos del año pasado. Mira la mesa en la que completó el puzle de cristal que le dio su abuela. Todavía lo tiene Vanesa. ¿Estaba enamorada ya de ella cuando se lo regaló? No, sus sentimientos aún no se habían desatado, a pesar de que por aquel entonces eran muy buenas amigas.

Se pone el pijama y las zapatillas, abre la mochila para coger la carpeta con el informe del caso de la muerte de Pedro Juncosa y regresa al salón, donde la espera un plato con un trozo enorme de tarta de manzana y un tenedor. Pilar la contempla con cierta expectación, deseosa de que su nieta se pronuncie.

—Te has pasado, abuela. Tiene una pinta espectacular, pero ¿cuántas calorías tiene esto?

—¿Y qué más da eso? Es casera, está hecha con productos de primera calidad. Son calorías *gourmet*.

Julia suelta una carcajada al escuchar la ocurrencia de su abuela y la manera perfecta en que ha pronunciado la palabra «gourmet», como si la hubiese estado practicando durante días. La mujer también esboza su característica media sonrisa torciendo ligeramente la boca hacia un lado.

—Bueno, ¿qué es eso de lo que me tienes que hablar? A una anciana de ochenta años no se la debe hacer esperar tanto. Cada minuto es oro.

—Tienes setenta y nueve, aún no has cumplido los ochenta. Además, si no te conociera, no te echaría más de... setenta y tres. Estás estupenda.

—No seas zalamera y desembucha. ¿En qué nuevo lío te has metido?

La joven parte un trocito de tarta de manzana y se lo lleva a la boca. Después, comienza a exponerle a Pilar todo lo relacionado con la muerte de Pedro Juncosa. Tarda más de quince minutos en explicarle el trabajo que debe hacer para obtener la matrícula de honor, resumirle lo que ha leído en el informe y compartir sus primeras impresiones. Hasta que aparece el nombre de María José Yuste.

—¿Has ido a ver a esa mujer? —pregunta Pilar con los ojos muy abiertos al enterarse de dónde ha estado su nieta antes de ir a visitarla.

—Sí. Aunque mis padres no lo saben. No quiero ponerles nerviosos y que se empiecen a preocupar otra vez —comenta la chica, que pincha el último trozo de tarta de manzana que queda en el plato—. Es una mujer muy peculiar. Os llevaríais bien.

—¡Oh! Qué interesante. ¿Y qué te ha contado?

Julia se echa hacia delante y tarda unos segundos en responder para darles un poco de misterio a sus palabras. Pilar se impacienta y también se inclina, aproximando su rostro al de la chica.

—María José me ha asegurado que a Pedro Juncosa lo asesinaron, que no fue un suicidio.

—Qué interesante. ¿Y en qué se basa para creer eso? ¿Te lo ha dicho?

—Sí, abuela. Me lo ha contado todo.

El asombro de Julia es notorio al oír lo que aquella diminuta mujer acaba de soltarle nada más entrar en su casa.

—¿Qué? ¿Piensa que lo mataron?

—Sí. Lo tengo clarísimo. La muerte de don Pedro no fue un suicidio. Estoy segura de que lo asesinaron.

María José ni pestañea. Tiene sus ojos fijos en los de su invitada, que se remueve inquieta a su lado en el sofá, algo intimidada por su mirada. Julia reacciona y sigue preguntando.

—¿Le dijo a la policía lo que pensaba?

—¡Por supuesto!

—¿Y no la creyeron?

—¡Ni me creyeron ni me tomaron en serio! —exclama María José malhumorada—. Ese estúpido inspector jefe me trató como si estuviera loca.

—¿El inspector jefe Martínez Prado?

—Sí, señorita. Rodolfo Martínez Prado pasó de mi culo completamente.

Julia tiene que contener la risa al escuchar la expresión de la mujer, que sigue mirándola fijamente sin mover ni un músculo de la cara. María José se muestra muy vehemente al hablar y eso, sumado a su curioso aspecto, empieza a resultarle bastante cómico a Julia, que aun así actúa con seriedad y presta atención a lo que le sigue contando.

—Ese tipo me entrevistó dos veces. La primera, le expliqué cómo encontré el cuerpo del pobre señor y dónde estaba yo y qué hice durante la tarde del viernes en la que murió. Yo creo que hasta llegó a sospechar de mí, pero mi coartada era incuestionable. Los viernes salía a las dos de trabajar y a esa hora me fui de la casa del señor Juncosa. Todas las cámaras del metro de la línea seis me tuvieron que grabar.

—¿Y en la segunda reunión de qué hablaron?

—La segunda vez fui a la comisaría voluntariamente y le presenté una serie de consideraciones que, en mi opinión, deberían tener en cuenta en la investigación. Ya por entonces existía el rumor

de que don Pedro se había suicidado, algo que yo jamás me creí.

—¿Cuáles eran esas consideraciones?

La mujer se moja exageradamente los labios con saliva antes de hablar. A Julia le da un poco de repelús el gesto, pero aguarda impaciente la respuesta de María José Yuste, que, como por arte de magia, saca una libreta de debajo de un cojín del sofá en el que está sentada.

—Aquí está todo. Lo he apuntado para que no se me olvide nada.

—¿Puedo verla?

—Mejor te voy leyendo y explicando, ¿de acuerdo?

Julia acepta, consciente de que no le queda otro remedio si quiere saber lo que piensa aquella mujer. La antigua empleada de Juncosa ha hecho una lista con todo lo que le llamó la atención en su momento.

—La primera cosa que me resultó extraña fue la desaparición de un móvil.

—¿Desapareció un móvil? —pregunta Julia algo confusa—. Creo haber leído en el informe que me han facilitado para el trabajo que el teléfono de Pedro Juncosa estaba en su habitación y que no encontraron ningún mensaje fuera de lo normal.

—Exactamente. Pero no hablo de ese teléfono, hablo de otro. Uno pequeñito negro que el señor tenía desde hacía poco tiempo.

—¿Estás segura?

—Claro que sí. Ese móvil no apareció por ninguna parte.

La chica reflexiona sobre ello. Si María José está tan segura de que existía un segundo teléfono es porque realmente era así. ¿Para qué lo usaría el psicólogo y por qué no dieron con él?

—Si me creyeron, que lo dudo, no relacionaron la desaparición de ese móvil con su muerte.

—¿Y usted sí lo relaciona?

—Sí. Porque ese teléfono no solía llevarlo encima. Yo solo se lo vi dos veces: el día que lo compró, que lo dejó sobre la mesa del salón durante diez minutos, y el lunes de la semana en la que murió. Sin querer, escuché una conversación del señor.

—¿Hablando por el móvil nuevo?

—Exactamente. Estaba utilizando ese teléfono. Fue la segunda y última vez que lo vi.

—¿Y sabe con quién hablaba?

—No, pero don Pedro estaba muy alterado. Yo me escondí para

que no me viera y escuché el final de la charla. Él acabó llorando. Jamás lo había visto llorar antes.

—¿Estaba llorando?

—Sí. Como un bebé.

—¿Y dice que escuchó el final de la conversación? ¿Se acuerda de algo de lo que dijo?

—Por supuesto. Le pedía a su interlocutor que se pensara mejor lo que iban a hacer y le dijo que él actuaría como siempre, aunque estaba cansado.

—¿Cansado de qué? ¿De trabajar?

—No lo sé. Dijo que estaba cansado de ser «el vigilante del silencio».

Eso sí que le resulta extraño a Julia, pero María José habla con mucha seguridad, como si acabase de vivir ese momento.

—¿Qué explicación le dio el inspector jefe sobre eso?

—Una ridícula —responde la mujer del cabello morado indignada—. Entre los discos del señor encontraron varios de Héroes del Silencio. Ese hombre me dijo que seguramente eso era lo que yo había oído en la charla telefónica. ¿Te lo puedes creer?

La joven no sabe qué contestar. Lo único que parece claro es que la policía no consideró a María José Yuste capaz de ayudar a resolver aquel caso. Es posible que su aspecto y su manera de decir las cosas los condicionaran y no terminaran de tomársela en serio.

—¿Alguna vez más escuchó eso?

—¿Lo del vigilante del silencio? No. Nunca. Ni antes ni después de su asesinato.

La mujer consulta de nuevo su libreta mientras Julia intenta recordar si alguna vez ha oído algo parecido, pero su maravilloso disco duro no tiene constancia de haber leído o escuchado nada similar.

—Sigamos. Otro detalle por el que considero que el señor no se suicidó es que don Pedro era muy torpe con las manos. ¿Has visto el nudo en la cuerda con la que se ahorcó?

—Sí, es un nudo del ahorcado perfecto.

—¡Exacto! ¡Ni en un millón de años habría hecho Pedro Juncosa ese nudo! ¡Era la persona menos hábil que he conocido!

Aquella afirmación de María José confirma lo que ella piensa acerca del nudo. No solo era difícil hacerlo tan bien en un momento de tanta tensión, sino que, según su asistente, el psicólogo no era

muy habilidoso.

Ese dato sí que siembra dudas en Julia, que cada vez está más confusa.

—De haberse suicidado, lo habría hecho de otra manera. Con veneno, cortándose las venas o lanzándose por la ventana, pero ¿colgándose con una cuerda del techo de su habitación haciendo un nudo como ese? ¡Nunca!

—Parece muy segura.

—Lo estoy. A don Pedro lo mataron —suelta rotunda María José—. Sin embargo, nadie me hizo caso. Bueno, solo su hija y el novio que tenía por aquel entonces. Ellos estuvieron investigando el caso durante un par de años, a pesar de la resolución del juez y de los inapelables informes de la policía y de la forense.

—¿La hija tampoco creía que su padre se hubiese quitado la vida?

—No, yo la convencí. A ella y a su pareja, Ernesto.

—¿Ernesto? ¿Ernesto Valle?

—Exactamente. Él no se dio por vencido jamás, pero su novia se cansó y decidió dejar el tema y seguir con su vida.

Julia tarda unos segundos en asimilar aquella información. Su mente va a toda velocidad. En aquel asunto existen multitud de elementos extraños, pero algo parece seguro: investigar el suicidio de Pedro Juncosa no es solamente un trabajo de clase, también es un asunto personal de su profesor de Fundamentos Criminológicos, Ernesto Valle, entonces pareja de la hija del psicólogo fallecido.

—¡Guau! ¡Así que tu profesor, el que te ha propuesto el trabajo y te ha facilitado la documentación del caso, era el novio de la hija del muerto! ¡Qué interesante!

—¿Verdad? Tendré que hablar con él mañana.

—Sí, es lo más conveniente. Debe aclararte el motivo real de este trabajo. Vas a tener que tirar del hilo, querida.

La chica sonrío y se echa de nuevo hacia adelante. Acerca su cara a la de su abuela y le dice algo bajando el tono de voz.

—Hay algo más. Algo muy fuerte.

—¡Oh! ¡Qué me dices! ¿De qué se trata?

Julia le muestra a Pilar un mensaje en el móvil y esta lo lee con gran atención después de colocarse las gafas para ver de cerca. Es un WhatsApp de Emilio que Julia recibió justo después de salir de casa de María José Yuste.

«No te lo vas a creer. Estaba leyendo las páginas del dossier que me has pasado y he visto que la hija de Pedro se llama Sofía Gisbert Juncosa. Por lo visto, cambió el orden de sus apellidos cuando sus padres se divorciaron. Pero no ha sido eso lo que me ha llamado la atención. Resulta que la hija del psicólogo se llama exactamente igual que mi profesora de Sociología. ¿No te parece increíble?».

CAPÍTULO 14

Martes, 12 de marzo de 2019

Aunque se ha levantado cojeando, Vanesa se encuentra mucho mejor. Ha podido dormir más o menos bien, sin demasiado dolor en el tobillo. Le han molestado más las heridas que tiene en las rodillas y en los brazos; hasta que no encontró la postura adecuada las sábanas le rozaban las magulladuras. Al final, parece que todo se va a quedar en un susto. Lo peor ha sido una pesadilla que ha tenido de madrugada en la que un coche azul la atropellaba y le tenían que amputar las dos piernas. Se ha despertado llorando y empapada en sudor. Pero solo ha sido un mal sueño.

Su madre le ha dado el día libre en el hotel y, aunque se lo ha agradecido, le ha advertido que no va a quedarse toda la mañana encerrada en casa, que le hará una visita y que al mediodía comerá con Julia. En realidad, tiene que ir al hotel a llevarle a Iván el móvil que le compró el día anterior. Espera que su amigo no haya hecho ninguna tontería durante la noche; que intentara saltar desde la azotea demuestra que no está bien. Demasiada presión. Normal, después de todo lo que le ha pasado. Ella se habría vuelto loca.

A las diez, Vanesa se viste y decide ir al hotel. Está preocupada por Iván. Evidentemente, no ha tenido noticias de su amigo desde que lo dejó ayer en la habitación; sin teléfono está incomunicado. Ha pensado mucho en el beso que se dieron y en las razones por las que eso pasó y no ha encontrado ninguna respuesta satisfactoria. No siente nada por él y está enamorada de Julia, con la que ha hablado esa mañana en cuanto se despertó. Tiene ganas de pasar un rato con ella a solas y decirle que la quiere mirándola a los ojos. No duda de

que ama a su novia. Pero entonces ¿por qué besó a su ex?

—¿Qué haces aquí? —le pregunta su madre cuando ve a Vanesa entrar en el hotel.

Está roja por el esfuerzo que ha hecho. A la chica le ha costado más de lo que imaginaba llegar hasta allí y ahora le duele el pie.

—Ya te dije que iba a venir a hacerte una visita.

—Deberías estar en la cama reposando el pie.

—Estoy bien. No te preocupes.

En ese instante, una familia extranjera entra en el hotel y se detiene delante de recepción. La chica se echa a un lado y le dice a su madre que va a subir a la azotea a tomar un poco el sol. Gloria asiente y la reprende una vez más por no haberse quedado en casa cuidando su tobillo.

Vanesa sube por la escalera con algunas dificultades y se queda en la primera planta. Camina por el pasillo hasta la 123 y llama a la puerta. Iván no le abre y tampoco se escucha movimiento en el interior de la habitación. Vuelve a intentarlo, incluso dice el nombre del chico en voz baja, pero el resultado es el mismo.

Preocupada, pega la oreja a la puerta para ver si logra escuchar algo al otro lado. No oye nada, pero, de repente, la puerta se abre ligeramente.

—Te esperaba un poco antes. ¿Me has traído el móvil?

La chica observa a Iván; lleva el torso desnudo y una toalla blanca le cubre desde la cintura hasta los tobillos. Está más musculado que cuando salían juntos y se le marcan bastante los abdominales. Si en la etapa del instituto ya le parecía que estaba bueno, el joven que ahora tiene enfrente supera al Iván de entonces con creces.

—Sí, lo llevo en la mochila —responde ella tratando de que no se le vayan los ojos a donde no deben.

—Genial. Pasa.

Vanesa obedece y entra en la habitación cojeando. Va hacia la cama y suelta allí la mochila. Al chico no le ha pasado inadvertida su manera de andar.

—¿Qué te ha pasado en el pie?

—Ayer casi me atropellan. Me torcí el tobillo derecho, pero no es nada.

—¿Cuándo fue eso?

—Después de comprarte el móvil. Un coche azul se saltó un

semáforo y estuvo a punto de llevarme por delante.

—¿Detuvieron al conductor?

—No. Se dio a la fuga. No sé si me vio o no —comenta Vanesa, que aún siente escalofríos al recordar el accidente—. Toma, tu móvil. Y la vuelta.

La chica le entrega a Iván la cajita con el teléfono y el dinero que le sobró. Este se lo agradece y se sienta en la cama a abrir el paquete.

—Hacía mil años que no tenía uno de esta marca. Creo que fue mi primer móvil.

—Yo también tuve uno cuando todavía no usaba ni sujetador.

Aquel comentario hace reír a Iván, que introduce la tarjeta SIM en su nuevo teléfono. La alegría del chico no dura demasiado. Mientras enciende el aparato, mira muy serio a su amiga.

—¿Sabes qué modelo de coche era el que intentó atropellarte?

—No estoy segura de que eso sea exactamente lo que pasó. Aquel tipo quizá no me vio, se saltó el semáforo en rojo y...

—¿Viste la marca del coche o no?

—No. Solo vi que era azul. Ni la matrícula ni qué tipo de coche era. ¿Por qué lo preguntas?

El chico no le contesta y se levanta con el móvil en la mano. Vanesa lo observa esperando una respuesta que no llega. En lugar de contestarle, Iván hace algo que ella no espera: deja caer la toalla al suelo y se queda completamente desnudo. A continuación, camina hasta el cuarto de baño y se ausenta unos segundos. Al regresar, solo lleva un bóxer negro ajustado. Al verlo, Vanesa se sonroja y se pone nerviosa, algo que él enseguida detecta.

—No es la primera vez que me ves así.

—Ya. Pero deberías vestirme —protesta ella mirando hacia otro lado—. ¿Me vas a contar lo del coche o tengo que suplicarte?

—¿Te excita verme desnudo?

—¿Qué? ¿Estás de broma? No seas capullo, por favor.

—Antes no decías eso.

Iván sonrío de forma seductora y se aproxima a la joven, que no da crédito a lo que está ocurriendo. Se aleja de él cojeando y va hacia la puerta.

—Mira, paso de tonterías. Ya tienes tu móvil. Me voy a casa.

—No, espera —le pide el chico, que cambia completamente su actitud—. Estaba bromeando. No te enfades.

Iván abre el armario de la habitación y saca una camiseta blanca

y un pantalón gris para vestirse. Mientras se pone la ropa, le cuenta a su amiga por qué le ha preguntado por el coche.

—Ayer vine en taxi desde el aeropuerto. Llegué de Budapest.

—¿Estabas en Hungría?

—Sí, creo que allí despisté a Jacob y pensé que era el momento de regresar y organizarme desde aquí. Dejé la maleta con mis cosas en una consigna y creí que la mejor opción era esconderme en tu hotel unos días. Viniendo hacia aquí, me dio la impresión de que me seguía un coche azul, un Kia Stonic con el techo blanco. ¿Sabes cuál es?

Vanesa niega con la cabeza. Entonces el chico le pide que busque una imagen del coche en Google. La joven le hace caso y escribe la marca y el modelo del vehículo en la barra del navegador. Cuando aparece, le muestra la foto a su amigo.

—Exacto. ¿Es este el coche que casi te atropella?

—No lo sé, Iván. Ya te he dicho que no me fijé. Me caí al suelo, bocabajo, y cuando me incorporé ya no estaba.

—Pues espero que solo sea una casualidad. Si Jacob va a por ti, no me lo perdonaría nunca.

Vanesa no se lo dice, pero tiene miedo. Le viene a la cabeza que el día anterior, desde que salió del hotel, tuvo la sensación de que alguien la observaba. Pensó que eran paranoias suyas, que estaba sugestionada por lo que Iván le había contado. En cambio ahora ya no sabe qué creer.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, pero me tengo que marchar.

—¿Volverás?

—No lo sé, Iván. ¿Hasta cuándo te quedarás?

—Hasta que se me termine la pizza —bromea el joven señalando las dos cajas de cartón que están sobre la mesa de la habitación—. Tengo que llamar a mi contacto. Él me dirá cuál es el siguiente paso.

La chica asiente; sigue resultándole muy raro que Iván tenga un contacto. Esta vez sí, abre la puerta y se despide de él. No sabe cuándo volverá a verlo. Ni siquiera sabe si eso pasará.

Vanesa baja las escaleras hasta la recepción y le dice adiós a su madre, que está atendiendo en ese instante a un matrimonio japonés. Tiene mil cosas en las que pensar y una nueva preocupación en mente. ¿Y si Jacob la está vigilando? ¿Será ella el nuevo objetivo del creador de Viral? Prefiere ni imaginarlo.

Ahora la cojera se le nota mucho más al caminar. Maldice su pie y al cabrón que estuvo a punto de atropellarla la otra noche. Se siente frágil, desprotegida, y lo único que la calma un poco es que dentro de un rato verá a Julia y comerá con ella. Seguro que su novia se da cuenta de que le pasa algo; es muy lista e intuitiva. ¿Hasta dónde debe contarle? No lo tiene claro. De lo único que está segura es de que en el futuro no volverá a mentirle. O esa es su intención.

Su contacto no le coge el teléfono. Tal vez se ha enfadado por cortarle la llamada la última vez, cuando lanzó el teléfono contra el suelo de la azotea y el aparato se hizo añicos. Por fortuna, la tarjeta SIM no se estropeó y puede volver a comunicarse con él. Debe aprender a controlar sus impulsos.

Iván lo intenta hasta en cinco ocasiones sin éxito. Desesperado, desiste. Está agotado y se frota los ojos, que se le ponen rojos. También le suenan las tripas. No ha comido mucho en los últimos días y esa mañana todavía no ha probado bocado. Mira hacia donde están las cajas de pizza y decide comerse un trozo. La porción está fría y algo dura, pero a él le sabe a gloria. La devora con ansia, como si fuera el último bocado de su vida. La misma pasión pone para comer dos trozos más. El festín se interrumpe cuando llaman a la puerta.

El joven da un respingo y deja de comer. Suelta la pizza en la caja y espera acontecimientos.

Vuelven a llamar. ¿Qué hace? ¿Abre? Quizá no deba hacerlo. Puede ser muy peligroso. ¿Y si es Vanesa? No, habría susurrado su nombre como hizo antes.

Iván opta por quedarse quieto y esperar a que quienquiera que sea se marche. Allí dentro está seguro. No va a dramatizar. A lo mejor es alguien que se ha equivocado de habitación o alguien del hotel.

Pasan los minutos sin que nadie vuelva a llamar. El joven respira aliviado y recupera la porción de pizza que se estaba comiendo. Casi se atraganta cuando la puerta de la habitación se abre y unos ojos grandes y oscuros se clavan en él.

—¿A qué coño estás jugando, Iván Pardo?

CAPÍTULO 15

Martes, 12 de marzo de 2019

Anoche se acostó a las tres de la madrugada, aunque no se durmió hasta pasadas las cuatro y media. En la cama, Julia no conseguía quitarse de la cabeza la charla que había mantenido con su abuela sobre Pedro Juncosa y las extrañas circunstancias de su muerte. Por eso, durante las dos primeras clases no ha dejado de bostezar, lo que ha llamado la atención de Yi Lin.

—Tía, pareces un cocodrilo. No paras de abrir la boca —le dice su amiga en el descanso entre clases. La siguiente es Fundamentos Criminológicos, con Ernesto Valle.

—Apenas he dormido.

—¿Y eso? ¿Bebiste mucho café ayer?

—No. Simplemente que..., luego te lo cuento. Es una historia bastante larga y el profesor está a punto de llegar.

Yi mira de una manera extraña a Julia y esta se da cuenta. Su amiga es demasiado transparente.

—¿Qué pasa?

—¿Has discutido con Vane? ¿Por eso no has dormido esta noche?

—¡No! ¡Claro que no! De hecho, hemos quedado para comer luego. Anoche casi la atropellan y tiene un pie fastidiado.

—¿En serio? ¿La atropellaron?

—No, pero estuvieron a punto. El coche pasó muy cerca de ella y la tiró al suelo. Se torció un tobillo y se hizo algunas heridas. Nada grave, aunque se llevó un gran susto.

—¡Joder! Qué mala pata.

Yi no es consciente de que sin querer ha hecho un juego de palabras que provoca la sonrisa de Julia. Aquel tipo de comentarios con doble sentido involuntario son muy propios de la albaceteña, que se queda pensativa. Ella vio a Vane antes del accidente en la tienda de su padre y algo le sucedía. Hasta le pidió que no le contase a su novia que había estado allí y le repitió una y otra vez que no tenía nada que ver con una infidelidad. ¿Qué sería lo que le pasaba realmente?

El profesor Valle es puntual esta vez y aparece por la puerta justo a la hora exacta en la que debe comenzar la clase, la última antes del descanso de veinte minutos. Se quita la chaqueta, la cuelga en el respaldo de la silla y se dirige a los estudiantes, cuando guardan silencio y le prestan atención. Julia tiene la impresión de que al hablar la mira a ella.

—Hoy me voy a saltar el temario y vamos a tener una interesante charla. La cuestión es la siguiente: ¿un caso ya resuelto puede volver a juzgarse? —pregunta el hombre con su voz de locutor de radio—. Quiero respuestas justificadas, no un simple sí o no. Arguméntenme. Eso es lo que me interesa.

El debate se prolonga durante los cincuenta minutos que dura la clase. Julia no interviene. Prefiere quedarse al margen en esta ocasión, pero escucha atentamente lo que el profesor y sus compañeros dicen. ¿Acaso aquella clase es una indirecta para que no dé por resuelto el suicidio de Pedro Juncosa y busque a un posible culpable de asesinato? Tal vez no sea así y solo es un tema recurrente que el profesor ha planteado para incentivar a sus alumnos a debatir y evitar que permanezcan aletargados en sus asientos.

Cuando Ernesto Valle da por finalizada la clase, los estudiantes de primero B salen del aula apresuradamente. Tienen veinte minutos libres que tratan de aprovechar al máximo. La única que permanece en su asiento es Julia, que avisa a Yi de que se quedará en clase durante el descanso. Luego se levanta y se acerca hasta la mesa en la que el profesor ordena sus apuntes antes de marcharse.

—Hoy no has estado nada participativa, ¿va todo bien? —le pregunta el hombre cuando la tiene frente a él.

—¿Por qué no me dijo que usted era la pareja sentimental de la hija de Juncosa?

—¿Ya lo has averiguado? Qué rapidez. Mi nombre no aparece en el dossier.

—María José Yuste me lo dijo.

—¿Has hablado con María José? —pregunta sorprendido Ernesto—. Veo que te lo estás tomando muy en serio. ¿Qué más has descubierto?

Julia no responde. Saca un par de folios doblados del bolsillo de su pantalón, los despliega y se los muestra al profesor.

—Estas son las notas finales de los alumnos a los que ha dado clase en los tres últimos años. No ha sido difícil encontrarlas porque están en Internet. Ni una sola matrícula de honor.

—Ninguno de ellos se lo mereció.

—No me lo creo —le replica Julia algo molesta—. Lo que creo es que usted me está utilizando para que investigue el asesinato de Pedro Juncosa, el padre de su exnovia. ¿No es así?

—El juez dijo que fue un suicidio.

—Ya. Pero ni usted ni Sofía ni María José se lo creyeron. Piensan que fue un asesinato y ahora intenta que yo lo remueva todo de nuevo para ver si consigo pruebas de que, efectivamente, lo mataron. ¿Es porque ha averiguado que mi padre es sargento de la Guardia Civil y confía en que yo le cuente cosas para que él hable con alguien de la policía y se reabra el caso? ¿O es porque conoce mi pasado y cree que puedo aportar algo diferente a este asunto?

Ernesto Valle se sienta en la silla y se acaricia la barbilla. Después mira a su alumna y le sonríe amablemente. Intenta aparentar tranquilidad, aunque Julia observa cómo le tiembla la mano izquierda.

—Sabía que este momento iba a llegar, pero no esperaba que fuera tan pronto —dice el profesor sin dejar de sonreír—. Claro que sé quién eres, Julia Plaza. Y sé quiénes son tu padre y tu madre. Y también lo que sucedió en tu pueblo con aquella chica a la que asesinaron. Lo sé todo. Soy criminólogo y tengo mis fuentes. Por eso he acudido a ti. Pero no podía pedirte ayuda directamente. No hubieras aceptado.

—Y se inventó lo del trabajo y la matrícula de honor que otorga cada año al mejor alumno de su clase.

—Lo siento. Aunque pienso ponértela de todas formas si lo haces bien.

—¿Piensa que voy a seguir con esto? Hay una resolución oficial, que está archivada. El juez determinó que Pedro Juncosa se suicidó a partir de unos testimonios, una autopsia realizada por una forense de

prestigio y un informe policial en el que no se recogen pruebas de lo contrario. ¿Cómo cree que puedo yo rebatir todo eso? Es una temeridad.

El profesor arquea las cejas. Se levanta de la silla, va hasta la puerta y la cierra. Julia lo observa desconcertada.

—Yo era muy feliz con Sofía —reanuda la conversación Ernesto, que se sitúa al lado de la chica—. Iba a pedirle que se casara conmigo. Ella apenas se relacionaba con su padre después de que él y su madre se divorcieran. Hablaban por teléfono y muy de vez en cuando lo visitaba. Poco más. Hasta aquel 7 de abril, cuando recibió la llamada de la policía para decirle que Pedro Juncosa había aparecido ahorcado en su habitación. Todo cambió desde ese día.

—Normal. Se hundiría. Era su padre.

—Sí. Pero yo era su futuro marido —responde Ernesto con tristeza—. Se sentía culpable por no haber pasado más tiempo con él. Por no haberse enterado de que estaba tan mal como para suicidarse. Sofía ya no era la misma y nuestra relación empezó a deteriorarse. Hasta que, un día, María José la llamó y le dijo que estaba segura de que su padre no se había quitado la vida, sino que lo habían asesinado.

Julia observa a su profesor. Habla con firmeza, pero se le ve bastante afectado. Tuvo que ser muy duro.

—La llamada de María José fue como un incentivo. La motivó, se puso furiosa, y comenzamos a investigar juntos por nuestra cuenta. Sofía solicitó toda la documentación oficial del caso y durante dos años recopilamos la nuestra propia.

—El dossier que me ha pasado.

—Sí. Esa carpeta es el fruto de dos años intensos de trabajo. Ahí está toda la información relacionada con la muerte de Pedro Juncosa. Aunque desde hace un tiempo investigo yo solo. Sofía lo dejó; a la investigación y a mí.

Ernesto niega con la cabeza. Regresa a la mesa, coge su chaqueta y se la pone. Julia observa su mano: sigue temblando.

—¿Qué pasó para que ella dejara de investigar?

—Muchas cosas. El desgaste fue brutal. Fueron dos años muy duros para ella. Vivía en un constante sube y baja de emociones. Cuando encontrábamos algo que parecía ser una buena pista, se emocionaba y se entregaba al máximo. Ni siquiera dormía. Pero si esa pista no nos conducía a nada nuevo, sufría grandes crisis

emocionales. Se deprimía y se aislaba. En mayo del 2016 me anunció que abandonaba, que no podía más.

—¿Terminó entonces también con la relación?

—Sí. Yo entraba en el pack de lo que ella se quería alejar. Me explicó que necesitaba pasar página, que me quería, pero que yo siempre le recordaría todo el sufrimiento que había vivido esos años. Me destrozó. Lo pasé muy mal.

—Vaya, lo siento.

Ernesto asiente mirando hacia abajo. Permanece así durante unos segundos, en los que intenta reunir la fuerza necesaria para seguir hablando. Una vez recuperado, se dirige otra vez a Julia con su habitual voz de locutor.

—Sigo enamorado de Sofía. Durante un tiempo intenté olvidarme de ella y traté de rehacer mi vida, pero fue imposible. Quería volver a su lado, pero sabía que no me daría una segunda oportunidad. Entonces se me ocurrió algo que me daba una mínima esperanza, la ilusión que necesitaba para no rendirme: si conseguía resolver la muerte de su padre, si encontraba al asesino de Pedro Juncosa, quizá ella volvería conmigo. Así que hace unos meses rescaté toda la documentación que tenía sobre el caso y me puse a investigar otra vez.

—¿Y ha encontrado algo nuevo respecto a hace cinco años?

—Apenas nada. Cuanto más tiempo pasa más complicado se vuelve. Estoy bastante bloqueado. Lo único que he añadido a lo que ya había ha sido la lista de sospechosos que imagino que ya has visto.

—Sí. La lista con los siete nombres.

—Exacto. Creo que entre ellos está el culpable. Pero, para ser sincero, no soy capaz de avanzar. Siempre les doy vueltas a las mismas cosas para acabar regresando al punto de partida. Me sé prácticamente de memoria cada página del dossier. Necesito otra visión del caso.

—Y yo soy la persona que puede darle esa otra visión, ¿no?

—Sí, Julia. Tú eres justo lo que me hacía falta —dice Ernesto, que apoya brevemente sus manos en los hombros de la chica—. Cuando me enteré de que ibas a ser mi alumna, lo vi claro. Era una señal. La señal de que no me podía rendir y de que esto podía dar un giro de ciento ochenta grados. Confío muchísimo en ti.

—Creo que me sobrevalora.

—En absoluto. Hace tiempo que te observo y he estado

investigando sobre ti. Si alguien puede ayudarme a encontrar al asesino de Pedro Juncosa esa eres tú.

La joven se pone colorada, se siente abrumada por la confianza que Ernesto Valle ha depositado en ella. Aunque la halaga, es demasiada responsabilidad. Además, todavía está llena de dudas.

—¿Y si mi conclusión es que se suicidó?

—Me daré por vencido y dejaré que la vida siga. No me quedará otra que asumirlo. Pero estoy seguro de que a ti también te han llamado la atención ciertas cuestiones de este asunto. Y más si has hablado ya con María José.

—Es una mujer muy particular.

—Sí, pero le tenía un gran respeto a Pedro Juncosa. Y la policía no la trató bien. Dice muchas verdades que no se tuvieron en cuenta en la investigación simplemente ¿porque chilla cuando habla y tiene el pelo de colores?

—Aunque así fuera, si se hubiera encontrado alguna prueba que hiciera pensar a la policía y al juez que fue un crimen, el caso no se habría archivado como un suicidio.

El profesor se encoge de hombros y mira su reloj impaciente. El descanso está a punto de acabar.

—Fue un asesinato, Julia. Estoy seguro de eso. Que la policía, la forense y el juez pensarán lo contrario no hace que me quite esa idea de la cabeza —dice Ernesto mientras coge la carpeta con sus apuntes y se la coloca bajo el brazo—. Necesito que me ayudes. Por lo menos dame una oportunidad. Considéralo como un trabajo si quieres. Sé que eres muy joven, pero también sé que estás muy capacitada para esto. Nunca había visto a nadie tan inteligente, tan audaz y, según me han contado, posees una memoria prodigiosa.

—No es para tanto.

—Y encima eres modesta —añade el hombre con una gran sonrisa—. ¿Me echarás una mano? Eres mi última esperanza para recuperar a Sofía. Por favor. Y tú tendrás esa matrícula de honor que, estoy seguro, merecerás.

Suena el timbre que anuncia que el descanso ha terminado. Ernesto Valle mira fijamente a Julia esperando una respuesta. La chica chasquea la lengua y resopla antes de hablar. Recuerda entonces las palabras de Emilio cuando le explicó en lo que se estaba metiendo: sin sobresaltos. Demasiado tarde.

—Está bien, le ayudaré. Haré lo que pueda. Pero no le prometo

nada.

CAPÍTULO 16

Martes, 12 de marzo de 2019

Las últimas revelaciones de Julia dejan boquiabierto a Emilio, a quien ya le parecía muy raro que el profesor Valle planteara aquel caso como un trabajo para obtener una matrícula de honor en su asignatura. Su amiga le ha contado todo a través de audios de WhatsApp y ahora él arde en deseos de seguir investigando aquel asunto. Quiere aportar y ayudar en lo que sea posible. Por eso ha ido antes de tiempo a la universidad. Sabe que Sofía Gisbert tiene clase con el turno de la mañana; intentará hablar con ella, a ver si puede sacarle algo de información. Según ha podido comprobar en el horario, en ese momento está en el aula de primero D y faltan unos veinticinco minutos para que salga.

Para hacer tiempo, Emilio va hasta la cafetería que comparten los estudiantes de las carreras de Ciencias de la Información. Compra una Coca-Cola y se sienta en el primer hueco libre que ve. Son mesas largas en las que caben una veintena de personas. Se ha llevado las páginas del informe que Julia le envió al móvil para continuar analizándolas. Anoche las imprimió y las estuvo estudiando concienzudamente. Por primera vez desde que comenzó la carrera se siente un periodista de verdad; está investigando un caso real, una noticia que perfectamente podría abrir un informativo. Es como si en sus manos hubiera caído una exclusiva y le tocara tirar del hilo hasta llegar al final.

Coloca la mochila bajo sus piernas y saca la carpeta con la documentación. Da un sorbo al refresco y elige para leer las hojas de la autopsia. Aunque él tiene dudas, la forense lo deja muy claro:

Pedro Juncosa se suicidó; no hay nada que indique lo contrario. En aquellas páginas queda constatado que el psicólogo se subió a la silla, se colocó la soga alrededor del cuello y se ahorcó colgándose del ventilador de techo de su habitación. Se consideró una ahorcadura completa, ya que todo su cuerpo quedó suspendido en el aire. La asfixia se debió al desplazamiento del hioides, el hueso que se encuentra entre la lengua y la laringe, a la altura de la tercera y cuarta vértebras. Al moverse hacia atrás por la presión del lazo, se produjo la retropropulsión de la lengua, que terminó bloqueando la laringe impidiendo la entrada de aire a los pulmones y provocando que el hombre se asfixiara en muy poco tiempo. La muerte se estimó entre las cinco y media y las seis y media de la tarde del viernes 4 de abril de 2014.

A pesar del lenguaje técnico empleado por la forense, Emilio entiende prácticamente todo lo que aparece en el documento. Mientras analiza la autopsia de Pedro Juncosa, al joven le viene a la cabeza la conversación con Julia del día anterior. ¿Y si lo obligaron a ahorcarse? Eso explicaría el acta forense y también lo que piensan María José Yuste y Ernesto Valle. Si alguien lo indujo a suicidarse, habría un culpable al que buscar.

—Estás muy concentrado. ¿Qué lees?

Emilio levanta la vista sorprendido y se encuentra con el rostro de Claudia. Está sonriente y hoy sus ojos no parecen tan tristes. Lleva una bandeja con un plato de ensalada, un táper que acaba de calentar en el microondas de la cafetería, una jarra de agua y un vaso de cristal.

—Nada importante.

—¿Es para clase? ¿Algo que diéramos ayer? —pregunta la chica, que se sienta justo enfrente de su compañero.

—No. No te preocupes. Ayer solo te perdiste la práctica de Documentación, el resto no tuvo mucha relevancia. Yo también me salté la última clase.

—He venido antes para hablar con la profesora, a ver si me deja hacer la práctica esta semana o la que viene —comenta la joven, que parece otra persona diferente a la que Emilio ha conocido en los últimos meses—. ¿Quieres? Son lentes, las ha hecho una de mis compañeras de residencia. Están muy buenas, aunque les falta un poco de sal.

—No, gracias. No tengo hambre.

—Tú te lo pierdes.

Claudia se levanta a por cubiertos, pan y una servilleta. Cuando regresa, se sienta apoyándose sobre sus piernas y hunde la cuchara en el táper de las lentejas. Emilio la observa comer. La tiene más cerca que nunca, en todos los sentidos, y no puede negar que le gusta. Le encantan sus pestañas larguísimas y las pecas que se extienden alrededor de su nariz. Se fija en una pequeña cicatriz en el cuello y en que tiene un par de dientes torcidos. Como ella no habla, el chico decide hacerle preguntas. Quiere aprovechar aquella oportunidad para conocerla mejor.

—¿Vives en una residencia en la ciudad?

—Sí. Es un edificio pequeño. Somos ocho chicas.

—¿Ocho? Pues no será tan pequeño entonces.

—Bueno, según con qué lo compares. Muy grande no es —dice Claudia, que parte el pan y lo moja en la salsa de las lentejas—. Todas disponemos de una habitación individual, aunque compartimos la cocina, dos baños y el comedor. Está cerquita de aquí y no pago mucho para como están las cosas.

—¿Y te llevas bien con tus compañeras?

—Algunas no me pueden ni ver.

—¿No? ¿Y eso por qué?

—Somos muy diferentes. Me da un poco igual, de todas formas.

Emilio asiente con la cabeza y continúa observando a la joven, que se lleva el pan mojado a la boca con voracidad. Quiere seguir charlando con ella y se plantea hacerle la pregunta que le ronda en la cabeza desde que han empezado la conversación. Finalmente, se decide.

—¿Por qué te fuiste ayer después de la primera clase?

—¿Qué estabas leyendo con tanta atención? —dice Claudia de inmediato sin levantar la mirada de las lentejas. Llena la cuchara, se la mete en la boca y vuelve a mirar al chico.

—Ya te lo he dicho. Nada importante.

—Esa es una respuesta de mierda. Y además es mentira. Nadie se concentra tanto en algo que no es importante. Y si me has mentido y leías con tanta atención, significa que esos papeles son realmente interesantes.

El chico no sabe qué responder. La deducción de Claudia lo ha dejado sin palabras. Por un momento le ha recordado a Julia y sus contestaciones inteligentes. Su mejor amiga es experta en

comentarios de ese tipo y muchas veces lo coge desprevenido.

—Es la documentación de un caso —señala Emilio, que se siente acorralado y prefiere no seguir evitando la verdad.

Tampoco cree que haga mal contándoselo. Tal vez así, si le demuestra que confía en ella, consigan intimar más. Seguro que Julia no se va a enfadar por eso. ¿O sí? Da igual, ya no hay marcha atrás.

—¿De asesinato?

—No se sabe. En principio, se trata de un suicidio. Es lo que determinó el juez que archivó el caso. La forense se lo dejó muy claro.

—¿Y qué haces tú con ese informe? ¿También estudias Criminología?

—Yo no. Una amiga.

—Otra amiga.

—¿Qué? No entiendo.

—Ayer me dijiste que yo te recordaba a una amiga. ¿Es la misma que estudia Criminología?

—No. Son dos personas diferentes.

En ese instante, Emilio ve entrar a Sofía Gisbert en la cafetería. Mira el reloj de su móvil y se da cuenta de que la mujer ha salido antes de la hora prevista.

—Voy un momento a hablar con la profesora de Sociología — dice el chico, que guarda la carpeta en la mochila y se la cuelga del hombro.

—¿También me vas a decir que es de nada importante?

—No. Simplemente, prefiero no decirte de qué se trata. Ahora vuelvo.

El chico se levanta y se apresura hasta la máquina de refrescos, donde Sofía está introduciendo varias monedas de veinte céntimos para hacerse con una lata de Fanta de naranja. Ha estado bien la charla con Claudia, aunque ha llegado a sentirse intimidado con sus preguntas y su perspicacia. Cazador cazado, piensa.

—Profesora, ¿puedo hablar dos minutos con usted?

—Ahora no puedo, Emilio. Tengo mucha prisa. ¿Sobre qué es?

—Es... sobre... sobre su padre.

El rostro de Sofía cambia radicalmente. Tuerce el gesto y su tono de voz ya no es tan amable y jovial como siempre.

—Mi padre murió hace cinco años. No tengo nada que hablar sobre ese tema. Fue muy doloroso.

—Perdone mi atrevimiento. Sé que investigó su muerte y que usted piensa que fue un ase...

—Mi padre se suicidó —dice la mujer con rotundidad arrugando la frente—. Me tengo que ir. Te veo en clase luego. Y deja de hacer esa clase de preguntas tan desagradables.

Sofía Gisbert coge la lata de Fanta de naranja y sale de la cafetería andando deprisa. Emilio la observa alejarse y resopla. Tiene la impresión de que se ha precipitado y de que aquel no era el mejor lugar para tratar el tema de la muerte del psicólogo con su profesora. Se lamenta de haber jugado tan mal sus cartas.

Al regresar a la mesa, Claudia ya ha acabado las lentejas y ha empezado a comer la ensalada que ha cogido del bufé de la cafetería.

—Ha sido breve —dice la chica, que mastica un tomate cherry—. Mal, ¿no?

—Muy mal.

—Si es que a quién se le ocurre hablarle a la profesora de Sociología de la muerte de su padre en plena cafetería de la universidad.

—¿Qué? ¿Cómo sabes eso?

Claudia sonríe divertida. Está encantada de haber sorprendido de esa forma a su compañero de clase.

—Tranquilo. No tengo poderes mágicos. Simplemente, sé leer los labios y desde aquí no me ha resultado difícil interpretar lo que decíais. Estabais bastante cerca y yo tengo una vista de lince.

—¿Sabes leer los labios?

—Sí, no es algo tan raro, hombre. Hice un curso hace dos veranos. También hice uno de lenguaje de signos y otro de análisis gestual. Así que, si me mientes, lo sabré. Estás avisado, Emilio Viñales.

CAPÍTULO 17

Martes, 12 de marzo de 2019

—¿Recuerdas nuestro primer beso?

—¡Por supuesto! ¡Cómo voy a olvidar ese momento!

—¿Fue con lengua o sin lengua?

—¡Sin lengua! —exclama Julia, que se pone colorada al darse cuenta de que el camarero que las atiende está detrás con los primeros platos en las manos.

Vanessa y ella han ido a comer a uno de los restaurantes de la plaza, como acordaron la noche anterior. Las dos estaban deseosas de verse tras los últimos acontecimientos vividos, aunque todavía no se han contado nada ni han intercambiado opiniones sobre sus experiencias.

El chico le pone delante a Julia una sopa de fideos, y a su novia, una menestra de verduras. Cuando se marcha, la pareja continúa donde lo ha dejado.

—Fue sin lengua —repite Julia todavía avergonzada—. Recuerdo hasta lo que llevabas puesto: la camiseta de *Monstruos, S. A.* y un vaquero azul gastado.

—Gran *outfit* para nuestro primer beso. Yo también me acuerdo de eso y de que tú llevabas un vestido de florecitas y una chaqueta vaquera.

—Correcto. Buena memoria.

—Algo se me tenía que pegar de ti. ¡Ah! Y sí, el primer beso que nos dimos fue sin lengua. Pero en el segundo te la metí hasta la laringe.

—¡Vane, por favor! ¡Calla!

Ambas se echan a reír y después prueban el primer plato del menú del día que han pedido. Necesitaban pasar un rato como aquel. Juntas, a solas. Gastándose bromas. Relajadas. Es cierto que Julia se preocupó bastante cuando fue a recoger a Vanesa y vio cómo cojeaba, pero esta la tranquilizó asegurándole que no era para tanto y que en un par de días caminaría con normalidad.

—Me habría gustado estar contigo ayer. Pensé mucho en ti. Lo siento.

—No te preocupes. Estás ahora. Eso es lo importante.

—Menudo susto. ¡La gente está mal de la cabeza! ¡No sabe conducir!

—Bueno, ya pertenece al pasado. Me encuentro bien —dice Vanesa, que desea olvidarse de aquel tema durante la comida y no hablar más sobre ello—. ¿Qué tal por la ciudad? ¿Cómo está mi querida Pilar?

—Igual que siempre. Va a cumplir los ochenta y no para de quejarse, pero tiene la vitalidad de una persona de nuestra edad y la mente en plena forma. Creo que vivirá más de cien años.

—¡Seguro que sí! ¡Estoy convencida! Cuando la vuelvas a ver o hables con ella, dile que pronto le devolveré el puzle de cristal. Me faltan pocas piezas por encajar.

—Tranquila. Tómate todo el tiempo que necesites —comenta Julia, que sonrío irónica. Entonces su expresión cambia de repente y se pone seria. Debe contarle algo importante y no quiere alargarlo más—. Cariño, anoche no fui a la ciudad solo para ver a mi abuela.

Durante el tiempo que tardan en terminar el primer plato y comer el segundo, Julia le habla sobre el caso de Pedro Juncosa y sobre la visita a María José Yuste. Le explica a su novia la proposición de Ernesto Valle y lo que posteriormente ha descubierto de su profesor: que aquello no es realmente un trabajo de clase, sino un asunto personal. Ese hombre le ha encargado investigar el suicidio, para él, asesinato, del padre de la que fue su pareja, de quien sigue enamorado.

—Qué asunto más turbio —comenta Vanesa, que da un trago a su vaso de agua—. ¿Y tú qué piensas?

—No lo sé todavía. Hay cosas que no cuadran.

—Piensas que lo mataron, ¿verdad? Lo veo en tu cara.

Julia no responde y también bebe agua. Después le explica a Vanesa que en la carpeta que Ernesto le entregó hay un folio con una

lista de siete sospechosos que el profesor elaboró después de su última investigación.

—Le pregunté a María José Yuste por cada uno de ellos.

—¿Sí? ¿Y qué te dijo? ¿Los conocía?

—A la mayoría. Hasta se mojó diciéndome cuál de esos siete podría ser, según ella, el culpable de la muerte del psicólogo.

La noche anterior

—María José, tengo aquí una lista con varios nombres. Son siete sospechosos del presunto asesinato de Pedro Juncosa. ¿Le puedo preguntar sobre ellos?

La mujer observa con cara de asombro a Julia. Le pide que le pase la hoja manuscrita y la revisa ella misma durante un par de minutos.

—Conozco a cinco de estas siete personas —dice por fin María José con tono solemne—. ¿Por dónde empiezo? Sí, por esta. Me caía bastante mal.

—¿De quién habla?

—De Rita Jovellanos, la que fue su secretaria. La echó justo después de las Navidades de 2014, tres meses antes de su muerte.

—¿Sabe el motivo por el que la despidió?

—Porque era un desastre. En los dos años que trabajé para el señor siempre se estaba quejando de ella. Yo no la trataba mucho, porque ella estaba en la consulta y yo iba poco por allí, un par de veces por semana y a última hora, a lo sumo. Nos saludábamos y tuvimos alguna charla intrascendente, pero era una imbécil.

—¿El señor Juncosa la despidió porque no hacía bien su trabajo?

—Debió de ser por eso. Se equivocaba apuntando las citas, cobraba mal a los pacientes e incluso se encaró con alguno de ellos y el señor tuvo que mediar. Eso me lo contó el propio don Pedro, no me lo estoy inventando yo.

—¿Rita se enfrentaba con los pacientes?

—Con un par de ellos por lo menos —asegura María José, que observa la lista de nuevo—. Este también es un buen pájaro: Marcelo González. Era el enemigo número uno de don Pedro. ¿No viste la que tuvieron en aquel programa de televisión?

—No. No lo vi.

—A lo mejor está en el YouTube ese. ¿Puedes buscarlo en tu móvil?

Julia saca su teléfono y busca el vídeo del que habla la mujer, pero no lo encuentra, así que le pide a María José que le explique qué pasó entre ellos.

—Deben de haberlo borrado, porque yo juraría que lo vi en Internet. Pero bueno... No recuerdo bien sobre qué debatían, pero sí sé que ese tío es de lo peorcito que yo he visto en mi vida. Incluso llegó a decirle a don Pedro que, si su mujer lo había abandonado y sus hijos pasaban de él, por algo sería, y que un psicólogo no puede ayudar a nadie si no se ayuda primero a sí mismo.

—¿Le dijo eso?

—Sí, y otras cosas por el estilo. Un día vino a casa a disculparse y casi terminan peor.

—¿Visitó Marcelo a Pedro?

—Sí, era por la mañana temprano, antes de que el señor se fuera a la consulta. Apareció con sus aires de grandeza y le pidió perdón con la boca pequeña. Don Pedro no aceptó sus disculpas y empezaron a discutir de nuevo. Cuando aparecí yo, el tipo se achantó y se fue dando un portazo. De todos los de la lista, este me parece el más sospechoso. De hecho, aquel día lo amenazó.

—¿Sí? ¿Qué tipo de amenaza?

—Le soltó algo así como que un psicólogo muerto ya no podría perjudicar la salud de nadie.

Julia anota mentalmente todo lo que la mujer del pelo morado le está diciendo. No sabe si puede creerla al pie de la letra, porque en ocasiones le parece que exagera y que sobreactúa, pero su testimonio le será útil cuando tenga que charlar con las personas que aparecen en la lista.

—Y de María Gisbert, ¿qué me puede contar?

—Solo que fue la mujer de don Pedro. Nunca la vi —reconoce María José—. Por casa jamás apareció en los dos años que estuve trabajando para él. A mí me contrató después de que se divorciaran.

—¿Hablaba él de ella?

—No, nunca. Los rumores decían que ella lo había dejado por otro, pero ya sabes cómo es la gente. Se habla más de lo que se conoce.

—¿Fue ella al entierro?

—Yo no la vi en el cementerio ni en la iglesia. Pero no puedo

garantizar que no fuera —dice la mujer, que se ha emocionado. Coge un pañuelo de papel y se seca las lágrimas—. Perdona. Pobre don Pedro. Era un hombre estupendo. Yo le tenía un gran aprecio. Lástima que ese estúpido inspector jefe no hiciera bien su trabajo. Son un atajo de impresentables; les dan una pistolita y se creen dioses. Pero luego...

—¿Seguimos con la lista? —la interrumpe Julia, a quien le fastidia la opinión de aquella mujer sobre la policía. ¡Menos mal que no le ha dicho que su padre es sargento de la Guardia Civil!

—Bien. A Sabrina Serrano y a Carlos Montero no los conozco. Aquí pone que eran pacientes del señor, pero yo ahí no entraba. A mí no me interesaba y él nunca me habló de nadie en particular. No era mi terreno.

La chica asiente, aunque piensa que si María José no sabe más sobre los pacientes de Pedro Juncosa es porque él no le hablaba de ellos, más que porque a ella no le interesara.

—Y de los otros dos, el profesor de Historia y la vecina, ¿qué opinión tiene?

—Úrsula es una loca de la vida. No sé cómo estará ahora. Por aquel entonces, compartía piso con seis gatos, escuchaba cantos gregorianos mientras comía y a veces se ponía películas X a todo volumen a primera hora del día.

—¿En serio?

—En serio. Es curioso que fuera justo ella la que se quejara de los pacientes de don Pedro, cuando perfectamente podría haber sido uno de ellos. En mi opinión, solo quería llamar la atención. Pero, aunque estaba fatal de la cabeza, la veo incapaz de matar a nadie. No, ella no pudo ser la asesina.

—¿Y Ricardo Acosta?

—Vino varias veces a casa y a la consulta. Era un buen amigo del señor, tenían más o menos la misma edad. La policía lo interrogó porque estuvo en el piso el viernes que don Pedro murió, aunque él aseguró que no le abrió la puerta y que no llegaron a hablar.

—¿Y usted le cree?

—Sí, ¿por qué no?

—Por lo visto, Pedro Juncosa le debía dinero, según pone en el informe.

—No sé nada de eso.

—Lo dijo él en su testimonio a la policía. Le reconoció al

inspector jefe Martínez Prado que últimamente su relación se había deteriorado por cuestiones económicas y que ese viernes había ido a su casa para hablar del asunto.

—Ni idea. Al señor le gustaba jugar de vez en cuando al póker. No sé si el problema al que se refiere podía venir por ahí. Sinceramente, no veo a ese profesor de Historia asesinando a don Pedro.

—Muy bien, María José, gracias por su valiosa aportación.

La mujer se atusa el cabello con una mano y le entrega el folio de la lista de sospechosos a Julia. Vuelve a mojarse los labios con saliva y continúa hablando con la mirada puesta en ninguna parte.

—Siempre sospeché de Marcelo González. Es un gilipollas y lo veo perfectamente capaz de matar a alguien.

—¿Cree que debo ir a hablar con él?

—No sé si te atenderá. Pero, si vas, ten mucho cuidado. Yo no me fiaría ni un pelo de ese psicópata.

CAPÍTULO 18

Martes, 12 de marzo de 2019

—Así que intentaré hablar con todos los sospechosos, según Ernesto Valle, de la muerte de Pedro Juncosa. Diré que es para un trabajo de clase y que lo que me cuenten no se hará público.

Vanesa asiente y se cruza de brazos. Se echa hacia atrás en su silla y aprieta los labios. Julia conoce ese gesto y sabe lo que significa.

—No te gusta la idea.

—Pues la verdad es que no. Creo que es peligroso que vayas a hablar con gente que podría haber cometido un crimen.

—Emilio me dijo lo mismo.

—¿Emilio? ¿También se lo has contado a él?

—Sí. Ayer vino a mi casa y vio la pizarra en la que he empezado a anotar cosas del caso. Me preguntó y tuve que explicárselo.

—¿Lo sabe alguien más? ¿Yi? ¿Marilia?

—No, ninguna de las dos sabe nada. Solo tú, Emilio y mi abuela estáis informados.

El camarero aparece y retira los platos mientras les pregunta qué van a tomar de postre. Julia elige un helado de mango y Vanesa escoge un flan casero. Cuando el muchacho se va, continúan la charla.

—Y Pilar ¿qué dice?

—Que es un caso muy interesante. Estuvimos hasta las tres de la madrugada hablando del tema. Le encantan estas cosas.

—Tu abuela tendría que haber sido inspectora de policía.

Julia sonríe, aunque rápidamente cambia su expresión al comprobar que Vanesa no ha intentado ser graciosa con aquel

comentario. Sigue visiblemente preocupada, pero ella quiere hacerla participe de esa historia.

—¿A quién entrevistarías primero tú? ¿A la vecina loca? ¿Al psicólogo enemigo? ¿A la exmujer?

—A ninguno, Julia. Sigo pensando que puede ser peligroso. Si ese hombre no se quitó la vida, hay un asesino suelto y probablemente esté en esa lista.

—Seré discreta con mis preguntas y tendré cuidado. No pasará nada.

—Removerás el pasado. Me preocupa que toques la tecla equivocada y termines mal. ¿Es que no lo ves?

—No, no lo veo así.

—Parece mentira. ¡Tan buena memoria y luego no te acuerdas de lo que hemos pasado hace nada!

La pareja guarda silencio cuando ve que el camarero se acerca con los postres. El chico les pregunta si quieren algo más y las dos contestan al unísono que no y le dan las gracias. Comen sin decirse nada, hay tensión entre ambas. Una tensión inesperada que se incrementa cuando Julia vuelve a hablar.

—¿Dónde fue el accidente de ayer?

—¿Qué...? En la calle —contesta Vanesa, que titubea al responder.

—¿En qué calle?

—Pues... no recuerdo cómo se llama. Una calle cualquiera del pueblo.

—Pero ¿fue cerca de tu casa? ¿Del hotel? Me has contado que el coche se saltó un semáforo en rojo y entre el hotel y tu casa no hay ningún semáforo.

Vanesa se atraganta con el flan y tose. Tarda unos segundos en recuperarse que aprovecha para pensar en qué decirle a su novia, que ha dejado de comer el helado y la observa fijamente.

—¿Me estás acusando de algo?

—¿Yo? ¡No! Solo te he hecho una pregunta sencilla a la que le he estado dando vueltas.

—Me estás interrogando.

—No, cariño. Tú eres la que te has puesto tensa y a la defensiva por una simple pregunta.

El móvil de Vanesa interrumpe la discusión. La joven coge el teléfono que tiene sobre la mesa y lo mira. Es un SMS enviado desde

un número desconocido.

«Tienes que venir inmediatamente al hotel. Estoy en problemas. Necesito tu ayuda. Gracias. Iván. P. D.: Si puedes, tráeme algo de comer y de beber. Ya no queda pizza».

Vanesa no contesta al mensaje. Se guarda el móvil en el bolso y termina el flan. Julia se da cuenta de que algo no va bien. Se arrepiente de haberla presionado, aunque ha sido ella la que ha empezado exagerándolo todo con sus comentarios.

—¿Qué ocurre, cariño? Puedes contármelo.

—Nada. Todo está bien.

—No es verdad. Por favor, no me engañes. Estás muy rara —insiste Julia, que ya ha acabado el helado y contempla a su novia con inquietud—. Mira, no tienes que decirme dónde estabas ni qué hacías en la calle en la que casi te atropellan, no es asunto mío; pero no me mientas y me digas que todo va bien cuando no es así. Llevamos casi un año juntas y te conozco perfectamente.

—A lo mejor no me conoces tan bien —responde Vanesa con frialdad—. Tengo que irme. Te llamo luego.

La chica se levanta sin darle más detalles sobre el motivo por el que debe marcharse de manera tan precipitada. Cojeando, Vanesa sale del restaurante y cruza la plaza lo más deprisa que puede. Le duele en el corazón no poder explicarle a su novia lo que pasa, pero no le ha quedado otra.

El pie cada vez le molesta más. A lo mejor se le ha agravado la lesión. Aprieta los dientes y continúa caminando en dirección al hotel. Antes de llegar, para en una pequeña tienda y compra dos sándwiches y dos botellas de agua para Iván.

¿Y si llama a Julia para pedirle perdón por su comportamiento al final de la comida? No, no es el momento todavía. Querrá explicaciones y ella no tiene tiempo para eso. Además, no puede contarle la verdad.

Vanesa llega al hotel y saluda a su padre, que está en la recepción. Este se sorprende de verla. Por suerte, está ocupado con unos clientes y no tiene que pararse a hablar con él. Sube hasta la primera planta y va directa a la habitación 123. Toca con los nudillos y en voz baja le advierte a Iván de que es ella. El chico le abre enseguida, le pide que entre y cierra rápidamente la puerta.

—¿Qué es tan urgente como para hacerme venir otra vez? Casi ni puedo andar.

—¿Eso es comida? —le pregunta el joven, que se ha fijado en la bolsa que lleva en la mano.

—Sí. Toma. ¿Qué pasa?

Iván no le contesta. Agarra la bolsa y se sienta en la cama. Vanesa resopla y se pone a su lado. Está empezando a hartarse de tener que repetirle las cosas. Por su culpa, además, ha discutido con Julia.

—Tío, cuéntame ya qué coño quieres. He dejado a mi novia tirada en un restaurante y le he tenido que mentir para no revelarles que estás aquí. Me siento fatal.

—¿Cómo está Julia? ¿Tan inteligente y sabidilla como siempre? —le pregunta Iván, que abre uno de los sándwiches y le da un bocado enorme—. Qué bueno está. Muchas gracias.

—¡Joder! Déjate de historias o me largo. ¿Por qué me has hecho venir? ¿No era tan urgente?

—Lo es. Ven.

El joven da otro mordisco antes de dejar el sándwich sobre la cama. Coge a su amiga de la mano y la conduce hasta el cuarto de baño. La puerta está cerrada. Iván abre con cuidado, tratando de no hacer ruido, y deja que su amiga pase delante de él.

Al ver la escena, Vanesa está a punto de gritar. El chico lo intuye y le tapa la boca a tiempo.

—No grites, por favor —le ruega el joven sin apartar la mano de su boca—. Por favor. Te lo explicaré todo, pero no grites, ¿vale? ¿Puedo confiar en ti?

La chica asiente con la cabeza. Está muy asustada. Tiembla, no sabe qué puede pasarle en esa habitación. Sin embargo, lo que procede ahora es conservar la calma y escuchar a Iván.

—Bien. Esto no es lo que parece.

—¿Qué le has hecho? Está... ¿muerta?

—No, qué va. Solo duerme. Le he dado un par de somníferos hace un rato. A mí me van genial para conciliar el sueño.

—Pero ¿lo rojo del suelo es sangre?

—Sí, es sangre.

Vanesa se lleva las manos a la cabeza y se acerca lentamente a la bañera para contemplar incrédula a Manolita, que está allí tumbada. Tiene las manos atadas con una camiseta de Iván y los pies con una

toalla y le ha tapado la boca con un pañuelo de tela.

—Madre mía, ¿cuánto lleva aquí?

—No sé, unas horas.

—¡La estarán buscando! Mi madre, mi padre...

—No te preocupes por eso. He desbloqueado su móvil con su huella dactilar y he avisado a todo el mundo por WhatsApp. He escrito como si fuera ella, claro —dice Iván sonriente—. A tus padres les he dicho que se ha puesto enferma y que se ha tenido que ir a casa, y lo han comprendido. Y a su familia le he dicho que hoy trabajaría hasta tarde, que la esperaran para cenar. Ya veré qué improvisamos cuando llegue la hora.

—Estás loco —dice la chica, que comprueba en el cuello de la mujer si tiene pulso.

—No, Vane, no estoy loco. Ha sido por su culpa, yo solo he actuado en defensa propia. Ella entró en la habitación y me preguntó que a qué estaba jugando, que llevaba mucho tiempo desaparecido y que mis padres estaban sufriendo.

—Claro que están sufriendo.

—Eso no es asunto tuyo ni suyo ni de nadie. ¿O es que te crees que a mí me gusta tener que estar huyendo por todo el mundo de un criminal y de la policía? ¿Te crees que yo no sufro?

—Pero ¿por qué la tienes aquí? ¡Si hasta tiene una herida en la cabeza! —exclama Vanesa.

—Está curada, no te preocupes. Parece más de lo que es. Tuve que golpearla para inmovilizarla.

—¡Joder! ¡Dios!

—No podía dejar que le contara a nadie que estoy aquí, Vane —comenta Iván, que se sienta en la tapa del váter—. Solo es un rasguño sin importancia. La herida ya no sangra. Me costó lo suyo que se metiera en la bañera, pero accedió con una ligera y afilada ayudita. Aunque odio las amenazas.

—¿La amenazaste?

—Sí, con un cuchillo que llevo siempre en la mochila, pero no pensaba clavárselo si colaboraba. Y colaboró. Se tumbó en la bañera tranquilamente, la até para que no pudiera escapar y le di un par de somníferos para que descansara tranquila. Y aquí la tenemos, durmiendo como un lironcillo.

Vanesa no puede creer lo que está escuchando. Se frota constantemente el rostro con las manos y no deja de mirar a la pobre

Manolita, que permanece inmóvil y con los ojos cerrados dentro de la bañera de la habitación 123.

—Y cuando se despierte, ¿qué pasará?

—Le dolerá un poco la cabeza. Le daré un ibuprofeno —responde Iván señalando una caja del medicamento nombrado que hay sobre el lavabo—. Y ya veremos. Habrá que improvisar y ver si está dispuesta a colaborar.

—Tienes que soltarla.

—Dependerá de ella. Y de ti.

—¿De mí?

—Claro. Para eso te he llamado —responde el joven, que suelta una risilla divertida—. Esta mujer ya me ha puesto una cruz, lógico por otra parte. Yo no podré convencerla de que no hable, pero tú sí. Tienes que explicarle mi situación sin darle demasiados datos. Con que me prometa que no va a contar nada de esto ni a revelar mi presencia en el pueblo me conformo.

—¿Quieres que me implique en esta locura y que haga de intermediaria?

—Intermediaria, mediadora, enlace... Llámalo como quieras. Pero esta mujer no puede decirle a nadie que estoy aquí.

—¿Y si no lo consigo? ¿Qué pasará?

—Pues... nada bueno, Vane. Nada bueno.

CAPÍTULO 19

Martes, 12 de marzo de 2019

Faltan cinco minutos para las tres de la tarde, hora a la que empieza la primera clase del día. Claudia Comino y Emilio Viñales siguen juntos en la cafetería de Ciencias de la Información. Han hablado de muchas cosas, incluso del caso de la muerte de Pedro Juncosa y de su hija Sofía, la profesora de Sociología. Un asunto ha llevado al otro y han terminado debatiendo sobre periodismo y medios de comunicación. Ambos tienen opiniones parecidas, aunque ella es mucho más radical en cuanto al sensacionalismo y la falta de ética de la prensa ante ciertos temas.

—Los periodistas hablan muchas veces sin tener en cuenta a las víctimas ni a sus familiares. ¿Por qué? Porque ellos no están en su situación. Simplemente, leen un teleprónter o sueltan un montón de mierda acerca de una historia que no conocen o conocen de oídas. A esos periodistas los mandaba a todos al paro.

—Estoy de acuerdo en parte, pero ellos dan una opinión. Los obliga el periódico o la cadena. Hay una línea editorial y una determinada audiencia.

—Sé que los directivos tienen gran parte de la culpa del amarillismo actual, pero un periodista tiene que hacerse valer y tomar decisiones. Si les pasara a ellos o a sus seres queridos, se pensarían dos veces qué decir o qué escribir. No todo vale aunque te lo impongan. A veces se les debería caer la cara de vergüenza. Solo buscan el morbo, no piensan en las víctimas.

Emilio percibe crispación en los ojos de Claudia y también cierto odio. Es como si aquello le afectara personalmente. Y enseguida

descubre el motivo.

—¿Sabes por qué me fui ayer de clase?

—No, no me lo has dicho.

—Ayer fue 11 de marzo. ¿Recuerdas lo que ocurrió tal día como ayer hace quince años?

—Claro. Nadie puede olvidar esa fecha, aunque yo era muy pequeño.

—Y yo. Pero mi madre iba en uno de los trenes que explotaron. Por suerte, está viva para contarlo; solo se rompió unos cuantos huesos, pero nuestra vida cambió para siempre.

Emilio se queda en silencio sin saber muy bien qué decir ni cómo comportarse. Es un tema muy serio que no le resulta ajeno; él mismo vivió un episodio parecido en enero de hace dos años y su vida también cambió en ese instante. De hecho, su relación con Kerstin se fracturó en la estación de metro del aeropuerto.

—Ayer no me encontraba con fuerzas para venir a clase ni para nada. Estar lejos de mi madre en un día tan señalado me afectó. Por eso me marché.

—Te comprendo. Es lógico lo que hiciste.

—Pues los medios de comunicación siguen hablando de aquello de una manera frívola, como si se tratase de una película de acción norteamericana o del capítulo de una serie de Netflix. ¿Sabes lo que me duele escuchar ciertos comentarios sobre el 11M? ¿Y lo que le duele a mi madre, que estaba dentro de uno de esos trenes y tuvo que ver a gente muerta, mutilada y aplastada? Han pasado quince años y aún no lo ha superado. Yo nunca podré aceptar ese tipo de reportajes, noticias o comentarios de periodistas *top* que se creen que están salvando a la humanidad con sus programas especiales. Por eso estudio Periodismo. Para que cuando uno de mis jefes o de mis compañeros de redacción vayan a soltar alguna gilipollez sobre un tema así, decirles que a lo mejor están ofendiendo y faltando al respeto a las personas implicadas, como a mi madre o a mí.

El alegato de Claudia emociona a Emilio, al que le escuecen los ojos y tiene un nudo en la garganta que le impide tragar saliva. A su mente han acudido los instantes posteriores a la detonación de la bomba que estalló en la estación de metro del aeropuerto. El ruido ensordecedor y el pitido en los oídos, el polvo por todo su cuerpo embadurnando su ropa. El miedo, los gritos... Fue el peor momento de su vida. Se lo quiere contar a ella, explicarle que él ha sentido ese

pánico en primera persona, pero decide no hacerlo. No va a pisar con su historia la tragedia de Claudia y de su madre.

—Serás una gran periodista —prefiere decir el chico, que trata de disimular su emoción y de evitar que los recuerdos lo devoren.

—Ya veremos. No me adapto. Ni a la carrera, ni a los profesores, ni a vosotros.

—Yo tampoco tengo muchos amigos aquí.

—Es que con ese pelo no me extraña.

—¿Qué le pasa a mi pelo?

Claudia sonríe. Es la primera vez que la ve sonreír de esa manera. Es una sonrisa bonita, divertida. Liberada. Y Emilio descubre que, la que consideraba la chica invisible de su clase, le gusta todavía más. El corazón le va más deprisa, lo nota. Sí, corre bastante ahora. A mil pulsaciones por minuto.

—¿Nos vamos? Son casi las tres —dice la joven mostrando el reloj de su móvil.

—Vamos. No está bien que faltes un día y al siguiente llegues tarde.

La verdad es que, si fuera por él, se quedarían en la cafetería charlando un rato más; tal vez toda la tarde. A lo mejor habría terminado contándole el episodio de la explosión en el metro y cómo su vida dio un giro ese día.

—¿Qué vas a hacer con lo de la profesora de Sociología? ¿Vas a intentar hablar con ella de nuevo? —le pregunta Claudia en el pasillo paralelo al que se encuentra su aula.

—No lo sé. No quiero molestarla. Es un tema delicado.

—Debió de pasarlo muy mal. No me puedo imaginar lo que sufriría al enterarse de que su padre se había suicidado.

—Si es que eso fue lo que pasó.

—Es lo que te ha dicho, ¿no?

—Sí, pero durante unos años no estuvo tan convencida.

—¿Tenemos clase hoy con ella?

—Sí, a segunda hora.

—Pídele disculpas por abordarla en la cafetería. Gánate su confianza. Parece una tía bastante abierta. Igual acaba desahogándose contigo y te da su versión de los hechos —le propone Claudia ya en la puerta de clase.

—Me da a mí que eso no va a pasar.

—Por intentarlo no pierdes nada. El no ya lo tienes. Aunque si te

ha dicho que su padre se suicidó, lo mejor sería dejarla tranquila.

Emilio se encoge de hombros y promete pensárselo. Ambos se dirigen al final del aula, donde se suelen sentar, y al escuchar el timbre cada uno se sienta en su mesa. Ya desde sus sitios, se miran y se sonríen, justo antes de que entre el profesor de Teoría de la Información. El gesto no es algo ocasional; ambos intercambian miradas y sonrisas durante los cincuenta y cinco minutos que dura la clase. Gracias a eso, las explicaciones de aquel hombre engominado y tez morena no se hacen excesivamente pesadas. Cuando acaba, Emilio se acerca a Claudia.

—Qué rollo de clase.

—¿En serio? No ha estado tan mal —ironiza la chica—. ¿Has pensado qué vas a hacer con Sofía?

—Sí, le he estado dando vueltas y he decidido no decirle nada. Si cree que su padre se suicidó y no quiere hablar de ello, ¿quién soy yo para sacar el tema?

—Una sabia decisión.

—No suelo ser demasiado sabio en mis decisiones.

—Si todas son como la de elegir ese color de pelo, tengo que darte la razón.

—El azul es un color muy bonito.

—Precioso. Para el cielo, el mar, la camiseta de la selección italiana...

Emilio niega con la cabeza sonriendo. Por mucho que le diga, a él le encanta su pelo y no piensa cambiar de color. De momento. Sus compañeros vuelven a sus asientos, señal de que la profesora de Sociología está llegando. El joven se despide de Claudia y regresa a su mesa. Desde allí observa cómo Sofía Gisbert entra en clase a las cuatro en punto. La mujer lleva gafas de sol y una ropa diferente a la que vestía cuando hablaron en la cafetería. Emilio supone que ella no vive lejos. Habrá ido a comer y de paso se habrá cambiado.

La profesora se quita las gafas y espera a que todos los alumnos ocupen su lugar. «Está seria, más que de costumbre —piensa Emilio—. ¿Habrá sido por lo de antes? Puede ser». El chico chasquea la lengua, arrepentido por su atrevimiento.

—Buenas tardes. Hoy vamos a hacer un examen sobre lo que dimos ayer —suelta Sofía, que desoye las protestas de la clase, que se enfada por que haga una prueba sin previo aviso—. No os quejéis. Vais a ser periodistas. Tenéis que estar preparados para cualquier

imprevisto. Aunque voy a ser buena y os dejaré quince minutos para que leáis los apuntes de ayer. A las cuatro y diecisiete empezamos.

Claudia y Emilio se miran instintivamente. La chica se da cuenta entonces de que no tiene los apuntes, que se los ha dejado en la residencia. Levanta la mano y le explica a la profesora el problema.

—Siéntate con alguien que tenga buena letra.

La joven no lo duda. Se pone de pie, agarra su silla y camina hasta la mesa en la que está Emilio. El chico se sonroja porque toda la clase los está mirando. A esas alturas, algunos ni saben cómo se llaman aquellos dos frikis de la última fila.

—No te importa, ¿verdad?

—Para nada. Espero que entiendas mi letra.

—Seguro que sí. No creo que sea peor que la mía.

Emilio busca la primera página de los apuntes que tomó el día anterior y la coloca en el centro de la mesa para que Claudia también pueda leerla. El corazón se le dispara otra vez. Ella está muy cerca e incluso sus piernas se están tocando; no es mucho, más bien nada, pero él se siente feliz.

—Viñales, ¿puedes venir?

La llamada de Sofía rompe el hechizo. Ahora siente unos nervios diferentes a los de hace unos segundos. Mira a Claudia, que le hace un gesto con la barbilla para que se acerque a la mesa de la profesora. Este le hace caso. Se levanta de la silla y camina hasta la parte delantera del aula.

—Vamos fuera —le dice la mujer, que se dirige después a toda la clase—. Aprovechad el tiempo. Os quedan trece minutos para repasar. Luego no digáis que no os he advertido.

A continuación, le pide a Emilio que la acompañe al pasillo. El joven obedece sin pronunciar ni una palabra, aunque le da miedo lo que pueda decirle. Juntos salen del aula.

—Tranquilo, voy a anular la práctica cuando entremos otra vez. Así que no te preocupes. Solo necesitaba un momento para hablar contigo y no quería que tus compañeros armaran jaleo. Así los mantengo ocupados estudiando mientras charlamos —comenta la profesora, que se cruza de brazos—. ¿A qué ha venido lo de antes? ¿Qué querías hablar sobre mi padre?

—Pues... la verdad... Ha sido un error. Quería pedirle perdón y no volver a sacar el tema.

—Ya lo has sacado. ¿Por qué?

El chico se ve contra las cuerdas. Sofía no se conforma con su disculpa y él no tiene preparada ninguna buena excusa sobre por qué le preguntó por la muerte de Pedro Juncosa.

—¿Esto es cosa de Ernesto? ¿Te lo ha pedido él?

—No conozco a Ernesto —dice Emilio, que cada vez se siente más acorralado por su profesora.

—¿Entonces? ¿Quién te ha hablado de mi padre?

—Lo leí en Internet.

La respuesta le sale sin más, improvisada. Si Sofía tira del hilo, se dará cuenta de que miente. Pero ella lo afronta de otra manera.

—No te creas nada de lo que leas en Internet. Hay muchas mentiras en la Red —comenta la profesora con firmeza—. Durante un tiempo, pensé que a mi padre lo habían matado, que no se había quitado la vida, e investigué. Me entregué en cuerpo y alma a buscar a su asesino, pero no encontré ni una sola prueba concluyente que demostrara que no murió por voluntad propia. Perdí dos años de mi vida y no quiero que me vuelva a pasar, ¿comprendes? Mi padre se suicidó. Esa es la única verdad. Yo ya lo he aceptado y no estoy dispuesta a sufrir por eso otra vez. No. Me niego. Espero que te quede claro; a ti y a cualquiera que desee regresar al pasado.

CAPÍTULO 20

Martes, 12 de marzo de 2019

Se ha quedado con mal cuerpo después de que Vanesa se haya marchado así de la comida. Ni siquiera se ha despedido con un beso. ¿La llama? Mejor no. Prefiere que se enfríen los ánimos antes de volver a hablar con ella. Tal vez no tenía que haberla atosigado preguntándole por la calle en la que tuvo el accidente. Su novia estaba cuestionando su capacidad para afrontar un caso como el de Pedro Juncosa y ella ha tenido una reacción infantil. Las dos se han comportado como niñas.

Pero Julia sabe desde el primer minuto que Vane le está ocultando algo y su actitud en el restaurante se lo ha confirmado. La conoce muy bien. De momento, no va a darle importancia y dejará que los acontecimientos sigan su curso. Confía en ella. Solo espera que termine contándole el motivo del engaño. Quizá el día anterior ni siquiera fue al hotel a sustituir a su madre enferma y no quiso quedar con ella por alguna razón que a Julia todavía se le escapa. O a lo mejor, simplemente no le apetecía y lo disfrazó de esa forma.

La chica camina hasta su casa. No hay nadie a esa hora, sus padres están trabajando. Debería ponerse a hacer los trabajos de clase que tiene pendientes, pero no tiene ganas. Está apática y desidiosa. Sin duda, la discusión con Vanesa le está afectando. Sube a su habitación a echarse un rato en la cama, pero nada más entrar sus ojos se van a la pizarra. Lee por enésima vez los nombres de los siete sospechosos de la lista y se pregunta cuál de ellos podría haber asesinado al psicólogo. ¿Puede descartar ya a alguno?

Hay dos a los que María José Yuste considera incapaces de

asesinarlo: Úrsula, la vecina de Juncosa, y Ricardo, el profesor de Historia amigo de la víctima. Pero, si Ernesto los ha incluido en aquel listado, sus motivos tendría. Prefiere no tachar ningún nombre todavía, por lo menos hasta que no hable con ellos.

Julia está cansada y decide tumbarse. Durante varios minutos intenta dormir sin éxito, por lo que acaba cogiendo el móvil para echar un vistazo a las páginas de la documentación que fotografió para Emilio. En una de ellas está la declaración del profesor, Ricardo Acosta. De los siete, es el único con el que habló la policía, además de con la exmujer del psicólogo, por tratarse de la única persona que reconoció haber estado en el piso de Juncosa el día que murió. En su testimonio asegura que llegó sobre las cinco de la tarde al domicilio de Pedro y que este no le abrió la puerta. Lo esperó allí durante un buen rato y después se marchó resignado. Se conocían desde hacía casi treinta años y habían compartido muy buenos momentos. Su visita estaba relacionada con una cuestión económica de la que no se dice nada más, salvo que Pedro le debía una cantidad de dinero, no muy alta, a Ricardo. ¿Pudo ese hombre haberlo matado por esa deuda?

La joven lee el nombre de la persona que entrevistó al profesor y que redactó ese informe que formó parte del dossier que estudió el juez: el mismísimo inspector jefe Rodolfo Martínez Prado. A Julia entonces se le ocurre una idea, pero necesita la ayuda inestimable de alguien. Abre el WhatsApp y le escribe un mensaje a su padre.

«Papá, estoy liada con el trabajo del que te hablé. ¿Tú conoces al inspector jefe de la Policía Judicial, Rodolfo Martínez Prado? Me vendría muy bien charlar con él sobre el caso. ¡Gracias! Te quiero».

Lo envía y espera la respuesta. No sabe si su padre podrá ayudarla y ponerla en contacto con aquel hombre, pero sería muy interesante hablar con él. Aunque fue el juez el que dictaminó el suicidio, la aportación del inspector jefe encargado de la investigación policial fue de vital importancia.

A los cinco minutos, Julia recibe el WhatsApp de Miguel Ángel Plaza:

«¡Hola! No, no lo conozco personalmente, pero tenemos amigos en común. Rudy es un tipo bastante popular, incluso ha salido varias veces en la televisión.

Déjame que haga unas gestiones, a ver si puedo conseguir lo que me pides. ¡Todo sea por esa matrícula!».

La chica suelta un gritito de alegría. Si alguien puede lograr esa entrevista es su padre. El sargento de la Guardia Civil es respetado y querido por todos los miembros de los diferentes cuerpos de seguridad, tanto en el pueblo como en la ciudad. Sus compañeros y superiores lo ven como un hombre íntegro, honesto y resolutivo. Por eso, aunque sabe que es muy posible que le nieguen el acceso directo al inspector jefe de la Policía Judicial, Julia se muestra positiva. En cualquier caso, la puerta sigue abierta.

A pesar de que está cansada, poco a poco se va animando y asume que no va a poder dormir. Se levanta y camina hasta la pizarra. Esta vez se olvida de los siete sospechosos y se fija en los otros nombres que tiene anotados y que, de una manera u otra, también están relacionados con el caso.

—Rodolfo Martínez Prado, inspector jefe de la Policía Judicial del Grupo de Homicidios y principal encargado de la investigación. Amadeo Robledo, juez de instrucción del caso. Victoria García López, forense que hizo la autopsia al cuerpo de Juncosa. María José Yuste, empleada de hogar de Pedro Juncosa; encontró su cuerpo. Simón Juncosa Gisbert, hijo de Pedro, trabaja en un concesionario de coches. Sofía Gisbert Juncosa, hija de Pedro y profesora de Sociología de Emilio.

Julia se detiene en el último nombre y se pregunta si su amigo habrá hablado con ella. No se han llamado ni escrito en todo el día. Ahora él estará en clase, así que prefiere no molestarlo. Resopla. Demasiados frentes abiertos. Está agotada y se lamenta por no haber podido echar una cabezada. Esa incertidumbre es lo peor; peor que una negativa. Siente que debe arrancar, vencer su malestar y ponerse otra vez en funcionamiento. Coge su mochila, saca la carpeta con el dossier del caso y se tumba en la cama para repasar algunos datos.

Al tratarse de un suicidio y archivarlo el juez como tal, no se celebró juicio. Solo pasaron tres semanas desde que Pedro Juncosa apareció ahorcado en su habitación hasta que el juez dio por finalizada la investigación. Se tomó declaración a dieciséis vecinos del edificio en el que vivía el psicólogo, a su exmujer y a sus hijos. La policía también habló con su asistente y con el profesor de Historia y amigo personal de la víctima, Ricardo Acosta. Se realizó un registro

minucioso de su apartamento y de la consulta privada en la que Juncosa atendía a sus pacientes. No encontraron ningún indicio de que su muerte fuese provocada por alguien. Juez, Policía Judicial y forense estaban de acuerdo.

Son casi las seis de la tarde cuando su móvil suena. Julia se sienta sobre sus piernas en la cama y contesta.

—¡Hola, Emi! ¿Qué tal?

—Bien y mal —dice el joven, al que Julia encuentra un poco alterado.

—Explícate, anda. Y respira.

—Tengo poco tiempo, estoy en el descanso, pero te hago un resumen. Estoy bien porque he hecho muchos avances con mi nueva amiga.

—¿Tienes una nueva amiga?

—Me refiero a Claudia. Hemos comido juntos y nos hemos estado conociendo un poco mejor. Tenemos muchas cosas en común.

—¡Eso es genial! Ya me contarás los detalles. ¿Y la parte mala?

El chico no responde inmediatamente y Julia escucha el murmullo del pasillo de la universidad.

—A ver, mala mala no es.

—Entonces, ¿qué ocurre?

—La hija de Juncosa no quiere oír hablar de nada relacionado con su padre. Sofía dice que se suicidó y que no permitirá que nadie escarbe en el pasado.

—¿Eso es lo que te ha dicho?

—Más o menos. Con otras palabras, pero me lo ha dejado bastante claro.

—¿Se ha enfadado contigo?

—No lo sé, pero me ha pedido que me olvide del tema; yo y cualquiera que esté detrás de la nueva investigación de la muerte de su padre —dice el chico, que hace hincapié en las palabras «nueva investigación»—. Julia, esa mujer ha sufrido mucho. No creo que sea buena idea continuar con esto. Además, ella piensa que su padre se suicidó. Estuvo investigando dos años sin encontrar pruebas que indicaran otra cosa.

En ese instante, Julia recibe un WhatsApp que lee sobre la marcha. Emilio continúa explicándole por qué no debe seguir buscándole los tres pies al gato.

«¡Notición! El inspector jefe Martínez Prado ha accedido a hablar contigo. Pero lo hará por teléfono, no en persona. Algo es algo, ¿no? Te paso el número para que lo llames. Te espera».

—¡Oye! ¿Sigues ahí? —pregunta Emilio al ver que su amiga no se pronuncia sobre el tema.

—Sí, perdona. Es que he recibido un WhatsApp de mi padre.

—Te tengo que dejar. No sigas con la investigación, por favor. Sofía Gisbert parecía bastante afectada y, si ella no quiere que abramos la caja de Pandora, nosotros no tenemos derecho a hacerlo. Era su padre.

—Te comprendo, Emi. Hablaré con Ernesto Valle a ver qué me dice.

—Muy bien. Hablamos luego. ¡Adiós!

Julia recibe el mensaje de su padre con el número de teléfono del inspector jefe de la Policía Judicial veinte segundos después de que Emilio cuelgue. Lo que el chico del pelo azul le ha dicho le plantea una gran disyuntiva: ¿qué es lo que debe hacer ahora?

Lo primero es lo primero. Su padre se ha movido para conseguirle el contacto del inspector jefe y este espera su llamada. Hablará con él y luego con Ernesto para explicarle que la hija de Juncosa no quiere que nadie investigue de nuevo la muerte de su padre. Una vez haya hablado con ambos, tomará una decisión. Ese parece el orden lógico de sus próximos movimientos.

Con las cosas más claras, toma aire y se dispone a llamar al inspector jefe Martínez Prado. Aunque tiene experiencia en hablar con policías, aquella charla le impone un poco. Pero debe ser valiente y aprovechar la oportunidad. Se sienta en el borde de la cama y marca el número que le ha facilitado su padre. Al tercer *bip*, una voz grave y potente contesta.

—¿Sí? ¿Quién es?

—¿Inspector jefe Martínez Prado? Soy Julia Plaza, la hija del sargento Plaza. ¿Le cojo en buen momento?

—Sí, te estaba esperando. Hola, Julia. Encantado de saludarte.

El comienzo de la llamada no ha ido mal. Ese hombre no parece tan fiero como ella pensaba, hasta le ha resultado simpático.

—Muchas gracias por acceder a hablar conmigo, señor. Será de gran ayuda.

—De nada. Un placer. Me han informado de que estás haciendo

un trabajo sobre un caso que llevé yo hace cinco años, ¿cierto?

—Sí, señor. Estudio Criminología en la universidad y en una de las asignaturas analizamos casos reales. A mí me ha tocado la muerte de Pedro Juncosa. ¿Lo recuerda?

La joven evita nombrar a Ernesto Valle y que aquello no forma parte de un trabajo, sino que es un encargo personal de su profesor de Fundamentos Criminológicos.

—Lo recuerdo. No como si fuera ayer, pero sí que lo tengo bastante fresco en la memoria. Fue un suicidio. Aquel hombre apareció colgado del ventilador de su habitación con una soga de esas que utilizan en los rodeos americanos. ¿No es así?

—Exactamente. ¿Siempre estuvo claro que fue un suicidio?

—Sí. Fue un suicidio de manual. La forense lo confirmó y el juez archivó el caso.

—Sin embargo, su familia pensaba otra cosa, ¿no?

—No. Solo su hija. Pero fue por culpa de la asistenta del fallecido, que le comió la cabeza a Sofía.

Julia no va a contarle al inspector jefe que conoce a María José Yuste y que sabe lo que piensa y los motivos por los que ella cree que asesinaron al hombre para el que trabajaba.

—Así que no hubo dudas.

—No. Ni una sola duda. Por eso el juez Amadeo Robledo cerró pronto el caso.

—Bien.

—¿Mas dudas?

La chica tarda unos segundos en realizar la siguiente pregunta. Hasta el momento, aquel hombre no le ha aportado nada nuevo, simplemente ha confirmado rotundamente lo que todas las partes resolvieron.

—¿Cuál fue el motivo por el que se suicidó Pedro Juncosa?

—¿El motivo? —pregunta el hombre, al que Julia parece haber cogido por sorpresa—. Pues... no lo recuerdo bien.

—¿Había una nota de suicidio?

—No. Me parece que no.

—¿Y eso no es extraño? ¿Que una persona se quite la vida y no deje un último mensaje para sus seres queridos no es raro?

—No siempre dejan notas. Hay un porcentaje de casos en los que no sucede.

—¿Muy alto?

—No lo sé, no puedo determinarlo. No llevo ese tipo de estadísticas —contesta el inspector jefe muy seco—. Imagino que, con la tensión del momento, algunos suicidas ni se acuerdan de dejar un mensaje para sus familiares.

A Julia le da la sensación de que Rodolfo Martínez Prado empieza a ponerse nervioso y a sentirse incómodo con sus preguntas. No quiere enfadarlo, pero le gusta saber que lo está haciendo dudar.

—Entonces, para que me quede claro, Pedro Juncosa, que, según me han dicho, era bastante torpe con las manos, fue capaz de hacer un nudo del ahorcado perfecto, pero no dejó constancia del motivo por el que se quitaba la vida ni se despidió de sus familiares con una nota.

Ahora el que no responde inmediatamente es el inspector jefe de la Policía Judicial. Julia escucha cómo carraspea antes de volver a hablar.

—Juncosa se suicidó. No lo pienso solo yo. Las pruebas, el informe forense y la resolución de un juez lo aseguran. ¿Alguna cosa más?

—Solo una.

—Dime, ¿de qué se trata?

—¿Sabe usted lo que es un vigilante del silencio?

El hombre empieza a responder inmediatamente después de que Julia termine de formular la pregunta. Es como si supiera de antemano lo que la chica iba a decir.

—No tengo ni la más remota idea.

CAPÍTULO 21

Martes, 12 de marzo de 2019

—Tenemos que despertarla ya. No sabemos si está inconsciente por el golpe o si ha sufrido algún tipo de derrame interno.

—Está dormida por los somníferos que le he dado. No te preocupes.

—¡Cómo no voy a preocuparme! —insiste Vanesa cada vez más nerviosa—. Manolita es como de la familia. Lleva trabajando con mis padres mil años.

—Pero ha descubierto que estoy aquí y no podemos dejar que se marche así como así. Es muy fácil de entender.

La joven resopla y comienza a dar vueltas por la habitación. ¡La situación es completamente surrealista! ¡Tienen a una de las camareras de piso del hotel encerrada en el cuarto de baño inconsciente en la bañera!

—Cuanto más tiempo pase, peor será. Yo hablaré con ella para que no diga nada, pero vamos a despertarla ya, por favor.

—¿Qué le vas a decir para convencerla?

—La verdad. Que te escondes y que nadie puede saber todavía que estás aquí.

—Eso no suena muy convincente. Avisará a la policía.

—No lo hará. Ya verás como todo irá bien —dice Vanesa desesperada—. Manolita será discreta, no te delatará.

Iván, que está sentado en la cama y ya ha devorado los dos sándwiches que le ha traído su amiga, introduce la mano bajo la almohada y saca el cuchillo que mencionó antes.

—Está bien, vamos. A ver de qué eres capaz.

—Eso no es necesario. Déjalo ahí.

—No. El cuchillo me lo llevo. Nunca se sabe.

—Manolita es inofensiva, joder. No lo pongas más difícil.

El chico observa a Vanesa con el arma en la mano. Parece que va a soltarla encima de la cama, pero no lo hace; sonrío jocoso y camina hasta el cuarto de baño. La joven suspira y va detrás de él. Iván es una persona completamente diferente a la que ella quiso un día y de la que se llegó a enamorar. Ha perdido los papeles por completo y es peligroso. Necesita solucionar cuanto antes el lío en el que se ha metido y luego informar a la policía de que el chico está allí. Pero lo primero es liberar a Manolita.

La mujer sigue dentro de la bañera con los ojos cerrados, atada y amordazada. Vanesa se acerca hasta ella, le toma de nuevo el pulso y respira aliviada al comprobar que su corazón late con regularidad.

—¿Cómo vamos a despertarla?

—Muy fácil —responde Iván, que agarra la alcachofa de la ducha, abre el grifo del agua fría y dirige el chorro hacia la cara de Manolita.

—¡Tío! ¡Con cuidado!

Iván no escucha a Vanesa, que no para de protestar y de pedirle que no sea tan brusco. La mujer se despierta agitada y mira aturdida a su alrededor.

—Señora, hora de despertarse de la siesta. Vamos, que se hace de noche.

Manolita se da cuenta de que está inmovilizada y de que le han tapado la boca con un pañuelo. Murmura algo ininteligible mientras trata de zafarse sin éxito de sus ataduras. Horrorizada, contempla primero a su captor y después a Vanesa, a la que se le han saltado las lágrimas.

—Tranquila. Todo va bien. Iván, quítale el pañuelo para que pueda hablar.

—¿Y si grita?

—No va a gritar. ¿Verdad, Manolita?

La mujer niega con la cabeza. Sigue confusa, aunque poco a poco va recordando lo sucedido. Descubrió a Iván y fue a la habitación 123. Él le dio un gran golpe en la cabeza y después a ella le entró mucho sueño.

El chico le enseña el cuchillo y, a continuación, aparta el pañuelo de su boca. La mujer mira asustada a Vanesa.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Qué haces tú con él?

—No sabes cuánto siento todo esto, pero vas a irte enseguida.

—Bueno, ya veremos. Aquí mando yo —dice Iván, que juguetea con el cuchillo haciéndolo girar en su mano—. Aunque le pido perdón por el porrazo en la cabeza, ¿le duele?

—Sí, me duele bastante.

—¿Quiere un ibuprofeno? Le vendrá bien.

La mujer más tranquila, aunque todavía asustada, niega con la cabeza y mira de nuevo a Vanesa. La chica se arrodilla y le acaricia el pelo tratando de ganarse su confianza.

—Voy a desatarla —le dice a Iván—. No puede estar así.

—No. Está perfectamente, ¿verdad, Manolita?

—Me duelen las muñecas y los tobillos.

—Vamos, tío. ¿Tan inhumano te has vuelto?

Las palabras de la chica van acompañadas de una mirada de súplica al joven para que acceda a su petición. Esta vez resulta más convincente e Iván se agacha para liberar a la mujer de sus ataduras. Vanesa la ayuda a levantarse. Manolita, que tiene los músculos entumecidos, sale de la bañera y se mira al espejo. Se lleva una mano a la cabeza y se toca el esparadrapo que le cubre la herida; le duele bastante, así que piensa en aceptar el ibuprofeno que le han ofrecido. Además, está empapada.

—¿Puedo usar una toalla para secarme?

—Por supuesto —dice Vanesa sin esperar la contestación de Iván—. Tenemos que hablar contigo.

—¿Tú eres su cómplice?

—¿Cómplice? No se monte películas, señora —protesta el chico mientras contempla cómo se seca el pelo con la toalla—. Simplemente, tenemos un problema y vamos a intentar solucionarlo por las buenas. Si no, tendrá que ser por las malas.

—Será por las buenas —comenta Vanesa, que observa a Manolita a través del espejo—. Iván, ¿me dejas a solas con ella para que le explique la situación?

—Por supuesto que no.

—Por favor. No tardaré mucho.

—Te he dicho que no.

La joven percibe que su amigo se está poniendo nervioso y prefiere no alterarlo más. No sabe lo que podría llegar a hacer.

—Vale, no pasa nada —dice Vane, que acepta que Iván se quede—. En primer lugar, Manolita, sentimos mucho lo que ha pasado.

Espero que no nos guardes rencor y que no les cuentes nada de esto a mis padres.

—Ni a tus padres ni a nadie —añade el chico, que se peina la barba con el cuchillo, un gesto que no les pasa desapercibido a sus dos acompañantes—. No puede hablarle de mí a nadie.

—Tus padres están pasándolo muy mal desde que desapareciste.

—Eso no es asunto suyo, señora.

—¿En qué clase de persona te has convertido? Yo te conozco desde que naciste y siempre me pareciste un buen chaval.

—Ha pasado mucho tiempo de eso, aunque sigo siendo un chico bueno —responde Iván, que suelta una carcajada—. Mire, hay circunstancias que uno no puede controlar y que te llevan por un determinado camino.

—Golpear en la cabeza a una mujer de cincuenta años, amordazarla y maniatarla ¿es algo que no puedes controlar? ¿Me estás hablando en serio?

—Usted no sabe nada.

—¡Claro que lo sé! ¡Eres una mala persona! ¡Es lo que me estás demostrando!

Las palabras de Manolita molestan al joven, que tiene los ojos inyectados en sangre. Vanesa se da cuenta y teme que cometa alguna locura. Sin embargo, Iván reacciona de manera inesperada; se coloca al lado de la chica y le susurra algo al oído.

—Explícaselo tú. No quiero perder los nervios y cortarle el cuello.

—Yo me ocupo. Será mejor.

El chico le lanza una mirada amenazadora a Manolita y después sale del cuarto de baño. Vanesa se apresura a cerrar la puerta cuando Iván se va. Suspira y cierra los ojos aliviada.

—¡Ese tipo está loco! —exclama la mujer cuando las dos se quedan solas—. Dime, por favor, que no es tu novio o que no estás colaborando con él en lo que sea que está metido.

—No, nada de eso. Me he visto en medio de esta historia igual que tú, pero tienes que ayudarme.

—¡Debemos ir a la policía! ¡Hay que denunciarlo!

—Estoy de acuerdo. Hay que hacerlo, pero primero tenemos que evitar que nos haga daño.

—Tiene un cuchillo y no parece tener problema en utilizarlo contra quien sea. Hay que llamar a la policía cuanto antes.

—No te dejaré ir hasta que no esté seguro de que no avisarás a nadie. Por eso quería que hablara contigo.

—Pero si no pedimos ayuda, terminará haciéndonos daño.

—Lo sé, lo sé y lo haremos. Cuando llegue el momento.

—¿Qué momento, Vanesa? Me ha golpeado en la cabeza y me ha tenido atada en una bañera. ¿Cuánto más tenemos que esperar para llamar a la policía?

—Hasta que confíe completamente en nosotras. Tenemos que intentar ser creíbles y asegurarle que nos olvidaremos de lo que ha pasado aquí y que no vamos a delatarlo ni a denunciarlo.

—Yo no puedo olvidarme de esto.

—Ni yo, pero él debe creer que sí y confiar en las dos. Es la única forma de salir de esta.

Manolita vuelve a contemplarse en el espejo y niega con la cabeza. La chica se sitúa detrás, le pone las manos sobre los hombros y le sonrío a través del cristal.

—Lo conseguiremos. Confía en mí.

—Está bien. ¿Qué tengo que hacer?

—Sé amable, conciliadora, e intenta no ponerte nerviosa para no darle ventaja.

—No sé si sabré controlarme.

—Lo harás muy bien. ¿Vamos?

—Vamos, pero no te prometo nada.

—Estaré a tu lado hasta que las dos salgamos de aquí —le dice Vanesa cogiendo a la mujer de la mano.

Manolita asiente y se arma de valor. Entre las dos intentarán convencer a Iván de que no van a revelar que se encuentra en el hotel y de que su secreto está a salvo con ellas.

Sin embargo, cuando salen del cuarto de baño se llevan una gran e inesperada sorpresa. La habitación está vacía. No hay rastro de Iván ni de su mochila. Encima de la cama ven una nota escrita en mayúsculas con tinta azul. Vanesa la alcanza y lee en voz alta:

—«Si me traicionáis, lo pagaréis vosotras o alguno de los vuestros. Sé dónde vivís. No estoy de broma, soy capaz de cualquier cosa. Ya lo habéis visto. El silencio es vuestro mejor y único aliado. Hasta la próxima».

CAPÍTULO 22

Martes, 12 de marzo de 2019

La conversación con el inspector jefe de la Policía Judicial del Grupo de Homicidios ha dejado a Julia muy confusa. Martínez Prado parece tenerlo todo muy claro: Pedro Juncosa se suicidó y no hay alternativa posible. Imagina que hace cinco años llegó a cuestionárselo en algún momento, pero que al final determinó que aquello fue lo que pasó realmente. Y el juez y la forense opinaron lo mismo. Además, está lo de la hija del psicólogo, que le ha pedido a Emilio que no reabran la herida ya cerrada que tanto sufrimiento le provocó en su día.

Todo hace pensar que el caso está cerrado. Así lo consideran las partes implicadas. Pero entonces ¿por qué tiene la sensación de que las cosas no son tan claras como parecen? ¿Por el testimonio de María José Yuste y su convencimiento de que Juncosa no se suicidó?

La chica se fija en la pizarra una vez más. Siete sospechosos... ¿Es posible que esa lista esté incompleta? ¿Habría alguien más relacionado con esa muerte? Es hora de llamar a Ernesto Valle. Quiere advertirle sobre lo que Sofía Gisbert piensa y hacerle alguna que otra pregunta acerca de aquellos nombres.

A punto de llamar a su profesor, Julia recibe un WhatsApp de su abuela:

«Un profesor de Historia al que debía dinero, una exmujer con la que terminó mal, una vecina loca y enfadada, un psicólogo enemigo con el que casi llega a las manos en público, dos antiguos pacientes con los que tuvo problemas y una exsecretaria a la que despidió».

Segundos más tarde llega un segundo mensaje de Pilar:

«¿Quién asesinó al psicólogo Pedro Juncosa? ¿O realmente fue un suicidio como todo el mundo dio por hecho en su día?».

Al instante, Julia recibe el tercer y último WhatsApp de su abuela, que le saca una sonrisa.

«Si averiguas algo, escíbeme o llámame. No quiero esperar a que Netflix haga la serie».

Uno de los grandes vicios de Pilar es ver series en la televisión o en su ordenador, aunque ella niegue estar enganchada a ninguna plataforma. Le encantan las de misterio y averiguar quién es el asesino antes de que lo haga el detective o el inspector de policía de turno.

Pero aquello no es Netflix ni Movistar ni HBO. Pedro Juncosa apareció ahorcado en su casa colgado del ventilador de su dormitorio y era una persona real, no un actor. Todas las pruebas, todos los indicios, apuntan a que se suicidó, aunque su instinto y las palabras de María José Yuste le hagan pensar que no fue así.

La chica le escribe a su abuela para decirle que esa noche la llamará para ponerla al día y después marca el número de Ernesto Valle. El hombre no tarda en contestar.

—¡Hola, Julia! ¿Cómo va todo?

—Hola, Ernesto. Pues aquí estoy en casa, dándole vueltas a la cabeza.

—¿Y eso? ¿Alguna novedad? ¿O es que te has echado atrás y ya no me vas a ayudar?

—No me he echado atrás, pero tengo dudas.

—¿Sobre qué?

—Sé de buena tinta que Sofía Gisbert no quiere que se vuelva a investigar el caso de su padre.

—¿Cómo sabes eso? ¿Has hablado con ella?

Julia sabía que aquella pregunta llegaría y prefiere decirle la verdad. No quiere andarse con rodeos, ya que tarde o temprano su profesor se enterará de quién ha charlado con su exnovia.

—Yo no. Ha dado la casualidad de que mi mejor amigo es alumno suyo. Él ha sido el que ha hablado con Sofía.

—No tendrías que habérselo contado a tus amigos. Este caso es

muy serio y la idea era que fueras tú la única que investigara — protesta Ernesto, al que hasta le ha cambiado el tono de voz. Ha sonado muy directo y cortante.

—No se lo he contado a mis amigos. Solo a Emilio. Estaba en mi casa y casualmente...

—Da lo mismo, Julia. No me gusta lo que has hecho, pero es lo que hay. ¿Qué le ha dicho Sofía a ese chico?

Julia se siente mal. A lo mejor debería haber sido más precavida con aquella historia, ocultar la pizarra, o tal vez no debería haberle contado a su profesor la conversación entre Sofía y Emilio, aunque lo habría descubierto igualmente. En cualquier caso, ya no hay marcha atrás.

—Le ha contado que sufrió mucho hace cinco años y que ha rehecho su vida. Que su padre se suicidó y que no quiere que nadie remueva el pasado.

—No es verdad. Ella no piensa que su padre se suicidara.

—Pues es lo que le ha dicho a mi amigo.

Julia escucha el resoplido que Ernesto suelta al otro lado de la línea. Durante los segundos en los que el hombre no habla, la joven se pregunta si no debería haberle pedido a Emilio que se mantuviera al margen y haber hablado ella misma con Sofía Gisbert.

—Te aseguro que, si no hubiéramos creído que Pedro no se quitó la vida, no hubiéramos estado dos años investigando.

—¿Entonces por qué ahora lo afirma tan tajante?

—Porque se ha dado por vencida. Fueron dos años muy duros — comenta Ernesto, que ha recuperado su tono de voz habitual. Ya no parece enfadado, más bien resignado—. Dos años que fueron tan difíciles que terminaron con lo nuestro y con todo lo que había a su alrededor que le recordaba a su padre.

—¿Cree que ella sigue pensando que Pedro fue asesinado, aunque vaya diciendo ahora que se trató de un suicidio?

—Estoy convencido, Julia. Pero, como le ha dicho a tu amigo, no quiere desenterrar el pasado. Y lo entiendo perfectamente. No soportaría tener que enfrentarse otra vez a este asunto.

Debieron de ser momentos muy complicados para Sofía Gisbert. Convencerse a sí misma de que su padre se suicidó, aun pensando lo contrario, tal vez fue su mecanismo de defensa para seguir adelante.

—¿Quiere que continúe con la investigación?

—Por supuesto. El mejor regalo que le podemos hacer a Sofía es

descubrir quién mató a su padre. Es la única forma de que pueda pasar página. Necesita saber la verdad, Julia, y nosotros podemos dársela. Confío plenamente en tus capacidades.

—Entiendo. Aunque sigo sin estar segura de que Pedro Juncosa no se suicidara.

—No lo hizo. Las pruebas están claras.

—No están tan claras, Ernesto. Si lo estuvieran, habrían investigado su muerte como un asesinato y el caso no estaría archivado por un juez como suicidio —insiste Julia, que se niega a aceptar que todos están equivocados, a pesar de que ella también ve algo raro—. ¿Puedo hacerle unas preguntas sobre la lista de sospechosos?

—Sí, por supuesto. ¿Qué quieres saber?

La chica se conoce de memoria cada palabra del folio escrito por Ernesto; sin embargo, vuelve a examinarla una vez más. Mientras la consulta, le plantea una primera cuestión a su profesor.

—María José Yuste me habló de cinco de las siete personas que usted considera como principales sospechosas de la muerte de Juncosa. Pero había dos a las que no conocía.

—¿Quiénes?

—Los dos pacientes que tuvieron problemas con él. ¿Puede contarme algo sobre ellos?

—Claro. Uno es Carlos Montero, un tipo verdaderamente peligroso —comenta Ernesto con su entonación de locutor de radio—. Ese hombre se pasó un montón de años en la cárcel condenado por asesinar a su primo. La policía no lo descubrió en un primer momento, pero Montero se convirtió en paciente de Juncosa y durante una sesión le reveló lo que había hecho. Pedro fue a la policía y les contó lo que sabía. Carlos Montero fue juzgado y declarado culpable por el asesinato de su primo. Salió de prisión en febrero de 2014.

—Menuda historia. ¿Y piensa que pudo ser él?

—En su día, cuando Pedro apareció muerto, nadie lo investigó. Pero yo recordé el caso hace unos meses y fui tirando del hilo hasta que di con su nombre.

—¿Sabe si Carlos Montero tenía coartada para el día en que murió Juncosa?

—No lo sé, Julia. No me atreví a hablar con él, era demasiado arriesgado. Pero siempre lo consideré uno de los posibles culpables.

—¿Vive en la ciudad?

—Sí. O eso creo. Lo último que supe de él fue que trabajaba en un taller mecánico en las afueras.

—¿Y sería muy mala idea que le hiciera una visita?

—Sería una idea horrible.

—Pero, si es el culpable de la muerte de Pedro Juncosa, nunca lo sabremos si no hablamos con él. ¿No le parece?

El silencio al otro lado de la línea le da a entender a Julia que Ernesto está planteándose la situación. A ella no le da miedo ir a ver a Montero, pero quizá sí sea necesario tomar algunas precauciones extra.

—Iré yo contigo —termina diciendo su profesor—. Mañana, después de clase, ¿te parece bien? Luego podemos comer juntos y aclarar todas las dudas que tengas.

—Me parece perfecto —responde la chica, que ve muy positiva la propuesta de Ernesto—. Y sobre la otra paciente que está en la lista, ¿qué me puede decir?

—Se llamaba Sabrina Serrano, cuarenta y tantos años. Acusó a Pedro de engañarla y discutieron acaloradamente en la consulta. Me lo dijo una vecina de su edificio cuando hablé con ella hace unas semanas.

—¿Estuvo allí hace poco?

—Sí, investigando. Hice algunas preguntas. Por lo visto, Sabrina estuvo más de quince minutos gritándole y echándole en cara que tras diez sesiones no había mejorado nada.

—¿Qué le ocurría?

—Algo relacionado con la ansiedad —responde Ernesto—. Lo acusaba de no haberla ayudado a solucionar su problema y de quedarse con su dinero. Quería que se lo devolviera. Llegó incluso a amenazarlo con una demanda.

—¿Cuándo sucedió eso?

—El martes 1 de abril por la tarde, tres días antes de la muerte de Pedro.

—Vaya. Las fechas están muy próximas. ¿Ha hablado con esa mujer?

—No. No he podido... Sabrina Serrano se quitó la vida un año y un día después de la muerte de Pedro, el 5 de abril de 2015. Dejó una nota a sus hijas explicándoles que nadie había podido ayudarla y que ya no podía más.

CAPÍTULO 23

Miércoles, 19 de marzo de 2014

Desde hace un tiempo odia ver el telediario. Bastantes miserias escucha ya en la consulta como para continuar flagelándose cuando llega a casa. Sin embargo, esa noche, mientras cena, Pedro Juncosa ha puesto las noticias en la televisión. Alguien lo llamó a su nuevo teléfono y le pidió que no perdiera detalle de los sucesos de los que iban a hablar esa noche.

El presentador anuncia en primer lugar la muerte de dos obreros en un pequeño pueblo belga como consecuencia de la explosión de un obús de la Primera Guerra Mundial. A continuación, su compañera explica las novedades del caso Pistorius. El informe balístico concluye que la novia del atleta paralímpico murió en posición defensiva, cubriéndose la cara con las manos antes de que su pareja le disparara. A la tercera noticia luctuosa de la noche le dedican menos tiempo y la cuentan casi de pasada: dos vagabundos han aparecido muertos en una vía de metro en obras. No han dado muchos detalles, pero se cree que el culpable ha podido ser otro indigente que solía alternar con ellos y que está en paradero desconocido. Luego informan de un accidente de tráfico que se ha saldado con dos mujeres muertas y un bebé gravemente herido al impactar el coche en el que viajaban con un camión cargado de ladrillos.

Pedro niega con la cabeza y apaga la televisión. Se echa en la copa el vino que queda en la botella y se lo bebe de un trago. Luego recibe un SMS en su móvil nuevo.

«¿Has visto? Esto no es nada comparado con lo que viene. Estamos haciendo historia, compañero».

El hombre no contesta al mensaje y lo borra rápidamente. Se levanta de la mesa con el estómago revuelto y corre hasta el cuarto de baño para vomitar todo lo que ha ingerido en las últimas horas, incluidos la tila y un Valium que se tomó antes.

¿Qué es lo que están haciendo?

Después de enjuagarse la boca y quitarse las prendas manchadas, regresa al salón vestido solo con la ropa interior y los calcetines. Se tumba en el sofá y cierra los ojos. Sabe que no conseguirá dormirse, pero intenta, al menos, relajarse un poco. Su móvil suena, terminando con cualquier posibilidad de relax. Pedro se incorpora y observa su viejo teléfono, que entona el *Para Elisa* encima de la mesa. Se sorprende al ver quién lo llama.

—¿Sí? —dice tímidamente al descolgar. Le da miedo que le suelte que se ha equivocado, pero no es así.

—Hola. Feliz Día del Padre.

—¡Oh! Es verdad. ¡19 de marzo! Gracias, hijo.

—De nada, papá.

Hace casi tres meses que no hablan. La última vez que Simón lo llamó fue para felicitarle el Año Nuevo.

—¿Cómo estás? ¿Y el trabajo?

—Estoy bien. El trabajo como siempre. Un coñazo, pero es lo que hay —responde Simón con cierta desgana—. ¿Tú estás bien?

—Vamos tirando.

No va a reconocerle a su hijo que este sea, tal vez, el momento más difícil de su vida, que lo echa de menos, a él y a su hermana, quien seguro que no lo llama para felicitarlo por el Día del Padre. Desde el divorcio, hace ya dos años, sus hijos no han querido saber demasiado de su padre. Y no los culpa. Aunque su exmujer también logró ponerlos en su contra.

—Papá, me llama Noelia para cenar.

—¿Seguís juntos? Me alegro mucho. Es una buena chica.

—Sí, lo es. Hablamos otro día, ¿vale?

El hombre se frota los ojos con la mano libre. No quiere que cuelgue; no, todavía no. A saber cuándo será la próxima vez que escuche su voz; quizá en el cumpleaños de Simón, dentro de tres meses.

—¿Cuándo vienes a verme?

—No lo sé, papá. Tengo mucho lío.

—Podríamos quedar un domingo, ir al campo y preparar una barbacoa.

—Soy vegetariano. No como carne.

—¿En serio? ¿Desde cuándo?

Pero Simón no responde a la pregunta que le ha hecho su padre. El hombre escucha cómo Noelia grita su nombre y este le contesta que va enseguida en un tono alegre, completamente distinto al que está usando con él.

—Bueno, te dejo. Hablamos. Cuídate, papá.

—Y tú, hijo. Gracias por lla...

Simón cuelga antes de que Pedro pueda terminar de despedirse. El hombre aprieta el teléfono con rabia y lo deja de nuevo encima de la mesa. Si pudiera dar marcha atrás, ¿cometería los mismos errores?

Vuelve a echarse en el sofá bocarriba, aunque ya sabe lo que hay. No podrá dormir y menos después de la llamada de su hijo.

En el móvil nuevo recibe otro SMS.

«Si no hay dudas, no hay progreso».

El psicólogo insulta en voz alta a la persona que le ha enviado el mensaje y apaga el teléfono nuevo. Coge el otro móvil y escribe un WhatsApp.

«Hola, ¿haces algo esta noche? Me gustaría pasarla contigo. ¿Por qué no vienes?».

CAPÍTULO 24

Martes, 12 de marzo de 2019

Durante la cena, Julia habla con sus padres del caso de Pedro Juncosa y de la conversación que ha mantenido con el inspector jefe Martínez Prado, pero no les cuenta que al día siguiente irá con su profesor a visitar a un tipo que ha estado en la cárcel por asesinato. Tampoco les revela la charla con María José Yuste ni que aquello no es estrictamente un trabajo de la universidad.

—¿Puedo ver el informe de la autopsia? —le pregunta Aitana intrigada por la historia que su hija se trae entre manos.

—Claro, mamá. Espera.

La chica se levanta de la mesa y regresa con el dossier de la muerte de Juncosa. Busca lo que le ha pedido su madre y le entrega los folios con el análisis *post mortem* del fallecido. La forense los lee y va asintiendo con la cabeza.

—Victoria está considerada como una de las mejores especialistas del país y es fiable al cien por cien.

—Entonces, ¿no hay ninguna duda de que se suicidó?

—En principio, no. Pero, claro, yo no hice la autopsia y no puedo saberlo con certeza —indica Aitana devolviéndole las hojas a su hija—. Pero si la Policía Judicial, la forense y el juez pensaron lo mismo, no hay dudas de que fue así.

—Opino lo mismo que tu madre. No hay posibilidad de error.

A Julia el veredicto de sus padres la desanima un poco y se pregunta una vez más si no estará dando palos de ciego y si no se habrá montado una historia distorsionada en su cabeza influenciada por lo que María José y Ernesto le han contado. Pero ¿y el móvil

desaparecido? ¿Y la falta de habilidad manual del psicólogo? ¿Por qué se suicidó así y no de otra manera más accesible y sencilla para él? ¿Por qué no dejó una nota para despedirse de sus hijos y amigos?

—¿Alguna vez habéis oído hablar de algo llamado «vigilante del silencio»? —pregunta Julia al levantarse para irse a su cuarto.

—No. ¿Qué es?

—Ni idea, papá. Por eso os lo preguntaba. ¿No recuerdas ningún caso en el que surgiera este término? Aunque no se tratase de un asunto policial.

—Es la primera vez que lo escucho —insiste Miguel Ángel.

—Yo también. ¿Es importante para el caso? —quiere saber Aitana.

—No lo sé, mamá. La verdad es que no lo sé.

—Pareces frustrada.

—No, tranquila. Estoy cansada. Ha sido un día muy largo.

La joven se despide de sus padres y se marcha a su habitación. Es verdad, está agotada y le gustaría acostarse pronto. Madrugará para hacer las tareas de la universidad que le han quedado pendientes, pero antes de irse a dormir debe hacer tres llamadas.

La primera con la que habla es con su abuela, a la que pone al día de lo acontecido durante aquel martes de marzo. La mujer escucha atentamente lo que su nieta le explica y, emocionada, le dice lo interesante que le resulta todo lo relacionado con la muerte de Pedro Juncosa. Mientras charlan, Julia recibe un WhatsApp de Emilio, al que pensaba llamar después. En el mensaje, su amigo le pregunta si tiene tiempo y ganas para conversar por Skype. Pese a su cansancio, Julia accede. Se despide de Pilar y enciende el ordenador. Emilio ya está conectado y preparado para una videoconferencia. Ella le envía la petición para conectar y el chico del pelo azul acepta enseguida la llamada.

—Hola, Emi, ¿qué tal?

—Sorprendido —comenta el chico en cuanto tiene delante la imagen de Julia.

—¿Sorprendido? ¿Por qué?

—Porque hoy todo ha salido bien y no es lo habitual.

—¿Lo dices por lo de tu nueva amiga?

—Sí, principalmente.

Emilio le da detalles a Julia acerca del día que ha pasado con Claudia desde que se encontraron en la cafetería de la facultad hasta

que terminaron las clases. Le cuenta lo bien que han conectado, las miradas y las sonrisas cómplices y la opinión que comparten sobre los medios de comunicación. Le revela también que la madre de Claudia estaba en uno de los trenes que explotaron el 11-M y lo difícil que ha sido todo para ella y su familia desde entonces.

—¿Le has contado lo que nos pasó a nosotros en el metro del aeropuerto?

—No, he preferido no hacerlo. Ya se lo contaré cuando la conozca un poco más.

—¡Vaya! ¿Significa eso que vais en serio?

—¡Qué dices! Si ni siquiera le he dicho que me gusta. Poco a poco, Julia.

—¿Poco a poco? ¡Estamos en marzo! Lleváis en la misma clase desde septiembre.

—Pero hasta hoy no habíamos tenido una conversación de verdad. He estado muy a gusto con ella, hemos hablado de todo.

—¿De todo? —pregunta Julia arqueando una ceja—. ¿Incluso de Pedro Juncosa?

Emilio baja la mirada y se descubre. Su amiga lo ha cazado rápidamente. Julia acerca su cara a la cámara del ordenador y le reprende. El joven aguanta la bronca estoicamente e intenta excusarse. Le explica que Claudia le leyó los labios cuando habló con Sofía en la cafetería y que después fue imposible no decirle la verdad sobre lo que habían hablado.

—No quise mentirle. Ni a ti tampoco.

—¡Pues ya puedes tener cuidado con lo que dices en el futuro! ¡O tu novia se enterará!

—¡No es mi novia! ¡Ojalá lo fuera! Y sí, tendré más cuidado.

—Si es que...

—No te enfades, por favor. Recuerda que hoy ha sido un buen día para mí.

Los dos se miran en las pantallas sin decir nada. Julia suspira y trata de calmarse. Emilio le pide disculpas varias veces y la charla continúa con cierta tensión.

—La investigación sigue adelante —suelta Julia, que se ha alejado del ordenador un poco—. Me lo ha pedido Ernesto Valle.

—¿Qué? Sofía me ha ordenado que no continuemos con esto. Su padre se suicidó y ella no quiere volver a sufrir.

—Ella no lo sabrá. Actuaremos por nuestra cuenta, sin que se

entere.

—¿Por qué? No lo entiendo.

—Ernesto está convencido de que Sofía también cree que su padre fue asesinado y de que la mejor manera de que cierre ese capítulo de su vida para siempre es encontrando al culpable.

—Eso no es así, Julia. Sofía me ha dicho todo lo contrario.

—Es un mecanismo de defensa. Negar algo para olvidarlo.

—O a lo mejor es que realmente piensa así —insiste Emilio nervioso—. ¿De verdad vais a seguir con esta historia en contra de los deseos de la principal interesada?

A Julia no le gusta que su amigo se inmiscuya de esa manera en lo que han decidido ella y su profesor. Ernesto es el que mejor conoce a Sofía; fueron pareja durante bastante tiempo y juntos investigaron la muerte de Pedro Juncosa.

—¿No te vale con habérselo contado a esa chica? ¿También opinas sobre lo que debo o no debo hacer?

—Me lo ha pedido la hija del muerto —contesta Emilio molesto—. Mira, no voy a discutir contigo. Está claro que no quieres que mi día acabe bien.

—¿En serio piensas eso? Soy la persona que más se alegra de tu felicidad. No es justo lo que has dicho.

—Lo que no es justo es que investiguéis el suicidio de un hombre a espaldas de su hija, que ha dado por finalizado el tema y ha rehecho su vida.

Aquello es un callejón sin salida y los dos son conscientes de que no se van a poner de acuerdo.

—Voy a ayudar a mi profesor en esto. Lo siento, Emi. Si no creyera que existe la posibilidad de que Pedro Juncosa pudo ser asesinado, sería la primera en parar.

—Muy bien. Suerte.

El joven esboza una sonrisa triste y apaga su cámara. A continuación, escribe por el chat de Skype: «Espero que encuentres lo que buscas. Buenas noches». Julia también hace lo propio y se tumba en la cama. Inspira por la nariz y suelta el aire por la boca varias veces, buscando un ritmo adecuado en su respiración. Experimenta una sensación rara en el pecho que le es familiar. No le gusta y se asusta un poco. Debe calmarse. Hoy ha discutido con su mejor amigo y con su novia como hacía tiempo que no ocurría. No desea repetir comportamientos del pasado, así que hace lo que tenía

que haber hecho hace unas cuantas horas. Vanesa responde al cuarto tono.

—Hola, Julia.

—Hola, ¿puedes hablar?

—Sí. Estoy ya en la cama. Tenía ganas de llamarte, pero no quería molestar. Hoy no he estado muy afortunada.

—Yo tampoco. Lo siento.

—Yo también lo siento. ¿Harry Styles?

—Harry Styles.

La primera vez que discutieron siendo pareja, cuando lo solucionaron, buscaron una contraseña para que quedara constancia de que habían hecho las paces definitivamente.

—Tiene que ser algo que dé buen rollo.

—¿Algo o alguien?

—Da lo mismo.

—A mí me da muy buen rollo Harry Styles.

—Pues Harry Styles será nuestra clave.

Desde entonces, las discusiones terminan al pronunciar el nombre del cantante británico.

A Vanesa se le saltan las lágrimas después de haber arreglado el conflicto con Julia; sin embargo, no está tranquila. Si no la ha llamado antes ha sido porque no sabía si debía decirle o no lo de Iván. Curiosamente, ha sido la propia Manolita la que le ha pedido que lo mantengan en secreto. Le da miedo que este pueda hacerles algo a sus hijos si descubre que han revelado su presencia en el pueblo. Además, no tienen ni idea de a dónde se ha marchado.

—¿Y el tobillo?

—Hinchado. Voy a tener que tomarme otro día de reposo.

—Vaya. Mañana por la tarde iré a verte.

—Genial. ¿Cómo va lo del caso del psicólogo?

—Muy lento, pero prefiero no hablar sobre eso. Estoy saturada.

—¿Y de qué te apetece hablar? —pregunta Vanesa, que también es partidaria de cambiar de tema.

—¿Recuerdas la escena del teléfono de la película *Toda la verdad sobre perros y gatos*?

Vanesa se tapa los ojos con la mano mientras sonríe nerviosa. Se cubre completamente con la manta y se acomoda en la almohada.

—Por supuesto, amor. Cómo iba a olvidarla.

Durante unos minutos, las dos se dejan llevar, entregándose la una a la otra en la distancia, olvidándose por completo de las complicaciones de la jornada. Luego se despiden, deseosas y esperanzadas de que el miércoles 13 de marzo tenga mejor cara. En cambio, las cosas sucederán al contrario. Y es que la muerte volver  a hacer acto de presencia en sus vidas. En esta ocasión, de la manera más inesperada.

CAPÍTULO 25

Miércoles, 13 de marzo de 2019

—¿Te gusta algún estilo de música en especial?

—Ponga lo que quiera. Me da igual.

—Creo que es hora de que empieces a tutearme, Julia. No estamos en clase —le pide Ernesto Valle mientras busca un dial en la radio de su coche—. ¿Esta te parece bien?

Lo que suena es *Disparos*, de Dani Fernández, en los 40. La chica da el visto bueno y se ponen en marcha. A Julia se le hace raro ir en el asiento del copiloto del Fiat de su profesor de Fundamentos Criminológicos, pero ha surgido así. Además, prefiere ir a ver a Carlos Montero acompañada. No sabe por dónde le va a salir aquel tipo y si correrá algún peligro.

—¿Has estudiado más sobre el caso? —le pregunta Ernesto sin apartar la vista de la carretera.

—Anoche desconecté. No me quiero obsesionar.

—Haces bien. Yo casi me vuelvo loco en su momento. Y mira cómo terminó Sofía...

—Ya le dije a mi amigo que íbamos a seguir investigando, pero que no se lo diríamos a ella.

—Es lo mejor. Cuando tengamos al culpable, la informaremos.

A Julia le sorprende la seguridad con la que Ernesto habla. Pese a la falta de pruebas, él da por sentado que a Juncosa lo mataron. Su apuesta es clara, a pesar de no tener nada a su favor. Salvo a ella y a su intuición.

—Tengo curiosidad por saber qué nos dice este hombre —dice el profesor después de un par de minutos en silencio.

—¿Es el principal sospechoso de tu lista?

—Los siete pueden serlo.

—¿Por qué esos siete en concreto?

—Por descartes, posibilidades, motivos... Hablé con mucha gente relacionada con Juncosa durante estos años. Estas siete personas tenían razones para asesinarlo. Quizá haya más y me he equivocado, pero juraría que fue uno de ellos.

—María José descartó a dos. Al profesor de Historia y a la vecina.

—Es su opinión, pero yo los incluí en el listado porque me parecieron sospechosos. Úrsula está completamente ida de la cabeza y es capaz de hacer cualquier locura. Y Ricardo estuvo en su piso el día que murió y reconoció que últimamente tenían problemas. Le debía dinero. Sinceramente, a ambos los veo capaces de haber cometido el crimen.

Julia asiente y piensa en el trabajo tan grande que ha tenido que hacer Ernesto para realizar esa lista.

—¿Descartas entonces que lo hiciera alguien que no sea uno de esos siete?

—No descarto nada —indica el hombre, que frena en un semáforo y aprovecha para mirar a su acompañante—. El hijo de Pedro, Simón, nunca me gustó, pero estaba a unos cuantos kilómetros de distancia aquel viernes; vive fuera de la ciudad. Y su novia, ahora esposa, Noelia, tampoco creo que tuviera nada que ver. Pedro tuvo problemas con más pacientes, pero estudié sus coartadas y es casi imposible que alguno de ellos sea el culpable.

—Una curiosidad, ¿Pedro no tenía secretaria en abril, cuando murió?

—No. Despidió a Rita Jovellanos en enero y no volvió a contratar a nadie. Entrevistó a un par de chicas, pero no llegó a decidirse por ninguna. También me puse en contacto con ellas en su momento y enseguida las descarté como sospechosas. Eran dos crías.

—¿Y quién llevaba su agenda?

—Él mismo. Se encargaba de todo desde que su secretaria se fue.

Eso quizá lo estresó más. A pesar de todo lo que ha leído y le han contado sobre Pedro Juncosa, todavía no sabe la causa exacta por la que pudo quitarse la vida. ¿El divorcio? ¿La situación con sus hijos? A lo mejor tenía problemas económicos y por eso le debía dinero a Ricardo Acosta y no contrató a otra secretaria. O tal vez se sentía

solo.

—¿Y María José?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Nunca la viste como una posible culpable?

El hombre se echa a reír, algo que fastidia a Julia, que lo mira con cara de pocos amigos. Ella no le ve la gracia.

—¿Qué pasa? ¿He dicho algo gracioso?

—Perdona. No quería molestarte —se disculpa Ernesto—. ¿De verdad ves a esa mujer como una posible asesina?

—No hay que fiarse de las apariencias.

Julia le menciona a su profesor un par de casos que leyó durante el verano en los que el culpable era la persona menos esperada. El hombre escucha atento lo que su alumna le cuenta.

—Tienes razón. Pero María José no fue. Ella tiene coartada para aquel viernes; terminó de trabajar a las dos y se fue a su casa.

—¿Lo comprobaste?

—No, pero me fío de su palabra.

—¿Y ya está?

Ernesto no responde y Julia no insiste. El profesor cambia de emisora y sintoniza Cadena Dial, donde suena un tema de Miriam Rodríguez. La chica le pide que deje la canción y continúa el viaje en silencio, con la música de fondo puesta.

Por fin llegan a la calle en la que se encuentra el taller en el que trabaja Carlos Montero.

—Tenemos que ir con cuidado. No sabemos en qué estado mental y emocional se encuentra Montero —le advierte el profesor a Julia al bajarse del vehículo—. No hay que olvidarse de que estuvo en la cárcel por matar a alguien.

—Será mejor que no mencionemos esa parte de su vida.

—Estoy de acuerdo.

El taller se llama El Gato Azul y no parece demasiado grande. Cuando entran, se encuentran a un hombre con un gran bigote, vestido con un mono azul. Este se limpia las manos de grasa en un trapo que alguna vez debió de ser blanco y acude a recibirlos.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarles?

—Buscamos a Carlos Montero, ¿trabaja aquí?

—Sí, está en la parte de atrás. ¿Quién pregunta por él?

Ernesto y Julia se miran. Es la joven la que finalmente responde mostrándole a aquel hombre el carné de la universidad.

—Me llamo Julia. Es para un trabajo de clase. ¿Podemos pasar?

—Esperad aquí un momento. Enseguida lo llamo.

El mecánico deja el trapo encima de un mostrador y se dirige al fondo del taller. A los pocos segundos, aparece otro hombre bajito, bastante musculado, con la cabeza rapada al cero y varios tatuajes. A Julia le llama la atención uno que tiene en el cuello; representa a un demonio sonriente, con un tridente y una bola de fuego a sus pies. Da bastante miedo.

—Buenas, ¿quiénes sois? —pregunta Carlos sin rodeos.

—Me llamo Ernesto y ella es Julia. ¿Podríamos hablar unos minutos?

—¿Sobre qué?

El tono desagradable de Montero consigue intimidar a profesor y alumna. La chica da un paso hacia delante buscando ganarse la confianza de aquel tipo.

—¿Cuántos tatuajes tiene? Me encanta el que lleva en el cuello.

—¿En serio? No es el mejor de los diecisiete que tengo. El que más me gusta no se puede enseñar en público —dice el hombre, que dibuja una sonrisa a la que le faltan dientes—. ¿Habéis venido para hablar de tatuajes?

—No. Bueno, en realidad estamos aquí por un trabajo de la universidad.

—Yo no fui a la universidad. Solo hice un par de cursos de FP y apenas iba a clase. ¿Tú que estudias?

—Psicología —responde Julia para sorpresa de Ernesto—. Él es mi primo; me está ayudando con el trabajo.

El profesor no sabe a dónde quiere ir a parar la chica, pero está seguro de que ha mentido por algún motivo, así que le sigue el juego y le confirma a Montero lo que ella ha dicho.

—No me gustan los psicólogos —indica el mecánico, que escupe al suelo.

—¿Por qué no le gustan?

—Porque no tengo buenos recuerdos.

—¿En serio? ¿Tiene alguna experiencia negativa con alguno? —pregunta Julia, que intenta tirar de aquel hilo.

Entonces, Carlos se queda mirando fijamente a Ernesto, que se siente incómodo al notar los ojos de aquel sujeto clavados en él. No es posible que lo relacione con Juncosa porque nunca han coincidido.

—Tío, ¿de qué me suena tu cara? ¿Nos hemos visto alguna vez?

—Que yo sepa, no, aunque me lo dicen mucho. Debo de tener un rostro muy familiar.

—¿No sales en la tele?

—¿En la tele? No, que yo sepa.

Ernesto suelta una pequeña carcajada y mira a Julia para que intente reconducir la conversación.

—Me contaba su mala experiencia con un psicólogo. ¿Se puede saber qué pasó?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Curiosidad. Voy a ser psicóloga. Me gustaría saber qué no tengo que hacer para evitar que la gente guarde malos recuerdos de mí.

—¿Esto va a salir en alguna parte?

—No, es material confidencial —improvisa Julia.

El mecánico escupe al suelo de nuevo antes de continuar hablando. Se toca el cuello en la zona donde tiene el tatuaje del demonio y se centra en la chica, ignorando a Ernesto.

—Fue una traición. Aquel tío habló de más y por su culpa... —dice Montero muy serio—. Mi difunta madre, que era su paciente, me aconsejó que fuera allí a terapia porque me veía muy mal. Le hice caso y... ese medicucho me hipnotizó o no sé qué mierda me hizo y, por lo visto, dije cosas que..., bueno. Una historia rara que ya es pasado, pero que me marcó de por vida.

—¿Le responsabiliza a él de lo que le pasó?

—¡Por supuesto! Pero no quiero hablar de eso, ¿vale?

El tono agresivo de Carlos convence a Julia de no seguir presionándolo. Además, ellos ya saben esa parte de la historia: Montero mató a su primo y se pasó doce años en la cárcel por su asesinato. La chica lanza entonces una nueva pregunta para ver si consigue sacarle algo más.

—¿Recuerda el nombre del psicólogo?

—¡Claro! ¡Cómo olvidarlo! Fue un tío que luego apareció colgado en su casa. ¡Me alegré tanto cuando lo leí en las noticias...! El puto karma. Pedro Juncosa se llamaba el cabrón. A mí me pilló esa semana en Brasil, si no, hubiera ido a su entierro a reírme de él en su propia tumba.

—¿Estaba en Brasil cuando murió?

—Sí, tratando unos asuntillos personales que no vienen al caso.

Allí conocí a la madre de mi hijo. Los dos viven en Río, pero no en una favela de esas, no; en un pisito de dos habitaciones cerca de la playa. Voy a verlos siempre que puedo, pero los pasajes de avión son muy caros.

Julia tose para que Ernesto la mire y le golpea suavemente con el codo en el costado. Este se fija en el gesto que la chica le hace disimuladamente con la mano, dándole a entender que ya no tienen nada más que hacer allí.

—Brasil tiene que ser muy bonito.

—Precioso, tío. Y si ves a las *garotas* en Ipanema... Uf. Tremendo.

—Me lo apunto —dice Ernesto, que fuerza una sonrisa—. Bueno, mil gracias por atendernos, Carlos.

—Sí, muchas gracias, señor Montero. Ha sido un placer —añade Julia.

Los dos estrechan la mano del mecánico y se marchan del taller. Sin embargo, cuando están a punto de subir al coche, lo oyen gritar, pero ninguno de los dos se gira.

—¡Oye! ¡Y el trabajo ese que vas a hacer, ¿de qué va?! ¡No me he enterado muy bien!

CAPÍTULO 26

Miércoles, 13 de marzo de 2019

Está sola en casa. Sus padres se han ido a trabajar al hotel y ella, esta vez sí, ha decidido no salir y recuperarse de la lesión. Ha pasado una noche incómoda. Ha habido momentos en los que no sabía cómo poner el pie. Le dolía bastante y le impedía dormir y de madrugada se vio obligada a tomarse un Nolotil. Pero la principal preocupación de Vanesa no es su tobillo maltrecho por el accidente del lunes. Manolita la llamó por teléfono hace un rato para preguntarle si había hablado con alguien de lo de Iván.

—No, ni siquiera se lo he dicho a Julia —le confirma la joven a la camarera de piso.

—Yo tampoco se lo he contado a nadie, pero tengo miedo. ¿Y si viene a por mí?

—Tranquila, no creo que vuelva a molestarte.

No quiere poner más nerviosa a Manolita, pero ella tampoco se fía de Iván. No sabe cuándo ni dónde puede volver a aparecer. La noche anterior lo vio tan agresivo y tan desesperado que lo considera capaz de cualquier cosa.

Va hasta la cocina cojeando, abre el frigorífico y coge una botella de agua. Se echa un vaso y se lo bebe de un trago. Siente un intenso dolor en el pie y maldice al imbécil que casi la atropella. Lo ha estado pensando mucho y no está segura de que el accidente fuera algo casual. ¿Estará relacionado con Iván y con la gente que va tras él? Si es así, ahora lo estarán buscando. A pesar de todo, a Vanesa le da pena su amigo, aunque la otra noche lo habría denunciado a la policía sin dudarle. Actualmente, lo ve como un doctor Jeckyll y

míster Hyde. Tan peligroso para sí mismo como para los demás.

El sonido del telefonillo asusta a Vanesa, que golpea sin querer el vaso y lo tira al suelo, haciéndolo añicos.

—¡Joder! Qué torpe soy —dice en voz alta.

Vuelven a llamar. Vanesa esquiva los cristales del suelo y camina hasta la entrada del piso. ¿Y si es Iván? No le abrirá si es su amigo el que está abajo. Llamará a la policía. Le entra un escalofrío al imaginar que pueda ser él, pero la voz que escucha al descolgar el interfono no es la de su exnovio.

—¡Vane! ¡Somos Yi y Marilia! ¿Podemos subir?

La chica respira aliviada y les abre a sus amigas. Las espera en la puerta y cuando estas salen del ascensor le da dos besos a cada una. Luego invita a la joven alta del pelo rizado y a la albaceteña de rasgos asiáticos a entrar.

—Hemos venido para ver cómo estabas del pie —le dice Marilia mientras caminan hacia el salón—. Joder, tía, no sales de una y te metes en otra. ¿Te duele mucho?

—Eso. ¿Cómo te encuentras? ¡Cojeas un montón! —exclama Yi alarmada.

—Estoy bien, chicas. No os preocupéis. Solo es una pequeña torcedura. En unos días me habré recuperado completamente.

Las tres toman asiento en el salón y Vanesa les pregunta si quieren beber algo. Ellas lo rechazan y le piden que se quede sentada y que no mueva más el pie.

—Gracias por la visita, pero no os teníais que haber molestado.

—¡Cómo que no! —dice Marilia, que le coge la mano para acariciársela—. Además, tenía ganas de verte. ¿Cómo fue?

Vanesa le cuenta con detalles el accidente que tuvo al cruzar el paso de cebra. Yi Lin ya lo había oído de boca de Julia, pero también escucha atenta y se da cuenta de que su amiga evita decir que el suceso ocurrió después de ir a la tienda de su padre a comprar un móvil. Seguramente, no quiere que Marilia lo sepa.

—¡Qué susto! ¿Y no se sabe quién conducía el coche?

—No puse ninguna denuncia, así que no creo que estén buscando a nadie.

—¡Deberías haberlo denunciado!

—¿Para qué, Marilia? Estoy bien. Solo ha sido una torcedura —comenta Vanesa intentando quitarle hierro al asunto—. Bueno, ya está bien de hablar de mí. ¿Tú qué? ¿Cómo te va con el azafato

buenorro?

Marilia suelta una carcajada y después suspira. Admite que está enamorada y que le va fenomenal con él, aunque lo echa de menos cuando se pasa muchos días de viaje. Nada que ver con la relación que tuvo con Fran Duque, miembro de Viral al que no ha ido a visitar a la cárcel ni una sola vez. Ahora es muy feliz e incluso hasta está intentando dejar de fumar.

—¿Y a ti cómo te va en el amor, Yi? —le pregunta Vane a la otra chica cuando Marilia termina de presumir de novio.

—Mal. No me hace ni caso.

—¿Quién no te hace caso?

—Un tío del que estoy pillada desde hace unas semanas.

—¿Es de la universidad?

—Sí, de mi clase. Se llama Daniel. Pero yo creo que la que le gusta es Julia.

—¿En serio? —interviene Marilia, que se está aguantando la risa desde que Yi empezó a hablar de su *crush*—. Pues ahí tiene todas las de perder, ¿no, Vane?

—Totalmente. Nada que hacer.

Yi contempla con recelo a su amiga. Sigue preguntándose para qué quería Vanesa aquel móvil y por qué le ocultó a Julia que había ido a la tienda de su padre.

—Tienes que ir a por él, Yi. Sin miedo.

—¿Para qué? ¿Para hacer el ridículo?

—¡No digas eso! —grita Marilia, que saca un cigarro del bolso—. ¿Aquí se puede fumar?

—¿Pero no lo estás dejando?

—Todavía no lo he conseguido del todo. Poco a poco. ¿Puedo?

—Vete a fumar a la cocina, anda. Y abre la ventana. Mi madre odia el olor a tabaco y, si se entera, me voy a llevar una buena bronca.

—Abriré la ventana de par en par. Vuelvo en cinco minutos.

La chica rubia del cabello rizado se va con el cigarro, el mechero y su teléfono en la mano. Vanesa y Yi se quedan solas en el salón.

—¿Qué tal en clase? ¿Te has venido con Julia?

—No, ella hoy no ha cogido el bus.

—¿No? ¿Se ha quedado en la ciudad? —pregunta Vanesa extrañada. A lo mejor ha ido a ver a su abuela y se ha olvidado de avisarla.

—Ni idea. Al acabar las clases me dijo que iba al despacho del profesor de Fundamentos Criminológicos a hablar de un trabajo.

—¿Se llama Ernesto?

—Sí, Ernesto Valle —responde Yi, que cruza las piernas y mira a Vanesa fijamente—. Tía, ¿os va bien? Me preocupáis. Os veo raras y no quiero estar en medio.

—No estás en medio de nada.

—Pues me lo parece. De verdad que no le has sido infiel, ¿no?

—¡Yi! ¡Vale ya con eso! —protesta enfadada Vanesa—. Ha pasado algo que, de momento, no puedo contarle a nadie. Simplemente.

—¿Ni a tu novia?

—A ella menos.

Yi Lin se tapa la boca con una mano y se queda pensativa y muy quieta mirando fijamente hacia un lado. Su amiga la observa expectante. Le encantaría saber qué le anda rondando por esa mente tan peculiar.

—¡Tías! ¿Sabéis con quién soñé anoche? —vocifera Marilia, que entra alegremente en el salón después de haberse fumado el cigarro—. ¡Con Iván!

La expresión de Vanesa cambia radicalmente al escuchar el nombre del chico que ayer se lo hizo pasar tan mal.

—¿Y qué soñaste? —pregunta después del sobresalto inicial.

—Fue muy raro. Era Iván, pero con la cara de otro.

—¿De quién?

—No lo sé, Yi. De otro. El caso es que me pedía ayuda. Quería que lo llevara en coche hasta el aeropuerto y que luego distrajera a la policía para pasar los controles y coger un avión a un país africano.

—¿Te acuerdas de todo eso?

—El sueño era mucho más largo, pero se me ha quedado eso.

—¿Y lo ayudaste? —insiste Yi Lin curiosa.

—Eso no lo recuerdo —comenta Marilia intentando hacer memoria—. Estaba muy cambiado, pero bastante bueno. De hecho, me sentía un poco atraída por él en el sueño.

—No me lo creo. Pero si tú estás con el azafato.

—¿Y qué, Yi? ¡Era un sueño! Además, aunque estés enamorada y saliendo con alguien, puedes sentirte atraída por otras personas. Eso no es malo. Es más, diría que es lógico y natural.

—Yo no lo veo tan lógico. Te querías tirar a Iván en tu sueño teniendo novio. ¿Eso no son cuernos?

Marilia se da una palmada en la frente y luego mira a Vanesa, que se encoge de hombros.

—No, no son cuernos, Yi.

—¿Y comprar un móvil a espaldas de tu pareja para hablar con otro? ¿Eso son cuernos?

—¿Qué? ¿De qué me estás hablando? —dice Marilia confusa por la pregunta de la manchega—. Me desconciertas.

—De nada, déjalo.

—Estás fatal de la cabeza, amiga —comenta Marilia—. Oye, Vane, he visto que hay cristales y agua en el suelo de la cocina. ¿Lo sabías?

—Sí, antes se me cayó un vaso. Luego lo recogeré.

—De eso nada. Tú descansa y reposa ese pie todo lo que puedas. Ya me encargo yo.

—No hace falta que lo hagas.

Pero Marilia no oye a su amiga y se dirige de nuevo a la cocina. Otra vez Yi y Vanesa se quedan solas. En esta ocasión, la chica de rasgos asiáticos nacida en un pueblo de Albacete no se anda con rodeos y le suelta lo que piensa.

—Todo es por Iván, ¿verdad?

—¿De qué me estás hablando? —pregunta Vanesa desconcertada por las palabras de Yi.

—El móvil que compraste en la tienda de mi padre es para hablar con él. Por eso no lo puede saber Julia.

—¿De dónde has sacado eso?

—Estudio Criminología. No soy tan lista como tu novia, pero no soy tan ingenua como pensáis. He visto la cara que has puesto cuando Marilia lo ha nombrado. Y tanto secretismo... Solo hay que unir las pistas y sacar conclusiones. ¿Estáis liados Iván y tú?

Vanesa resopla, es consciente de que no puede seguir ocultándole la verdad. Yi tiene la sartén por el mango.

—No, no estamos liados, pero Iván ha vuelto al pueblo, aunque te prometo que ahora mismo no sé dónde está y que no hay nada entre nosotros.

—¿Y por qué lo mantienes en secreto?

—Por seguridad, Yi. Es mejor que nadie sepa que está aquí.

—No lo entiendo.

—Luego te lo explico detalladamente. No quiero que Marilia se entere, ¿vale?

—Tarde, chicas. Ya me he enterado.

Las dos se giran y ven a su amiga en la puerta del salón con la escoba y el recogedor en la mano.

—Te iba a preguntar dónde tiro esto, pero creo que vuestra conversación es más interesante. ¿De verdad que Iván ha vuelto?

—Por lo que se ve, ya lo has oído.

—Es muy fuerte —comenta Marilia, que apoya la escoba y el recogedor contra la pared y se acerca a sus amigas—. Muy fuerte.

—¿Qué es muy fuerte? —le pregunta Vanesa impaciente.

—¿Recordáis el sueño que os he contado? Pues creo que lo tuve porque ayer por la noche me pareció ver a alguien que me recordaba a Iván.

—¿Qué? ¿Viste a Iván anoche?

—No puedo asegurarlo. Llevaba puesta una gorra y tenía barba. Estaba subiendo a un coche.

—¿Un coche? Que yo sepa, no tiene.

—Pues el tipo que vi que se parecía a Iván estaba montando en uno azul —dice tras pensar durante unos segundos—. Sí, aquel coche era de color azul. Estoy segura de eso.

CAPÍTULO 27

Miércoles, 13 de marzo de 2019

—¿Qué toca a primera hora?

—Teoría de la Empresa Informativa.

—¡Dios! ¡No! —exclama Claudia, a la que esa tarde Emilio ve especialmente guapa—. ¡Qué pesadilla!

Va vestida con un peto vaquero azul oscuro y se ha puesto una coleta alta que le da un aspecto más jovial. Incluso su habitual mirada tristonosa hoy parece más alegre. Han quedado media hora antes de comenzar las clases para tomar algo juntos en la cafetería de Ciencias de la Información. Ella ha invitado a los cafés.

—¿Tardaste mucho en aprender a leer los labios? —le pregunta curioso el chico después de comprobar en su móvil que faltan diez minutos para las tres.

—Bueno, unas semanas. Hice un curso. No es muy complicado.

—Ni siquiera sabía que existían cursos de ese tipo.

—Normal. No creo que mucha gente se plantee aprender algo así —dice Claudia tras dar un sorbo a su vaso.

—¿Y también conoces la lengua de signos?

—Sí. Pero eso fue más por necesidad. Mi madre perdió parcialmente el oído después del atentado del 11-M y ambas decidimos aprender. Muchas veces, cuando estamos las dos solas, hablamos con las manos.

Emilio de nuevo se queda sin saber qué decir. La vida de aquella joven no ha tenido que ser nada sencilla.

—Siempre hablas de tu madre. ¿Y tu padre?

—No hay padre.

—Vaya. Lo siento. No debí preguntar.

—No, no lo sientas. No pasa nada. No ha muerto ni nada por el estilo. Simplemente, mi madre tuvo una relación una noche loca con alguien a quien dice no recordar y se quedó embarazada. Fue en un viaje con unas amigas.

—¿De verdad?

—Te lo prometo.

—¿Entonces no sabes quién es tu padre?

—¿Y qué más da eso? Sé quién es mi madre. La mejor persona que existe y a la que cada día echo más de menos. Por eso no me adapto a esta puta ciudad ni a la universidad. Sería mucho más fácil si ella estuviera conmigo.

La joven está a punto de echarse a llorar, pero consigue controlarse. Se lleva el vaso a los labios y bebe hasta que se termina el café. Emilio evita observarla para darle cierta intimidad.

—Y tú, ¿qué tal te llevas con tus padres? ¿Aceptan lo de tu pelo azul? —pregunta Claudia, que esboza una sonrisa mientras sorbe por la nariz.

—Muy graciosa. Pues hemos tenido nuestras fases malas. Muy malas, diría. Ahora creo que estamos en una etapa más o menos buena, pero lo pasé fatal en su día.

—¿No respetaban que fueras un poco friki?

—Los dos son abogados serios y reputados e imagino que querían un hijo más... como ellos. Al final, se han tenido que acostumbrar a mi manera de ser y de comportarme. Y al pelo tintado de azul también.

Aquel comentario hace reír a Claudia, que esta vez no le menciona al chico lo poco que a ella le gusta ese color. Mira el reloj. Se pone de pie y protesta por tener que ir a clase. Solo quedan dos minutos para las tres.

—¿Y si faltamos? —propone la joven.

—No seas una mala influencia.

—¡Vamos! ¡Demos una vuelta por ahí! ¡Y nos tomamos unas cervezas!

—Paso. Hoy vienen a dar una charla y seguramente nos pedirán hacer un trabajo sobre ello —dice Emilio mostrándose responsable, aunque se iría con ella cuando y a donde le pidiera. Si no tuviera que saltarse las reglas.

—Aguafiestas. Pero tienes razón.

La chica sale de la cafetería y Emilio va detrás, lamentando la oportunidad perdida. Los dos caminan hacia el aula; sus compañeros ya han entrado y ocupan sus asientos. La profesora de Empresa ha llegado un poco antes de tiempo acompañada de la persona que va a explicarles cómo funciona un medio de comunicación pequeño. Claudia es la primera en cruzar la puerta. Sin embargo, Emilio se detiene bajo el marco y durante varios segundos permanece inmóvil. La chica se da cuenta y vuelve sobre sus pasos para ver qué le sucede a su amigo.

—Estás blanco. ¿Has visto un fantasma?

—Conozco a esa mujer —dice el chico, que retrocede y sale otra vez al pasillo—. No me voy a quedar a escucharla.

—¿Por qué? ¿Quién es?

—Se llama Ana Rincón y no es una buena persona.

—¿De qué la conoces?

—Luego te lo cuento. Ahora entra en clase. Yo me voy.

El chico se da la vuelta y comienza a andar deprisa. Le vienen muchos recuerdos a la cabeza mientras camina, todos negativos. Aquella mujer intentó aprovecharse de él, lo engatusó de una manera sibilina. Quiso sacarle información sobre Julia y Aurora Ríos, pero, afortunadamente, él se dio cuenta a tiempo y no se salió con la suya.

—¡Eh! ¡Espera! ¡Me voy contigo! —grita Claudia, que lo persigue.

Emilio se para y le pide a la chica que no vaya con él, que no pierda clase, pero esta se niega. El joven se da por vencido y los dos salen juntos del edificio.

—¿Por qué dices que esa mujer es mala persona?

—Porque no tiene escrúpulos para conseguir lo que desea.

—Parece que la conoces bien. Tienes que contarme lo que te hizo.

—Busquemos un sitio para sentarnos y te lo cuento.

Los dos se dirigen a un camino secundario por el que no suele pasar mucha gente y en el que hay varios banquitos disponibles a ambos lados del sendero. Ocupan uno que está libre y Emilio empieza a contarle la historia.

—¿Recuerdas la explosión en la estación de metro del aeropuerto en diciembre del 2017?

—Claro. Me recordó a lo que le pasó a mi madre. ¿Por qué?

—Ana es la mujer del hombre que puso la bomba, el tío que se

suicidó.

—¿De verdad? ¿Y qué tiene eso que ver contigo?

El chico se moja los labios y se toca nervioso el tabique nasal, como si estuviera ajustándose las gafas.

—Yo estaba allí cuando estalló la bomba. Fui uno de los perjudicados, aunque solo me hice un esguince en el tobillo.

Emilio le explica a Claudia que Ana Rincón fue a su casa a pedirle perdón por el daño que su marido pudo haberle causado. Poco a poco fue ganándose su confianza y disfrazó su interés personal con una especie de fingida amistad surgida rápidamente entre ambos.

—Solo pretendía sacarme información. Me quería para que le hablara sobre... —en ese instante, el chico frena en seco.

Si continúa hablando, no le quedará más remedio que revelarle que él era compañero de clase de Aurora Ríos, la chica de su instituto a la que asesinaron. Y amigo de Julia Plaza, la adolescente que ayudó a la policía a resolver el caso. No desea revivir eso y mezclar a Claudia con los recuerdos del pasado, por mucho que ella, a veces, le recuerde a la chica invisible.

—¿Para que le hablaras sobre qué? —pregunta la joven al comprobar que Emilio no sigue con la historia.

—Ese es otro tema que no viene al caso. Quédate con que Ana Rincón solo se me acercó por interés. Menos mal que me di cuenta a tiempo.

Claudia se cruza de brazos y arruga la frente. Parece que no se conforma con eso y la expresión de su cara lo deja claro.

—¿Y ya está? ¿No me vas a explicar nada más?

—Esto es todo por el momento.

—¿Es que no confías en mí?

—No es eso. Es que hay cosas a las que es mejor no volver.

—Ajá. Yo te cuento lo del 11-M, lo de mi madre, que no conozco a mi padre, y tú no eres capaz de decirme hasta hoy, veinticuatro horas más tarde, que estuviste en la explosión del metro del aeropuerto ni las razones por las que esa mujer quiso hacerse amiga tuya. Es una señal de que hay un desfase de confianza entre nosotros.

—¿Qué dices? Si no te conté ayer lo de la bomba en la estación fue para no...

—¡Da lo mismo! —exclama Claudia enfadada—. Mira, yo no me abro a la gente así como así. Me parecías un tío legal. A lo mejor me

he equivocado.

La joven se pone de pie y contempla a Emilio con los ojos llorosos y llenos de rabia. Este no entiende su reacción, pero quiere solucionarlo.

—Siéntate. Vamos a hablar, por favor. Creo que esto es un malentendido.

—La falta de confianza no es ningún malentendido. He confiado en ti y tú no has hecho lo mismo.

—¿Qué quieres saber? Venga, pregunta y yo te respondo —dice Emilio, que también se pone de pie. No puede permitir que aquella conversación acabe así—. Pregúntame lo que quieras.

—¿Por qué me comparaste el otro día con Aurora Ríos?

El joven del cabello azul se queda de piedra al escuchar a Claudia. Lo último que esperaba era que nombrara a su compañera de instituto fallecida. Está tan sorprendido que es incapaz de articular palabra.

—¿Ves como puedes confiar en mí? —dice la chica sonriendo mientras llora—. Sí, ya lo sabía. Y lo de la estación también. ¿Y se lo he contado a alguien? No. A nadie, Emilio Viñales. Soy una auténtica tumba. Todos tus secretos están a salvo conmigo.

—¿Cómo... cómo lo... has averiguado?

Claudia Comino se ríe y niega con la cabeza al tiempo que las lágrimas corren por su cara y van a parar al camino de tierra.

—En Internet está todo, querido amigo. Y voy a ser periodista. Como tú.

Sin parar de llorar, Claudia se lanza sobre él. Cierra los ojos y le planta un beso en los labios. Emilio no comprende lo que está sucediendo, pero tampoco necesita explicaciones. Agarra por la cintura a la chica que le gusta desde hace meses y le sigue ese juego en el que ambos se besan.

CAPÍTULO 28

Miércoles, 13 de marzo de 2019

—Hola, papá, ¿qué tal?

—Hola, Julia. He venido a la ciudad a recoger unos papeles. ¿Sigues por aquí?

—Sí, pero estoy con el profesor del trabajo del que os hablé. Estamos repasando unas cosas del caso.

—¡Ah! Entonces no te molesto más. Voy a aprovechar para ir a visitar a tu abuela. Te llamaba por si te querías apuntar.

—No, no puedo. Estaré un rato más por aquí y después cogeré el bus de regreso. Salúdala de mi parte.

—Muy bien. Nos vemos esta noche. Ánimo con ese trabajo. La matrícula será tuya.

La chica cuelga y le dice a su profesor que ya puede volver a subir el volumen de la radio del coche. Sin embargo, Ernesto no lo hace; prefiere hablar con ella sin la música de fondo.

—¿Tus padres no saben todavía que la investigación no es para un trabajo?

—He preferido no contárselo. Creen la primera versión que me diste, la de la matrícula de honor. Ayer, mientras cenábamos, estuve charlando con ellos del tema.

—¿Y qué opinan del caso?

—Que es un suicidio, como piensan todos menos tú y María José.

—Somos la resistencia —comenta irónico Ernesto—. Y seguiré viéndolo así, pese a que nadie nos apoye.

—Mi madre me ha contado que la forense que hizo la autopsia es

una de las mejores del país —añade Julia, que echa un vistazo a las redes sociales en su móvil mientras continúan la conversación.

—Lo sé. En su día investigué sobre Victoria García López y tiene una gran reputación entre sus compañeros de profesión. En realidad, todos los responsables del caso la tienen y son muy respetados.

—En cambio, tú sigues empeñado en que asesinaron a Pedro Juncosa.

—Sí. Y tú también. Si no, no estarías sentada conmigo en este coche.

Julia sigue teniendo dudas, pero es cierto lo que él dice. Sigue allí, con los cinco sentidos puestos en el caso, a pesar de la decepción de haber descartado casi por completo a Carlos Montero, el mecánico de los tatuajes. Aquel tipo había asesinado a su primo y había pagado por ello en la cárcel durante doce años; y odiaba a Pedro Juncosa por delatarlo a la policía. Pero estaba en Brasil cuando el psicólogo apareció ahorcado en su habitación. Además, durante la charla que habían mantenido con él, en ningún momento les dio la impresión de que estuviese mintiendo o evitando contarles la verdad. Les pareció un tipo demasiado simple y excesivamente transparente, por llamarlo de alguna manera. Eso o era un gran actor.

La inocencia de Montero les dejó un extraño sabor de boca e hizo pensar a Julia y a Ernesto. Había que darle la vuelta a la situación. Con él descartado, quedaban menos nombres en la lista. Entonces, el profesor le planteó a Julia visitar juntos a otro de los sospechosos y ella aceptó encantada.

—Ricardo Acosta es un hombre muy inteligente. No es un simple profesor de Historia de instituto, también es especialista en Antropología y sabe seis o siete idiomas. La última vez que hablé con él no fue demasiado amable conmigo. A ver qué actitud muestra hoy contigo.

—Es uno de los que María José descartó como culpable.

—Yo no lo tengo tan claro. De hecho, al principio, fue mi sospechoso número uno.

—¿Sí? ¿Por qué razón?

—Estuvo en el lugar del crimen la tarde en la que este se produjo. A Sofía y a mí nos pareció muy importante eso cuando comenzamos a investigar y nos centramos bastante en él. Además, Pedro le debía dinero. Aunque no creo que alguien mate por seiscientos euros.

—¿Por qué le debía ese dinero? ¿Una deuda de juego? ¿Un préstamo?

—Se lo pregunté y no me lo quiso decir. En el informe con los testimonios que recopiló la Policía Judicial tampoco consta y no he conseguido más información al respecto.

—Curioso. ¿Juncosa tenía problemas de dinero?

—No lo sé, pero es probable —responde Ernesto mientras estaciona el coche—. Hemos llegado. Ese de ahí es el instituto donde da clase Ricardo.

El edificio al que el profesor se refiere está construido con ladrillos de color rojizo y desde fuera impresiona; su fachada ocupa bastantes metros de la calle en la que está situado. La puerta principal está justo frente a ellos, en la otra acera.

—Parece enorme.

—Es uno de los institutos más grandes de la ciudad.

—Había oído hablar de él, pero nunca lo había visto. ¿Vamos?

—Yo te espero aquí. Es mejor que hables tú sola con él.

—¿Qué? ¿No vas a entrar conmigo?

—No. Si estoy yo presente, Ricardo va a estar a la defensiva —responde Ernesto—. Tú tienes la suficiente capacidad para ponerlo contra las cuerdas si tiene algo que esconder. Gracias a ti ya sabemos que el mecánico expresidiario no es el asesino de Pedro.

—Ha sido gracias a los dos.

—No. Tú has llevado el peso de la conversación con Montero —insiste el hombre, que le coloca una mano en el hombro—. Confío en ti, Julia. Si tienes cualquier problema, llámame al móvil. Estaré atento.

La chica asiente y acepta el plan de Ernesto Valle, aunque hubiera preferido que él la acompañara. Abre la puerta del copiloto, sale del vehículo, cruza al otro lado de la calle por un paso de cebra y se dirige hacia la puerta principal, que está abierta. Entra en el instituto y enseguida se topa con el mostrador de recepción, donde la atiende un hombre de pelo canoso y cara de buena persona. Julia le pregunta por el profesor de Historia.

—A esta hora no tiene clase. O está en su despacho o en la sala de profesores tomando café. ¿Cómo te llamas?

—Julia Plaza.

—¿Me dejas tu carné de identidad?

La chica le entrega su identificación y el hombre anota su

nombre, su DNI y la hora de llegada en un libro de visitas. A continuación, le indica amablemente por dónde debe ir. Julia le da las gracias y camina por el pasillo que el señor de recepción le ha señalado.

El instituto, como preveía, es muy grande y Julia tarda un rato en llegar al despacho de Ricardo Acosta. Por el camino piensa en cómo afrontar la entrevista y decide utilizar la misma estrategia que ha estado empleando hasta ese momento: dirá que está analizando el caso del psicólogo fallecido para un trabajo de la universidad. Luego, improvisará dependiendo de cómo vea la situación.

La puerta del despacho de Acosta está cerrada. Julia llama con los nudillos y enseguida escucha la voz de un hombre que le da permiso para entrar. La joven obedece y gira el pomo con cautela.

—Hola, señor, ¿puedo pasar? —pregunta la chica asomando medio cuerpo por la puerta.

Dentro puede ver a un hombre que debe de rondar los sesenta años. Está de pie junto a una estantería. Es alto, espigado y con buena planta. Un tipo atractivo que conserva todavía una considerable mata de pelo oscuro en la que destaca alguna que otra cana. Va vestido con chaqueta, pantalón de pinzas y camisa, aunque no lleva corbata. Los zapatos tienen pinta de ser muy caros.

—¿Quién eres tú?

—Julia Plaza, estudiante de Criminología.

—¡Oh! Una criminóloga ha venido a verme. Entra y siéntate, Julia Plaza —le dice Ricardo muy sonriente—. ¿A qué debo tu visita?

La chica no responde inmediatamente y ocupa el asiento que el hombre le ha ofrecido. Él se acomoda frente a ella. Julia mira a su alrededor y descubre una gran cantidad de libros que abarrotan prácticamente todo el despacho. Algunos están ordenados en las estanterías y otros amontonados en las esquinas e incluso en el suelo, formando columnas interminables. Los hay en alemán, inglés, francés y, por supuesto, en castellano.

—¿Impresionada?

—Mucho. ¿Cuántos libros hay aquí?

—Puede que más de mil, y solo son una décima parte de los que tengo en casa. Allí ya no me caben más y el director del instituto me permite traerlos aquí. Es el despacho más grande de todo el centro —comenta el hombre orgulloso—. Bueno, imagino que no habrás venido a hablar de mis libros. ¿O sí?

—No, aunque no me importaría charlar un rato con usted sobre eso.

—¿Te gusta la Historia?

—Sí, era de mis asignaturas preferidas en el instituto.

—Pero ahora estudias Criminología, me has dicho, ¿no? ¿En qué puedo ayudarte yo, un humilde profesor de Historia?

Julia vuelve a contemplar su alrededor antes de responder. Le encantaría tener una biblioteca con tantos libros como la que posee aquel hombre en su despacho, aunque en su habitación no cabrían ni la mitad.

—En una asignatura tenemos que hacer un trabajo con el que nos jugamos una matrícula de honor —dice la chica mirando a Ricardo—. Analizamos casos reales y cómo se investigaron en su momento.

—Muy interesante. ¿Y estás aquí por uno de esos casos reales?

—Sí, el de Pedro Juncosa.

La joven observa el comportamiento del profesor y su reacción. Esperaba que hiciera algún tipo de aspaviento, pero simplemente ha asentido con la cabeza. Ni siquiera ha hecho una simple mueca de dolor o de fastidio.

—Mi buen y pobre amigo. Quién le iba a decir a él que terminaría apareciendo en un ejercicio de la universidad. ¿Qué quieres saber de él? No creo que pueda ayudarte demasiado.

—¿Usted también piensa que se suicidó?

—Claro. El caso quedó archivado y el juez determinó que Pedro se quitó la vida.

—¿Y sabe por qué lo hizo?

El hombre se lo piensa unos segundos. Luego, se desabrocha un botón de la camisa y mira hacia la parte derecha del despacho.

—Llevaba un tiempo regular de ánimo, especialmente desde que se divorció y se distanció de sus hijos. Imagino que tener que escuchar la porquería de los demás, teniendo que lidiar además con la suya propia, influyó bastante. Pretender ayudar a otros sin poder ayudarse a uno mismo debe de ser muy duro.

—¿Cree que esa fue la razón por la que se suicidó?

—No estaba dentro de su cabeza, Julia. No puedo saber exactamente el motivo por el que se colgó.

Las palabras del profesor suenan contundentes y con poca carga emocional. Tal vez sea porque ya han pasado cinco años del suceso y

aquel hombre ha superado la muerte del que fue su amigo. O a lo mejor es que ni por aquel entonces la sintió demasiado.

—Usted estuvo en su piso el día que murió, ¿no es así?

—Sí, pero no logré verlo. No me abrió la puerta —comenta Ricardo, que de nuevo observa a Julia—. Fui a verlo por un asunto personal.

—Le debía dinero y fue a hablar de eso, ¿no?

—Sí. Veo que en la universidad os han facilitado el informe policial. ¿Eso es legal? No estoy muy seguro.

La chica se encoge de hombros. No le dice que lo tiene gracias a Ernesto Valle, que obtuvo los documentos oficiales de Sofía Gisbert, que en su día se los solicitó al juez.

—Yo estuve allí por la tarde, creo que eran algo más de las cinco. Llamé al telefonillo y no me contestó. Esperé un rato para ver si aparecía, pero nada. Una vecina me abrió la puerta de abajo y subí. Llamé al timbre y tampoco me abrió. Me quedé unos minutos y al ver que no venía, decidí marcharme porque tenía cosas que hacer.

—¿Fue a verlo por un tema de dinero entonces?

—Eso fue lo que le expliqué a la policía. Ya lo sabes.

A Julia le da la impresión de que Ricardo cada vez está más a la defensiva, como ocurrió con el inspector jefe Martínez Prado. Conforme va tirando del hilo, más dificultades encuentra. Tiene que cambiar su estrategia para recuperar la sintonía que tenían al comienzo de la charla.

—¿Cuál es su libro favorito? —le pregunta Julia, que sorprende al profesor de Historia—. De los que tiene aquí, en el despacho.

—Qué difícil. No podría decirte solo uno. Me encantan los libros que hablan de la historia del hombre. De su evolución y sus inicios.

—¿Tiene muchos sobre ese tema?

—Todos esos —dice Ricardo, que señala una estantería marrón situada a su derecha en la que no cabe ni un solo libro más—. Si algún día te interesas por este asunto, puedes venir a pedirme prestado algún ejemplar. Te aseguro que es fascinante.

En ese instante, suena el móvil de Julia. La chica comprueba que es una llamada de su padre. No lo coge y le pide disculpas al profesor por la interrupción. Miguel Ángel insiste. A la joven le extraña que la llame de nuevo. Sabe que está ocupada, se lo ha explicado hace un rato.

—¿Me perdona un momento? Es mi padre.

—Claro. Cógelo. Sin problema.

Julia le da las gracias y se pone de pie antes de responder. Camina hacia la puerta del despacho y allí contesta.

—Hola, papá, dime.

—¡Julia! ¡Dios, Julia! No me lo puedo creer. No... —exclama el hombre. Parece que está llorando.

—¿Qué pasa, papá? Me estás asustando.

—Se la van a llevar ahora. Dios. Dios mío. Dios mío, Julia.

—¿A quién, papá? ¿Qué ha pasado? Por favor, dime qué está pasando.

—Tu abuela Pilar, Julia. Tu abuela... ha muerto.

CAPÍTULO 29

Sábado, 16 de marzo de 2019

El viernes 22 de marzo se cumplirán cinco años de aquel día que marcó un antes y un después en sus vidas. Lo van a celebrar a lo grande porque, a pesar de todas las circunstancias adversas a las que se han enfrentado desde entonces, la cosa no va mal.

—¿Está todo preparado para el gran acontecimiento? —le pregunta él mientras mira la pantalla del ordenador.

—Sí, ya está todo listo.

—No podemos fallar.

—Y no fallaremos. Tranquilo.

—¿Y el profesor? Parece que no se rinde nunca.

—Me encargaré de él. No te preocupes. Está todo controlado.

—Bien, confío en ti. Como siempre.

Ella sonríe y se agacha para darle un beso en la boca. Él mete la mano dentro de su vestido, pero ella se la aparta.

—Ahora no. O llegaremos tarde.

—Vale. Pero luego no te escaparás.

—No tenía intención de huir. Me voy a cambiar para la reunión.

—Perfecto. Aunque así estás estupenda.

—Tú, que me ves con buenos ojos.

—No te pongas demasiado guapa, que luego babea.

—Ya sabes que solo te quiero a ti.

Vuelven a intercambiar una sonrisa antes de que ella salga de la habitación. Él se centra de nuevo en la pantalla y analiza los resultados obtenidos en lo que va de año. Veintiuno. No está mal, aunque le hubiera gustado ver una cifra mucho más alta. Cada vez les

cuesta más sumar porque cada vez son menos los que se implican. Lo que en su momento fue un privilegio ahora se ha convertido en el trabajo sucio. Y nadie quiere hacer el trabajo sucio. Él tampoco.

Hace un último repaso de la lista que tiene delante y después apaga el ordenador. Coge el móvil nuevo y llama.

—¿Sí? —contesta una voz grave al otro lado de la línea.

—Hola, ¿sales ya para la reunión?

—No, todavía no. Me ha surgido algo, pero no tardaré en resolverlo.

—Bien. Parece que ya está todo preparado para el día 22.

—Genial. Ahora lo hablamos.

—Sí. Te llamaba para ver si me podías conseguir algo de..., ya sabes. ¿Te queda?

—Algo hay. Te lo llevo.

—¿Cuánto? ¿Lo de siempre?

—Sí, es de buena calidad.

—Fenomenal.

—Oye, te dejo, que me están esperando. Nos vemos dentro de un rato.

—Muy bien. Sé puntual. No llegues tarde, inspector jefe.

CAPÍTULO 30

Miércoles, 20 de marzo de 2019

Hacía bastante tiempo que Julia tenía olvidado su violín. No se acordaba de cuánto la relaja tocarlo. Aprendió viendo tutoriales de YouTube, algo que nadie se cree, pero que ella asegura que es cierto.

Está interpretando la pieza que sonaba en *El señor de los anillos* cuando salían los hobbits y la Comarca. La descubrió viendo a Lindsey Stirling en Internet. Cierra los ojos y se deja llevar por la melodía de aquel mágico instrumento hasta que la puerta de la habitación se abre. Julia se gira y la ve ataviada con el vestido floreado que llevaba la última vez que estuvieron juntas y su característica sonrisa de lado.

—¡Abuela! ¿Qué haces aquí?

—He venido a visitarte, querida. ¿No te alegras?

—¡Me alegro muchísimo! Pero papá me dijo que estabas muerta. ¡Si hasta fui a tu entierro!

La mujer se acerca a ella dando pasitos cortos. Le agarra la cabeza y le da un sonoro beso en la frente.

—¿Crees que podría hacer esto si estuviera muerta? —pregunta Pilar, que parece divertirse con la situación—. Simplemente estaba descansando la vista. Esos documentales a veces pueden conmigo.

—¿Entonces estás viva?

—Pues claro, Julia. Tenemos un misterio que resolver, ¿recuerdas?

—¡El caso de Pedro Juncosa! Lo dejé de lado cuando me enteré de que... Bueno, ahora ya sé que no estás muerta. Podemos seguir investigando juntas.

La sonrisa de la chica es tan grande como la alegría de saber que su abuela está viva. Ha sido una falsa alarma. ¡Está allí con ella! ¡En su cuarto! ¡Sonriendo! Pero hay algo que no encaja. Su rostro está muy pálido, prácticamente blanco. Y sus labios secos, excesivamente secos.

—Abuela, ¿de verdad que estás bien?

—Sí, todo lo bien que puedo estar a mis casi ochenta años. Estas rodillas van a acabar conmigo. Aunque lo importante es que funcione el corazón.

El corazón. Eso fue lo que le dijo su padre que le falló a su abuela hace ya una semana. La encontró sentada en el sofá, con los ojos abiertos y la cabeza ladeada. Veía un documental de Netflix en la televisión. No le abrió cuando llamó incesantemente a la puerta de su piso ni tampoco respondió al teléfono. Miguel Ángel llevaba encima la llave que ella le había dado por si alguna vez perdía la suya o se le olvidaba dentro de casa, y no se lo pensó. Al entrar en el apartamento, el hombre se quedó helado. Su madre estaba inmóvil, como sin vida.

—¿Estabas tocando el violín?

—Sí, esta semana me ha servido para desahogarme. Estaba bastante desafinado.

—¿Puedes tocar un poco más para mí?

—Sí. Encantada, abuela.

Julia se coloca el violín en el hombro y sitúa el arco sobre las cuerdas. No tarda en decidir lo que va a interpretar. En el silencio de la habitación comienza a tocar *How far I'll go*, de la banda sonora de la película *Vaiana*. Siente una felicidad incontrolable al pensar que una de las tres mujeres más importantes de su vida la está escuchando tocar de nuevo. Pilar la observa con adoración, emocionada. Su nieta derrama unas cuantas lágrimas al apreciar los ojos húmedos de su abuela.

Cuando la chica termina, se miran en silencio, sonrientes.

—Tengo que confesarte algo, querida nieta.

—¿El qué, abuela?

—No estoy viva. Morí el miércoles pasado.

—No, no..., no puede ser. Si me has dicho..., me has dicho que... estabas..., estás viva.

Pilar se acerca otra vez a Julia y repite el gesto anterior. Agarra delicadamente su cabeza con las manos y le regala un último beso en

la frente.

—Porque no quería hacerte sufrir.

—No es justo que hayas muerto —dice Julia con la cara empapada en lágrimas.

—¿Quién decide lo que es justo o no?

—No puedes morir. Yo te necesito.

Pilar no dice nada y acaricia el pelo de su nieta, que no puede parar de llorar.

—Es hora de despertarse, Julia. Pero antes tienes que hacerme una promesa.

—¿Qué promesa?

—Cuando abras los ojos, vas a sonreír. No quiero que lo pases mal ni que creas que me he ido para siempre. No es así.

—Pero ya no estarás a mi lado.

—Claro que sí. Nunca me marcharé, estaré siempre en tu corazón y en los buenos recuerdos en tu mente, tu bonita y privilegiada mente —dice Pilar, que empieza a alejarse de Julia—. Prométeme que serás feliz cuando pienses en mí. Nada de llantos ni de tristeza. Prométemelo.

Julia se seca las lágrimas con las manos y ve cómo Pilar se aleja cada vez más de ella y se va desvaneciendo.

—Te lo prometo. Te lo prometo, abuela.

Los ojos de Julia se abren de par en par y mira desconcertada a su alrededor. Está sola en su habitación, tumbada en la cama. Tapada hasta el cuello con una manta y con los ojos mojados. Ha estado llorando en el sueño que acaba de tener y siente una gran angustia en el pecho; le cuesta un poco respirar.

¿Qué hora es? ¿En qué día vive?

En su móvil comprueba que son las siete y media de la mañana del miércoles 20 de marzo. Hace una semana que su abuela Pilar falleció. Desde ese día no ha levantado cabeza. No ha ido a clase, apenas ha visto a Vanesa y, por supuesto, no ha vuelto a hablar con Ernesto Valle ni ha dedicado ni un solo segundo de su vida al caso de la muerte de Pedro Juncosa. Incluso borró la pizarra, que ahora está totalmente en blanco.

El dolor es intenso, más que en las Navidades del 2017, más que cuando asesinaron a Aurora y a Patri, más que cuando estalló la bomba en la estación de metro del aeropuerto, más que cuando Iván la engañó. Ese dolor no se puede comparar con ninguno de los que

ha experimentado hasta ese momento de su vida.

Se sienta en la cama con el teléfono en la mano, activa el sonido que silenció anoche. Examina los mensajes que tiene sin leer. Hay varios de Marilia, de Yi, de Emilio, de su compañero de clase, Daniel Durán, y un audio de Vanesa de casi un minuto, enviado a las 23:23. No le apetece demasiado escucharlo, pero le da al *play*. La voz de su novia suena triste, aunque se esfuerza para que parezca lo contrario.

«Hola, cariño. No he querido llamarte por si ya estabas dormida. Ha sido un día agotador y estoy muy cansada. Me he pasado muchas horas hoy en el hotel. Por lo menos ya no me duele el pie y ando perfectamente. Pronto saldré contigo a correr por el parque o a caminar por la ciudad durante horas sin saber a dónde vamos, conquistando con besos cada rincón. Te echo de menos, ¿sabes? Pero entiendo perfectamente que ahora no tengas ganas de nada. Sin embargo, tienes que intentar superarlo lo antes posible, Julia. Tu abuela seguro que te echaría la bronca por pasarte todo el día metida en casa. Siempre has dicho que ella fue la que te sacó de la apatía cuando sucedió aquello que nos cambió la vida. Ahora me gustaría ser yo la que te ayude. Tú lo has hecho conmigo mil veces. Llámame, ¿vale? Sea la hora que sea. Y nos damos mimos y eso. Te quiero».

Julia escucha tres veces el mensaje de Vanesa y siente que su novia tiene razón: debe reaccionar, abandonar aquel hastío. Es hora de empezar a pensar en su abuela con alegría, recordando los buenos momentos que pasaron juntas, como le ha prometido en ese sueño que parecía tan real.

Una ducha de agua caliente la reconforta; bajo el chorro, escucha música alegre y motivadora y mientras se viste elige temas repletos de energía interpretados por un violín. Más motivación, más ganas de salir adelante.

Cuando baja a desayunar, sus padres están en la cocina y la miran con sorpresa. Hacía bastantes días que no la veían sin otra cosa que no fuera el pijama.

—¿Vas a salir? —pregunta Aitana, que ve animada a su hija por primera vez en una semana.

—Sí, voy a la universidad. Aunque creo que ya no llego a la primera hora.

—Me parece muy bien —comenta Miguel Ángel. Sus ojeras de dormir poco delatan que todavía está intentando superar la muerte de su madre—. ¿Te llevo a la parada del bus?

—No, papá. Iré andando. Quiero que me dé el aire en la cara. Así termino de despejarme.

Antes de salir de casa, la chica desayuna rápidamente un café con leche y un par de magdalenas mojadas en el vaso. Fuera hace frío y eso le agrada. Mientras camina hacia la estación de autobuses del pueblo, su mente continúa debatiéndose entre la alegría de los buenos recuerdos con su abuela y la tristeza por la cercanía de su muerte. Hay minutos para todo, incluso para soltar alguna lágrima. También en el autobús, que tantas veces cogió para ir a visitarla. El nudo de su garganta se hace y se deshace sin que ella lo pueda controlar. Por eso, cuando llega a la universidad, con tanta gente a su alrededor yendo y viniendo, siente alivio. Allí simplemente es una más, con sus propios problemas, como el resto.

Se pierde la primera clase y opta por quedarse sentada en el suelo del pasillo y contestar a los WhatsApp que ha recibido en los últimos días. Se siente afortunada por tener a tantas personas apoyándola en los malos momentos. A la que le dedica más tiempo es a Vanesa. Le manda un audio en el que le da las gracias y le dice cuánto la quiere. Cuando termine las clases, la llamará.

Suena el timbre y una de las primeras en salir de clase es Yi.

—¡Julia! ¡Qué alegría! —exclama su amiga al verla, y se lanza sobre ella.

Las dos se dan un largo y sincero abrazo aguantando las lágrimas no sin dificultad. Se miran con emotividad y es la chica de rasgos asiáticos la que habla.

—¿Cómo estás? ¿Te sientes ya con fuerza para afrontar la rutina?

—No lo sé. Pero tenía que salir de casa.

—Eres una tía muy fuerte, Julia.

—Está siendo muy duro. Más que nunca. Pero la vida sigue, ¿no?

—Ya sabes que me tienes para lo que necesites.

—Gracias, Yi. Luego te pediré los apuntes de estos días. ¿Tenemos algo importante hoy?

La chica suelta una carcajada y se coloca las manos en la nuca.

—Si te digo la verdad, no lo sé.

—¿De verdad? ¡Eres de lo que no hay!

—Es que me distraigo mucho, ya lo sabes —comenta mientras observa cómo Daniel Durán se acerca hasta ellas.

El joven se detiene frente a Julia y le da el pésame por la muerte

de su abuela. La propia Yi le informó del fallecimiento.

—Siento no haber respondido a tus mensajes, Dani. He estado desconectada estos días.

—No te preocupes. Es totalmente comprensible. ¿Cómo estás?

—Superándolo —dice Julia, que se da cuenta de que Yi se ha cruzado de brazos y resopla—. Bueno, ¿tenemos clase de Fundamentos ahora?

—Sí, aunque el profesor no vino ayer —responde Daniel.

—¿No vino Ernesto?

—No. Y no nos dieron ninguna explicación. Simplemente, no hubo clase y ya está. Nos fuimos a la cafetería.

—A ver si hoy tampoco aparece y repetimos —comenta Yi algo más contenta.

Julia tiene pendiente una conversación con el profesor Valle. La última vez que se vieron fue el miércoles pasado cuando fueron al instituto en el que Ricardo Acosta da clases de Historia. Después de finalizar la charla con aquel hombre al recibir la inesperada llamada de su padre, el propio Ernesto la llevó hasta casa de su abuela. El profesor había entendido y respetado su silencio en esos días de luto y ni siquiera se había puesto en contacto con ella.

A la chica le preocupa que Ernesto se haya ausentado el día anterior sin avisar y su intranquilidad aumenta cuando el profesor de Fundamentos Criminológicos tampoco aparece esa mañana de marzo. ¿Dónde está? ¿Le habrá pasado algo?

CAPÍTULO 31

Miércoles, 20 de marzo de 2019

Recibe el mensaje de Julia y respira algo más tranquilo.

«Perdona por no responderte antes, Emi. A ver si quedamos y nos ponemos al día, que no hablamos desde el entierro de mi abuela. No estoy bien, pero lo estaré. Gracias por preocuparte por mí».

En el funeral de Pilar, casi no se dijeron nada. No eran el día ni el momento adecuados. El pésame, un abrazo y poco más. Desde entonces, el chico está preocupado por su mejor amiga. Recuerda lo que sucedió hace un año y pico, cuando las cosas se torcieron, y no quiere que la historia se repita y se vuelvan a distanciar. Por eso le ha escrito cada noche para preguntar cómo se encontraba, aunque ella no le respondiese.

La última charla entre ellos antes de la muerte de la abuela de Julia no acabó bien. Discutieron porque no estaban de acuerdo en cómo afrontar el caso de la muerte de Pedro Juncosa. Él no quería que Julia siguiese investigando, por respeto a su profesora Sofía, que le había pedido que no removieran lo sucedido cinco años atrás; el asunto estaba cerrado. Pero su amiga no le hizo caso. Tenía intención de ayudar a Ernesto Valle a averiguar si el psicólogo realmente se suicidó o si fue asesinado. Emilio tiene la impresión de que ha transcurrido mucho tiempo desde ese enfrentamiento. Han sucedido cosas importantes; una de ellas está relacionada con la persona que está tumbada a su lado.

—¿No te cansas? —pregunta Claudia, que se coloca de lado y mira a los ojos al chico que ocupa el otro lado de su cama.

—¿De qué?

—De llevar el pelo siempre de azul. ¿Cuánto tiempo me dijiste que hace que te lo teñiste?

—Dos años y medio. Y no, no me canso. Me gusta. Forma parte de mi personalidad actual.

—Eres un friki.

La chica acerca sus manos a la cabeza de Emilio y le remueve el cabello hacia delante y hacia atrás. Él protesta, aunque sabe que no es más que un juego. Agarra de las muñecas a Claudia para inmovilizarla y clava sus ojos en los de ella. Jadean sonrientes justo antes de besarse en los labios. Empezaron contándolos el primer día; al séptimo ya han perdido la cuenta. ¿Quinientos? ¿Ochocientos? ¿Mil?

Diez besos más tarde, la joven se levanta de la cama y coge su móvil.

—Salgo un momento a llamar a mi madre.

—¿No la puedes llamar aquí?

—No. No quiero arriesgarme a que te escuche y empiece a hacerme preguntas raras de si tengo novio o cosas por el estilo.

—¿Tienes novio?

—Tú sabrás —responde sugerente Claudia. Y con una amplia sonrisa, esa que ya ha enamorado a Emilio, sale de la habitación.

El chico la ve cerrar la puerta mientras se peina con las dos manos su alborotado cabello. Desea gritar, pero se contiene; está exultante. Ha vuelto a encontrar a una persona que lo hace feliz y con la que todo resulta más sencillo. Sí, solo llevan unos días como pareja. Ni siquiera se han dicho te quiero ni han hecho el amor. Es pronto para considerarla su novia y también para confesarle al mundo que, tal vez, él es su novio. Pero el simple hecho de ir a su residencia, tumbarse en su cama y comerse a besos ya le resulta algo increíble. Y, a pesar de que se siente algo culpable por estar contento en un momento tan difícil para Julia, no es capaz de evitar sonreír cada segundo que piensa en Claudia, que podría jurar que son más de cincuenta mil al día.

Su móvil vuelve a sonar. El chico se extraña al ver el nombre de Julia en la pantalla. Esta vez no es un mensaje, lo está llamando. Emilio contesta al instante.

—Hola. No esperaba que me llamas.

—Hola, Emi. ¿Te pillo en buen momento?

—Sí, ¿cómo estás?

—Mejor. Gracias por interesarte por mí estos días. Tus mensajes me han venido muy bien. Siento no haberte contestado antes.

—No hay problema. Lo importante es que vayas recuperando el ánimo. Poco a poco.

—Es duro, pero hay que esforzarse por continuar —dice la chica, que habla deprisa, como deseando cambiar de tema—. Emi, te llamaba por otro asunto.

—Dime. ¿Qué pasa?

—Ernesto Valle no vino ayer a clase y hoy tampoco. He preguntado en la universidad y me han dicho que no saben nada de él desde el lunes. Le he llamado por teléfono, pero lo tiene apagado.

—Estará enfermo y no querrá que lo molesten.

—¿Y falta a clase sin avisar? No creo.

—¿Entonces qué piensas? ¿Y qué puedo hacer yo?

El joven no comprende por qué lo llama a él. No tiene mucho sentido que le hable de su profesor, al que ni siquiera conoce.

—¿Sofía fue ayer a la universidad?

—Sí. Tuvimos una clase normal con ella.

—¿Le has vuelto a comentar algo de su padre o de la investigación que estamos haciendo?

—¡No! ¡Claro que no! Quedamos en que la mantendríais al margen de todo —exclama Emilio rotundo—. ¿Por qué me lo preguntas?

—No lo sé. A lo mejor Sofía sabe algo de Ernesto. Quizá han hablado estos días.

—Ni idea, aunque lo dudo. A no ser que él fuera a verla a ella.

—En principio, íbamos a investigar la muerte de Juncosa sin decirle nada.

—Pues no sé, Julia. Sofía me dejó muy claro que no quería que siguiéramos metiendo las narices donde no nos llamaban y desde la semana pasada no he vuelto a hablar con ella de este asunto. Ni se me ha pasado por la cabeza.

—¿Hoy tienes clase con ella?

—No, pero creo que los del turno de mañana sí.

—Bien, muchas gracias por la información.

El chico está a punto de despedirse y colgar, pero no lo hace. Piensa en lo que le dijo su profesora sobre lo de no reabrir un caso que ya se ha archivado y resuelto. Sin embargo, al otro lado del

teléfono tiene a Julia, su mejor amiga, y está preocupada por una persona que investiga un posible asesinato y que a lo mejor está haciendo demasiadas preguntas incómodas.

—¿Quieres que hable con Sofía? —pregunta Emilio, que se tapa los ojos con la mano, casi arrepintiéndose de lo que acaba de decirle.

—¿Lo harías? No quiero ponerte en un compromiso.

—Qué remedio. Si no lo hago yo, lo harás tú. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas. Necesito saber qué le ha pasado a Ernesto. Y tengo que apurar todas las opciones.

Emilio sabe que su amiga no va a parar hasta encontrar a su profesor. Es mejor que sea él quien hable con Sofía y no que lo haga ella; no se conocen de nada y Julia puede soltarle alguna pregunta que la incomode. A pesar de su jovialidad y aparente inocencia, puede llegar a resultar un verdadero dolor de muelas si se lo propone.

—Vale, voy a aprovechar ahora que estoy libre para ir a verla. A ver si la encuentro en la facultad.

—Muchas gracias, Emi. De verdad. Te debo una.

—Si contáramos las que te debo yo a ti, entonces...

La puerta de la habitación se abre y Claudia contempla a Emilio sonriendo con el móvil en la mano.

—Bueno, te cuento en cuanto me entere de algo, Julia. Hablamos luego —dice el chico, que ve cómo la joven se acerca hasta él.

—Muy bien. Gracias de nuevo. Adiós.

—Adiós.

Emilio cuelga y deja el teléfono sobre la cama. Después mira a Claudia, que tiene los brazos en jarra. No parece tan contenta como antes.

—¿Y esa sonrisilla? —le pregunta ella muy seria.

—¿Qué sonrisilla?

—La que tenías mientras hablabas por teléfono con Julia. He creído escuchar su nombre, ¿no?

—Sí, era ella. Me ha llamado.

En esos días que han pasado juntos, Emilio le ha explicado a Claudia algunos aspectos, fases y altibajos de su amistad con la que considera su mejor amiga. De Julia estuvo enamorado durante mucho tiempo sin ser correspondido; luego, pasó una época en la que su relación se enfrió hasta límites de distanciamiento polar; y

ahora han vuelto al principio: se conocen perfectamente y se suelen contar todo. O casi; Emilio todavía no le ha revelado lo que hay entre él y la chica con la que está en esa habitación.

—¿Seguro que no sigues enamorado de ella?

—¿Qué? ¿Estás de broma? ¡Por supuesto que no estoy enamorado de Julia!

—Fue tu primer amor verdadero. Ese que dicen que nunca se olvida.

—Eso es una tontería. Los sentimientos cambian y se quedan atrás. Claro que se olvida —dice Emilio, que se levanta de la cama y se pone su chaqueta—. Voy a ir antes a la universidad.

—¿Y eso?

—Tengo que hablar con Sofía Gisbert.

—¿Por lo de su padre?

—No, exactamente, o eso espero. ¿Comemos juntos en la cafetería de la facultad?

Claudia se sienta en la cama y cruza las piernas. Echa un vistazo a su móvil mientras tamborilea con los dedos en el colchón. Emilio la observa con inquietud.

—¿Por qué no me respondes?

—Porque no lo sé. ¿Tengo que decidirlo todo sobre la marcha? Te mando un mensaje luego.

—Vale.

—Vale.

Y sin sumar más besos a la colección, el chico se marcha de la habitación con la sensación de que esa ha podido ser la primera discusión desde que el miércoles pasado iniciaron lo que quiera que sea eso que tienen.

Pero el día no ha hecho nada más que empezar y aún dará para mucho más.

CAPÍTULO 32

Miércoles, 20 de marzo de 2019

—Yi, me voy a ir. Ya me pasarás mañana los apuntes.

—¿Qué? ¿No vas a más clases hoy?

—No. Tengo cosas que hacer.

Julia se pone de pie y se cuelga la mochila en el hombro derecho. Apura el último sorbo de su café y le da una palmadita a su amiga en la espalda antes de salir de la cafetería. Las dos han pasado allí la hora libre que han tenido.

Si Emilio se encarga de hablar con Sofía Gisbert, ella puede aprovechar el tiempo para continuar la investigación donde la dejó hace una semana; y, de paso, preguntar por Ernesto Valle. Quizá, si pregunta a la persona adecuada, pueda averiguar algo. A lo mejor su profesor ha hecho avances durante el tiempo que ella ha estado ausente. Avances que no le han gustado a alguien que ha decidido poner freno a la investigación. ¿Estará retenido? ¿Lo habrán secuestrado?

Todo son conjeturas. Lo más probable es que haya una explicación más sencilla y lógica para la desaparición de Ernesto, aunque ella se siente intranquila y sospecha que algo no va bien. En cualquier caso, debe ponerse en marcha y ya sabe qué hacer y a quién ir a ver.

Nada más salir de la cafetería, Julia se encuentra con Daniel Durán, que lleva bajo el brazo una carpeta roja repleta de folios. Aminora el paso y saluda a su compañero de clase.

—Iba a buscarte —le dice el joven, que se detiene frente a ella.

—¿A mí? ¿Para qué?

—Te he hecho fotocopias de todo lo que hemos dado estos días que no has venido a clase. Está ordenado por asignaturas.

Daniel le entrega la carpeta roja a Julia, que no sale de su asombro. La abre y ojea lo que su compañero de clase le acaba de dar. Dentro hay más de cien páginas.

—Guau. Gracias. No tenías que haberte molestado. Yi me los iba a pasar.

—Con todo el respeto del mundo, me cae genial y es muy simpática, pero, si te fías de los apuntes de Yi, lo más seguro es que suspendas. Ni siendo Julia la prodigiosa aprobarías.

A Julia se le escapa una carcajada, aunque rápidamente se reprime. No quiere faltarle al respeto a su amiga delante del chico que le gusta y menos reírse de ella por lo desordenada que es.

—No soy prodigiosa —dice la chica tras controlar su risa.

—No conozco a nadie más inteligente que tú. Me encanta que seas tan lista. Me fijo mucho en ti e intento aprender.

Julia se ruboriza al escuchar a Daniel y no sabe qué contestarle. Opta por dejar la mochila en el suelo y guardar dentro la carpeta de los apuntes mientras se le pasa el calor de las mejillas.

—¿Cuánto te debo por las fotocopias? —pregunta todavía en cuclillas sin mirarlo.

—Nada.

—Venga, Dani. Te molestas en hacer las copias y ¿encima me las vas a regalar? No. ¿Cuánto te han costado? Lo digo en serio.

—Cuatro cafés, ¿te parece bien? —le propone el chico—. Los próximos cuatro cafés que nos tomemos los pagas tú, ¿vale?

Julia hace como si se lo pensara y termina aceptando lo que Daniel le sugiere. Se vuelve a colocar la mochila en el hombro derecho y aguarda a que su amigo se despida. Sin embargo, este se queda delante de ella en silencio, mirándola y sonriendo.

—Me voy. Te veo mañana en clase —acierta a decir Julia, aunque sabe que se ha vuelto a poner colorada.

—¿Te vas?

—Sí. Gracias por los apuntes.

Y roja como un tomate, no espera más y corre por el pasillo hasta salir del edificio. Ya fuera, baja el ritmo y resopla. ¿Qué es lo que acaba de pasar con Daniel Durán? Nada. Nada de nada. Y mejor no pensarlo más.

Se abrocha la chaqueta porque sopla algo de viento y camina

hacia la estación de metro más cercana. Por el camino, siente el impulso de llamar a Vanesa. Marca su número, pero antes de que se produzca el primer tono cuelga. Es mejor esperar a un momento más adecuado. Sin prisas, sentada, solo las dos. Lo que ha sentido es un simple arrebató de culpabilidad por el flirteo que ha habido entre Daniel y ella. Un minitonteó sin importancia, aunque ¿significativo?

«Estoy a punto de coger el metro. Tengo que ir a ver a alguien. Luego te cuento. Te quiero mucho».

Es el WhatsApp que Julia le envía a Vanesa desde la escalera de la estación. Sabe que dentro de unos segundos ya no tendrá cobertura durante la mayor parte del recorrido.

Tres heridos en una riña multitudinaria entre clanes, un ciclón causa grandes destrozos en el sureste de África, un vagabundo aparece muerto en pleno centro de la ciudad y un montón de información sobre la superluna que se verá por la noche. Vanesa está leyendo las noticias en su móvil cuando recibe el WhatsApp de Julia. ¿A quién habrá ido a ver? La pone nerviosa que la deje a medias. Espera que luego se lo cuente y no se ande con rodeos.

Esa mañana libra, pero su madre le ha pedido que haga el turno de tarde y, de paso, que siga archivando en el ordenador todo lo anotado y registrado a mano los primeros años. Una tarea ardua y pesadísima. Se agobia un poco al pensarlo. En lo que va de semana, apenas ha respirado aire puro. O ha estado metida en casa o trabajando. Necesita salir y dar una vuelta, aunque solo sea para estirar las piernas y que el viento la despeine.

Cambia el pijama por un pantalón vaquero, una camiseta de manga larga y una chaqueta de cremallera, y las zapatillas, por unas botas altas negras. Coge el móvil y las llaves, que guarda en un bolso pequeño, y se marcha. No tiene ni idea de a dónde va, pero es lo que menos le importa ahora mismo.

Como ha visto por la ventana de su habitación, sopla bastante viento. Piensa en Julia y en lo que le gusta que le dé el aire frío en la cara. Y siente cierta nostalgia de los primeros meses de relación. Los

últimos días han sido muy duros para su novia, pero ella tampoco lo ha pasado bien. Ha sentido como si no estuviera a la altura, como si no encontrase la forma de animarla. Aunque era inevitable que a la muerte de Pilar no le siguiese un periodo de luto y de tristeza. No existe un antídoto para evitar que Julia sufra por el fallecimiento de su abuela. Le toca ser paciente y esperar a que se recupere de ese duro golpe.

De repente, otra vez esa extraña sensación. Vanesa se siente observada; no le pasaba desde la semana anterior. Nerviosa, mira a su alrededor. Entonces, un coche azul acelera hacia ella. La chica ve cómo el vehículo se pone a su altura y frena de golpe.

—¡Sube! —le grita Iván sentado al volante, a través de la ventanilla bajada del copiloto—. ¡Que te subas al coche, coño!

Vanesa duda, pero acaba obedeciendo. Abre la puerta y ocupa el asiento delantero libre. Cuando cierra, el coche da un tremendo acelerón, dejando marcadas las ruedas en el asfalto.

—¿Qué pretendes ahora, Iván?

—Me está pisando los talones. Jacob está más cerca que nunca.

—¿Jacob está en el pueblo?

—Está en todas partes.

Vanesa no entiende a qué se refiere. Tampoco está segura de que Iván esté capacitado para conducir, parece muy tenso. No se ha afeitado desde el último día que se vieron y la barba le ha crecido bastante. Ni siquiera se ha peinado y huele como si llevase unos cuantos días sin darse una ducha.

—¿De quién es este coche?

—Me lo han dejado. No puedo decirte más.

—¿Es el que casi me atropella? También es azul.

—No digas tonterías —se queja Iván dando un volantazo a la derecha—. Como si fuera este el único coche azul del mundo.

La chica está asustada. Le aterra la forma agresiva de conducir de Iván. Va demasiado rápido y sus frenadas son muy bruscas. Tiene miedo de que terminen estrellándose o chocando contra otro vehículo.

—¿Puedes ir con más cuidado, por favor? —le ruega Vanesa, que coloca las manos sobre la guantera tras el enésimo frenazo.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta cómo conduzco? ¿Quieres hacerlo tú?

—No tengo carné.

—¡Pues entonces cállate! ¡Te jodes y te aguantas!

Las desagradables palabras de Iván dejan muda a la chica, que no vuelve a abrir la boca. Definitivamente, aquel tipo ha perdido el juicio por completo.

El final del trayecto es un descampado a las afueras del pueblo, situado al lado de la carretera que lleva a la ciudad. Iván aparca el coche, suelta un gran resoplido, mira hacia abajo y niega con la cabeza.

—Lo siento. He sido un gilipollas contigo —susurra con un hilo de voz casi inaudible.

—Sí, lo has sido.

—Tú me conoces, Vane. Sabes que no soy así.

—Yo ya no sé cómo eres, Iván —comenta la joven con los ojos fijos en su amigo. Una vez más, vuelve a sentir lástima por él, aunque su comportamiento es totalmente injustificado—. ¿Dónde has estado estos días?

—Escondido. Mi contacto me ha abandonado. Ahora sí que estoy completamente solo.

—¿Quién es tu contacto? ¿Me lo puedes decir?

—No, no puedo. Lo siento.

—¿Por qué? No lo entiendo.

—Porque no es algo que debas saber. No insistas.

El chico sale del coche, se apoya en el capó y le pide a Vanesa que lo acompañe. La joven le hace caso y se sitúa a su lado.

—¿Para qué me has traído a este sitio?

—Porque aquí estamos fuera de peligro. Y porque a esta explanada es a donde quiero que vengas mañana por la tarde. A las seis.

—¿Qué se me ha perdido a mí aquí mañana a la seis?

—Necesito que vengas.

—No sé si podré —responde Vanesa a la defensiva. Está harta de aquel juego.

—Podrás —dice Iván de manera autoritaria—. Y no vendrás sola.

—¿Vas a traer a alguien más?

—Tú eres la que vas a traer a alguien.

—¿Yo? ¿A quién?

—A Julia. Después, todo terminará y podremos descansar tranquilos de una vez por todas.

CAPÍTULO 33

Miércoles, 20 de marzo de 2019

La residencia en la que vive Claudia está muy cerca de la facultad de Ciencias de la Información, así que Emilio tarda muy poco en llegar caminando a la universidad.

Se siente raro por la manera en la que se ha marchado de la habitación de la chica. ¿A qué ha venido eso? ¿Es que piensa que sigue enamorado de Julia? ¿Es posible que haya sentido celos de su mejor amiga? Para él sería algo nuevo. Kerstin ha sido su única novia y jamás se puso celosa.

Siempre ha leído que esa clase de sentimientos son tóxicos y que hay que alejarse de quien te considera una posesión. ¿Debería poner fin a algo que acaba de empezar? Quizá se está precipitando y no deba sacar conclusiones tan pronto. Claudia le gusta y parece que él también le gusta a ella. Ha tardado mucho en decírselo y no va a tirar todo por la borda a las primeras de cambio.

Entra en el edificio de la universidad y se dirige hacia la zona de los despachos. No sabe si encontrará allí a Sofía o si estará dando clase. Tiene suerte. Al fondo del pasillo ve a su profesora charlando con un señor. Esta se da cuenta de la presencia de Emilio y se despide rápidamente del hombre que, al irse, se cruza con el chico, al que ni mira ni saluda. Al joven le da la impresión de que va enfadado.

—¿Qué haces por aquí? —le pregunta Sofía cuando Emilio llega a su altura.

—¿Podemos hablar un par de minutos?

—Claro, pasa. Pero date prisa, tengo clase ahora.

Los dos entran en el despacho de la profesora, que cierra la puerta tras de sí. Emilio no ha podido pensar demasiado en lo que le va a decir ni en cómo plantear la situación. Su mente ha estado ocupada en la discusión que ha mantenido con Claudia.

—Bueno, dime, ¿en qué puedo ayudarte? —le dice Sofía, que se apoya en la mesa del despacho. El chico permanece de pie junto a la pared de la entrada.

—El otro día mencionó a Ernesto Valle, ¿hace mucho que no le ve?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque... tengo una amiga a la que le da clase y hace dos días que no va, y está un poco preocupada por él.

La profesora mira fijamente a Emilio y a este le da la impresión de que está sopesando la respuesta, si contarle la verdad o mandarlo a paseo.

—Esa amiga de la que hablas es Julia Plaza, ¿verdad?

—Sí, es ella —contesta sorprendido Emilio, que no esperaba que Sofía nombrara a su amiga—. ¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo Ernesto.

—¿Lo ha visto?

—El lunes estuvo aquí —responde Sofía, a la que nota bastante tensa—. Fue él quien me habló de ella y de la investigación que está llevando a cabo sobre la muerte de mi padre.

—¿Vino a verla el lunes a la universidad?

—Sí. Al mediodía, antes de comer —señala la mujer mirando el reloj—. Me dijo que debía creerlo, que a mi padre lo habían matado y que era hora de que nos volviéramos a unir para investigarlo. Estaba muy seguro.

Sofía le cuenta a Emilio la insistencia de Ernesto para convencerla de que entre los dos y con la ayuda de Julia Plaza, una chica con una capacidad de deducción única y una inteligencia increíble, podrían conseguir que se reabriera el caso y encontrar al asesino de Pedro Juncosa.

—¿Y no aceptó?

—No, no acepté. Ya te lo dije a ti también —responde la profesora resignada—. Lo pasé muy mal durante unos años, pero ya he pasado página. He aceptado definitivamente que mi padre se suicidó. No quiero remover el pasado.

—¿Y Ernesto se dio por vencido?

—Al principio, no. Insistió. Es muy obstinado cuando algo se le mete en la cabeza —continúa Sofía, que vuelve a mirar la hora en su móvil—. Ese hombre no está bien de la cabeza. Y no lo digo solo en el sentido figurado.

—¿Por qué lo dice?

La mujer se masajea las sienes. De pronto, a Emilio le parece que ha envejecido diez años de golpe y que no lo está pasando nada bien con ese asunto. Sin embargo, responde la pregunta que el chico del pelo azul le ha hecho.

—Porque lo conozco bien. Estuve muy enamorada de Ernesto. Hasta pensé que terminaríamos casados y con hijos. Era un buen tipo. Me hacía reír. Disfrutaba con sus ocurrencias y sabía que me quería mucho. Yo a... él... también. Entonces pasó lo de mi padre.

Emilio percibe la emoción en los ojos de Sofía mientras cuenta aquella historia. La mujer aguanta las lágrimas, pero se traba en varias ocasiones al hablar y guarda pequeños silencios, sufriendo al retroceder en el tiempo.

—Es verdad que los dos, impulsados por María José Yuste y sus ideas, empezamos a dudar y a sospechar que mi padre no se había quitado la vida. Investigamos hasta el punto de obsesionarnos con el tema. Yo me sentía muy mal porque quizá... no había sido la mejor de las hijas; hasta cambié el orden de mis apellidos después del divorcio para demostrarle que quería más a mi madre. Ernesto me apoyó en todo momento. Sin embargo, las cosas se fueron torciendo entre nosotros. Se convirtió en alguien insoportable, o así lo sentía yo. Me asfixiaba. Me costaba respirar a su lado, ser yo misma. Hasta que un día me harté y supe que lo que necesitaba era un cambio. Alejarme de él y de todo lo relacionado con la investigación que habíamos comenzado juntos.

—Y él se lo tomó mal.

—Fatal. Me dijo que él sí que se iba a suicidar si no volvíamos a estar juntos, que cometería una locura.

—¿La amenazó con eso?

—Sí. Perdió la cabeza por completo y no sé si intentó alguna tontería, pero yo me mantuve firme —sentencia Sofía con la voz más controlada—. Cuando me hablaste la semana pasada de lo de mi padre, sabía que él estaba detrás. Ha vuelto a investigar, a abrir la herida. Lo único que le importa es él mismo. Le da igual lo que yo diga, sienta o piense. Me soltó algo así como que resolvería el caso

por los dos, para que pudiéramos volver a estar juntos.

—¿Y qué le contestó usted?

—Que mi padre se suicidó y que, aunque no fuese así, él y yo nunca más seríamos pareja. Le dije que, por su bien, abandonara aquella locura y me dejara en paz de una vez por todas.

—Fue muy dura.

—Sí, con Ernesto o eres tajante o termina absorbiéndote el alma y el cerebro. Y yo no voy a permitirlo. Ya no.

—¿Se dio por vencido?

—No lo sé. Me dijo que se iba a ir unos días por ahí, que necesitaba pensar, pero que, dijera yo lo que dijera, a mi padre lo habían asesinado y sentía que nuestra historia no había llegado todavía al final.

—¿Entonces no sabe dónde puede estar ahora?

—No, Emilio, no lo sé —responde Sofía, que examina una vez más el reloj del teléfono—. Me tengo que ir. Hoy no tengo clase contigo. Espero que mañana no insistas con esto, ¿de acuerdo? No estoy bien y cualquier referencia a la muerte de mi padre me revuelve el estómago.

—De acuerdo. Asunto cerrado.

—Y no te acerques demasiado a Ernesto o puedes acabar mal —comenta Sofía abriendo la puerta—. Díselo también a Julia de mi parte.

El joven acompaña a su profesora en silencio por el pasillo de los despachos. Cuando llegan al final, se despiden hasta el día siguiente. El chico camina hasta la cafetería y se sienta en una de las mesas del fondo con un refresco que ha sacado en la máquina de la entrada en la mano. Reflexiona sobre la charla que ha tenido con Sofía Gisbert. De nuevo, la hija de Pedro Juncosa ha sido muy clara con él.

Llama a Julia para informarla de todo lo que le ha dicho su profesora de Sociología, pero su amiga no le coge el móvil. Seguramente esté en clase. Opta por enviarle un mensaje.

«Ya he hablado con Sofía. Llámame cuando puedas. Tengo que contarte varias cosas interesantes».

Emilio da un sorbo a su lata de refresco y sus pensamientos cambian de objetivo. Claudia todavía no le ha dicho si va a comer con él o no; probablemente la respuesta sea negativa. Y la echa de menos.

Echa de menos los momentos que han vivido en esa misma cafetería esos días que han estado juntos. Allí han charlado de muchas cosas y se han contado un montón de historias. ¿Por qué han tenido que discutir?

El chico duda si enviarle un WhatsApp o dejar pasar un tiempo. Si comerse el orgullo y escribirle o aguardar a que sea ella la que dé el primer paso para una reconciliación. Decide no esperar más y manda a la mierda su amor propio. Tarda diez minutos en elaborar el mensaje de la tregua.

«Oye, me gustaría verte y que aclaráramos lo que ha pasado antes. No quiero estar mal contigo. Estos días han sido geniales. Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien con alguien. ¿Qué me dices? ¿Nos vemos en la cafetería de la universidad?».

Nervioso, lo envía y espera la respuesta de Claudia, que no tarda ni un minuto en llegar.

«Vale. OK. Voy».

¿Qué clase de contestación es esa? ¿Él cede y le manda un mensaje abriéndole su corazón y ella le responde con tres palabras? Por lo menos le ha dicho que va, aunque sea de esa forma tan breve y fría.

Claudia cumple y aparece en la cafetería poco después. Emilio la contempla desde la mesa del fondo y se pone de pie. Ella lo ve y lo saluda con la mano desde lejos. Luego se acerca hasta donde él se encuentra haciendo pequeños zigzags; incluso tropieza con un par de personas a las que casi tira la bandeja de la comida.

—Tío, hay mucho torpe en esta facultad —dice Claudia cuando llega a donde está el joven—. No saben ni andar.

La chica va a darle un beso a Emilio, pero este se aparta. Ha notado un fuerte olor a cerveza proveniente de su boca.

—¿Qué te pasa, Emilín? ¿Ya no quieres meterme la lengüita?

—¿Has bebido?

—Claro. Como todo el mundo. Si no bebes, te mueres —responde Claudia, que suelta una carcajada por su propia ocurrencia—. Venga, dame un besito, anda.

La chica se echa encima de Emilio y lo besa en la boca. Este se

deja llevar, aunque rápidamente se echa a un lado.

—¿Cuántas cervezas te has tomado?

—¿Cervezas? No sé. Alguna que otra.

—No me puedo creer que hayas venido así.

—¿Así cómo? —pregunta Claudia dando un par de pasos hacia atrás.

Al retroceder, la chica no se da cuenta de que una profesora está pasando justo por detrás de ella. La espalda de Claudia impacta con la bandeja repleta de comida que lleva la mujer, y un vaso lleno de agua y un plato de pasta con tomate caen al suelo. Toda la cafetería se gira para mirar.

—Joder. Mira por dónde vas —le dice la joven a la profesora, que se ha quedado estupefacta.

—¿Qué? Pero si has sido tú la que no me ha visto.

—Señora, no flipe. Encima que me ha salpicado, ¿me echa a mí la culpa?

—Claro que tienes tú la culpa. Y trátame con más respeto.

Emilio enseguida trata de interceder, pero Claudia no se lo permite. Le da un empujón para quitarlo de en medio y sigue protestando.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Me vas a mandar al rincón a pensar?

—No, pero voy a..., ¿estás bebida? —pregunta la profesora, que se percata del olor a cerveza que desprende Claudia.

—Otra... Que os den a todos. Me voy.

Sin embargo, la mujer no permite que la chica se marche. Se coloca delante de ella y le corta el paso.

—¿Me dejas pasar?

—No, vas a venir conmigo. Tengo que dar parte de tu estado. No se puede venir así a la universidad ni tratar a una profesora de esta manera.

—¿Qué? ¿Esto es un control o algo?

Emilio intenta mediar de nuevo. Se coloca al lado de Claudia, que está muy alterada, y le habla al oído.

—Cálmate, por favor. Haz lo que ella te dice.

—¿Estás de su parte? Yo no he hecho nada y esta tía no va a impedir que me vaya a mi casa.

Claudia se dispone a marcharse, pero la profesora vuelve a impedirselo. Otro profesor que ha visto la escena mientras comía se ha acercado.

Después todo ocurre muy deprisa.

La chica da un grito de desesperación e intenta salir corriendo. Entonces el hombre que ha venido a auxiliar a su compañera la agarra por la cintura. Claudia chilla aún más y le suelta una patada con la pierna derecha; su pie impacta con fuerza en la entrepierna del profesor, que suelta un alarido de dolor. Liberada, la joven le da un empujón a la mujer, que cae al suelo.

—¡Claudia! ¡No! ¡Espera! —grita Emilio, que la ve correr hacia la salida de la cafetería.

Todos la contemplan, pero nadie se atreve a detenerla. Claudia Comino logra escapar, aunque sus actos tendrán graves consecuencias.

CAPÍTULO 34

Miércoles, 20 de marzo de 2019

Cuando se baja del metro, se encuentra con que el viento es más fuerte en esa parte de la ciudad. Julia camina con la mirada puesta en el móvil hacia la calle en la que Marcelo González tiene su consulta. Ha buscado información en Internet sobre ese psicólogo que parece haber ganado más dinero por sus intervenciones televisivas que por atender a sus pacientes. Ha leído que en su día hasta se rumoreó que le habían ofrecido participar en algún *reality show*. Tras toda una vida trabajando para la sanidad pública, hace siete años optó por ir por su cuenta. Se trata de un tipo dicharachero, inteligente, que cae muy bien a unos y que es odiado por otros. Un personaje sin filtros que no deja indiferente a nadie y que presume de decir siempre la verdad.

La zona en la que se encuentra el edificio donde pasa consulta es de las más lujosas de la ciudad. Julia mira hacia arriba y contempla ensimismada aquel rascacielos de cristal.

Pone el móvil en silencio para que nadie la moleste y cruza la puerta giratoria de la torre de vidrio. En la recepción, una chica vestida con una camisa blanca y pajarita negra le informa que tiene que ir al piso doce. La joven le da las gracias y se dirige al ascensor. Mientras sube, se pregunta si allí encontrará las respuestas que necesita. De repente, piensa en su abuela y la angustia vuelve a apoderarse de ella; solo la presencia de otras personas en el ascensor impide que se eche a llorar. Todavía está en esa etapa en la que los buenos momentos vividos a su lado no se imponen a la tristeza por su pérdida.

La llegada a la decimosegunda planta no es un alivio, pero sí le sirve para autoexigirse centrarse en lo que ha ido a hacer allí. Respira hondo y mira a su alrededor. Un cartelito dorado con letras negras le indica que la consulta del psicólogo está a la derecha. Hace caso a la señal y después de andar unos treinta metros llega a su destino. Llama a la puerta y una voz femenina le da permiso para entrar.

—Hola, ¿vienes a ver al doctor González? —le pregunta una mujer con el cabello corto y rubio y unas gafas de montura roja. Rondará los cincuenta años.

—Sí, vengo a ver a Marcelo González.

—¿Tienes cita?

—No, no tengo —responde Julia.

La mujer le suena de algo, juraría que la ha visto en algún sitio. Su memoria enseguida le da la respuesta: ¡es Rita Jovellanos, la exsecretaria de Pedro Juncosa!

—El doctor González está ahora ocupado con una paciente, pero la siguiente ha cancelado su cita. Si quieres esperar, podrás verlo en cuanto acabe. Serán unos diez o quince minutos. ¿Quieres que te apunte en la lista?

—Sí, por favor. Aunque yo quiero hablar con él sobre un asunto que no tiene nada que ver con mi salud. No soy una paciente —dice Julia sonriendo al tiempo que trata de buscar una explicación a la presencia de esa mujer allí—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—¿A mí? Yo no soy especialista en nada. Solo soy su secretaria.

—¿Y fue secretaria de Pedro Juncosa?

Julia se da cuenta de cómo le cambia la cara a la mujer; su expresión refleja asombro, quizá también estupor. Está claro que no esperaba esa pregunta.

—Sí, fui su secretaria —responde la mujer con rudeza—. Pero ha pasado mucho tiempo de eso. ¿Quién eres? ¿Por qué sabes eso?

—Me llamo Julia. Y estoy investigando la muerte de Pedro.

—¿Tú? ¿Pero cuántos años tienes? ¿Eres policía?

—No, no —responde la chica, que sonrío al escuchar la ocurrencia de Rita—. Soy estudiante de Criminología en la universidad. Nos han mandado hacer un trabajo sobre el caso de su antiguo jefe.

—Ah, entiendo. Fue una tragedia, aunque no tengo demasiado que decir sobre aquello. Pedro se suicidó. El caso está archivado.

—Lo sé. Mi labor no consiste en intentar cambiar el veredicto del

juez, solo debo analizar cómo fue el proceso. Por eso estoy hablando con personas que eran cercanas a él. Su nombre también aparece en el documento que me han facilitado, pero no esperaba encontrarla aquí trabajando para el mayor rival y enemigo declarado de Pedro.

Rita se quita las gafas y se frota los ojos. Luego limpia las lentes con un trapito gris que tiene encima de su mesa, se las vuelve a poner y apoya los codos en la mesa. Procura, sin demasiado éxito, mostrarse serena al hablar.

—El doctor González me ofreció trabajar con él y yo acepté. No hay más misterio que ese.

—¿Antes o después de que muriera Pedro Juncosa?

—Después. Bastante después —dice la mujer, que no para de suspirar—. Sé que suena extraño, incluso puede verse como una traición, pero las cosas son muy diferentes de lo que parecen.

—¿Por qué la despidió Pedro? ¿Me lo puede decir?

—Imagino que porque no hacía bien mi trabajo —indica Rita, que mira hacia un lado desconsolada. Julia se percata de que está llorando—. Han pasado casi cinco años y todavía me duele su... muerte.

—Fue duro, ¿no?

—Mucho. Muy duro.

A Julia le parece que Rita va a derrumbarse en cualquier momento. Ni siquiera la mira cuando habla. Se seca las lágrimas con los dedos y suelta una especie de hipidos extraños.

—Pedro era un hombre muy peculiar. Tenía sus momentos malos, pero se hacía querer. Por eso su muerte nos afectó a los que lo conocíamos bien.

—Usted también piensa que se quitó la vida.

—Sí, lo creo. No pasaba por un buen momento.

—¿Por lo de su divorcio?

Rita no responde, la puerta del fondo de la consulta acaba de abrirse. De la habitación salen una mujer mulata que roza la treintena y el hombre al que antes buscó en Internet. Marcelo sonrío y le pide a su paciente que hable con Rita para programar la siguiente cita. Esta acepta y le da las gracias por su ayuda.

—¿Tú eres la siguiente? —le pregunta el psicólogo a Julia algo extraño.

—Viene a hablar conti... con usted, doctor —informa la secretaria desde su mesa—. La señora Machado ha cancelado su

visita. ¿Puede atenderla a ella? Se llama Julia y no es ninguna paciente. Quiere tratar un tema personal.

—Claro, con mucho gusto. Vamos, Julia.

Con un gesto de la mano, el hombre le indica que pase. La chica acepta y entra delante de él. La consulta le recuerda a Julia a las que salen en las películas. Tiene un diván para que los pacientes se tumben a hablar de lo que les ocurre, un sofá de tres plazas, un par de mesas, tres sillas y un butacón, que es donde Julia imagina que se sienta Marcelo. Las paredes están decoradas con cuadros abstractos y las estanterías llenas de figuritas de cristal de Swarovski.

—¿Prefieres el diván o el sofá? —le pregunta el hombre, que no ha perdido la sonrisa en ningún momento.

—El sofá. Gracias.

La chica ocupa el lado izquierdo y el hombre se sienta en el otro extremo. Marcelo cruza las piernas y junta las manos mientras observa fijamente a Julia, que se siente algo intimidada.

—Bueno, cuéntame. ¿A qué se debe tu visita?

—Deseo hablar con usted de la muerte de Pedro Juncosa.

—¿De parte de quién vienes? —pregunta el psicólogo, que no parece sorprendido.

—De nadie. Estoy haciendo un trabajo para la universidad.

Julia le explica a Marcelo González lo mismo que antes le contó a Rita Jovellanos. El hombre escucha atento sin cambiar de postura; no mueve ni un músculo hasta que la chica termina su exposición.

—Muy bien. ¿Y qué quieres que te cuente?

—En aquella época, ustedes dos se llevaban mal —dice la joven usando a propósito aquella expresión—. ¿Qué pensó cuando se enteró de que se había quitado la vida?

—Vaya. Veo que no te andas con rodeos —responde Marcelo, que descruza las piernas y se echa hacia adelante—. Pues me dolió, sinceramente. Fue terrible.

—¿Realmente se llevaban tan mal? He leído que eran enemigos, que incluso discutieron acaloradamente y casi llegan a las manos en un programa de televisión.

A Marcelo se le escapa una sonrisa y a continuación busca algo en su móvil. Cuando lo encuentra, se lo enseña a Julia. Es un vídeo. La chica no puede creer lo que está viendo.

—Sí, somos nosotros, vestidos de mexicanos, celebrando mi cumpleaños. Y esa que aparece detrás con el poncho y las coletas es

Rita.

—¿De cuándo es esto?

—De diciembre de 2013. Cuatro meses después Pedro apareció colgado en su habitación.

—No entiendo nada. ¿Ustedes eran amigos?

—Muy amigos —responde el psicólogo con una sonrisa nostálgica—. Pero nuestra rivalidad vendía más. Nos lo propuso el productor de una cadena. Nos ofreció dinero por pelearnos en directo en un programa de televisión nocturno. Al principio, nos negamos, pero... era mucho dinero. Así que terminamos aceptando las condiciones. Aunque a mí se me calentó la boca y le dije cosas de las que luego me arrepentí, pero pensé que en aquella batalla todo valía.

—¿Y fue a pedirle disculpas a su casa?

—Sí, pero él no las aceptó en un principio. El vídeo que te he enseñado es de después de hacer las paces en mi cumpleaños, unos días más tarde.

El testimonio del psicólogo confunde a Julia. Marcelo González y Pedro Juncosa no solo no eran enemigos, sino que quedaban para divertirse juntos. Lo que María José Yuste le contó estaba sacado de contexto: Marcelo había ido a casa de Pedro a pedirle perdón por lo que había sucedido en un programa de televisión que estaba pactado y, aunque en un inicio Juncosa no aceptó sus disculpas, todo acabó bien entre ellos.

—¿Por qué piensa que se suicidó? —pregunta la chica después de unos segundos tratando de ordenar sus ideas.

—¿Sinceramente?

—Sí, por favor.

—Bueno. Han pasado prácticamente cinco años y creo que ya puedo hablar de esto sin problema. Además, solo es mi opinión y la de ella.

—¿A qué se refiere?

—Ven conmigo.

El hombre se pone de pie y Julia hace lo mismo. Cada vez está más intrigada y tiene la sensación de que ya no sabe qué es cierto y qué no. Sale de la habitación detrás de Marcelo. Rita Jovellanos tiene los ojos rojos de llorar. El psicólogo se acerca hasta ella y le da un abrazo.

—Ella fue la secretaria de Pedro durante algunos años —dice

Marcelo, que continúa abrazando a Rita.

—Lo sé. Hemos estado hablando antes de eso.

—¡Ah! Perfecto. ¿Se lo has contado tú?

—No, no le he dicho nada —responde la mujer echándose a llorar de nuevo.

—¿Puedo contárselo yo o prefieres que no diga nada? Tú mandas.

Rita se encoge de hombros. Se separa de Marcelo y regresa a su mesa para sentarse. Agacha la cabeza y se cubre la frente con ambas manos.

—Rita y yo pensamos que Pedro se quitó la vida, entre otras cosas, por desamor.

—¿Por desamor?

—Sí, él estaba enamorado de ella. Pero ella... eligió estar con otra persona —dice Marcelo, que camina hasta la mesa en la que está sentada la mujer—. Y eso Pedro no lo pudo soportar.

CAPÍTULO 35

Miércoles, 8 de enero de 2014

No se han visto en todas las vacaciones de Navidad y Pedro está deseando que ella llegue a la consulta. Le ha comprado un colgante precioso y bastante caro; seiscientos euros que ha tenido que pedir prestados porque no está pasando, precisamente, por un buen momento económico. No le queda ni un céntimo del dinero que le dieron en la tele por pelearse con Marcelo, pero Rita se merece ese esfuerzo y mucho más. No podía regalarle cualquier baratija por Reyes.

A las diez en punto, como un reloj suizo, escucha el ruido de una llave y su querida secretaria abre la puerta de la consulta. Lleva un vestido nuevo de cuadritos azules y blancos y encima un abrigo largo negro. Está muy guapa. Hasta se ha pintado los labios y las uñas de rojo.

—¡Qué bien te han sentado las vacaciones! —exclama Pedro en cuanto se encuentra con Rita—. Estás preciosa.

—No es para tanto.

El hombre le da un beso en la mejilla y, a continuación, le desabrocha los botones del abrigo y roza con sus dedos el escote del vestido. Se excita. Hace más de quince días que no hacen el amor.

—Pedro, ahora no. El señor Vigalondo llegará en cualquier momento.

—Que espere. Tengo necesidades.

Sin embargo, el timbre del telefonillo suena diez segundos más tarde. Es el primer paciente del día, la primera persona que tiene cita después de las Navidades. Seguro que llega con tres mil problemas

imposibles que espera que el psicólogo le resuelva con unos cuantos consejos.

—¿Y si le dan por saco al Vigalondo ese y tú y yo nos tomamos la mañana libre para recuperar estas dos semanas que has estado en casa de tus padres?

—No solo es una mala idea, sino que sería poco profesional.

—Hacemos como que no hemos vuelto de vacaciones, que no hay nadie en la consulta.

—Que no, Pedro. Déjame que vaya a abrir. No seas pesado.

—Joder. Te veo muy negativa. ¿Va todo bien?

—Luego hablamos —dice Rita, que corre hacia el telefonillo para abrirle la puerta al primer paciente del año.

Pedro resopla y entra en la sala en la que pasa consulta. En el fondo, hace ya tiempo que todo eso le da igual; tiene asuntos mucho más importantes que tratar. Si todavía se dedica a eso es porque necesita el dinero. Sí, reconoce que ahora mismo no siente ni una pizca de pasión por su trabajo y que el interés por los problemas de los pacientes es completamente nulo. Pero esa gente está tan desesperada que no se da cuenta.

La mañana se le hace eterna. Cada paciente es peor que el anterior. El único consuelo que le queda es que a las dos, cuando terminen, él y Rita se irán a comer juntos. O eso es lo que él cree. A la una y cincuenta y cuatro, mientras atiende a una señora que tiene continuos ataques de ansiedad, su secretaria entra en la habitación y le dice que se va, que regresa luego, a las cuatro, para recibir al primer paciente de la tarde.

—¿Me está escuchando?

—Perdone, ¿qué me decía?

—Que llevo viniendo aquí varias semanas y no consigo frenar mi ansiedad —se queja la mujer, que parece enfadada—. Lo estoy pasando muy mal, doctor. Ni dormir puedo.

Pedro le receta unas pastillas y despacha lo antes posible a Sabrina Serrano, que empieza a resultarle odiosa. Cada semana le cuenta lo mismo. ¿Ansiedad? ¡Esa no sabe lo que es un verdadero ataque de ansiedad!

Sin Rita, ni siquiera sale a comer. Se queda en la consulta jugando al póker *online* en el ordenador. Está bastante enganchado y debe tener cuidado; su cuenta está a punto de entrar de nuevo en números rojos.

Su secretaria llega unos minutos antes de las cuatro de la tarde y Pedro acude a recibirla en cuanto oye que la puerta de la consulta se abre.

—¿Por qué no has venido a comer conmigo? Pensaba que después de tantos días separados te apetecería.

—Ya. Lo siento.

—Te noto rara desde que has llegado. ¿Pasa algo?

La mujer se pasea por la consulta sin responder. Luego se sienta en su mesa y desde allí mira a su jefe, que durante el último año y medio también ha sido su amante. Estaba enamorada de él y después del divorcio de Pedro lo vio claro: era su oportunidad. Lo apoyó en todo lo que pudo, lo cuidó y terminaron en la cama.

—Tenemos que hablar.

—¿De qué? Me estás asustando, Rita.

—Hay otro.

—¿Qué? ¿Otro?

—Sí, estoy con otra persona —admite la secretaria quitándose las gafas—. No puedo seguir acostándome contigo ni continuar con lo que sea que tengamos. A partir de ahora, nuestra relación será solo de amigos y profesional. Lo siento.

Pedro Juncosa se lleva las manos a la cabeza. Se ha quedado de piedra con la revelación de la mujer que lo ha sido todo para él los últimos meses. Siente como si algo se le hubiera roto por dentro. Otra vez.

—Estás despedida —suelta el psicólogo sin atreverse a mirarla.

—¿En serio, Pedro? ¿Me vas a despedir?

—Sí. Por favor, coge tus cosas y márchate. Deja las llaves encima de la mesa. En los próximos días te llegará el finiquito de tu despido.

—No puedes hacerme esto.

—¿Y tú puedes cambiarme por otro? ¿Eso sí vale? ¿Eso sí se puede hacer?

Rita no logra articular ninguna palabra más. Se levanta de la mesa y ve a Pedro entrar en la consulta. Cierra la puerta y la deja allí sola, lamentando lo que acaba de suceder.

Aunque Pedro la llamó en varias ocasiones para que fuera a su casa y hasta le envió el colgante que le había comprado como regalo de Reyes, no volvieron a verse.

Rita jamás le reveló la identidad de su nuevo amor, pero él no tardó en saber quién era la persona que había conquistado el corazón

de la que fue su secretaria.

Pedro jamás le perdonaría a Marcelo González lo que hizo.

CAPÍTULO 36

Miércoles, 20 de marzo de 2019

—No tengo ni idea de lo que voy a hacer.

—Tendrás que hablar con Julia y que sea ella la que decida.

Marilia ha ido a visitar a Vanesa al hotel después de que esta le contara por teléfono el extraño episodio que ha vivido hace un rato con Iván. El chico le ha ordenado que al día siguiente, a las seis de la tarde, acuda con Julia al descampado en el que han estado antes. Después, la ha dejado en la parada de bus más cercana y se ha marchado sin darle más explicaciones.

—No sé. Si se lo digo, seguro que va a querer ir conmigo y me da miedo meterla en esto.

—Julia es muy inteligente, sabrá cómo actuar.

—Iván no está bien de la cabeza —comenta Vanesa mientras muerde nerviosa la tapa de un bolígrafo azul—. Quiere que Julia lo ayude a dar con Jacob ahora que ha perdido a su contacto, como él lo llama.

—¿Y cómo va a conseguir eso Julia?

—¡Yo qué sé! Dice que no se lo pediría si no fuera su último y único recurso, que es hora de encontrar a ese hombre, de sorprenderle, y poner fin al juego.

—¿No será peligroso?

—Todo lo que esté relacionado con Iván, Jacob o Viral es peligroso. Por eso me asusta tanto hablar con Julia de este tema.

Marilia se acaricia los rizos con intensidad. También ella está tensa con ese asunto; ella vivió la trama de Viral en primera persona. Abre el bolsito que ha dejado sobre el mostrador de recepción y saca

un paquete de tabaco. Solo le queda un cigarro y se lo coloca en la boca.

—Salgo un momento a fumar. A ver si soy capaz de pensar una solución.

Vanesa asiente y observa a su amiga salir del edificio. Coge el móvil y selecciona el número de su novia, pero no lo marca. Duda. Aún no ha hablado con ella porque no sabe qué contarle exactamente de su conversación con Iván. Tampoco Julia le ha escrito ni la ha llamado todavía. Lo último que supo es que iba a coger el metro para ir a ver a alguien a la ciudad.

Mientras sigue decidiendo qué hacer, Manolita aparece y se acerca hasta el mostrador. Por la mirada de preocupación de Vanesa, la camarera de piso enseguida se da cuenta de que algo no va bien.

—¿Y esa cara?

—¿Qué cara?

—No me digas que lo has vuelto a ver —le dice la mujer en voz baja con los ojos muy abiertos—. No me mientas, por favor.

—Sí, he estado con él.

—Joder, joder, joder. Pensaba que se habría cansado y se habría marchado del pueblo.

—No. Sigue por aquí. Aunque no sé dónde se está quedando.

Manolita se toca la zona de la cabeza en la que Iván la golpeó y siente un escalofrío por todo el cuerpo.

—¿Qué te ha dicho? ¿Te ha hablado de mí?

—No, no me ha hablado de ti, tranquila.

—Entonces ¿qué quiere? ¿Te ha pedido algo?

—Nada en concreto. Solo quiere solucionar las cosas de una vez por todas y poder hacer una vida normal —responde Vanesa, que prefiere no mencionar a Julia ni el empeño de Iván en encontrar a Jacob—. No te preocupes, Manolita. No os va a pasar nada a ti y a tu familia. Te lo aseguro.

—No puedes asegurarlo —la contradice la mujer, que de nuevo baja la voz—. Ese chico está loco, es impredecible. Cada noche, examino varias veces cada habitación de mi casa para asegurarme de que no hay nadie dentro antes de echar el cerrojo de la puerta de la entrada. Y todos los días les advierto a mis hijos sin darles explicaciones que no hablen con desconocidos. Esto es un sinvivir, Vanesa. Mi marido se ha dado cuenta de que no estoy bien y piensa que es por su culpa.

—Aguanta un poco más. Todo se va a solucionar. Ya lo verás.

—¿Y cómo se va a solucionar? No podemos hablar con nadie. Nos lo dejó muy claro.

La chica contempla con tristeza a la mujer. Está con los nervios a flor de piel y muy alterada por lo que pueda pasarle a ella y a los suyos. Es comprensible después de lo que vivió la semana anterior, cuando Iván la retuvo en el cuarto de baño de la habitación, la ató, la golpeó y la amenazó. Fueron unas horas caóticas que Manolita teme que se repitan de una u otra forma.

—Mañana he quedado con él. Te prometo que voy a hacer todo lo posible para que esta pesadilla se termine —le dice Vanesa tratando de sonar convincente.

—¿Has quedado con Iván? ¿Me lo estás diciendo en serio?

—Sí, pero no te preocupes. Está todo controlado.

—Por Dios, ¿estás segura?

—Segurísima. De verdad. Confía en mí.

—Confío en ti, pero no en ese chico.

La conversación se interrumpe cuando Marilia abre la puerta del hotel después de haberse fumado el cigarro en la calle. Está distraída, hablando por el móvil.

Manolita agarra a Vanesa de las manos y se las aprieta.

—Ten mucho cuidado, por favor —le susurra aproximándose a ella.

Acto seguido, la camarera de piso le suelta las manos y se aleja de la recepción con los ojos llorosos. Vanesa suspira e intenta recomponerse rápidamente. Aquella historia no solo les afecta a ella y a Julia; Manolita solo descansará cuando Iván haya desaparecido de su vida.

—Mi novio me ha invitado a un viaje a Praga. ¿No es el mejor del mundo? —comenta Marilia exultante cuando cuelga.

—No lo dejes escapar.

—¿Bromeas? Ya estoy pensando en las invitaciones de la boda. ¿De qué color las encargo?

Las palabras de Marilia logran que Vanesa sonría; la carismática y divertida rubia siempre lo consigue.

—Hablando en serio —continúa diciendo la joven del cabello rizado—. ¿Por qué no avisas a la policía? Iván se merece pasarse una temporadita entre rejas con los otros.

—Salvó a Julia, ¿recuerdas?

—Ya. Eso es lo que él os contó. Pero ¿y si no fue así? ¿Y si él asesinó a Hugo Velero por otro motivo? No es la persona más fiable del mundo.

Esa teoría no se le había pasado por la cabeza a Vanesa. Iván le había confesado que había matado a su compañero de piso para proteger a Julia cuando esta era objetivo de las apuestas de Viral y le había creído. De hecho, ella misma se lo había contado a Julia cuando todavía no estaban saliendo y también ella había aceptado esa versión.

—No sé, Marilia. Me da pena. No puedo remediarlo.

—¿Todavía te da pena? ¿Después de todo lo que os ha hecho a ti y a los demás? No es trigo limpio y lo sabes. Por no hablar de que está como una auténtica cabra. Y a mí me caía bien, que conste.

Vanesa reflexiona acerca de lo que su amiga le dice. Hay muchos motivos para que Iván vaya a prisión: pertenecía a Viral, mató a Hugo Velero, secuestró por unas horas a Manolita e incluso la golpeó y la amenazó; además, ya no es el mismo chico con el que ella salió. Ahora es un tipo peligroso, capaz de cualquier cosa. Sin embargo, hay algo que le impide denunciarlo, algo que la frena. Y no es solo porque aquel joven pueda hacerles la vida imposible a ella y a Manolita si revelan a alguien que ha regresado al pueblo: no, no es solo por eso.

—Voy a darle otra oportunidad.

—¿Otra más?

—Sí. Mañana por la tarde iré yo sola al descampado. No voy a meter a Julia en esto. Bastante tiene ella con la muerte de su abuela, la universidad y las historias que abundan en su cabeza.

—¿Y qué vas a decirle a Iván?

—Seré clara con él. Le pediré que nos deje en paz y que se aleje definitivamente de nuestras vidas. Si no accede, avisaré a la policía. Y no pienso dar marcha atrás.

En ese mismo instante, en algún lugar de la ciudad

Un joven con gorra, gafas de sol y una poblada barba deja el coche en un *parking* público y entra en un locutorio, el mismo al que ha estado yendo los últimos días. Iván sabe de su existencia porque está cerca del edificio en el que vive Marilia y ella le había hablado alguna

vez de aquel sitio. Es barato, discreto y está regentado por un pakistaní muy amable que apenas chapurrea unas cuantas palabras en español.

El chico saluda cordialmente al hombre, que le da un papelito con un código, y se dirige al ordenador más alejado de la puerta. La música ambiental está un poco alta, aunque a él no le molesta; le gusta lo que está sonando, una canción de Sofía Ellar que habla de bañarse en vaqueros y de amores sin maquillar. Se la sabe de memoria y la canturrea mientras enciende el ordenador. Mira a un lado y al otro para asegurarse de que nadie lo está observando y se quita las gafas de sol.

Iván se rasca la cabeza y busca información en Google. Por suerte, sigue sin aparecer nada sobre un coche azul robado en la ciudad. Teclea la matrícula por si acaso, pero no sale ninguna denuncia relacionada. De momento, todo va bien.

Pero no ha ido allí solo a eso.

Vuelve a comprobar que nadie está pendiente de él. El dueño de la tienda ni siquiera lo mira y el resto de los clientes están demasiado ocupados en lo que quiera que esté haciendo cada uno. ¿Debe arriesgarse ya? Sí, ¿por qué no? Luego lo borrará todo; sabe cómo eliminar las pruebas. No dejar sus huellas digitales es fundamental para no ser descubierto y subsistir.

Decidido, sigue el camino que tan bien conoce para entrar en aquel universo tan enigmático como destructivo. Estira los dedos y teclea la última contraseña: Viral8181.

CAPÍTULO 37

Miércoles, 20 de marzo de 2019

«¡Hola! Estoy con Marilia, que ha venido a verme al hotel. ¿Por dónde andas? ¿Ya has terminado esa visita que tenías que hacer? Escríbeme o llámame cuando puedas. Tengo muchas ganas de achucharte. Te quiero».

El mensaje de Vanesa coge a Julia todavía en las inmediaciones del rascacielos de cristal, en la zona lujosa de la ciudad. Después de salir de la consulta de Marcelo González, se ha sentado en una cafetería para intentar poner en orden y por escrito los descubrimientos que ha hecho, que no son pocos. El caso cada vez está menos claro y presenta más incertidumbres.

Lo primero que anota es que Pedro Juncosa comenzó a salir con Rita Jovellanos después de divorciarse de su mujer y que la exsecretaria rompió con él en enero de 2014 porque empezó una relación con Marcelo. Todavía siguen juntos.

—Si todo va bien, nos casaremos el tres de noviembre de este año —le había dicho el doctor González después de besar en los labios a su prometida—. Las personas de nuestra edad también tenemos derecho al matrimonio, ¿no?

Otra sorpresa fue descubrir que Marcelo y Pedro eran buenos amigos y no rivales, como habían dado a entender a todos, incluida María José Yuste, y que el duro enfrentamiento que habían tenido en un programa de televisión había sido pactado, con mucho dinero de por medio. Sin embargo, González le ha reconocido que se propasó en esa discusión y que cuando fue a casa de su colega de profesión a pedirle disculpas, Juncosa no las aceptó. Casi llegan a las manos. El

perdón llegó en diciembre, en el cumpleaños de Marcelo en el que también estuvo presente Rita, como pudo comprobar en el vídeo que Marcelo le enseñó.

—Pedro murió sin saber lo nuestro —había afirmado Marcelo González—. Sabía que ella había encontrado a alguien, pero no que ese alguien era yo; aunque tarde o temprano se lo habríamos contado, claro.

Pedro Juncosa había despedido a Rita el mismo día de enero en el que rompieron, en un ataque de rabia y orgullo. Marcelo González le dio trabajo unos meses después y desde entonces, además de su pareja, era su secretaria.

Otra circunstancia interesante para Julia es que tanto Marcelo como Rita creen que el desamor y la frustración por la ruptura pudieron ser los motivos por los que el psicólogo se quitara la vida, aunque los dos sostienen que hacía tiempo que Pedro no estaba bien y que a menudo parecía excesivamente nervioso y estresado.

—Tal vez aquello solo fue la gota que colmó el vaso. Ni Rita ni yo podemos responsabilizarnos de su suicidio. Jamás nos hubiéramos imaginado que llegaría a hacer algo así.

Antes de marcharse, Julia había intentado averiguar algo sobre la desaparición de su profesor, pero ninguno de los dos sabía nada de Ernesto Valle. Solo recordaban haberlo visto hacía muchos años. Él y Sofía Gisbert habían ido a visitarlos a sus respectivas casas y les habían hecho preguntas sobre la muerte de Pedro Juncosa en una especie de investigación paralela a la judicial, que por aquel entonces ya había concluido. Ambos reconocen que actuaron a la defensiva; de hecho, ni uno ni otro revelaron que eran pareja.

—Era el novio de la hija de Pedro. Vino a mi casa a interrogarme, pero solo le dije que había sido un gran jefe y que me había despedido en enero de 2014 por motivos que yo desconocía. No le di más detalles.

—Yo tampoco quise hablar demasiado con ellos. Estuve incómodo. Me dio la impresión de que me querían acusar de la muerte de Pedro, que intentaban pillarme. Jugaban a ser detectives, pero fueron bastante desagradables. A Ernesto, especialmente, lo noté un poco desquiciado.

Sin embargo, a Julia sí que le han facilitado la información detallada que hace unos años les negaron a Sofía y a Ernesto. Imagina que entonces aún era algo demasiado reciente y les daba

miedo hablar por las conclusiones que se pudieran sacar. En cambio, contarle ahora ha sido para ellos como una liberación, sobre todo para Rita Jovellanos. Julia ha visto a la secretaria especialmente afectada, a pesar de que ha pasado bastante tiempo desde la muerte de Pedro Juncosa.

¿Y ahora? ¿Qué debe hacer?

Una vez más se acuerda de su abuela. Le encantaría llamarla, contarle lo que ha descubierto en la consulta instalada en aquella gigantesca torre de vidrio y analizar con ella la desaparición de su profesor. ¿Voluntaria o forzada? Solo espera que Ernesto esté bien.

Guarda la libreta y el bolígrafo y cae en la cuenta de que todavía no ha hablado con Emilio ni con Vanesa. Tiene una llamada perdida de su amigo y un mensaje en el que le dice que le tiene que contar la charla que ha mantenido con Sofía Gisbert. A su novia..., a ella le debe algo más. Se alegra de que Marilia haya ido a verla al hotel. Seguro que le ha sacado unas cuantas risas. Desde que murió su abuela, ha sido todo muy complicado y siente que se ha alejado un poco de todos. Pero solo le apetecía estar sola y sufrir en silencio aquel dolor, un dolor que no se ha ido. Sin embargo, necesita ir dejando atrás el luto y las lágrimas. Pasar página; es lo que le prometió a su abuela: ser feliz.

Emilio responde al primer *bip*.

—Hola, Julia.

—Hola, Emi, ¿puedes hablar?

—Sí. Estoy libre ahora mismo. Dime.

La joven enseguida nota que él está más serio de lo normal. ¿Será por algo que le ha sucedido con Sofía Gisbert?

—¿Qué te ha dicho tu profesora?

—Muchas cosas. Una de ellas, que Ernesto fue a verla a su despacho el lunes. Estuvieron charlando un buen rato.

—¿En serio? ¿Y de qué hablaron?

Emilio le cuenta a Julia la conversación que ha mantenido con su profesora de Sociología; ella escucha atónita. Le resulta muy extraño que Ernesto fuera a verla y le hablara de la investigación que estaban llevando a cabo.

—En resumen, ha terminado pidiéndome lo mismo que la otra vez: que dejemos descansar a los muertos en paz y que nos olvidemos de su padre.

—¿Te dijo dónde puede estar Ernesto? —pregunta Julia, que

obvia la conclusión de Emilio—. ¿Algún sitio en concreto al que haya podido marcharse?

—No. Él solo le dijo que necesitaba pensar y que se iba unos días.

—Es decir, que, según tu profesora, su desaparición ha sido totalmente voluntaria.

—Eso parece.

La chica suspira con cierto alivio. Al menos a Sofía le ha contado que se iba. Igualmente, le sigue pareciendo muy raro que no haya avisado en la universidad de que se ausentaría unos días y que no se haya puesto en contacto con ella. Quizá necesite estar solo, desconectar para pensar si debe continuar o no con la investigación tras la conversación con su expareja.

—Julia, tengo que contarte algo que no tiene nada que ver con esto —le suelta Emilio después de zanjar el tema de la desaparición de Ernesto Valle—. Verás... Estoy saliendo con Claudia y... parece que va en serio.

—¿De verdad? ¡Cuánto me alegro!

—Gracias. Llevamos solo unos días. No te he dicho nada antes por respeto a..., ya sabes, tu dolor. No quería molestarte con esto.

—No pasa nada, Emi. Una cosa no tiene que ver con la otra. Estoy muy feliz por ti.

—No es que seamos novios ni nada parecido, pero creo que puede ser el comienzo de algo bonito. Me gusta mucho —comenta el chico ilusionado aunque con bastante prudencia—. Sin embargo, hoy ha pasado algo que no sé cómo tomármelo.

—¿Qué ha pasado?

Emilio le cuenta a Julia el suceso de la cafetería, cómo Claudia apareció oliendo a cerveza y cómo se enfrentó a los dos profesores, golpeando en la entrepierna al hombre y tirando al suelo a la mujer.

—No te puedes imaginar la que se ha montado. Creo que la van a sancionar duramente. Sería lo más lógico.

—Vaya. Menuda historia. Espero que no la expulsen.

—Yo también, aunque podría suceder —dice Emilio muy serio—. Y me da pánico que eso ocurra. Si la echan, se irá de la ciudad, con todo lo que eso significaría para ella y para nuestra relación.

—Te entiendo perfectamente.

—Estoy bastante tocado —admite el joven del cabello tintado de azul—. ¿Qué puedo hacer?

—Lo único que se me ocurre es que Claudia vaya a disculparse con esos profesores. Cuanto antes, mejor. Tal vez eso no la libre de recibir un castigo, pero sí puede rebajar la sanción.

—Hablaré con ella para que lo haga, pero primero tengo que encontrarla.

—¿No sabes dónde está?

—No. Salió corriendo de la cafetería después de liarla. No me coge el móvil y no ha vuelto a su residencia.

—Aparecerá, Emi. No te preocupes.

—Ernesto también. Así que tú tampoco te comas demasiado la cabeza.

—Ya sabes que me la comeré igualmente. En eso no he cambiado.

—Somos especialistas en darle muchas vueltas a todo, ¿verdad?

—Verdad. Premios Nobel.

Los chicos bromean y se intentan animar el uno al otro. Luego, se desean suerte y se despiden tras quedar en verse pronto.

La conversación con Emilio provoca una mezcla de emociones en Julia. Si Sofía continúa insistiendo en que no sigan investigando y Ernesto, que es quien avala lo contrario, está desaparecido, ¿qué sentido tiene seguir adelante? Además, cada vez parece más claro que Pedro Juncosa se suicidó. Ninguna de las personas con las que ha hablado, exceptuando a María José Yuste, opina diferente. Incluso puede que haya dado ya con el motivo: Rita, la mujer de quien estaba enamorado, lo dejó por otro. Era la segunda vez en poco tiempo que lo abandonaban y a esos dos desengaños hay que sumarles que podría tener problemas económicos y que ya no disfrutaba de su profesión como antes. Sus pacientes lo agobiaban y hasta tuvo problemas con algunos. Esa conjunción de elementos podría haberle causado una depresión que fue incapaz de superar.

¿Caso resuelto? ¿Así, sin más? ¿Pedro Juncosa se quitó la vida y todo lo que ella ha hecho hasta ahora no vale prácticamente para nada?

Julia camina hacia el metro para regresar al pueblo. Lo ve muy claro. La explicación es la que dieron los encargados del caso; nada indica lo contrario. Sin embargo, hay una pregunta que no desaparece de su cabeza, un pequeño detalle que la inquieta siempre que se acuerda de él: el nudo, ese maldito nudo del ahorcado. Si Pedro Juncosa no era habilidoso con las manos, ¿por qué se suicidó

de esa forma? ¿Cómo logró tener la suficiente entereza en un momento de absoluta desesperación para realizar el nudo del ahorcado perfecto en aquella soga de rodeo? ¡No tiene sentido! No, no puede dejar de tirar de ese hilo, por frágil que parezca.

En el interior de la estación, antes de quedarse sin cobertura, le envía un WhatsApp a Vanesa para decirle que cuando llegue al pueblo irá directamente a su hotel. No tiene hambre y prefiere ver a su novia antes que comer.

Sentada en el vagón, sigue pensando en el caso Juncosa. Examina en su móvil las páginas del informe y analiza una vez más la lista de sospechosos. ¿Con cuántas de esas siete personas ha hablado ya? Con el profesor de historia Ricardo Acosta, con el psicólogo Marcelo González, con la secretaria Rita Jovellanos y con el mecánico y expresidiario Carlos Montero. Según le reveló Ernesto, Sabrina Serrano falleció hace unos años. Por lo tanto, solo le faltan dos: María, la exmujer de Pedro, y Úrsula, la vecina. ¿Podría aportar algo nuevo alguna de ellas? ¿Merece la pena continuar sin Ernesto?

Julia cierra los ojos. El traqueteo del tren y el cansancio hacen que se duerma. En los cinco minutos siguientes sueña con Pilar.

—Querida nieta, sigo aquí.

—No, abuela. No me vas a engañar otra vez. Te moriste. Ya no estás conmigo.

—Sí, sí, te lo aseguro. Abre los ojos y mírame.

Aunque no está muy convencida, la chica obedece a la anciana y allí está, frente a ella, sonriendo de lado y con las manos juntas, como si se dispusiera a rezar. Julia también sonrío al verla y quiere acercarse a ella, pero una fuerza invisible se lo impide, una especie de campo magnético se opone a que se toquen.

—Quiero abrazarte —solloza Julia.

—Ya lo harás, querida. Ahora, escúchame bien. Una amiga tuya me ha dicho que no te rindas, que debes seguir tu instinto.

—¿Una amiga? ¿Quién?

—Aurora Ríos.

—¿Estás con Aurora?

—Aquí estamos todos con todos, Julia —dice Pilar sonriendo—. Primero resolviste su crimen, luego el puzle de cristal y ahora...

—¿Ahora qué, abuela?

—Ahora la prueba es enorme, querida, la más grande de todas. Pero confía en ti. Y no te olvides de la promesa que me hiciste.

La señora que tiene sentada al lado la golpea con el codo en el abdomen. Es un impacto seco y doloroso que despierta a Julia, que ni siquiera se queja. Al momento se da cuenta de que estaba soñando, a pesar de que la imagen de su abuela parecía real. Demasiado real. ¿De verdad que solo ha sido un sueño?

La siguiente parada se corresponde con la estación de autobuses, su destino. Sin embargo, si se baja cuatro paradas más adelante, estaría muy cerca de la calle en la que vivía Pedro Juncosa y algo le dice que debe ir allí. Decidida, coge su móvil y le envía un nuevo mensaje a Vanesa:

«Cariño, me voy a retrasar y llegaré un poco más tarde al pueblo. ¿Te apetece cenar conmigo esta noche?».

Su novia le responde que sí, que le apetece mucho. Entre las dos eligen el restaurante poco antes de que Julia llegue a su destino. La calle en la que residía y tenía la consulta Pedro Juncosa no está lejos de allí. Julia sale de la estación y recorre el camino que cada día hacía María José Yuste desde esa parada hasta la casa del hombre para el que trabajaba. Hace tiempo que no sabe nada de ella. ¿Se habrá puesto en contacto Ernesto con ella antes de marcharse? Decide enviarle un mensaje.

«Hola, María José, soy Julia Plaza. Una curiosidad, ¿ha hablado con Ernesto Valle en los últimos días».

Segundos después de mandarlo, la chica recibe una llamada desde el número de Yuste.

—¿Sí? ¿María José?

—Hola, Julia —contesta la mujer alterada—. Me ha sorprendido tu mensaje.

—¿Y eso?

—Ernesto Valle estuvo aquí el lunes.

—¿Sí? ¿Y qué le dijo?

—Me habló de ti, de la investigación y de Sofía Gisbert. Estaba muy raro.

—¿Raro en qué sentido?

—No sé, raro —responde la mujer nerviosa—. El caso es que estuvimos charlando sobre el pasado y cuando se fue se me ocurrió

una cosa que en su día también pensé... ¿Y si el asesino de don Pedro fue el que por aquel entonces era el novio de su hija?

—¿De verdad piensa que Ernesto tuvo algo que ver?

—Es una posibilidad.

CAPÍTULO 38

Miércoles, 20 de marzo de 2019

Emilio no sabe qué hacer. Ha perdido la noción del tiempo sentado en un banco frente a la residencia de estudiantes en la que vive Claudia. Esperaba que ella apareciera por allí, pero no ha sido así. La ha llamado por teléfono varias veces y le ha dejado un par de mensajes de audio de WhatsApp. Nada. Horas después de que se marchara corriendo de la cafetería de la universidad, el joven continúa sin tener noticias de ella y eso empieza a preocuparle.

No solo las consecuencias que puedan tener sus actos inquietan a Emilio; está seguro de que Claudia será sancionada por lo que ha hecho, de eso no se librará. Lo que más le angustia es no saber cómo se encuentra la chica de la que se ha enamorado. Seguramente esté rota por lo que ha ocurrido y no sea capaz de reaccionar.

Está marcando de nuevo su número cuando, a lo lejos, ve una figura muy parecida a la de Claudia. Su alegría es mayúscula cuando confirma que es ella. Emilio se levanta del banco y corre a abrazarla, pero la joven lo rechaza cuando lo intenta.

—Déjame, por favor —susurra la chica, que no se para y se dirige hacia la residencia—. No tengo ganas de hablar.

—Lo comprendo —dice Emilio, que no piensa dejarla sola y camina a su lado.

—No, no lo comprendes. ¿Sabes lo que me puede pasar después de lo que he hecho?

—Me lo imagino, pero no des nada por sentado.

La chica se queda parada justo antes de entrar en la residencia. Mira a Emilio con lágrimas en los ojos y le muestra la pantalla del

móvil.

—Los peces gordos de la facultad me han mandado un *e-mail* al correo electrónico de la universidad. Me han comunicado oficialmente que he cometido un acto muy grave y me han pedido que vaya mañana al rectorado para una revisión de los hechos acontecidos en la cafetería.

—Sí que se han dado prisa. Para otras cosas no son tan eficaces.

—Estoy fuera, Emi. Me van a echar.

Claudia se guarda el móvil en el bolsillo y entra en el edificio. Emilio va detrás. Ninguno de los dos saluda a las otras chicas de la residencia con las que se cruzan. No es la primera vez que ven a aquel tipo raro del pelo azul por allí; incluso han bromeado delante de Claudia sobre el noviete tan particular que se ha echado y sobre su extraño gusto para los tíos.

—Es mejor que te vayas a casa —comenta Claudia ya en la habitación—. Aquí no tienes nada que hacer.

—No voy a irme. Vamos a hablar.

—No quiero hablar más sobre eso. Me tomé un par de cervezas, me subieron demasiado y metí la pata hasta el fondo con una profesora. ¿Qué más se puede decir sobre eso? ¿Que soy una auténtica imbécil? ¿Que mi vida universitaria se ha ido a la mierda?

La chica se deja caer y se sienta en el suelo del cuarto con una pierna encima de la otra. Agacha la cabeza y, colocando las manos en la nuca, se hace un ovillo. A Emilio le duele verla en ese estado. Se sienta a su lado y trata de convencerla de que las cosas todavía pueden arreglarse.

—Tienes que ir a pedirles disculpas a los dos profesores con los que tuviste el altercado. Creo que eso es lo primero —le dice el chico, que procura mostrarse sereno—. A lo mejor, si demuestras que estás arrepentida, te reducen el castigo.

—Me van a echar. Lo sabes.

—No, no lo sé, Claudia. Solo sé que estás a tiempo de arreglar un poco la situación y que el primer paso es pedir perdón. Estoy seguro de que, si el comité que te va a juzgar ve que lamentas lo que has hecho, lo tendrá en consideración.

—Eres muy optimista.

—¿Yo? Eres la primera persona que me lo dice.

A la joven se le escapa una pequeña carcajada. Luego mira a Emilio a los ojos y le sonrío. Apoya la cabeza en el hombro del chico y

suspira.

—Si me echan de la universidad, tendré que irme de aquí y volver a mi casa.

—Eso no va a pasar.

—Hay muchas posibilidades, Emi, aun pidiendo perdón —insiste Claudia, que sigue acurrucada con el chico—. He agredido a dos profesores con el aliento oliéndome a alcohol. No me voy a librar de esta.

—No lo sabremos si no actúas. Debes intentarlo.

Emilio acaricia la cabeza de Claudia y procura que su preocupación no sea visible. Le partiría en dos que tuviera que marcharse. Pero debe ir paso a paso. No adelantar acontecimientos y ser positivo por una vez en su vida. Tiene que ayudarla en todo lo que esté en su mano y eso pasa por acompañarla a la universidad para que hable con los dos profesores a los que ha agredido. Si no luchan, todo estará perdido.

—Estoy muy bien así y me pasaría la tarde acariciándote, pero es hora de que nos pongamos en marcha —comenta el joven apartando la cabeza de Claudia de su hombro y levantándose del suelo—. Te acompañaré.

—No hace falta. No quiero que cargues tú también con esto.

—Lo haré encantado. Soy tu novio, ¿no?

Las palabras de Emilio logran producir un cambio en la actitud de la chica. De repente, la expresión de su rostro es otra, más alegre, más sonriente. Claudia también se pone de pie, se acerca a él y le planta un gran beso en la boca.

—Creo que podemos empezar a llamarnos así.

En la calle, se cogen de la mano y caminan renovados de energía hacia la universidad. Intercambian miradas de complicidad e intentan relajarse. Sin embargo, a Emilio le preocupa un tema: para él es muy importante y le gustaría hablar con Claudia. Finalmente, poco antes de llegar a su destino, se atreve a preguntarle.

—¿Recuerdas todo lo que pasó en la cafetería? Ibas realmente mal. Hasta me hablaste de manera despectiva. No parecías tú.

—Lo sé. Mi actitud fue penosa. Lo siento.

—¿Solo te tomaste dos cervezas?

—Sí, solo un par. ¿Qué tiene de malo?

—Pues no lo sé, pero, si dos cervezas hacen que te comportes así, tendrías que reflexionar.

—Todos los jóvenes beben de vez en cuando. No soy ninguna excepción.

—Todos no. Yo no bebo —la contradice Emilio—. Además, ¿desde cuándo tú eres como el resto?

La contestación del chico no encuentra réplica. Claudia guarda silencio. Él teme haberla molestado, aunque no ha sido su intención. Sabe que si se comportó de esa manera en la cafetería fue por culpa del alcohol; eso lo tiene muy claro. De lo que no está tan seguro es de que tomara solo dos cervezas.

Apenas vuelven a hablar hasta llegar a la universidad. La tensión se ha ido imponiendo conforme se acercaban al edificio. Claudia está bastante bloqueada y Emilio le suelta de vez en cuando alguna frase de ánimo, que en esos instantes ya no aporta tanto.

—Es mejor que me esperes en la cafetería mientras yo voy a hablar con los profesores —le dice la chica delante de la puerta del edificio—. Ya has hecho bastante acompañándome hasta aquí. Ahora me toca a mí asumir la responsabilidad.

—No, quiero ir contigo.

—No, Emi. Prefiero ir sola, de verdad. Estaré bien.

El chico va a protestar de nuevo, pero Claudia se lo impide con un beso. Cuando se separan, la chica le acaricia la cara y después se marcha corriendo. Emilio la contempla muy preocupado. No quiere perder eso que tienen, aunque sabe que hay muchas posibilidades de que la expulsen. ¿Qué pasará entonces?

Emilio se sienta en la cafetería a esperar acontecimientos. Los minutos van cayendo lentos como si fueran de plomo mientras él le da vueltas a lo que puede suceder y se agobia. Recuerda lo que hace un rato habló con Julia: ambos son premios Nobel en comerse la cabeza. Le gustaría no pensar o perder el tiempo en otra historia, pero le resulta imposible. Al menos en ese momento.

—Emilio —lo llama una voz femenina a su espalda. El chico se gira y ve a Sofía Gisbert acercándose a su mesa—. Me he enterado de lo de Claudia Comino. Joder, menudo marrón. Sois muy amigos, ¿verdad?

El joven se sorprende de que su profesora de Sociología le hable del tema y se limita a asentir. Sofía ocupa el asiento que está frente a él.

—He escuchado que iba bebida y que agredió a dos profesores. ¿Es cierto?

—Bueno, sacado de contexto, eso fue más o menos lo que pasó, sí, pero está muy arrepentida. Ha ido a hablar con los dos profesores con los que ha tenido el problema para pedirles disculpas.

—Ojalá se solucione de la mejor manera. Me parece una buena chica.

—Sí, esperemos que no la expulsen.

—Seguramente me pedirán mi opinión —dice Sofía, que lleva una lata de refresco en la mano—. Yo no me pondré en su contra. A mí me cae bien y conmigo siempre ha tenido un comportamiento ejemplar. Cualquiera puede cometer un error.

—Gracias por su comprensión. Claudia necesita todo el apoyo del mundo ahora mismo.

—Tranquilo, todo irá bien. Moveré algunos hilos si hace falta.

Emilio vuelve a darle las gracias y contempla con admiración a su profesora de Sociología. Es un gran gesto que intente echar una mano a la que es todavía su alumna. Ahora la esperanza de que las cosas se arreglen es mayor.

—Oye, ¿has hablado con tu amiga de lo que te dije esta mañana sobre Ernesto? —pregunta la mujer, que cambia de tema de repente.

—¿Con Julia? Sí, hemos hablado. Le he contado lo que usted me explicó.

—¿Y sabéis algo nuevo de él? ¿Se ha puesto en contacto con ella?

—No, sigue sin tener noticias.

—No me extraña. No es la primera vez que Ernesto hace algo así —comenta Sofía, que da un último sorbo a su lata de refresco—. Cuando salíamos juntos, hizo lo mismo cuatro o cinco veces. Se iba sin decir a dónde ni cuánto tiempo iba a estar fuera.

—¿Desaparecía?

—Sí. Y luego regresaba como si nada hubiera pasado. Ya te dije que no estaba muy bien de la cabeza. A mí terminó sacándome de mis casillas. Espero que a tu amiga no le pase lo mismo.

—Se lo comentaré a Julia cuando hable con ella para que lo tenga en cuenta.

—Bien —dice Sofía, que se pone de pie—. Espero que todo le vaya bien a Claudia. Dale ánimos de mi parte. Nos vemos mañana en clase.

El joven asiente y observa a Sofía salir de la cafetería. Esa mujer cada vez le impresiona más. No solo es una gran profesora, sino una persona extraordinaria. Siente que su padre se quitara la vida y todo

lo que ha tenido que sufrir desde entonces.

La marcha de Sofía casi coincide con la llegada de Claudia. Emilio se levanta e intenta adivinar por la expresión de su rostro cómo le ha ido. No parece demasiado contenta.

—¿Qué tal? Cuéntame. ¿Has hablado con los profesores?

—Sí. Benjamín Nogales y Tamara de Miguel. Han sido muy amables. Los dos han aceptado mis disculpas.

—¿Te han perdonado? ¿De verdad?

—Sí, aunque mañana la junta se reunirá para ponerme un castigo como estaba previsto. Pero las posibilidades de expulsión se han reducido un poco.

—¡Qué bien! ¡Eso es genial! —exclama Emilio, que quiere abrazar y besar a Claudia hasta quedarse sin fuerzas. Sin embargo, la chica no se muestra tan alegre—. Y si todo está más o menos solucionado, ¿por qué tienes esa cara?

—Resulta que antes, cuando tuve la bronca, una de mis compañeras de residencia estaba en la cafetería, una con la que no me llevo muy bien y que te llama el friki del pelo azul.

—¿Me llama así?

—Sí, Micaela, es una estúpida —comenta Claudia entre suspiros—. El caso es que esta tipa le ha contado todo a la directora de la residencia y..., bueno, me han echado.

—¿En serio? ¿Tienes que dejar la residencia?

—Sí. Me han llamado en mitad de la reunión con los profesores y me han pedido que vaya a recoger mis cosas en cuanto pueda.

—¿Y qué vas a hacer?

—Ni idea, pero tengo que encontrar urgentemente un sitio en el que quedarme.

CAPÍTULO 39

Miércoles, 20 de marzo de 2019

¿Tendría sentido que Ernesto Valle fuera el asesino de Pedro Juncosa?

Entonces, ¿para qué querría investigar su muerte cinco años después? ¿Y por qué habría recurrido a ella para buscar al culpable? ¿Hay una cara oculta de su profesor que se le está escapando?

No se lo explica.

Julia no deja de hacerse preguntas mientras se dirige al edificio en el que Juncosa murió ahorcado. Después de hablar con María José Yuste, su cabeza ha entrado en cortocircuito. Ernesto, antes de desaparecer, fue a charlar con Sofía y también con la asistente del psicólogo. ¿Habría ido a ver a alguien más relacionado con el caso? Julia necesita respuestas que de momento son imposibles de obtener.

La chica llega al número 26 de la calle. Siente un cosquilleo que le remueve el estómago. En aquel bloque de pisos murió Pedro hace casi cinco años. Sería muy interesante entrar en el apartamento en el que vivía, aunque no cree que la persona que ahora reside allí esté por la labor. De todas formas, no pierde nada por intentarlo. Se acerca esperanzada hasta el portero automático y pulsa el botón correspondiente al tercero C. La voz de una mujer no tarda en contestar.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Hola, buenas tardes, ¿podría subir un momento y hablar con usted?

—¿Quién eres y qué quieres?

—Me llamo Julia Plaza, soy estudiante. Será solo un minuto. Es para un trabajo de la universidad.

La chica no cuenta con que aquella mujer le abra, pero lo hace. Julia empuja la puerta después de escuchar un sonido metálico y entra en el edificio. Camina hasta una escalera vieja de madera y comienza a subir mientras piensa en cómo va a afrontar la conversación con la mujer que la espera en la tercera planta. Hasta ahora, la excusa del trabajo de clase le ha dado muy buen resultado. Dirá lo mismo que en ocasiones anteriores y actuará según se vaya desarrollando la conversación. El objetivo es entrar y poder analizar el cuarto en el que murió Pedro. A efectos prácticos, aquello no le aportará mucho, pero, como estudiante de Criminología, estar en la escena donde se produjeron los hechos le hará sentirse más cercana a la historia. Podrá respirar donde respiró el psicólogo antes de morir asfixiado; ese es un punto extra en su investigación.

Bajo el umbral de la puerta del piso al que va, Julia descubre a una señora bajita de unos sesenta años. Tiene el pelo canoso recogido en un moño y lleva puestas una bata rosa y unas zapatillas de andar por casa del mismo color chicle. Cuando la chica pisa el último escalón, la señora le da la bienvenida, aunque no la invita a pasar.

—Buenas tardes, señora. Me llamo Julia Plaza y estudio Criminología en la universidad. Tengo que hacer un trabajo sobre...

—¿Criminología? ¿No vendrás por lo que sucedió aquí hace unos años? Lo del psicólogo ahorcado.

—Pues sí. Lo ha adivinado.

A la mujer se le escapa una sonrisa de satisfacción al contemplar la cara de sorpresa que ha puesto Julia al escucharla. Aquella chica no lo sabe, pero a ella le hubiera encantado ser inspectora de policía. Lástima que cuando era joven no estaba demasiado bien vista aquella profesión para las mujeres. Además, su estatura la limitaba para ejercer; con un metro y cincuenta y cuatro centímetros no hubiera podido entrar en el cuerpo.

—Yo no conocí a aquel hombre; de hecho, solo llevo viviendo aquí dos años y pico. Sus hijos me vendieron el piso muy barato. Por lo visto, nadie se decidía a comprar una vivienda en la que una persona había muerto ahorcada.

—¿Conoció a los hijos de Pedro Juncosa?

—Sí, aunque traté principalmente con Sofía, que fue la que hizo

la gestión de la venta. A Simón solo lo vi el día de la firma —dice la mujer, que ni ha mencionado su nombre todavía ni ha invitado a Julia a entrar en el apartamento—. ¿Sobre qué es el trabajo?

La joven le explica lo que le ha contado al resto de las personas con las que ha hablado del tema. La mujer escucha con atención y cuando termina le pide que pase.

—Me llamo Rosario Pérez —se presenta por fin mientras caminan hasta un saloncito en el que Julia se imagina a Juncosa tomando café hace unos años—. Y por si te lo preguntas, no, no me afecta ni lo más mínimo que alguien se ahorcara aquí; nunca se me ha aparecido su fantasma.

La mujer se ríe con su propia ocurrencia. A Julia, en cambio, no le hace gracia la broma. Le ha recordado los sueños que ha estado teniendo ella con su abuela desde que esta murió. Pero no le dice nada. Fuerza una sonrisa y continúa escuchando a Rosario.

—¿Sabes una cosa? Cuando descubrí que ese hombre había muerto aquí, estuve haciendo preguntas por el barrio.

—¿Ah, sí? ¿Y averiguó algo?

—Que había gente que pensaba que el psicólogo no se había suicidado.

—¿De verdad? —dice Julia haciéndose la sorprendida—. ¿Y por qué pensaban eso? ¿En qué se basaban?

—Pues imagino que cada persona tendría sus motivos. Algunas opiniones carecían de sentido y otras estaban bien razonadas.

—¿Y usted sacó alguna conclusión?

La mujer se encoge de hombros y le pide a Julia que vaya con ella. La chica accede interesada. Las dos caminan por un estrecho pasillo hasta la habitación del fondo. Rosario abre la puerta y enciende la luz.

—Aquí fue donde encontraron al señor Juncosa. Ya no está el ventilador en el que dijeron que se colgó, se lo llevaron, pero estaba más o menos en el centro del dormitorio. Todavía se puede apreciar la marca.

Julia avanza hasta el punto que le indica la mujer. Mira hacia arriba y observa el lugar donde el ventilador estaba atornillado. Le llama la atención que el techo sea tan alto. Pedro era más bien bajito, así que atar la cuerda no debió de ser una empresa nada fácil para él ni aunque se hubiera subido a la silla para hacerlo. Además, su poca habilidad con las manos habría sido de nuevo un hándicap

importante.

La chica resopla. Otra vez le asaltan las dudas. ¿Por qué se suicidó de esa forma tan complicada para él?

—Utilizo este cuarto para las visitas. Aunque no les digo que aquí murió un hombre, claro, porque nadie querría quedarse a dormir en esta habitación. Y al contrario, hay gente muy morbosa que esperaría impaciente por las noches al fantasma de ese señor.

El comentario de Rosario, con el que intenta ser ingeniosa, tampoco le hace gracia a Julia. La conoce desde hace solo unos minutos, pero esa mujer no es muy de su agrado. Por otra parte, le está agradecida por dejarla entrar en el dormitorio de Pedro; otra no lo hubiese permitido.

—¿Todo lo que hay en el piso es suyo? —pregunta la chica, que continúa examinando la habitación—. ¿Sus hijos se llevaron todos los muebles?

—No, no. Dejaron muchas cosas. Algunas las tiré y otras me las quedé. Los armarios, los electrodomésticos y la caja fuerte venían incluidos.

—¿Hay una caja fuerte?

—Sí, ¿quieres verla? Tengo algo extraordinario guardado ahí, de mucho valor, sobre todo sentimental.

Julia asiente. No es algo necesario, pero aquella mujer se lo ha ofrecido con tanto entusiasmo que prefiere tenerla contenta. Las dos regresan al saloncito. La chica mira a su alrededor; no ve ninguna caja fuerte ni nada que se le parezca.

—¿A que no la encuentras?

—¿Está aquí?

—Sí —responde Rosario con una gran sonrisa—. Pero no a simple vista.

La mujer camina hasta la pared de la izquierda y se coloca delante de un cuadro. Se trata de una marina en la que aparece un barquito atracado en un puerto, con el atardecer de fondo. Es una pintura sencilla y bastante colorida firmada por R. Pérez. Julia se ríe para sí al pensar en el Ratón Pérez, como el pintor.

—Es mía, por si no lo habías deducido. Me encanta pintar en mis ratos libres.

—Está muy bien. Tiene talento.

—Gracias. Eres una chica muy amable y con buen gusto.

Rosario está encantada con los halagos de su visita. No está

acostumbrada a que vayan a verla y mucho menos a que le regalen el oído de esa manera. Pero todavía queda el truco final. La mujer agarra el cuadro por los bordes y lo levanta a pulso. No pesa demasiado. Se da prisa en dejarlo sobre el suelo y sonriente y haciendo aspavientos teatrales con las manos le muestra a Julia lo que se escondía detrás de su obra.

—¡La caja fuerte! —exclama la chica, que de nuevo se hace la sorprendida.

—Sí. Como en las películas. ¿No te parece fascinante? —pregunta Rosario mientras marca el número de la contraseña que la abre—. El psicólogo también tenía un cuadro cubriéndola. Cuando compré la casa, todavía estaban las marcas en la pared. Aunque imagino que él guardaba cosas más importantes.

—¿Pedro tenía también un cuadro tapando la caja fuerte?

—Sí, le pregunté a Sofía cuál era, por curiosidad. Y me dijo que era un retrato.

—¿Un retrato de quién?

—Pues ahora no lo recuerdo. De un filósofo, me parece. ¿O era de un rey? —dice la mujer, que abre la caja fuerte y le muestra el interior a Julia—. Mira, ¿no es precioso?

Rosario le enseña a la chica un brazalete de plata de ley adornado con flores y filigranas. Sin embargo, Julia se fija en otra cosa. Dentro, en la pared del fondo de la caja, hay unas letras grabadas.

—¿Ha puesto usted eso?

—¿Las letras? No, ya estaban. No tengo ni idea de qué significan. ¿Te gusta el brazalete? ¡Está valorado en más de tres mil quinientos euros! Era de mi madre.

Julia sonríe e intenta que no se le note demasiado que la joya que le muestra Rosario no le importa lo más mínimo, y es que su mente se ha puesto en funcionamiento una vez más. En escasos segundos, la chica ha deducido lo que significan esas letras, «EVDS»: son las siglas de «El Vigilante del Silencio». No le cabe la menor duda. María José Yuste había entendido perfectamente lo que Pedro Juncosa había dicho aquel día mientras hablaba por teléfono desde ese móvil que nunca apareció y del que la policía hizo caso omiso. No eran imaginaciones suyas.

—Oye, Julia, ¿y tú qué piensas del caso? ¿Fue un suicidio o lo mataron?

La chica no responde a la pregunta de Rosario, que cierra la caja en la que guarda el preciado brazalete que heredó de su madre. Es hora de salir de allí y dar el siguiente paso. Aquella visita ha sido más fructífera de lo que imaginaba. Ahora tiene la certeza de que si averigua a qué se dedicaba el vigilante del silencio y encuentra el móvil desaparecido, sabrá lo que le ocurrió a Pedro Juncosa.

Por primera vez, ve una luz en el horizonte y siente que se acerca a la verdad.

No sabe lo equivocada que está ni que muy pronto los problemas van a multiplicarse.

CAPÍTULO 40

Miércoles, 20 de marzo de 2019

—¿Nos hemos perdido?

—No, claro que no. Está todo controlado. No te preocupes.

La impresión de Ana es que su marido no tiene ni idea de dónde están. Llevan más de hora y media en el coche y no han visto ni un río ni un embalse ni nada que contenga medio litro de agua. ¿Tan lejos se encuentra aquel maravilloso camping del que hablaba el folleto, en el que iban a celebrar su cumpleaños? No lo parecía. Estaba a sesenta kilómetros de la ciudad, sesenta y cinco a lo sumo, y la mujer sospecha que llevan recorridos más de noventa.

—¿Por qué no pones el GPS?

—Porque no, Anita —contesta malhumorado Pepe, que acaba de cumplir los sesenta y siete años y no es muy amigo de las nuevas tecnologías—. Ya sabes que esos chismes y yo no nos entendemos.

—Nos ayudaría a encontrar el camino.

—No hay ningún camino que encontrar. Estamos a punto de llegar, ¿de acuerdo?

La mujer no vuelve a decir nada durante diez minutos y Pepe sigue conduciendo su Toyota Corolla por un sendero cada vez más estrecho y con menos luz. Desde hace varios kilómetros no se cruzan con ningún vehículo y la tierra ha sustituido al asfalto.

—Definitivamente, nos hemos perdido.

—¡Que no, Anita! —grita el hombre desesperado deteniendo el coche en mitad del camino de tierra—. ¡No nos hemos perdido! Esta carretera nos lleva directamente al camping. Estoy seguro.

—¿Por qué te cuesta tanto reconocer que no sabes dónde

estamos?

—Porque no es así, joder. Me estás poniendo muy nervioso. ¡Mira el mapa y verás que tengo razón!

—Maldito orgullo masculino.

Anita saca el móvil para buscar su ubicación en Google Maps. Ella tampoco sabe manejar muy bien las nuevas aplicaciones, pero algo tiene que hacer. Si no, oscurecerá y tendrán que pasar la noche al raso en mitad de aquel paraje inhóspito.

—Mierda, no tengo batería. Lo que nos faltaba —protesta la mujer, que resopla y mira hacia el frente. De repente, ve la solución a sus problemas—. ¡Viene un coche! Hazle señas para que pare, Pepe.

Su marido le hace caso a regañadientes y le da las luces al vehículo que se dirige hacia ellos. Un todoterreno Ford Ranger azul se detiene al lado del Toyota. En el coche viajan dos hombres; el que conduce, un tipo rapado y con varios tatuajes visibles en cuello, cara y brazos, es el que habla.

—¿Qué hacen por aquí? ¿Se han perdido? —pregunta con voz desagradable.

—Bueno, en realidad, no —responde Pepe inseguro. Aquel sujeto no le da buena espina.

—Sí, nos hemos perdido —se atreve a reconocer Anita—. ¿Saben dónde está el camping Matalapiña?

—¿Van al Matalapiña? Está en dirección contraria, a unos veinte kilómetros de aquí. Deben llegar de nuevo hasta la autopista y preguntar allí. Den la vuelta cuanto antes.

—Muchas gracias, señor. Ha sido muy amable.

—No se adentren más en el bosque. Es peligroso.

—¡No lo haremos! ¡Gracias de nuevo!

El conductor del Ford le dice algo a su acompañante y de nuevo se ponen en marcha. Cuando se han alejado, Pepe saca el mapa de la guantera y lo revisa malhumorado.

—¿Ves? Nos habíamos perdido. Menos mal que ese hombre nos ha...

—No nos hemos perdido. Más adelante, cuando se vea el río, tenemos que coger un desvío; a cuatro kilómetros está el camping.

—¡Venga ya! ¡Si nos han dicho que vamos en dirección contraria!

—Pues se han equivocado.

Pepe arranca el Toyota y continúa sin dar la vuelta por el mismo

camino de tierra.

—Eres un cabezota insoportable —se queja Anita con los brazos cruzados—. ¡Vamos a llegar al camping cuando las ranas bailen flamenco!

Pero el hombre ya no quiere oír más las protestas de su esposa y acelera levantando el polvo del camino, que ensucia los bajos del Toyota. Está seguro de lo que hace. En el mapa se ve muy claro, y diez kilómetros más adelante, el río le da la razón.

—No me lo puedo creer.

—¿Ves? ¡Hemos dado un rodeo innecesario, pero sabía que había encontrado el camino correcto!

—¿Este es el río del folleto?

—¡Sí! Y ese es el desvío que estaba buscando —dice Pepe señalando un caminito que hay un poco más adelante, a la derecha—. El camping se encuentra a solo cuatro kilómetros de aquí.

—Al final te vas a salir con la tuya.

El hombre sonríe por primera vez en muchos minutos. Observa cómo la carretera se ensancha y sigue conduciendo paralelo al río. El paisaje es precioso. De pronto, ve algo en el agua.

—¿Qué es eso? —le pregunta a Anita, que está mirando hacia otro lado.

—¿El qué, Pepe?

—Eso que está en el agua, en el margen derecho del río. ¿No lo ves?

La mujer coge unos prismáticos que llevan en la guantera y mira en la dirección que le indica su marido. Al principio, piensa que es un tronco, pero pronto descubre que se trata de otra cosa.

—Pepe, hay que llamar a la policía —dice Anita, que se ha puesto blanca—. Lo que hay en la orilla del río es el cuerpo de un hombre.

CAPÍTULO 41

Miércoles, 20 de marzo de 2019

El vigilante del silencio... ¿Qué será? Está convencida de que ahí está la clave de todo. Cuando llegue a su casa, hará una búsqueda más completa en Internet. Quizá haya algo en Google que se le ha pasado por alto.

¿Moriría Juncosa por ser el vigilante del silencio?

Julia sale del edificio y avanza por la misma calle hasta el número 36, donde estaba la consulta del psicólogo. Úrsula Medina, la vecina con la que tuvo varios conflictos y a la que Ernesto incluyó en su lista de sospechosos, todavía vive allí. No sabe si la recibirá ni si tendrá ganas de hablar con ella, pero está dispuesta a intentarlo.

El piso de la mujer es el tercero A. Julia llama al telefonillo; nadie le responde. Lo intenta un par de veces más con la misma suerte. Decide entonces esperar unos minutos por si acaso aparece. Sospecha que su buena fortuna ha terminado tras la visita a Rosario Pérez, pero no pierde la esperanza de poder hablar con Úrsula. Se pregunta si aquella señora será tan excéntrica como se la han pintado.

El tiempo pasa lentamente y todo sigue igual. Tal vez no desea abrirle a nadie y ella no pretende molestar, así que ya volverá otro día. Cuando está a punto de marcharse, le suena el móvil. Es Emilio; seguro que la llama para contarle lo que ha pasado con Claudia Comino.

—Hola, Emi, ¿qué tal estás?

—Hola, pues saltándome las clases, una tras otra. ¿Y tú?

—Yo sigo en la ciudad.

—¿Ya ha aparecido tu profesor?

—No, todavía no. Sigo sin saber dónde está —responde Julia, que prefiere no contarle los últimos hallazgos del caso Juncosa. Sabe que Emilio está en contra de que siga investigando—. ¿Tú has encontrado a Claudia?

—Sí, estoy con ella ahora mismo. Bueno, no nos está escuchando, pero sí, estamos juntos en su residencia —indica el joven, que parece atolondrado—. Ha pedido perdón a los profesores.

—¿De verdad? ¿Y la han perdonado?

—Ellos sí, aunque mañana la juzgará la universidad. Un comité decidirá su castigo, pero parece que no la expulsarán de la carrera.

—¡Qué buenas noticias!

—No todas son así de buenas —dice el joven apenado—. Una de sus compañeras de residencia vio cómo la liaba en la cafetería y avisó a la directora. La han echado. Claudia está haciendo la maleta y recogiendo sus cosas.

—¿En serio? ¡Pobre! ¿Dónde se va a quedar?

—Pues... no lo sabemos. En mi casa no puede porque es alérgica a los perros. Tendríamos que deshacernos del pesado de Casper y evidentemente mis padres no querrán.

—Antes te echan a ti que al perro.

—Lo sé, no me lo recuerdes. Ese bicho es más intocable en mi casa que Messi en el Barcelona —comenta Emilio, que intenta ponerle humor a la situación—. Julia, tengo que pedirte un favor enorme.

La chica se lo veía venir. Aquella llamada no era solo para informarle de la situación. Estaba claro que detrás había un motivo más poderoso, uno que Julia adivina antes de que su amigo formule la petición.

—Emi, no me pidas eso, por favor.

—Solo será hasta que encuentre otra residencia. En tu casa hay espacio y Claudia es muy discreta. No molestará.

—Ni siquiera tenemos el mismo horario.

—Da lo mismo. No estará mucho. Te lo prometo.

—No sé qué pensarán mis padres del tema.

—Si quieres hablo yo con ellos para convencerlos.

A Julia no le gusta nada lo que Emilio le está pidiendo. Eso de meter a una extraña en su casa no le agrada lo más mínimo. Pero es la novia de su mejor amigo y él le está pidiendo el favor.

—Si tuviera otra alternativa no recurriría a ti para algo así. Sé que es un marronazo impresionante. De hecho, ella me ha pedido que no te diga nada.

—Imagino que para ella no será fácil vivir en casa de alguien que no conoce.

—Claro que no, pero no le queda más remedio. Es una situación límite —dice Emilio, que suena desesperado—. ¿Recuerdas que me debías una?

La chica no se toma a mal el último comentario. Al contrario, su amigo está casi suplicándole que le eche una mano con ese asunto.

—Está bien. Escribiré un mensaje al grupo de WhatsApp que tengo con mis padres para contarles que durante unos días seremos uno más en la familia.

—¡Gracias! ¡Eres la mejor!

—Espero no arrepentirme de esto.

—Claro que no. Os haréis buenas amigas, ya lo verás. Claudia también es una persona muy inteligente.

Julia no está segura de que las cosas vayan a suceder así, pero no le importaría hacerse amiga de la novia de Emilio. Por lo que se ve, ellos pasarán mucho tiempo juntos, así que lo mejor es llevarse bien con ella.

—Si quiere hablar conmigo después de recoger sus cosas, que me llame.

—Vale. Ahora se lo digo.

—Genial. Espero que... —entonces la chica ve venir a una mujer por la calle portando varias bolsas de la compra en ambas manos y la reconoce inmediatamente—. Emi, te tengo que dejar. Hablamos.

La joven no espera a que su amigo se despida. Cuelga, se guarda el móvil y rápidamente se acerca a la mujer.

—Señora, ¿puedo ayudarla?

—¿Qué dices? —pregunta Úrsula soltando las bolsas en el suelo y mirando a Julia con la cabeza ladeada y cara de preocupación—. ¿Me vas a robar?

—No, no. Solo pretendo ayudarla. Vive en el 36, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo lo sabes? ¿Quién eres tú?

—Me llamo Julia. ¿Le subo las bolsas a casa y charlamos un ratito?

—No. Mis gatos no toleran a las personas. Se ponen de mal humor con las visitas.

—Vaya. De todas maneras, déjeme ayudarla. Parece que pesan mucho. Se las llevaré hasta el portal.

La chica agarra las bolsas y se dirige hacia el número 36. Úrsula no vuelve a protestar y camina junto a Julia.

—Usted conoció a un psicólogo que tenía la consulta en su edificio, ¿verdad?

—¿Yo? No.

—¿No? ¿No sabe quién es Pedro Juncosa? —le pregunta la joven cuando llegan al bloque de pisos. Julia deja los bultos en el suelo y estira los dedos, marcados por el peso de las bolsas.

—¿Juncosa? Pues no sé, ahora mismo no caigo.

—Era un hombre de cincuenta y tantos, bajito. Murió hace cinco años en esta misma calle, en el 26. Vivía allí. ¿No se acuerda?

Úrsula niega con la cabeza, saca un papel del bolsillo de su pantalón y se lo entrega.

—¿Llevo en las bolsas todo lo de esta lista?

A Julia la pregunta la pilla desprevenida. Despliega el folio arrugado y examina los productos que aquella mujer ha anotado con un bolígrafo rojo. Entonces, se le ocurre algo.

—Úrsula, no voy a abrir las bolsas en medio de la calle. ¿Por qué no le subo la compra a su piso y le echo un vistazo con tranquilidad? Si falta algo de la lista, yo misma iré a comprárselo.

—Mis gatos se enfadarán. Sobre todo Benito. De los ocho, es el más dominante.

—Seguro que Benito no se molesta. Me llevo muy bien con los animales. ¿Qué me dice?

Las últimas palabras de Julia parecen convencer a la mujer. Que una joven se lleve bien con los animales dice mucho y bueno de ella. A lo mejor, sus mascotas le dan una oportunidad a aquella chica tan simpática.

—Está bien. Pero no cojas nada o te denunciaré.

Julia se lo promete. Agarra de nuevo las bolsas y entra en el edificio. No hay ascensor, así que tiene que subir hasta el tercero por la escalera. A esas alturas, ya se ha percatado de que aquella mujer no está bien; es evidente. Puede incluso que tenga demencia senil o alzhéimer y que no recuerde algunas cosas. Le da bastante pena y coincide con María José Yuste en que esa mujer no tiene pinta de ser la asesina de Pedro Juncosa.

—¿Vive alguien en el segundo F?

—Una pareja joven. Creo que están de alquiler.

—¿Y son buenos chicos?

—Arman un poco de jaleo cuando..., ya sabes. Pero sí, no son malos —comenta Úrsula cuando llegan al tercer piso—. Ahora no actúes de manera brusca ni grites.

La mujer saca la llave del pantalón y abre lentamente la puerta. En un santiamén, la entrada se llena de gatos que maúllan y se enredan en las piernas de su dueña y de su acompañante. Julia jamás había experimentado nada parecido. Escucha el ronroneo de los felinos dándole la bienvenida.

—Benito, Dexter, Blanquito José, entrad en casa, bonitos —les pide Úrsula a los gatos que se restriegan en sus zapatos—. Calcetines, Mini, Patita, dejad a la chica. Es nuestra invitada.

Julia teme pisar a alguno de los animales que la rodean si da un paso en falso. Además, uno de ellos se ha colgado de una de las bolsas de la compra y está rajando la tela. La chica se está empezando a poner nerviosa.

—Qué mala eres, Mortadela. Bájate de ahí —le riñe Úrsula a la gata que se ha enganchado a la bolsa—. ¡Trece! ¡No! ¡No hagas eso! ¡Malo!

Un gato anaranjado, algo más pequeño que los demás, ha dado un brinco y se ha encaramado al hombro de Julia, que no sabe cómo actuar. Por suerte, el grito de su dueña asusta al animal y este entra corriendo en la casa. Otros cinco gatos imitan el comportamiento de su compañero. Solo Dexter y Benito continúan escoltando a la mujer y a la joven hasta el interior del apartamento.

—Son buenos chicos, pero los humanos no les gustan. A mí tampoco, la verdad.

—Se están portando muy bien. No se preocupe.

Úrsula guía a Julia hasta la cocina. La chica suelta las bolsas encima de una mesa a la que se ha subido Benito, que tiene sus ojos verdes clavados en ella. Aquel animal la intimida. Parece que la está examinando de arriba abajo. Intenta ignorarlo, pero el gato maúlla incesantemente reclamando su atención.

—Eres un pesado. Vete a jugar con tus hermanos —le pide la mujer a su mascota, que no le hace caso y sigue observando a Julia.

—¿Son todos hermanos?

—No, pero como si lo fueran. Comen lo mismo, duermen juntos y fornican unos con otros. Las hembras están esterilizadas, no quiero

crías. Con ocho mininos me basta. Llegué a tener hasta catorce, pero se han ido muriendo. A algunos me los envenenaron.

A Julia no deja de sorprenderle aquella peculiar señora que durante un rato le cuenta algunas anécdotas sobre los gatos fallecidos y también sobre los ocho que todavía viven. Está claro que le falla la memoria y que tiene algunas lagunas; sin embargo, recuerda y conoce a la perfección a todos sus animales.

Pero ella ha ido hasta allí para otra cosa. Julia abre una de las bolsas y empieza a sacar los productos y a comprobar que están en la lista escrita en rojo en el folio arrugado. Mientras, trata de darle conversación a Úrsula para ver si logra obtener algún tipo de información que pueda servirle.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí?

—No estoy segura. ¿Veinte años? Sí, unos veinte años, más o menos. Me vine a este piso cuando murió mi madre. Recibí un buen dinero de herencia y al abuelo de Benito, que era muy joven. Quizá sean veintidós años...

—¿Siempre ha vivido sola?

—Sola, no. Con mis gatos.

—Quiero decir, ¿no se ha casado? ¿No ha vivido con nadie más que con sus pequeños?

—Ellos son mi vida. Todo lo que tengo. Tampoco me caen muy bien los humanos.

—¿Qué tal se lleva con sus vecinos?

—Normal. No los conozco mucho.

—¿Y no recuerda al psicólogo que tenía la consulta en el segundo F hace cinco años?

—No. ¿Debería recordarlo por alguna razón?

—Según me han contado, usted se quejaba del jaleo que montaban algunos de sus pacientes.

La mujer se sienta en una de las sillas de la cocina e intenta acordarse de lo que aquella joven le dice. Benito salta desde la mesa hasta su dueña y se acomoda en su regazo. Úrsula lo acaricia mientras habla.

—Nunca he tenido problemas con nadie.

—¿No? ¿Nadie se ha quejado de sus gatos en estos veinte años?

—Mis gatos son muy buenos si no se meten con ellos —insiste Úrsula, que, de repente, abre mucho los ojos y empuja a Benito, que se aleja de su dueña—. Espera. ¿Ese hombre del que hablas tenía

bigote?

—No que yo sepa —responde Julia extrañada por la reacción de la mujer—. Tengo una foto. Se la voy a enseñar.

La chica coge su móvil y busca en la galería de imágenes. Rápidamente, encuentra la fotografía de Pedro Juncosa que aparecía en el informe y se la muestra a Úrsula. Esta se tapa la boca perpleja y asustada. Su expresión es de terror.

—Es él. ¡Es él!

—¿Es el de la foto? ¿Reconoce al psicólogo del que le hablo?

—No. Él..., él... mató a mis gatos. Ese tipo envenenó a mis pequeños —repite la mujer, que tiembla al hablar—. Lo recuerdo perfectamente. Recé cada noche para que se muriera y nos dejara tranquilos. Un día desapareció y, desde entonces, se acabaron los envenenamientos y mis gatos y yo respiramos felices.

CAPÍTULO 42

Miércoles, 20 de marzo de 2019

—¿Has llamado ya a tu madre para contarle lo que ha pasado?

—No, ni pienso hacerlo.

—¿No le vas a decir nada?

—¿Para qué voy a preocuparla, Emi? Se volverá loca si se entera de que me han echado de la residencia y de que he agredido a dos profesores. Prefiero evitarle ese mal trago. Además, ya soy mayorcita para meter a mi madre en mis problemas.

Emilio prefiere no insistir. Guarda silencio y observa cómo Claudia apoya la cabeza en la ventanilla del autobús y cierra los ojos. Van camino del pueblo después de que la chica haya recogido sus cosas. No está siendo un día fácil para ella.

—Espero no llevarme una sorpresa mañana y que me expulsen también de la universidad —susurra la joven, que parece muy cansada—. Eso sería la puntilla a mi etapa universitaria.

—Tranquila, todo va a ir bien. El castigo no será tan duro, ya lo verás. Que los profesores te hayan perdonado es un punto a tu favor y será de mucha ayuda.

—Eso espero, pero tengo miedo.

Esa chica no se asemeja en nada a la que montó el lío en la cafetería hace unas horas; son como el día y la noche. Ahora Emilio la ve frágil, temerosa y muy vulnerable. De nuevo le recuerda a Aurora Ríos. Habla bajito, con un tono suave, y sus ojos vuelven a parecer tristes y melancólicos.

—Cometiste un error. Ya está. Pase lo que pase, voy a estar a tu lado. Tienes todo mi apoyo —dice el joven acariciándole el cabello—.

Además, hablé con Sofía Gisbert. Está segura de que no te echarán y me ha dicho que, si hace falta, ella te echará una mano.

—¿Hablaste de mí con la profesora de Sociología?

—Sí. Apareció en la cafetería mientras te esperaba y me dijo que se había enterado de lo sucedido. Me preguntó cuánto había de cierto, porque sabe que somos buenos amigos.

—Qué vergüenza. Se habrá enterado ya toda la universidad.

—¿De que somos buenos amigos? ¡Claro! Y pronto sabrán que somos algo más. Nos besaremos en cada pasillo de la facultad, en cada clase si es necesario, para que todo el mundo lo sepa.

Las palabras de Emilio provocan que Claudia muestre una tímida sonrisa y le dé un beso en los labios. La chica coge la mano de su novio y vuelve a recostarse contra la ventanilla del autobús.

—¿Cómo es realmente Julia? —le pregunta después de unos cuantos minutos en silencio—. Me has hablado bastante de ella, pero quiero saber más.

—¿Te refieres a si es guapa?

—No, ya la he visto en fotos en sus redes sociales. Es mona, tiene unos ojos muy expresivos y me gusta mucho su pelo largo liso. Ese color castaño, casi pelirrojo, le da personalidad.

—¿Sabes que antes lo tenía muy corto y oscuro?

—¿Sí? Seguro que también le quedaba genial —dice Claudia sin abrir los ojos—. ¿Crees que chocaremos? Vamos a vivir juntas unos días y no sé si me adaptaré a su forma de ser.

—Por eso no te preocupes. Julia es una persona muy lista y sensata. Os llevaréis bien. No tengo dudas sobre eso.

—¿Estás convencido de que ya no hay rastro de lo que sentías por ella?

—Ya te he dicho que no. Solamente tenemos una buena amistad. Hemos pasado muchos momentos juntos, buenos y malos. Ella está muy bien con Vanesa y yo me he enamorado de ti. ¿Por qué me lo preguntas tanto? ¿No me crees?

Claudia no responde y aprieta la mano de Emilio. Al principio, no aceptó quedarse en casa de Julia mientras buscaba otra residencia en la que continuar lo que resta de curso; le pareció una mala idea. La joven es el antiguo amor del chico con el que está empezando a salir y por el que ya siente algo, así que no le va a resultar cómodo vivir bajo el mismo techo e imagina que para Julia tampoco lo será. ¿Cómo se había dejado convencer? La verdad es que no se le había

ocurrido otra solución y Emilio había insistido hasta la saciedad. Además, Julia también dio el visto bueno y no puso pegas. O eso es lo que él afirma.

—Estamos llegando —comenta el joven cuando el autobús entra en el pueblo—. Es un sitio bonito, aunque la gente tiene fama de chismosa. Aquí todo el mundo se conoce y los rumores vuelan de boca a oído sin control.

—Como en cualquier lugar pequeño. Donde yo vivía con mi madre también era así.

—Este pueblo es especial. Te lo aseguro.

—¿Me estás previniendo por lo que puedan decir de mí?

—Solo te pongo en situación. Pero tú pasa de todo. Yo lo hago.

El vehículo aparca en la estación y los dos chicos se bajan. Claudia coge su equipaje del maletero y resopla. Emilio, que la ayuda con el maletín del ordenador, se da cuenta de su angustia.

—¿Qué te pasa?

—No sé. Estoy muy tensa. ¿Y si Julia o sus padres no me soportan?

—Si no estás bien con ellos, me iré contigo a vivir debajo de un puente —bromea el chico, que intenta hacerla sonreír—. Hay uno muy bonito cerca de mi casa, aunque el río está bastante seco por esa zona y no nos podríamos bañar.

—Hace mucho frío todavía como para bañarse al aire libre. Prefiero una ducha de agua caliente.

—Eso sí lo podemos hacer en mi casa.

—¿Sacarás al perro a pasear mientras me ducho?

—Haré lo que haga falta para que estés bien —responde Emilio, que suena más intenso de lo que hubiera deseado—. Mientras sea legal.

El chico vuelve a sonreír y agarra de la mano a Claudia. Esta también sonríe y caminan juntos por las calles del pueblo en dirección a casa de Julia. Es un paseo agradable durante el cual Emilio va explicándole qué es cada cosa con la que se encuentran. Le habla con cierto cariño de calles, edificios, estatuas y monumentos. No es que él sea ningún enamorado de ese lugar, pero lleva viviendo allí mucho tiempo y, aunque no le guste mucho la manera de ser de sus vecinos, allí no se está tan mal, como siempre ha creído.

A punto de llegar a la calle en la que vive Julia, alguien llama a Emilio. Se trata de Yi Lin, que corre hacia la pareja. La manchega

mira a su amigo y después a la muchacha que va a su lado.

—Hola, soy Yi —se presenta directamente la joven a la desconocida.

—Me llamo Claudia. Encantada.

Ambas chicas se reparten dos besos bajo la mirada de Emilio, que no sabe hasta qué punto Yi está informada de su relación. Aquella joven de rasgos asiáticos es compañera de clase de Julia en la universidad y se ha convertido en una de sus mejores amigas. ¿Le habrá contado ella lo de Claudia?

—¿Llevas la maleta porque te vas a quedar en el pueblo?

—Sí, unos días.

—¿En el hotel de Vanesa?

—No, se va a alojar en casa de Julia —responde rápidamente Emilio, que percibe de inmediato la expresión de asombro de Yi—. Claudia está conmigo en clase y ha tenido que dejar su residencia. Se quedará con ella hasta que encuentre otra.

—¿Sois novios?

La pareja se mira. La pregunta ha hecho que se pongan colorados y ninguno se atreve a dar una respuesta. Finalmente, es la propia Yi la que vuelve a hablar.

—Vale. No hace falta que contestéis. Me ha quedado claro. ¿Cuánto lleváis saliendo?

—Estamos empezando —dice Emilio con las mejillas aún sonrojadas.

—Qué suerte. Ojalá yo pudiera empezar algo con alguien. Mierda. Estáis todos ya emparejados. Marilia, Julia, Vanesa, tú..., soy la única soltera. Y encima el tío que me gusta pasa olímpicamente de mí. Todo bien, nada mal.

El desparpajo de Yi hace reír a Claudia, que en cambio la mira muy seria. No comprende qué es lo que le ha hecho gracia a la novia de Emilio.

—¿Tú a dónde vas?

—También voy a ver a Julia. Le tengo que dar unos apuntes, aunque no sé si le servirán de mucho. Mi letra es muy mala. Parece que escribo en chino.

A Claudia se le escapa otra carcajada y en esta ocasión también Emilio se ríe. Las ocurrencias de Yi animan a la pareja, sobre todo a la chica, a la que le ha cambiado la cara. Está de mejor humor y se olvida, momentáneamente, de todo lo que le ha ocurrido durante ese

miércoles de marzo. Juntos, los tres emprenden de nuevo el camino a casa de Julia. Cuando llegan, ven a una chica rubia sentada en el escalón del portal de la vivienda.

—Vane, ¿qué haces aquí? —le pregunta Yi, que corre a darle dos besos y se sienta a su lado.

—Estoy esperando a Julia. Me acaba de decir por WhatsApp que está a punto de llegar. Hemos quedado para cenar.

—¿No hay nadie? —pregunta Emilio desconcertado.

—No, sus padres no están —responde Vanesa, que se fija en la chica que lleva la maleta.

—Es Claudia, la novia de Emilio —le revela en voz baja Yi.

—¿Desde cuándo tiene pareja?

—Desde hace poco. Están empezando. Se va a quedar en casa de tu novia. Por eso lleva la maleta.

—¿Qué? ¿Se va a quedar aquí?

—Eso me han contado.

Emilio no alcanza a escuchar lo que Vanesa y Yi están cuchicheando, pero enseguida lo descubre.

—Están hablando de ti y de mí. Les he leído los labios —le susurra al oído al joven del cabello azul—. ¿Me presento?

En ese mismo instante, por el extremo derecho de la calle aparece Julia caminando con pasos cortitos. Al levantar la cabeza, ve al grupito esperándola en la puerta de su casa. Los cuatro la miran; parece agotada. Vanesa se levanta del escalón y la recibe con un beso en los labios y un sentido abrazo. Luego, Julia saluda a Yi, que le dice algo sobre los apuntes de las clases a las que no ha ido.

—Hola, soy Claudia. Mil gracias por ayudarme, de verdad —le comenta la joven que lleva la maleta, que se acerca para darle dos besos.

—Sí, muchas gracias. Será poco tiempo —interviene Emilio sonriente.

La sonrisa de todos los presentes contrasta con el rostro de Julia, que parece desencajado. No articula palabra. Tiene la mirada ausente y aprieta los labios de una manera inusual.

—Cariño, ¿qué ocurre? —le pregunta Vanesa preocupada por la actitud de su novia, a la que no ve bien—. ¿Qué te pasa?

Julia se sienta en el escalón y mira primero a Emilio y luego a Vanesa. Tiene los ojos brillantes y se le traba la lengua al hablar.

—Acaban..., acaban de decirme... que mi profesor, Ernesto Valle,

ha aparecido... Ha aparecido muerto.

CAPÍTULO 43

Miércoles, 20 de marzo de 2019

La noticia de la muerte de Ernesto Valle no tarda en aparecer en los medios de comunicación digitales y en difundirse por las redes sociales, aunque de momento no hay muchos datos. Ni siquiera han dicho el nombre del fallecido. Se habla de que una pareja ha encontrado el cuerpo sin vida de un hombre en el margen de un río, cerca del conocido camping Matalapiña. Se desconocen las causas de la muerte.

A Julia la ha avisado su padre por teléfono. Recibió la llamada cuando caminaba hacia su casa. Hacía más de una hora que había llegado al pueblo, pero había parado a tomar un café en el bar de la estación de autobuses; necesitaba cafeína para espabilarse y estar un rato sola pensando, atando cabos tras las últimas conversaciones en la ciudad. Desde el ventanal de la cafetería, vio pasar a Emilio y a Claudia con la maleta, justo antes de escribirle un WhatsApp a Vanesa, que ya estaba esperándola en su casa. Las dos habían quedado para cenar.

Miguel Ángel se enteró de la noticia en el cuartel del pueblo antes de que trascendiera a la prensa. A él sí que le dieron el nombre de la víctima y le sonó de algo, enseguida supo de qué. El hombre que había aparecido muerto junto al río, a escasos kilómetros del pueblo, le daba clase a su hija en la universidad. Era el profesor que le había ofrecido a Julia la posibilidad de sacar una matrícula de honor si hacía un trabajo de manera brillante.

—¿Por qué no me habéis contado esto antes? —pregunta molesta Yi con los brazos cruzados y cara de pocos amigos—. Soy la única que

no sabía nada. Estoy indignada.

—Lo siento. No encontré el momento oportuno para hablarte del tema —se disculpa Julia, que continúa afectada por la noticia de la muerte de su profesor. Su cabeza no para de buscar respuestas a las múltiples preguntas que ahora se le plantean.

Mientras Claudia deshace su maleta en la habitación de invitados y organiza sus cosas, el resto del grupo se ha reunido en el cuarto de Julia, que le ha tenido que explicar a Yi lo que está sucediendo y ha puesto al día a Emilio y a Vanesa de las últimas averiguaciones. Ha vuelto a escribir en la pizarra los datos que tiene del caso de la muerte de Pedro Juncosa que aparecían en la carpeta que le entregó su profesor. Ha añadido, además, algunas consideraciones que han ido surgiendo a lo largo de la investigación.

—¿Has hablado con toda esa gente? —pregunta sorprendida Vanesa al escuchar el relato de su novia.

—Sí, bueno, no eran tantas personas. En la documentación estaban sus contactos y no ha sido difícil encontrarlos.

—¿Y quién es el asesino? —interviene ahora Yi impaciente por saber más—. ¿Cuál es tu teoría?

—No sabemos todavía si a Ernesto lo han matado. Mi padre solo me ha contado que él es el hombre que ha aparecido muerto en el río. Pero es muy pronto para sacar conclusiones.

—Me refiero al psicólogo. Está muy claro que lo asesinaron. Solo estoy en primero de Criminología, pero es obvio que ese hombre no se suicidó y que la persona que lo mató hace cinco años ha matado ahora a nuestro profesor. ¿No te parece?

—Yi, estás dando por hechas cosas que, tal vez, no sean así.

—¿Me vas a decir que es pura casualidad que Ernesto haya aparecido muerto en un río justo cuando estaba investigando de nuevo la muerte de ese hombre? No, amiga. Lo han asesinado para silenciarlo y que no haga más preguntas.

Julia suspira y observa la pizarra. Ella también piensa como Yi; lo más probable es que la muerte de su profesor esté relacionada con el caso de Pedro Juncosa. Ambas deben estar conectadas y guardan relación. ¿Encontraría Ernesto algo determinante mientras ella estuvo ausente?

—Con lo que más alucino es con que hayas sido capaz de obtener tanta información de esas personas —dice Emilio, que observa atentamente lo que Julia ha escrito en la pizarra—. Menuda

capacidad de convencimiento tienes para hacer hablar a la gente.

—Bueno, yo solo..., simplemente les dije que era para un trabajo de la universidad. Yo hacía preguntas y ellos me contestaban. El informe de Ernesto me ha ayudado mucho a concretar. No ha sido nada especial.

—No seas modesta, eres una genia, tía. Aunque hayas pasado de mí... —dice Yi, que se levanta de la silla en la que está sentada y se acerca a la pizarra—. Olvidemos la posibilidad de que el psicólogo se suicidara hace cinco años. Pensemos que alguien lo mató, alguien que aparece en esta lista elaborada por nuestro profesor. Imaginemos que dio en el clavo con uno de ellos. De todos estos nombres que hay aquí, ¿cuál podría ser el del asesino?

—Estoy asombrada, Yi. Pareces una criminóloga de verdad. ¡Eres la líder del club del misterio! —exclama Vanesa, que aplaude a su amiga.

—¡No te rías de mí! Este tema es muy serio. Han muerto dos hombres —protesta la manchega arrugando la frente y haciendo aspavientos con las manos—. Vamos a centrarnos. Julia, dinos motivos por los que alguna de estas personas quisiera matar a Juncosa. A lo mejor, entre todos, resolvemos los enigmas del caso.

Julia ve bien la propuesta de su amiga y asiente. Coge un rotulador verde y echa un vistazo a los nombres. Reflexiona un instante y rodea uno de ellos.

—Empecemos por Úrsula, la vecina de Pedro. Una mujer verdaderamente extraña. Tiene importantes lagunas en su memoria, quizá tenga alzhéimer. Su comportamiento no siempre es coherente. He hablado con ella hoy y la veo incapaz de cometer un asesinato y mucho menos de hacerlo sin dejar ni una sola prueba. Si estuvo en el piso de Juncosa hace cinco años para matarlo, seguro que habrían aparecido pelos de gato por todas partes; vive rodeada de ellos. ¿Motivo para cometer el crimen? Sus animales. Según me ha contado, cree que Pedro envenenó a algunos de sus gatos. Puede que, cansado de las quejas de esta señora y de sus excentricidades, Juncosa se vengara de ella de esa forma; o a lo mejor fue un aviso para que no volviera a escandalizar a sus pacientes. En cualquier caso, pasara lo que pasara en aquel edificio, no la veo como una posible culpable.

—¿La tachamos?

—Sí, Yi. Eliminamos a Úrsula de la lista.

—Bien. Hecho. Siguiendo sospechoso.

Julia se fija ahora en el nombre que ha anotado debajo: Ricardo Acosta, el profesor de Historia amigo de Juncosa.

—Él estuvo en su casa el día que murió Pedro, pero dice que no le abrió la puerta y que no llegó a verle. Charlé con él la semana pasada en el instituto en el que da clases. ¿Podría ser el asesino? Quizá, aunque no lo veo manchándose las manos con un crimen o ahorcando a una persona. Es un tipo inteligente, culto y con buena presencia. En su despacho tiene cientos de libros en un montón de idiomas. ¿Motivo para matar a Pedro? Le debía dinero. Poco, seiscientos euros. ¿Era eso suficiente para asesinarlo? Tal vez era una cantidad más alta y mintió a la policía. O puede que hubiera alguna otra cuestión de fondo. No lo sé. Yo no lo tacharía, pero tampoco lo consideraría el principal candidato.

—Bien. No lo quitamos todavía de la lista. ¿El siguiente quién es?

—Carlos Montero, el mecánico expresidiario —responde Julia a Yi—. Lo condenaron por culpa del psicólogo. Por lo que se ve, Pedro Juncosa le reveló a la policía que Montero había matado a su primo.

—¿Y cómo se enteró Pedro? —pregunta Vanesa, que también se ha metido de lleno en la historia a pesar de las advertencias que le hizo a su novia la semana pasada.

—Él se lo contó. Por aquel entonces, ese hombre no pasaba por un buen momento y su madre le aconsejó que fuera al psicólogo que ella estaba visitando. Durante una de las sesiones, Carlos le habló del tema, según él, hipnotizado. Juncosa fue a la policía, que, tras realizar la consecuente investigación, lo detuvo. En el juicio lo declararon culpable y se pasó una buena temporada en la cárcel.

—Esa es una buena razón para querer vengarse al salir de prisión.

—Sí, Emi. Muy buena razón. Además, coincide que salió en libertad unas semanas antes de la muerte de Juncosa. ¿El problema? Que Carlos Montero estaba en Brasil en abril de 2014.

—¿Te lo dijo él?

—Sí. Y me dio la sensación de que no mentía. Incluso me confesó que se había alegrado de la muerte de Pedro cuando se enteró. Yo lo eliminaría también de la lista, aunque le pondría un asterisco, por si acaso.

—¿Hay alguna manera de averiguar si dice la verdad?

—Complicado, Vane. He pensado en buscar a la madre de su hijo, a la que dice que conoció en Río de Janeiro por aquella época, pero ni siquiera vive en España. Ella podría confirmar lo que dice Carlos, o no —responde Julia, que ya ha puesto su atención en otro nombre—. Pero, de momento, no creo que haga falta hablar con ella. Montero me convenció con lo que me dijo. Es un tipo muy simple y directo. No parecía que estuviera actuando.

—¿Pasamos entonces al siguiente? —pregunta Yi impaciente.

—Sí. Antes os conté que hoy tuve la suerte de encontrarme en el mismo sitio a dos de los sospechosos de la lista. Quizá sea conveniente hablar de los dos a la vez.

—Un dos en uno, como las ofertas del Carrefour.

Julia se permite sonreír un par de segundos ante la ocurrencia de Yi; luego vuelve a ponerse seria y se centra en su cometido. Introduce en dos círculos diferentes los nombres de Rita Jovellanos y Marcelo González y los une con una flecha de dos puntas.

—Con estos la cosa se complica. Rita era la secretaria de Pedro y también su pareja sentimental después de que se divorciara de su mujer. Rompió con él a comienzos de 2014, el 8 de enero, tres meses antes del suceso. Ese mismo día la despidió. Rita Jovellanos se había enamorado de Marcelo, el psicólogo con el que Juncosa se había peleado en un programa de televisión. Pelea que fingieron por dinero, aunque las cosas terminaron poniéndose feas de verdad entre ambos por el elevado tono de la discusión que mantuvieron. De cualquier manera, vi un vídeo en el que salían los tres después de haber hecho las paces; fue durante el cumpleaños de Marcelo, en diciembre del 2013. Según me contaron ambos, Pedro nunca supo que la persona por la que lo dejó Rita era el otro psicólogo; de hecho, los dos creen que Juncosa sí se suicidó y que uno de los motivos fue que ella lo dejó por otro.

—¡Menudo *love triangle*! —exclama Yi, que alza excesivamente la voz—. ¿Y por qué podían querer matarlo estos dos?

—Ella, por venganza, por haberla despedido dejándola tirada. O quizá Pedro no se dio por vencido y la acosaba después de que rompieran, buscando otra oportunidad.

—¿Y él? —interviene ahora el único chico de la reunión.

—No lo tengo muy claro. Tal vez Rita no se entregaba del todo en la relación y pensaba todavía en Pedro. A lo mejor, Marcelo creía que ella nunca estaría al cien por cien con él hasta que Juncosa no

desapareciera.

—Celos —sentencia Emilio.

—Exacto. Un crimen pasional —añade Julia—. Sinceramente, cualquiera de los dos pudo hacerlo; incluso pudieron colaborar para cometer el crimen.

—Vamos, que a la parejita hay que tenerla muy en cuenta —comenta Yi con los brazos en jarra—. ¿Quién queda de la lista? ¿Sabrina Serrano?

—Está muerta —suelta Julia—. Ella no ha podido matar a Ernesto.

—¿Y a Pedro Juncosa?

—No lo sé. La única información que tengo es que Sabrina se enfrentó al psicólogo porque no la ayudó a superar su problema de ansiedad. Lo acusó de estafarla y unos días antes de la muerte de Pedro tuvieron una discusión muy fuerte; varios vecinos la oyeron. Por eso Ernesto la incluyó entre las posibles sospechosas.

—¿Cómo murió esta mujer?

—Se suicidó un año y un día después de que Juncosa muriera. Le dejó una nota de despedida a sus hijas diciéndoles que ya no podía más.

—Vaya, pobre mujer —comenta Vanesa compungida—. Hay que descartarla, ¿no?

—Eso parece.

Los cuatro se quedan unos segundos en silencio observando la pizarra, que se ha llenado de círculos y de nombres tachados. Pero en la lista de sospechosos todavía hay alguien a quien no han nombrado. Es Yi quien hace referencia a esa persona.

—María Gisbert, la exmujer de Pedro, ¿no has hablado con ella?

—No. De esta mujer solo sé lo que viene en el informe.

—Yo conozco a su hija —interviene ahora Emilio—. Es mi profesora de Sociología. Estuvo investigando la muerte de su padre durante dos años. Le pregunté por él, pero me pidió que no insisti...

Un toc toc interrumpe al chico, que se calla de inmediato. Los cuatro se giran hacia la puerta y Julia da permiso para que entren en la habitación. La que aparece es Claudia, que lleva el móvil en la mano.

—¿Ya has terminado de ordenar tus cosas? —le pregunta Emilio, que acude hasta ella para darle un beso.

—Sí, gracias por dejar que me quede aquí, Julia.

—No hay de qué. Lo que necesites pídelo.

—No te voy a dar mucho la lata. Te lo prometo —dice Claudia, que sonrío y mira su teléfono—. Para agradeceros vuestra hospitalidad, en especial a ti, Julia, he encargado unas pizzas. Mientras cenamos, podéis ponerme al día de lo que hay escrito en esa pizarra y que habéis estado comentando medio en secreto. Perdón, no soy ninguna cotilla, pero es que se oía todo y no pude evitar escuchar más de la cuenta. ¿Os parece buena idea? ¿Me dejáis unirme a vuestro club del misterio?

CAPÍTULO 44

Miércoles, 20 de marzo de 2019

Lleva unas cuantas horas frente al ordenador en el locutorio del pakistaní. Iván se rasca constantemente la barba, le molesta; cada día es más frondosa, le pica y no se acostumbra a ella. Pero sabe que debe mantenerla hasta que las cosas cambien de rumbo. Necesita seguir de incógnito, oculto bajo aquella apariencia que cada vez le resulta más incómoda. Daría lo que fuera por afeitarse y darse una buena ducha de agua caliente. ¿Cuánto hace desde la última vez? Desde que dejó la habitación del hotel de Vanesa. Si aquella estúpida mujer no se hubiera entrometido, la historia habría sido muy diferente. Pero las cosas han salido así y no tiene tiempo para lamentarse.

Está a punto de apagar el ordenador cuando ve algo en la pantalla que llama su atención: La Gran Cacería, se llama. ¿De qué va esa historia? Entra sin autorización en ese lugar prohibido y lee una conversación a la que no está invitado. Iván tiene acceso a todo, a lo que es legal y a lo que no. En el último año, ha aprendido a descifrar cualquier secreto de ese submundo. Es increíble hasta dónde puede llegar el ser humano y la cantidad de escondrijos que tiene Internet. Nadie se imagina lo que se mueve en el farragoso pantano digital.

Oso Polar: Está todo preparado.

Lobo Feroz: Va a ser épico.

Oso Polar: Esto superará a lo de 2014, ¿no te parece?

Lobo Feroz: ¡Sin duda!

Oso Polar: Cómo disfruté aquel momento.

Lobo Feroz: Y yo. No hay fisuras, ¿verdad? ¿Seguro que está todo listo para el viernes?

Oso Polar: Sí, absolutamente.

Lobo Feroz: ¿Y ella? ¿No se interpondrá? Es muy lista y sigue haciendo preguntas.

Oso Polar: Solo es una cría, tranquilo.

Lobo Feroz: No hay que confiarse. Su padre es policía y Julia Plaza no es una joven normal, ya conoces su historia.

Oso Polar: Si da problemas, nos ocuparemos de ella.

Iván se queda de piedra. ¿Acaba de salir el nombre de Julia en esa conversación? No puede ser. El chico se pone de pie y apoya las manos encima de la mesa. Su mirada sigue fija en la pantalla esperando la siguiente frase, pero la charla no continúa. Oso Polar y Lobo Feroz no vuelven a escribir. ¿Se habrán dado cuenta de que alguien los observa?

Suelta un chillido de desesperación y a los pocos segundos, otro. Saca el móvil y hace una fotografía de la conversación. Se ha puesto tan nervioso que no se ha percatado de que el pakistaní está detrás de él.

—Oye, amigo, ¿te sucede algo?

—¿Qué?

—Has dado gritos y me has asustado a gente. ¿Te encuentras bien?

—¿Yo? ¿Que si me encuentro bien? No.

—¿No? —pregunta extrañado el dueño del locutorio—. ¿Qué te pasa? ¿Necesitas medicina? ¿No habrás tomado drogas?

—¿Drogas?

—Sí, ¿hachís? Tienes ojos muy rojos, amigo. No quiero problemas con policía. Yo soy legal. Aquí no drogas.

Iván no entiende muy bien lo que le está diciendo el hombre, pero sí ha escuchado la referencia que ha hecho a la policía. ¿Es que aquel tipo va a llamar a la pasma? ¿Lo ha descubierto? ¿Sabe quién es?

—¡No vas a avisar a ningún poli de mierda! —exclama Iván mientras apaga el ordenador—. Tú no me has visto.

—¿Qué dices, chico?

—¡Que no vas a denunciarme!

Y girándose hacia él, Iván le propina un puñetazo. El hombre emite un alarido de dolor y la sangre empieza a brotar rápidamente

de su nariz. Dos chicos latinoamericanos que han visto la escena se levantan de sus asientos para socorrer al dueño de la tienda, que se queja amargamente del golpe recibido.

—¿A dónde vais? —les pregunta Iván interponiéndose entre ellos y el pakistaní—. ¿También queréis guerra? Os advierto que tengo para los dos.

Los jóvenes se miran entre ellos y se quedan quietos. Iván aprovecha la situación para agarrar su mochila y salir corriendo del locutorio. Nadie lo sigue, aunque él piense que sí. No se detiene hasta llegar al coche azul. A toda prisa, se sube en el vehículo, arranca y se marcha de allí pisando el acelerador a fondo.

Mientras conduce, no deja de soltar improperios en voz alta. Por su cabeza pasan un montón de ideas desordenadas y sin sentido. Un semáforo en rojo le obliga a parar y es entonces cuando respira hondo e intenta serenarse. Saca el móvil y contempla la fotografía que acaba de hacer.

¿Quiénes eran los tipos que hablaban en La Gran Cacería y por qué mencionaron a Julia? No lo sabe, pero no le gusta nada. No le extrañaría que la chica de la memoria prodigiosa estuviera en peligro. Un gran peligro, que incluso podría hacerle temer por su vida.

El inspector jefe de la Policía Judicial del Grupo de Homicidios, Rodolfo Martínez Prado, se lleva la cuchara a la boca y sorbe la sopa de fideos que le ha preparado su mujer para cenar. Está espectacular, como todo lo que cocina Amanda, sin embargo, el rostro del inspector no refleja lo mucho que está disfrutando. El hombre permanece impassible y errático desde que ha llegado, como si tuviera la cabeza en otra parte. Su esposa se ha percatado y no le ha dado importancia, pero le gustaría saber en qué está pensando su marido.

—Rudy, ¿has vuelto a casa?

—¿Qué? No te comprendo.

—Que ni siquiera me hablas. Creo que no has dicho más de diez palabras en toda la noche —dice Amanda, que hunde la cuchara en el plato sin apartar la mirada de Rodolfo—. ¿Estás así por algo del trabajo?

—Ah. Sí, sí..., el trabajo. Es que llevamos unos días de locos.

—Ojalá las personas fueran más buenas, así no tendrías tanto que hacer y podrías descansar y desconectar de todo cuando volvieras a casa.

—Si las personas fueran buenas, yo no tendría trabajo —le advierte Rodolfo a Amanda, y se toma la última cucharada de sopa—. Voy a comprar tabaco. Ahora vengo.

—¿Y el postre?

—Cuando vuelva. Tengo que ir al estanco ya o me cerrarán. Y no quiero quedarme sin tabaco toda la noche.

—Mejor. Así fumarás menos. Y vivirás más.

—Tonterías. Cuando me tenga que morir, me moriré. Unos cigarros arriba o abajo no me van a salvar la vida.

El inspector jefe Martínez Prado se levanta de la mesa y lleva su plato vacío hasta el fregadero, lo enjuaga y lo mete en el lavavajillas. A continuación, coge la cartera, las llaves y un pequeño móvil negro que guarda en uno de los bolsillos de la gabardina marrón que está colgada en el perchero de la entrada.

Fuera ya es noche cerrada. Hace frío, aunque él no se ha puesto el abrigo ni ninguna otra prenda para protegerse. Decide ir primero al estanco, no vaya a ser que cierren de verdad. Compra un par de paquetes y una bolsa de gominolas y emprende el camino de regreso a casa. Al llegar, no entra directamente en la vivienda, se queda en un callejón cercano y se sienta en el escalón de un edificio en obras. Enciende un cigarro, saca el móvil negro, marca un número y aguarda a que respondan al otro lado. No tardan en hacerlo.

—Dime, ¿qué pasa?

—¿Has visto las noticias?

—Sí. Era cuestión de tiempo.

—¿No ha sido demasiado pronto? —pregunta Rodolfo algo más nervioso de lo habitual.

—Yo qué sé. Es lo que hay y tenemos que aceptarlo.

—¿Esto afecta a lo del viernes?

—No, no afecta. Está todo preparado.

—Perfecto. Espero instrucciones entonces.

—Los hilos ya se han movido adecuadamente. Tú solo tendrás que hacer lo de siempre, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Martínez Prado escucha cómo su interlocutor cuelga y da por

finalizada la llamada. Se pone de pie y se guarda de nuevo el móvil en el pantalón. Mientras da una calada al cigarro, reflexiona. Lo que van a hacer será histórico, el mayor y más importante acontecimiento desde el Gran Día de 2014. Todo tiene que salir a pedir de boca. Solo espera que la muerte de ese estúpido profesor no eche por tierra el trabajo de los últimos meses.

CAPÍTULO 45

Miércoles, 20 de marzo de 2019

—Parece una chica maja. Y hace buena pareja con Emilio.

—A mí también me ha gustado. Que se quede el tiempo que necesite.

Julia mira a sus padres algo extrañada. No esperaba que Claudia les fuese a caer tan bien; apenas han charlado tres o cuatro minutos. Y ella ¿qué piensa de la novia de su mejor amigo? Todavía no está segura. Eso de que hayan tenido que contarle lo referente al caso Juncosa por petición expresa de la propia chica no ha terminado de agradarle. Mientras se comían las pizzas, Yi y Emilio, sobre todo, le han explicado lo que saben. Julia se ha limitado a hacer algún que otro apunte o ha rectificado a sus amigos cuando se equivocaban y daban datos erróneos. Le ha parecido raro que Claudia se interesase tanto por aquella historia y, aunque ella no lo haya reconocido, Julia ya sabe que no era la primera vez que oía hablar del tema.

—No creo que sean muchos días. Está buscando otra residencia en la que vivir lo que resta de curso —comenta Julia, que está sentada en la mesa de la cocina con un vaso de leche acompañando a sus padres.

Miguel Ángel y Aitana llegaron tarde a casa, cuando el grupo de chicos ya había terminado de cenar y estaba recogiendo. Vanesa, Yi y Emilio se habían despedido y se habían marchado a sus respectivas casas. Por su parte, Claudia había charlado brevemente con los padres de Julia para darles las gracias y después se había ido a dormir a la habitación de invitados alegando que estaba muy cansada.

—Sin prisa. Lo que ella quiera —insiste la forense mientras pela un plátano—. ¿Hace mucho que la conoces?

—No. Emilio me había hablado de ella, pero hasta hoy no nos habíamos visto —responde Julia, que bebe un poco de leche y apoya los codos sobre la mesa—. Estoy agotada. Yo también me voy a ir a dormir.

—Imagino que no ha sido un día fácil para ti.

—No, papá. Nada fácil.

Entre unas cosas y otras, todavía no han podido hablar de la muerte de Ernesto Valle. Miguel Ángel, que se está comiendo una manzana, observa a su hija; tiene unas ojeras muy marcadas y parece cansada. Teme que se repita lo del pasado y vuelva a sufrir una depresión. Aún no se ha recuperado del fallecimiento de su abuela, del que tan solo ha transcurrido una semana, y ahora ha ocurrido lo de su profesor. Es una chica fuerte que ha superado trances muy difíciles, pero a su padre le da miedo lo que pueda estar pasando de nuevo por su cabeza.

—¿Cómo murió Ernesto? ¿Ya se sabe? Todavía no han dicho nada en las noticias. Acabo de mirar en el móvil.

El hombre no responde inmediatamente y muerde la manzana. Mira a su mujer, que se encoge de hombros.

—Le cortaron el cuello —suelta Aitana provocando el enfado de su marido—. Tarde o temprano te ibas a enterar.

—Madre mía. Está confirmado entonces que lo han asesinado. No ha sido un accidente ni... un suicidio.

—Eso me temo. Aunque todavía están haciéndole la autopsia. Se está encargando una de mis compañeras.

—Pobre Ernesto. No me creo todavía lo que le ha pasado.

—Tú lo conocías bien, ¿sabes de alguien que quisiera vengarse de él por algún motivo?

A Julia la pregunta de su madre la llena de dudas. No sabe si debe contarles la verdad de lo que está sucediendo. Ellos están informados del trabajo de clase que él le mandó para la universidad, pero no de todo lo demás, y la investigación de la muerte de Pedro Juncosa parece la clave de aquel crimen.

—Imagino que tendría sus enemigos —dice la chica, que continúa pensando hasta dónde debe contarles.

—¿Qué enemigos puede tener un profesor de universidad?

—Era criminólogo, papá. No solo había trabajado dando clases.

—Da igual. No tenía el perfil de alguien que puede acabar en un río con el cuello cortado. Está claro que hay algo más.

—¿Existe un perfil de víctima que muere asesinada de esa manera?

—Sí, Julia —responde su padre, que ya se ha terminado de comer la manzana—. Hay perfiles de todo y nosotros nos encargamos de analizarlos. Eso de que no se puede generalizar no es del todo cierto; si no, sería imposible prever algunos delitos. Ya lo estudiarás en la carrera.

La chica asiente. Tal vez, un profesor de universidad, soltero y con una vida aparentemente tranquila no sea el perfil de alguien que, en principio, pueda aparecer degollado en el margen de un río, pero, si ese mismo profesor investiga una supuesta muerte por asesinato que sucedió hace cinco años y que estaba archivada como suicidio, la cosa cambia.

Julia carraspea, se aclara la garganta y se pone de pie dejando a medias el vaso de leche.

—Creo que os tengo que explicar un par de cosillas sobre Ernesto Valle y el trabajo de clase que me pidió que hiciera. ¿Podéis venir un momento a mi cuarto?

Durante más de media hora la chica les cuenta a sus padres la investigación que ella y su profesor han estado llevando a cabo los últimos días. Aitana y Miguel Ángel escuchan asombrados. El trabajo para optar a una matrícula de honor se había transformado en el interrogatorio a varios sospechosos de asesinato y había acabado con una persona muerta, con el cuello cortado. Cuando su hija termina de hablar, los mira fijamente esperando su opinión. En cambio, ninguno de los dos dice nada.

—Bueno, ¿qué me decís? ¿Seguís pensando que lo de Pedro Juncosa fue un suicidio?

—Madre mía, Julia. Deberías habernos contado lo que estabas haciendo —le contesta su padre muy serio—. Esto es una locura, un auténtico despropósito.

—Os lo conté. Si hasta os enseñé la documentación que me había pasado Ernesto. Y tú, papá, me pusiste en contacto con el inspector jefe Martínez Prado, que en su día se encargó de la investigación.

—Nos dijiste que era para un trabajo de la universidad. En ningún momento nos contaste que estabas haciendo interrogatorios por tu cuenta a personas cercanas a la víctima.

—Ni que tus amigos también estaban metidos en esto. ¿Sabes lo grave que es? —se queja ahora Aitana, aunque procura no usar un tono condescendiente con su hija.

—Mis amigos no sabían nada hasta hace un rato.

—¿Quién más lo sabe? —pregunta Miguel Ángel, que no puede apartar la vista de la pizarra—. ¿Tu abuela estaba al tanto? El día que te quedaste con ella ¿se lo contaste?

La chica baja la cabeza y asiente. Cuando levanta la mirada, tiene los ojos vidriosos, aunque aguanta las lágrimas. No va a llorar; bastante lo ha hecho la última semana.

—Lo siento. Quizá se me haya ido de las manos. Quería averiguar qué le pasó a Pedro Juncosa porque no creo que se suicidara; siempre he tenido esa intuición. Ahora el asesinato de Ernesto me lo confirma. Las dos muertes están relacionadas.

—Eso deberá investigarlo la policía.

—Lo sé, papá. Pero...

—A partir de ahora, te mantendrás al margen de cualquier cosa relacionada con este caso y con el otro. Yo iré a hablar con el encargado de la investigación.

—¿Y qué le vas a contar?

Miguel Ángel resopla. Saca el móvil y le hace una fotografía a la pizarra.

—No lo sé, Julia —responde bastante preocupado—. Dame el dossier que te entregó tu profesor. A lo mejor le sirve a la policía para sacar algunas conclusiones.

—¿Les vas a hablar de mí?

—No quiero implicarte en otro caso de este tipo. Ya se me ocurrirá algo si me preguntan.

—Podrías decirles que solo era un trabajo de clase. En realidad, eso fue lo que Ernesto le propuso en un primer momento y así lo afrontó ella —dice Aitana, que también está inquieta por las consecuencias de los actos de su hija—. Además, si hablan con los sospechosos sobre Julia, les dirán lo mismo, que las preguntas eran para un trabajo de la universidad, como nos explicaste a nosotros. ¿No es así, Julia?

La chica afirma asintiendo con la cabeza, aunque no puede evitar sentirse mal. De alguna manera, la están desplazando del caso. ¡Su caso! Comprende lo que su padre va a hacer, pero le fastidia tener que echarse a un lado.

Desolada, le entrega a Miguel Ángel la carpeta con toda la documentación. El hombre le da un beso en la frente y sale de la habitación.

—Voy a ir con tu padre al cuartel. No sé si tendrá que conducir hasta la ciudad y está muy cansado. Así le doy un poco de conversación y nos tranquilizamos los dos.

—Bien. Yo no sé si podré dormir ahora. Me siento culpable.

—Eres especial, hija, y has hecho lo que tu corazón te dictaba, pero no deberías asumir tantas responsabilidades, Julia. Bastante has tenido ya —le dice su madre acariciándole la cara—. La policía se encargará de encontrar al asesino de tu profesor y seguro que investiga de nuevo la muerte del psicólogo si lo cree oportuno. Todo se resolverá y tú habrás aportado tu granito de arena.

La mujer también le da un beso a su hija en la cabeza antes de salir del cuarto. A los pocos minutos, Julia oye cómo sus padres se van. No tiene ni idea de lo que va a pasar, pero es consciente de que la situación ha cambiado sustancialmente. ¿Será capaz de aislarse por completo y esperar a que la policía encuentre al culpable de la muerte de Ernesto? ¿Y si no lo averiguan?

Examina lo que hay escrito en la pizarra y piensa en si debe borrarlo. No, no lo va a hacer. Por lo menos no hasta que sus padres se lo pidan. Hace varias fotos con el móvil por si acaso la borran ellos cuando no esté en casa; no quiere perder esa información, aunque ya la tiene memorizada.

Julia coge un pijama celeste y se cambia de ropa. Se pone las zapatillas y sale de su habitación para ir a la cocina a por un vaso de agua. Cuando se dispone a bajar la escalera, escucha lo que parece un llanto. Proviene del cuarto de invitados. La puerta no está cerrada y ve luz en el interior. Se aproxima hasta allí, echa un vistazo por la rendija y descubre a Claudia sentada en el borde de la cama, con las manos cubriéndose la cara, llorando. Duda sobre qué debe hacer. A lo mejor está soltando la tensión de ese día tan duro para ella y necesita estar sola. O quizá no. Tal vez lo que desea es tener a alguien al lado que la consuele. Decide no entrar. Ella tampoco está en su mejor momento después de la charla con sus padres y no se ve con fuerzas para animarla.

Despacio, Julia se aleja de la puerta del cuarto de invitados y baja hasta la cocina. Se echa agua en un vaso y mientras se la bebe piensa otra vez en cómo se han desarrollado los últimos

acontecimientos. Sus padres ya deben de haber llegado al cuartel y posiblemente ya se hayan puesto en contacto con la persona encargada de la investigación de la muerte de Ernesto.

—¿Puedo beber algo? Tengo la boca seca.

Julia se sobresalta y se gira hacia la puerta de la cocina. Claudia también se ha puesto el pijama, aunque va descalza. Tiene los ojos muy irritados.

—Me has asustado.

—Perdona —dice la joven, que se acerca al frigorífico—. ¿Tienes cervezas?

—¿Te vas a tomar una cerveza ahora?

—La pizza me ha dado mucha sed. Quedan tres, ¿puedo pillar una?

Julia detecta que el comportamiento de la novia de Emilio es bastante extraño; además, destila cierto olor a alcohol. Aunque no le responde, la chica coge una de las tres latas de la nevera, la abre y da un largo trago. Luego se sienta encima de la mesa de la cocina.

—¿Por qué no has entrado en la habitación? —le pregunta la chica después de dar otro sorbo al bote—. Me has visto llorando, ¿no?

—No sabía si querías estar sola o no.

—¿Sabes cómo me gustaría estar? Muerta.

—No digas eso.

—¿Por qué no? No tiene nada de malo —dice Claudia esbozando una sonrisa que a Julia le parece tétrica—. ¿Tú nunca has querido morirte?

—No. Nunca.

—Qué suerte tienes, chica. No solo eres lista, mona y tienes una novia y unos padres perfectos, también eres optimista. Solo te falta un perrito que te lama la cara antes de irte a dormir.

Julia prefiere no responder a las provocaciones de Claudia, que se ha acercado mucho hasta ella. El aliento le apesta a alcohol.

—¿Has bebido antes de bajar?

—¿Alcohol? No. Bueno, miento. Un par de botellitas pequeñas de *whisky* que me quedaban en la residencia. ¿O eran tres? Allí no me dejaban tomar nada, pero ¡a la mierda las órdenes! Nadie manda en mí. ¿Y tú? ¿Tampoco bebes?

—No, yo no necesito beber alcohol para soportar las penas.

Aquellas palabras hacen reír a Claudia, que tiene su rostro a

pocos centímetros de la cara de Julia. Su invitada la mira a los ojos, con una sonrisilla burlona y la respiración entrecortada.

—Es que eres perfectísima, Julia Plaza. No me extraña que Emilio se muera por follar contigo.

—Eso no es verdad.

—¡Claro que sí! ¡Lo está deseando!

—¡No! ¡Solo es mi amigo!

—¿O es que ya te lo has tirado?

—Jamás me he liado con él. Ni lo haré.

—¡Mentira! ¡Los dos os reiréis de mí! ¡Terminaré poniéndome los cuernos contigo, icon su guapa, inteligente y sabelotodo amiguita perfecta!

Julia no se puede controlar y con todas sus fuerzas le da una bofetada a Claudia, que se queda en *shock*. A pesar del golpe, no tarda en volver a sonreír.

—Lo... lo siento.

—No, no lo sientes. Estabas como loca por hacerlo. Bien, Julia, bien. Acabo de pagar el alquiler de mi primer día en tu casa.

Claudia da un último trago a la lata de cerveza y sale de la cocina. Julia se queda allí unos minutos más temblorosa, sin entender qué ha hecho y sin saber qué debe hacer. Es la primera vez que le pega a alguien. Ni siquiera se lo había planteado. Se ha dejado llevar por la rabia. La rabia surgida no solo por las palabras de aquella estúpida, sino por la muerte de su abuela, por el asesinato de Ernesto Valle y hasta por los crímenes de Aurora y de Patri. Una rabia contenida que algún día tenía que salir. La rabia de una chica de dieciocho años a la que la vida ha golpeado demasiadas veces. La misma rabia con la que se dormirá esa noche y que estará presente en cada una de sus pesadillas.

CAPÍTULO 46

Miércoles, 20 de marzo de 2019

—Bueno, ¿qué os ha parecido Claudia?

Yi y Vanesa se miran para ver quién responde primero a la pregunta de Emilio. Los tres caminan por las calles del pueblo después de haber salido de casa de Julia, donde han estado cenando pizza y debatiendo sobre el caso Juncosa y sobre la muerte de Ernesto Valle.

—Es muy lista y no se anda con rodeos. Eso me gusta —contesta Yi Lin, que hace un gesto con la barbilla para que su amiga también opine.

—Pienso lo mismo. Es una tía muy directa.

—¿Creéis que tenemos futuro juntos?

—Eso no lo puede asegurar nadie, Emi. Quién nos iba a decir a Julia y a mí que acabaríamos juntas. Y ya casi llevamos un año.

—Y eso que en el instituto os odiabais —apunta Yi sonriendo maliciosa.

—Eran otros tiempos. Yo no soy la misma.

—Afortunadamente. Me parecías un auténtico demonio. Tú y la tía esa que iba siempre contigo. Menudas bichas estabais hechas.

Las palabras de la manchega hacen reír a Vanesa, que, por otra parte, se avergüenza de ese episodio de su pasado. Ingrid y ella le hicieron daño a mucha gente. Por suerte, esa etapa oscura acabó.

—Espero que Julia y Claudia se lleven bien —comenta Emilio, que ha notado a su amiga algo tensa mientras cenaban, aunque no se ha atrevido a preguntarle si le había molestado algo.

—Más te vale que así sea. Si se enfadan, podrías perder a tu

novia y a tu mejor amiga. Te quedarías sin ninguna de las dos.

—Gracias por tu ánimo, Yi. Eres única.

—Gracias a ti, Emilio. Tú también eres único.

Los tres llegan a un cruce en el que tienen que tomar caminos diferentes. Yi y Emilio se van por un lado y Vanesa por otro. La chica se despide de sus amigos y continúa sola el camino a casa.

No ha querido reconocer que a ella no le ha gustado demasiado Claudia. Es pronto para juzgarla, pero la primera impresión no ha sido buena. Además, ha visto cómo Julia la miraba con desconfianza mientras le explicaban lo que había escrito en la pizarra. A pesar del carácter afable y bondadoso de su chica, no tiene tan claro que ella y la novia de Emilio se vayan a llevar bien. Aun así, no quiere hacer todavía un juicio de valor sobre la joven y espera que el tiempo ponga todo en su lugar. A lo mejor luego terminan siendo todas uña y carne, como ha sucedido con el actual grupo de amigos.

—El club del misterio —susurra divertida entrando en su calle. Y se echa a reír.

Unos metros antes de llegar al portal, Vanesa saca las llaves de su bolso. Camina hacia el bloque de pisos pensando en que ella no desearía estar en el mismo club que Claudia Comino. Entonces escucha cómo alguien se acerca corriendo hasta ella. Sin que le dé tiempo a girarse para ver de quién se trata, le tapan la boca con una mano y la arrastran en volandas hasta la bocacalle más cercana, un callejón estrecho y muy poco iluminado. Todo ocurre en apenas cuatro o cinco segundos, ni siquiera puede gritar. Intenta zafarse, pero la fuerza de ese tipo es muy superior a la suya. Se teme lo peor.

—¿Dónde coño estabas? —le pregunta la persona que la ha capturado. Enseguida reconoce la voz—. Llevo varias horas esperándote.

Vanesa se libera de Iván, que presenta un aspecto lamentable. Está ojeroso y parece fuera de sí. Tiene la barba y el pelo muy sucios, tanto como la ropa. Además, suda y huele todavía peor que por la mañana, cuando se vieron. Lleva la gorra mal puesta, de lado, y su aliento es horrible.

—¡Y a ti qué te importa! —responde la joven muy enfadada—. ¿Quién te da derecho a tratarme así? ¿Has perdido el poco cerebro que te quedaba? ¡Gilipollas!

—Lo siento. Lo siento. Pero tenía que hablar contigo. Es muy urgente.

—Pues llámame por teléfono, joder. O pídemelo con educación. ¡Pensaba que eras un depravado que me iba a violar!

—¿Yo? ¡Cómo iba a hacer algo así!

—¡Me has agarrado por la cintura y has tirado de mí con todas tus fuerzas, Iván! ¿Qué querías que pensara?

El chico se quita la gorra y se rasca la cabeza con fuerza. Mira a Vanesa y le pide perdón repetidas veces. La chica se va calmando poco a poco y le ordena que no vuelva a hacer algo así en su vida.

—Ni siquiera me atrevo a llamar por teléfono. Me están vigilando de cerca —comenta Iván, que ahora se pasa las manos por la barba con intensidad—. Mira, la situación ha cambiado. Ha surgido algo con lo que no contaba y necesito ver a Julia antes de lo que te dije.

—¿Qué es lo que ha ocurrido?

—El Oso Polar y el Lobo Feroz están tramando algo que tiene que ver con ella.

—¿Qué? ¿Qué coño dices de un oso polar y de un lobo?

Muy nervioso, el chico saca el móvil del bolsillo de la chaqueta de cuero y se lo enseña a Vanesa. En la pantalla hay una imagen de una conversación de chat.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunta ella mientras lee la charla entre Oso Polar y Lobo Feroz.

—De la *Deep Web*. Me llamó la atención el nombre del lugar en el que se estaban comunicando y decidí echarle un vistazo. Mi sorpresa fue mayúscula al ver que hablaban de Julia.

—¿Cómo se llama ese sitio?

—La Gran Cacería. Es un grupo privado, con un candado muy potente, aunque yo conseguí abrirlo y entrar —dice Iván, que sonrío por primera vez—. He aprendido mucho en este último año: sé descifrar códigos, desmontar contraseñas...

—¿Has podido leer algo más que lo que aparece en la foto?

—No. El chat tiene un sistema que destruye los mensajes a las doce horas. Todo lo escrito ahí queda eliminado pasado ese tiempo. Señal de que toman muchas precauciones.

—Si es un grupo cerrado, ¿por qué borran lo que escriben?

—Porque hay personas como yo capaces de traspasar cualquier muro. Y también por la policía. Cada vez tienen más y mejores grupos especiales que se dedican a perseguir los delitos informáticos y a rastrear todo lo que acontece en la Internet profunda. Incluso

contratan a *hackers* y se infiltran entre los participantes.

—¿Piensas que estos tipos están planeando cometer un delito?

—Está claro que van a hacer algo este viernes y que ya la liaron bien en 2014.

—Tenemos que avisar a la policía inmediatamente. No quiero que le pase nada a Julia.

—¡Ni hablar! ¡Nada de policía! ¿O es que has olvidado que me siguen buscando?

—Puede que esté en peligro.

—¡Yo me encargaré de protegerla! Por eso tienes que llevarla mañana al descampado en el que estuvimos esta mañana, pero en lugar de ir a las seis, id a las diez. Hay que adelantar los planes. ¡Tenemos que correr!

La conversación que le ha enseñado Iván preocupa mucho a Vanesa. Pero ¿y si se lo ha inventado intuyendo que ella no iba a llevar a su novia hasta aquel descampado como le ha pedido? Solo es una simple fotografía, que puede estar trucada.

—Julia me ayudará a encontrar a Jacob y yo os diré la forma de detener a esos tipos. Sé cómo volver a entrar en ese sitio. Luego desapareceré otra vez y podrás avisar a la policía para que resuelvan lo vuestro con las instrucciones que yo os dé. A mí, en cambio, una vez que me deshaga de Jacob, ya no podrán encontrarme. Pero tenemos que darnos prisa. El reloj corre en nuestra contra.

—¿Cómo sabes que Julia logrará encontrar a Jacob?

—¿Bromeas? Es la persona más inteligente que he conocido. Si ella no puede ayudarme, nadie podrá, ¿entiendes, Vane? Necesito que esto acabe ya o será Jacob el que acabe conmigo si me encuentra primero.

Iván escucha un ruido al otro lado de la callejuela y mira nervioso en esa dirección. Está muy oscuro y no ve nada. Su comportamiento cambia de repente. Le tiemblan las manos y no es capaz de controlar su cuerpo.

—Está aquí. Ya está aquí. Joder, está aquí.

—¿Quién? No veo a nadie.

—Es él. ¡Viene a por mí! No es el momento. No es el momento — repite el chico, que vuelve a ponerse la gorra—. ¡Os espero mañana a las diez en el descampado! ¡No me falles, por favor!

Iván sale corriendo. Vanesa lo observa salir del callejón estrecho y oscuro y rápidamente se gira hacia el otro lado al escuchar un

nuevo ruido. Está a punto de huir también cuando ve a un gato gordo anaranjado caminando hacia ella. Anda con tranquilidad, parsimonioso, como si fuese el dueño de la calle. La chica respira hondo y se da la vuelta. Ya está bien de sobresaltos por esa noche. Es hora de regresar a casa.

Vanessa entra en su edificio sin saber qué debe hacer al día siguiente. Su idea era no decirle nada a Julia y acudir ella sola al encuentro con Iván para pedirle que las dejara en paz definitivamente. Si el chico se negaba y se ponía pesado, llamaría a la policía. No habría más oportunidades para él. Pero aquella fotografía ha cambiado su perspectiva. No sabe si es un *fake* o si es real, pero ¿y si Julia está realmente en peligro e Iván es el único antídoto que la puede salvar?

No lo sabe. No sabe qué hacer.

Como tampoco sabe que alguien la ha estado observando en el callejón. Alguien que ha presenciado y escuchado su conversación con Iván. Alguien que se oculta entre las sombras y que pronto se verá obligado a hacer acto de presencia.

Más o menos al mismo tiempo, en un lugar del mundo al otro lado del océano, donde todavía es de día, el cuerpo de una persona aparece sin vida en una plantación de café. Los campesinos que lo encuentran avisan a la policía de la zona que, inmediatamente, se pone manos a la obra para poder identificar el cadáver cuanto antes.

CAPÍTULO 47

Jueves, 21 de marzo de 2019

Cuando Julia se despierta, intercambia un par de audios de buenos días con Vanesa y sale en pijama de la habitación aún con el regusto amargo de lo acontecido la noche anterior. No les ha contado ni a su novia ni a Emilio lo que pasó con Claudia. Después del enfrentamiento con su invitada, se encerró en su cuarto. Durmió mal, a ratos, y se despertó unas cuantas veces, angustiada por las pesadillas. Una de esas veces, sobre las tres de la madrugada, escuchó llegar a sus padres, pero prefirió no abordarlos ni preguntarles nada. Lo que menos le apetecía en ese instante era ocupar su mente con más problemas y preocupaciones, aunque sabe que pronto deberá enfrentarse a su compleja situación.

Al pasar por delante del cuarto de invitados, ve la puerta abierta de par en par. Se asoma, pero no hay nadie. ¿Se habrá ido Claudia de su casa? En esa ocasión, su intuición es fallida. Parece que, simplemente, ha madrugado, porque sus cosas todavía siguen ahí.

Julia baja la escalera y escucha voces y ruidos que provienen de la cocina. Se sorprende al contemplar a su padre charlando animadamente con Claudia. Miguel Ángel se levanta de la silla y la recibe con un beso en la cabeza.

—Buenos días, ¿cómo has dormido? —le pregunta el hombre, que tiene una taza en la mano—. He hecho café, ¿te sirvo uno?

—Sí, con leche. Gracias.

—Tu madre sigue en la cama. Ayer llegamos muy tarde a casa y creo que se va a tomar el día libre. Yo me tengo que marchar ya para el cuartel, pero estoy que me caigo de sueño.

—Os escuché llegar. ¿Alguna novedad?

—Luego hablamos de eso —dice el hombre, que le da a entender a su hija que no es un buen momento para conversar sobre lo ocurrido anoche—. Le estaba contando a Claudia que yo he conocido a Emilio con su color natural de pelo.

—No me lo imagino con otro color que no sea el azul. Y eso que le pedido varias veces que se lo cambie.

—A él le gusta así. El azul le da mucha personalidad, no tiene que cambiárselo si no quiere —comenta Julia muy seria.

Ella misma se da cuenta de que ha sonado demasiado brusca, pero le ha salido así. No comprende la actitud de esa chica. Actúa como si la noche anterior no hubiera pasado nada entre ellas.

—Bueno, chicas. Yo os dejo —dice el sargento de la Guardia Civil después de servirle el café con leche a su hija—. Luego te llamo, Julia. ¿Vas a ir a la universidad?

—Sí. Tengo que ir, no quiero faltar más. Aunque no sé si habrá clases hoy después de... de lo de Ernesto Valle.

—Espero que encuentren rápido a su asesino —suelta Claudia mientras revisa su móvil—. La noticia ya sale en todas partes.

Miguel Ángel prefiere no decir nada más. Le da otro beso a su hija, se despide también de la otra chica y se marcha. Las dos jóvenes se quedan solas en la cocina. La inquietud de Julia contrasta con la tranquilidad de su acompañante. Eso la irrita. Por lo que se ve, la rabia continúa dentro de ella y la noche no ha servido para templarla. Pero ¿es que no se acuerda del enfrentamiento que tuvieron hace unas horas?

—La cama del cuarto de invitados es muy cómoda, mejor que la que tenía en la residencia —dice Claudia sin apartar los ojos de su teléfono—. En la prensa explican que a tu profesor lo encontraron con el cuello cortado. Es decir, que alguien lo mató.

—Ya lo sabía, me lo contaron ayer mis padres.

—Tu padre es un hombre muy interesante y se conserva muy bien para la edad que me ha dicho que tiene. Tu madre tiene mucha suerte.

Julia casi se atraganta con el café al escuchar la opinión de Claudia sobre su padre. Definitivamente, la tiene desconcertada. ¡Qué descarada! ¡Cómo se le ocurre obviar de esa manera el negativo y triste episodio de ayer! Espera un poco para comprobar si saca el tema; sin embargo, la chica continúa empeñada en alabar las

virtudes del sargento.

—¿Es que no vas a decir nada de lo de anoche? —interrumpe Julia a Claudia, harta de tanta verborrea sin sentido.

—¿Para qué? Las dos sabemos lo que pasó.

—Por eso mismo. Te vas a quedar aquí unos días, ¿no tendríamos que hablar del asunto?

—Estabas cabreada con el mundo y lo pagué yo. Me soltaste una bofetada porque no fuiste capaz de controlar tu ira.

—¿Esa es tu conclusión?

—Esa es la realidad —dice Claudia sin alterarse—. Yo quizá forcé un poco la situación. Me preocupa tu relación con Emilio y, tal vez, se me fue un poco la lengua, pero nada justifica que me soltaras ese tortazo.

Julia mira incrédula a la chica que tiene enfrente. Le parece increíble su falta de autocrítica. Está claro que ella obró mal, que no debió abofetearla, y se arrepiente de haberlo hecho. Pero estaba claro que Claudia había bebido y se había comportado con ella de una manera muy agresiva.

—No volverá a pasar —resuelve Julia, que se muerde la lengua para no discutir más.

—Seguro que no. Y es mejor que esto quede entre nosotras y que no se lo digamos a Emilio. Si se entera, saldremos perdiendo las dos —le pide Claudia, que da un sorbo a su taza y se pone de pie. Julia asiente con la cabeza—. ¿Puedo darme una ducha?

—Sí, usa el baño de arriba. Tienes toallas en el armario de tu cuarto.

—Hoy va a ser un día duro. Espero que no me expulsen de la universidad. Aunque, si lo hacen, ya no tendrás que aguantarme por aquí.

—Yo no quiero que te expulsen.

—Ya. Y anoche no me querías pegar.

—Pues no. Ni lo uno ni lo otro.

Claudia sonrío irónica y se marcha de la cocina. Julia resopla malhumorada; realmente, empieza a sacarla de sus casillas. Aun así, le ha dicho la verdad: no se alegraría de que la echaran de la carrera. Por ella, por su familia y, sobre todo, por Emilio, que volvería a pasarlo mal.

Debe calmarse y contener su rabia. Tiene que centrarse en lo suyo y no caer en provocaciones. Bastantes complicaciones tiene

encima como para añadir una más.

Termina el café y sube a su habitación a cambiarse de ropa. Aquel jueves no ha empezado nada bien y no tiene pinta de mejorar. Está segura de que el crimen de Ernesto Valle va a ser la comidilla del día en la universidad y de que todos especularán sobre el tema. También siente curiosidad por ver cómo afrontan la noticia los medios de comunicación y qué se dice en Internet. En el autobús leerá todo lo que se está escribiendo al respecto, aunque sospecha que las opiniones se acercarán más a la fantasía que a la realidad.

Mientras se peina, recibe una llamada. Se precipita sobre el móvil y lee en la pantalla iluminada el nombre de su novia.

—Hola, cariño —dice Julia, que intenta que no se le note la tensión con la que se ha levantado esa mañana.

—Hola, ¿estás camino de la universidad?

—No, todavía estoy en casa. Saldré en nada. ¿Tú trabajas ahora?

—Por la tarde. Así que tengo la mañana libre. ¿Vas con Yi?

—No he quedado con ella. Imagino que me la encontraré en el bus o que nos veremos directamente en la universidad.

—Ah. Bien.

Puede que sea una percepción errónea motivada por su malestar actual, pero Julia cree percibir cierta inquietud en la voz de Vanesa. La conoce perfectamente y no suele equivocarse cuando se trata de algo relacionado con ella. No se va a quedar con las ganas de saberlo. Esta vez no.

—Cariño, ¿está todo correcto?

—¿Por qué lo preguntas?

—Tu voz suena preocupada y es raro que me llames tan pronto.

—Quería hablar contigo. Lo necesitaba. Al final, anoche no fuimos a cenar las dos solas como habíamos planeado —dice Vanesa, que ahora sí evidencia en su voz que está más apagada—. Me he despertado un poco triste.

—Lo siento. Las circunstancias de ayer no fueron las mejores; ya viste cómo se dio todo.

—Lo sé. Pero echo de menos pasar más tiempo contigo y de nuevo han empezado a surgir cosas que lo impiden.

—La vida es así. También a mí me fastidia que no podamos dedicarnos más tiempo.

—¿Seguro que te afecta?

—¡Claro que me afecta! Mucho, además.

—¿Y qué vamos a hacer?

—No sé a qué te refieres. ¿Qué quieres decir?

Vanesa no contesta y Julia se queda esperando en silencio al otro lado de la línea durante varios segundos. Al ver que su novia no le da una respuesta, es ella la que retoma la palabra.

—No quiero discutir, cariño. Tengo que irme a la universidad. Luego hablamos y buscamos una solución, ¿vale?

—¿Has leído lo de Ernesto Valle? Las noticias dicen que lo asesinaron cortándole el cuello. Es horrible.

—Sí, terrible. Me lo contaron mis padres ayer por la noche cuando os fuisteis.

—Ha sido un asesinato, Julia. Hay alguien por ahí que ha matado a tu profesor, alguien que podría ir a por ti también.

—No te preocupes, a mí no me pasará nada.

—¿Cómo lo sabes? Igual que le ha sucedido a él, te podría ocurrir a ti. Los dos habéis hecho preguntas incómodas a gente que puede ser peligrosa.

—Vane, en serio, tranquila. Todo irá bien. Nadie me va a hacer daño, ¿de acuerdo? —insiste Julia—. Además, mis padres me han pedido que me aleje por completo del caso y le han dado a la policía la carpeta con el informe de Ernesto.

—¿Ya no investigarás más?

—No. Ya no haré más preguntas ni hablaré con nadie relacionado con Juncosa. A partir de ahora, dejaré que se encarguen los profesionales.

—Me parece una buena y acertada decisión.

A Julia no. Al menos no es una decisión que la satisfaga, aunque pueda entenderla. A ella le hubiera gustado terminar lo que empezó y averiguar la verdad sobre la muerte de Pedro Juncosa y sobre quién ha matado a su profesor.

—Vane, me tengo que marchar o perderé el bus. Vamos hablando durante la mañana.

—Vale, hablamos. Y ten mucho cuidado.

—Tranquila, soy una chica dura. No hay quien pueda conmigo.

—No te confíes, por favor. Estate alerta.

—Estaré atenta, de verdad. ¡Me tengo que ir!

Y tras decirse cuánto se quieren, las dos cuelgan prácticamente a la vez. Julia se dirige hacia la estación de autobuses tras despedirse con frialdad de Claudia. En su cabeza se empiezan a acumular

demasiadas historias y eso la agobia. Se acuerda entonces de su abuela y de su peculiar forma de ver las cosas. Ojalá pudiera hablar con ella en ese momento.

Vanesa, por su parte, realiza otra llamada inmediatamente después de colgarle a su novia. Marilia responde en el último tono con la voz ronca de alguien que se acaba de despertar.

—No le he dicho nada a Julia. No he querido meterla en otro lío. Voy a ir yo sola a ver a Iván a la explanada y a ponerle fin a esto de una vez por todas.

CAPÍTULO 48

Jueves, 21 de marzo de 2019

A pesar de que Emilio le ha preguntado una vez tras otra cómo ha pasado la noche en casa de Julia, la respuesta de Claudia siempre ha sido la misma: bien, sin problemas. Se fue a dormir pronto y esa mañana ha desayunado con su padre, un hombre muy agradable, educado y divertido.

—Pero no habéis discutido, ¿verdad?

—No, ¿por qué íbamos a hacerlo? ¡Y no me lo preguntes más veces, por favor! Todo va perfectamente entre nosotras.

—Me alegro mucho y perdona, a veces soy un poco pesado.

—¡Ni que lo digas!

La pareja ha quedado para ir juntos a la universidad. Esa mañana se reúne el comité disciplinario para juzgar a Claudia. Emilio ha intentado distraerla en el autobús para que no le dé demasiadas vueltas al asunto, pero, conforme se han ido acercando a la facultad de Ciencias de la Información, la chica se ha ido poniendo más nerviosa y la negatividad se ha apoderado de ella.

—Tengo un mal presentimiento. Me van a expulsar.

—¡No digas eso! Los profesores con los que tuviste el enfrentamiento no lo van a exigir. Se quedará en un castigo menor. Estoy convencido.

—Ya veremos. Me han echado de la residencia, ¿por qué me iban a mantener en la universidad después de lo que he hecho?

—Porque has pedido perdón y porque no vas a volver a hacerlo

—responde Emilio con seguridad—. Y porque sí, porque es lo justo.

—Lo justo sería que...

—¡Ya está! No lo repitas más. ¿Quién es la pesada ahora?

Claudia asiente y deja de insistir en lo mismo. Le da un beso en la boca a su novio y juntos entran en el edificio de la universidad. Todavía falta un rato para que llamen a la joven, así que deciden ir a la cafetería. Cuando entran, Emilio ve a Sofía Gisbert sentada sola en una de las mesas del fondo. Lleva puestas unas gafas de sol y el pelo mal recogido en un moño que no le favorece.

—Pídeme un café con leche, por favor. Enseguida vengo —le dice el joven del cabello azul a Claudia.

—¿Vas a hablar con la profesora de Sociología?

—Sí, quiero darle el pésame. Imagino que estará afectada por la noticia de la muerte de Ernesto Valle.

—O aliviada. Quién sabe.

—No lo creo. Seguro que se siente mal. Fueron pareja durante bastante tiempo y compartieron una etapa muy intensa para ambos. Algo de cariño le debe de guardar de aquella época.

Claudia no le lleva la contraria. Va hacia la barra para pedir y deja a Emilio solo para que pueda ir a ver a su profesora. El joven piensa un instante lo que va a decirle y después se dirige a la mesa en la que está sentada Sofía. Esta se percata de su presencia y se quita las gafas cuando Emilio la saluda.

—Hola, ya te has enterado, ¿no? —dice la mujer, que tiene los ojos hinchados de llorar.

—Sí. Lo siento mucho, Sofía. Lamento lo que le ha pasado a Ernesto.

—Gracias. A pesar de todo, lo quería. O lo quise. De verdad que sí. No era un mal hombre.

—Yo no lo conocí, pero mi amiga me ha hablado muy bien de él —comenta Emilio, que no sabe si sentarse o no con ella—. Es una pena que todo haya acabado así.

La mujer se suena la nariz con un pañuelo de papel y vuelve a ponerse las gafas de sol. Da un sorbo a su café y niega con la cabeza.

—Y pensar que el lunes estaba vivo. Creo que no lo traté demasiado bien, pero él quería desenterrar el pasado y yo hace tiempo que asumí lo de mi padre.

—¿Crees que la muerte de tu padre está relacionada con la de Ernesto? —se atreve a preguntar Emilio, que finalmente ha decidido permanecer de pie.

Sofía se queda mirando en silencio a su alumno sin entender la cuestión que le acaba de plantear. Se lleva la taza a los labios y vuelve a decir que no con un gesto.

—¿Por qué iban a estar relacionadas? ¿Piensas que el que ha asesinado a Ernesto pudo tener algo que ver con lo de mi padre?

—No lo sé, pero es una posibilidad.

—Mi padre se suicidó, Emilio. Por muchas vueltas que le diéramos en su día y nos negáramos a creerlo.

—Pero ¿y si no se suicidó? ¿Y si lo asesinaron? ¿Y si el mismo que mató a tu padre hace cinco años se ha encargado ahora de asesinar a Ernesto?

La mujer chasquea la lengua, busca algo en su bolso y saca una pequeña cartera de la que extrae una hoja de cuadritos. Está doblada en varias partes. La despliega y la coloca encima de la mesa.

—Lee esto, por favor.

—¿Qué es?

—Lo último que mi padre escribió. Estaba en el piso donde vivía, dentro de una caja fuerte oculta detrás de un cuadro. La encontré cuando vendimos el apartamento y fuimos a llevarnos las cosas de más valor.

Emilio siente un escalofrío. Se inclina sobre la hoja y la lee en silencio:

Viernes, 4 de abril de 2014

«No puedo más. Hasta aquí llegaron mis fuerzas. Es hora de acabar con todo esto. Mi existencia se ha convertido en un auténtico sinsentido y he perdido el control de la situación. ¿Para qué vivir? ¿Para qué continuar? Para nada. Estoy inmerso en el mismísimo infierno, de donde ya no podré salir. Lo tengo muy claro.

Es mi turno. Me toca ser valiente y dar el último paso. Debo apretar los dientes y aceptar que ha llegado el final. Sí, este es el final. Lo siento así.

Parece mentira que me haya rendido. ¿He cambiado tanto? ¿Me he transformado en alguien tan débil? Seguramente. La realidad es que no soy el mismo de hace unos años. Entonces lo veía todo tan claro... Hoy solo sé que la lucha, mi lucha, debe concluir con mi desaparición.

La vida me ha tratado tan mal como yo la he tratado a ella, así que nada

que reclamar. El resultado es justo. Llevo días planteándome muchas cosas, buscando respuestas. He buceado en el pasado y he analizado todo lo que he hecho. Ni siquiera reconozco a aquel tipo ambicioso y frío que solía ser, la misma persona que escribe estas líneas y que un día quiso cambiar el mundo. Sin embargo, me he dado cuenta de que no puedo ser como soy o como quería ser. No, no soy así, aunque el daño ya está hecho. Un daño eterno por el que debo pagar con mi vida, porque ya no puedo soportarme más. Luego, que pase lo que tenga que pasar. Si hay un ente superior, un dios, que me juzgue. Yo ya me he juzgado y he dictado sentencia. A todos los que me queréis y también a los que me habéis odiado, ADIÓS».

El joven se queda boquiabierto y sin palabras. Al final, parece que Pedro Juncosa sí que se suicidó y aquella nota lo confirma.

—¿Esta hoja estaba dentro de una caja fuerte? ¿La puso allí tu padre?

—Imagino que la pondría él mismo, claro —responde Sofía mientras vuelve a doblarla y a guardarla en la cartera—. La encontré yo misma. Supongo que mi padre confió en que la encontraríamos antes o después y decidió guardarla allí. Siempre he creído que fue una especie de despedida, que él intuyó que sería yo quien se haría con ella. Y así fue.

—¿Sabe la policía de su existencia?

—No. ¿Para qué? El caso ya estaba resuelto cuando la encontré y todos decían que era un suicidio. Todos menos Ernesto, María José Yuste y yo.

—¿Ernesto vio la nota?

—No. Hasta este lunes —responde Sofía, que carraspea al hablar—. Pero aun así insistía en que a mi padre lo habían matado. Decía que era falsa, que mi padre no había escrito esto.

—¿Es eso posible? ¿Puede ser que la escribiera alguien que no fuera tu padre?

—Por supuesto que no —responde la mujer con indignación—. Cuando apareció, la llevé a un grafólogo para que la analizara. Me aseguró que la letra era de mi padre. La comparó con otros textos escritos a mano por él y me confirmó que era suya. No había ninguna duda.

Sofía suspira hondo y después le cuenta a Emilio el resto de la historia.

Cuando fueron a recoger las cosas del piso de su padre,

descubrieron que había una caja fuerte debajo de un cuadro. Dentro estaba esa hoja fechada el 4 de abril de 2014 en la que Pedro Juncosa hablaba de su suicidio. Sofía decidió llevársela y autenticar que había sido escrita por él. No se lo dijo a nadie; ni a su madre, ni a su hermano, ni tan siquiera a Ernesto, con quien las cosas ya no iban bien. Llevó la nota a un banco y la guardó en una caja de seguridad. Aquello suponía para ella el fin de su etapa más oscura; era lo que necesitaba para pasar página definitivamente. Por fin sabía la verdad y eso le bastaba. Sin embargo, unos días atrás, Ernesto había aparecido de nuevo removiendo el pasado y reabriendo la investigación por su cuenta. Pensaba que, si encontraba al asesino de Juncosa, la recuperaría a ella. Por eso Sofía decidió sacar la nota de suicidio de la caja de seguridad del banco y tenerla preparada para cuando él apareciera, aunque sabía que él negaría la evidencia y seguiría creyendo que a su padre lo habían asesinado.

—Se obsesionó demasiado con la muerte de mi padre y conmigo —concluye la mujer, que se quita las gafas de sol y se seca los ojos mojados con el pañuelo de papel—. Yo quería guardar esta hoja para mí. No me porté demasiado bien con mi padre y, de alguna manera, esta nota me unía más a él. Es su intimidad, sus últimas palabras. Pero creo que ahora se la daré a la policía.

—¿Se la vas a entregar?

—Me parece que sí. Quizá debí hacerlo cuando la encontré, no lo sé. Siempre actúo con el corazón y el corazón me pide ahora mismo hacer las cosas de otra manera. Así ya no habrá más dudas de lo que le ocurrió a mi padre.

El joven asiente y se queda pensativo. Instintivamente, mira hacia el otro lado de la cafetería. Claudia ya se ha sentado y hay dos cafés humeantes sobre la mesa. La chica sopla sobre uno de ellos mientras examina su móvil.

—Emilio, creo que debo contártelo ya. Tengo una mala noticia —dice Sofía inesperadamente.

—¿Una mala noticia? ¿Cuál? No me asustes.

—Van a expulsar a Claudia Comino. El comité lo ha decidido así. Ninguno de nosotros hemos podido hacer nada. Se lo van a comunicar en unos minutos.

CAPÍTULO 49

Jueves, 21 de marzo de 2019

—¿Y ahora quién va a darnos Fundamentos Criminológicos lo que queda de curso?

—No lo sé, Yi. Imagino que pronto pondrán a alguien.

—Menudo marrón será para esa persona. No solo dará una asignatura que ya está empezada, sino que tendrá que sustituir a un muerto.

Julia mira a su amiga molesta por lo que ella considera un comentario inoportuno. Después, vuelve la vista a su móvil para seguir leyendo las noticias. Las dos están sentadas en clase esperando a que llegue la profesora de Derecho Penal. Han transcurrido cinco minutos y todavía no ha aparecido.

—No quiero ser mala, pero, si esta mujer no viene, yo seré feliz. No me apetece dar clase ahora —comenta Yi Lin impaciente—. ¿Tú qué dices, Julia?

—Yo no digo nada.

Esa mañana está muy desanimada, y cuanto más lee en Internet sobre la muerte de Ernesto Valle, peor se pone. Los medios de comunicación ya han entrado en juego y los programas de televisión y la prensa digital empiezan a tratar la noticia con datos de diversa índole que aseguran que están contrastados. También se habla en las redes sociales, donde el humor negro y las faltas de respeto hacia una persona que la mayoría ni siquiera conocía se suceden.

«¡No tiréis cosas al río, que lo contamináis! ¿Para cuándo un contenedor de personas, ecologistas?», «Los profesores ya no saben qué hacer para no ir a trabajar» o «A alguien se le ha ido la mano con

la cuchilla de afeitar» son algunos de los comentarios que Julia lee en Twitter; comentarios de gente sin rostro con *nicks* ridículos que la llenan de indignación. No comprende cómo se pueden permitir salvajadas como esas, que nadie ejerza un control para frenarlas.

—¿Nos vamos? —pregunta Yi cuando el retraso de la profesora de Derecho Penal acumula nueve minutos.

Sin embargo, antes de que Julia responda, el decano de la facultad entra en el aula y cierra la puerta. Todos los estudiantes ocupan sus asientos y guardan silencio rápidamente.

—Imagino que todos os habéis enterado ya de la triste noticia —dice el hombre calvo vestido con un traje oscuro—. Nuestro querido profesor Ernesto Valle fue encontrado ayer sin vida. Todos estamos hundidos. Era un buen hombre y le teníamos un gran cariño.

Durante tres o cuatro minutos, el decano se dedica a destacar las cualidades del fallecido delante de la clase, que permanece callada. Varios chicos se emocionan y derraman algunas lágrimas, entre ellos Julia y Yi, que se cogen de la mano mientras el hombre habla.

—Hoy y mañana quedan suspendidas las clases, aunque os pido que no os vayáis a casa todavía. La Policía Judicial está por aquí para recoger pruebas y puede que quieran hablar con algunos de vosotros. El inspector jefe Martínez Prado me lo ha pedido personalmente.

Julia abre mucho los ojos cuando escucha el nombre del encargado de la investigación. No se lo esperaba. Se suponía que al aparecer el cuerpo a varios kilómetros de la ciudad, en otra jurisdicción, sería la Guardia Civil de la zona la responsable del caso.

—¿Ese tío no es el que llevó la muerte del psicólogo? —le pregunta Yi en voz baja.

—Exacto, el mismo.

¿Será una casualidad? ¿O es que alguien de la Policía Judicial del Grupo de Homicidios ha relacionado ambos casos y han decidido que los investigue la misma persona? Tal vez era eso de lo que su padre quería hablar con ella.

—Nos hemos puesto en contacto con la hermana de Ernesto y nos ha informado que el entierro será mañana —continúa diciendo el decano—. A las once habrá una misa en la capilla del tanatorio y a las doce y media será el entierro. De todas maneras, os llegará un correo electrónico con toda la información, con los horarios y la ubicación.

A Julia no le cabe ninguna duda de que Martínez Prado querrá hablar con ella y espera que el inspector jefe no le guarde rencor por

lo incisiva que fue con él hace unos días por teléfono.

—Antes de irme, me gustaría que guardáramos un minuto de silencio por Ernesto. Descansa en paz, amigo.

Durante los siguientes sesenta segundos nadie habla; solo se escucha la respiración agitada de algunos estudiantes y el sollozo de otros. Julia se mantiene firme, no llora, parece como ausente. Su cabeza ya está dándole vueltas al hecho de que Martínez Prado esté al frente de la investigación.

El decano sale del aula y enseguida se escucha un gran murmullo. Los estudiantes comentan entre ellos lo que les acaban de contar. Algunos no están muy de acuerdo en tener que quedarse allí por si la policía necesita interrogarlos, pero nadie abandona la clase.

El delegado se pone de pie y va hasta la pizarra para dirigirse al resto de sus compañeros. Les pregunta si les gustaría que asistieran todos juntos al entierro del que fue su profesor. La mayoría levanta la mano mostrando su acuerdo, incluidas Yi y Julia. Tomada la decisión, el muchacho regresa a su asiento y cada uno se pone a hablar con las personas que tiene más cerca.

—Yi, voy a salir un momento. Tengo que llamar a mi padre. Si se dice algo interesante mientras, me lo cuentas luego.

—Si no te lo cuenta ella, lo haré yo —dice Daniel Durán, que se ha acercado sigilosamente hasta las dos chicas—. Vete tranquila.

La chica le da las gracias y se levanta de su silla. A mitad de recorrido, Julia gira la cabeza y observa cómo Yi Lin la está mirando con la frente arrugada. Daniel, en cambio, se muestra sonriente. Mientras camina hacia el pasillo, piensa que le gusta cómo sonrío aquel chico y la expresión que se dibuja en su rostro cuando lo hace. ¿Tiene algo de malo pensar eso? No, por supuesto que no. Millones de chicos sonrían cada día. Y también millones de chicas. Dani es uno más. Solo uno más.

Fuera del aula, Julia se toma unos segundos antes de llamar a su padre. Podría enviarle un WhatsApp para preguntarle si puede hablar en ese momento, pero opta por intentar localizarlo llamándolo directamente al móvil. Si no se lo coge, entonces le mandará el mensaje. Pero Miguel Ángel contesta al instante.

—¿Al final no has ido a la universidad? —pregunta su padre a modo de saludo.

—Sí, estoy aquí. Lo que pasa es que han suspendido las clases y tengo libre. Acaba de anunciarnoslo el decano. También nos han

pedido que nos quedemos aquí por si la Policía Judicial quiere hacernos algunas preguntas.

—Ah. Eso significa que ya sabes quién es el encargado de la investigación, ¿no?

—Mi amigo Rodolfo Martínez Prado. ¿Cómo es posible?

—Él mismo lo ha pedido al enterarse de quién era la víctima. Conocía a Ernesto por el caso Juncosa. La Guardia Civil de la zona ha accedido, aunque colaborarán con él y con su equipo.

—Hubiera preferido que se encargara otro.

—Martínez Prado tiene una gran reputación y trabaja muy bien. No es mal tipo. Ayer estuvimos charlando un rato. Es un hombre muy serio, pero tiene un sentido del humor interesante.

—Me odia, papá. ¿Para qué vamos a negarlo?

—Por supuesto que no te odia, Julia. De hecho, me dijo que le habías hecho unas preguntas muy buenas.

—No me lo creo. ¿En serio? ¿Y qué más te dijo?

—Que quería hablar contigo.

—Lo suponía —dice la chica, que ríe por no llorar—. Era cuestión de tiempo.

—Intenté dejarte al margen, te lo prometo. Pero después de ver el informe que había compartido contigo Ernesto y la foto de tu pizarra, no conseguí evitarlo.

—¿Vio las anotaciones de la pizarra?

—Sí, Julia. Se las enseñé, tenía que hacerlo. Uno de esos nombres puede ser el asesino de Ernesto Valle.

Entiende a su padre. Es la persona con más sentido del deber que conoce, y tanto la carpeta de Ernesto como lo que ella ha escrito en la pizarra pueden encerrar pistas decisivas para que la policía encuentre al culpable.

—¿Me interrogará aquí o en la comisaría?

—Creo que ahí... —responde Miguel Ángel dubitativo—. Aunque no lo sé con seguridad. Si está en la universidad, no perderá el tiempo e irá a verte pronto.

—Me encerrará en el cuarto del bedel y me amenazará con la fregona para que confiese lo que sé.

—No será para tanto. pero me alegro de que te lo tomes con humor.

—No me queda otra, papá —dice la chica, a la que en realidad no le hace ninguna gracia tener que vérselas con Martínez Prado en

persona—. ¿Algo más que deba saber?

—Que tu madre y yo te queremos mucho y que no vas a volver a pasar por lo de la otra vez. No permitiremos que sufras ni lo más mínimo.

Aquellas últimas palabras de su padre sacan el lado más sensible de Julia; los ojos se le humedecen y le cuesta tragar saliva. No puede hablar.

—Suerte con el inspector jefe. Llámame luego para contarme cómo te ha ido.

—Lo haré. Muchas gracias, papá. Todo irá bien.

Sus propias palabras la ayudan a calmarse. «Todo irá bien». No tiene por qué ir de otra manera. Ella no ha hecho nada malo; solo estaba ayudando a su profesor a investigar un suceso del pasado como parte de un trabajo para la universidad. El criminal es el que le ha quitado la vida a Ernesto Valle. Ese es a por el que tienen que ir.

Julia se despide de su padre, pero no entra todavía en clase. Si todo acaba pronto, quizá le dé tiempo a ir a ver a Vanesa antes de que empiece su turno en el hotel. La conversación que han tenido esa mañana no ha sido nada positiva. La ha notado muy preocupada y no solo por su seguridad, también por su relación. Ha de reconocer que, ya desde unos días antes de morir su abuela, las cosas están raras entre ellas. Se ha dado cuenta y es consciente de eso. ¿Se está apagando lo que siente?

El reloj de su móvil indica que son las diez menos cinco. Busca el número de su novia entre las últimas llamadas recibidas y pulsa sobre él. Vanesa no responde ni la primera ni la segunda vez. No hay una tercera porque Julia ve entonces cómo dos personas avanzan por el pasillo hacia ella.

—Tú eres Julia Plaza, ¿verdad? —le pregunta un hombre delgaducho ataviado con un abrigo largo marrón. Va acompañado de una mujer bastante más joven que él, con el pelo castaño rizado y muy atractiva.

—Sí, soy yo.

—Encantado de conocerte, aunque ya hemos hablado por teléfono. Soy el inspector jefe de la Policía Judicial, Rodolfo Martínez Prado. Y ella es la subinspectora Miriam Iglesias Canales. Tenemos unas cuantas preguntas que hacerte. ¿Estás disponible ahora?

—Adelante, estoy preparada para lo que necesiten.

CAPÍTULO 50

Jueves, 21 de marzo de 2019

Julia la ha llamado un par de veces, pero ha preferido no cogerle el móvil. No es el momento. Su novia averiguaría enseguida que le está ocultando algo. Es demasiado lista y tiene ese instinto especial para descubrir cuándo le están mintiendo; de hecho, esa misma mañana ya ha notado en su voz que estaba preocupada. Vanesa no solo la echa de menos; le inquieta que alguien pueda hacerle daño a Julia, como se presumía en esa extraña conversación que Iván le enseñó el día anterior. Precisamente ahora va camino de encontrarse con él en el descampado en el que han quedado. No va sola, Marilia se ha ofrecido a llevarla en su coche y ella ha aceptado.

—Ya son las diez y cinco. Llegamos un poco tarde.

—No pasa nada. Que espere —comenta Vanesa, que tiene muy claro lo que va a decirle a Iván.

Esa será la última vez que se vean. Le pedirá que desaparezca de sus vidas para siempre; si no, irá a la policía. No aceptará excusas de ningún tipo. Por si acaso, grabará la conversación con el móvil y su amiga la estará escuchando desde el coche.

Marilia aparca a unos doscientos metros de la explanada, que está rodeada de varios montículos de arena. Vanesa resopla y abre la puerta del copiloto.

—¿Seguro que no quieres que vaya contigo?

—Seguro. Esto debo hacerlo yo sola. Tú estate atenta por si Iván se altera demasiado y tienes que acudir al rescate. Desde aquí tardarás menos de veinte segundos en llegar con el coche.

—No dudaré en salir pitando a por ti.

—Vale, pero no te precipites. Quiero que me diga cómo encontrar a los que hablaban de Julia sin tener que alertar a la policía. Yo te aviso.

—¿Palabra clave? ¿Aguacate?

Marilia hace reír a Vanesa, que se alegra de que esté allí acompañándola en un momento de tanta tensión. No solo le contagia su optimismo crónico; su presencia también le aporta seguridad.

—Mejor grito tu nombre, sin palabra clave, ¿vale?

—Vale, pero no fuerces mucho la situación. Si está tan loco como dices, puede ser muy peligroso.

—Tendré cuidado.

Vanesa asiente y coge el móvil. Llama por teléfono a su amiga y esta responde a su lado.

—Hola, rubia. ¿Me escuchas bien?

—Hola, Marilia. Perfectamente.

—Menos mal, porque estamos a un metro de distancia —bromea Marilia, que le saca la lengua—. Algún día descubrirás que todo esto es un sueño.

—¿Como el de Alicia?

—No, como el de Resines.

Vanesa suelta una última carcajada, se guarda el teléfono en la chaqueta vaquera y baja del coche. Está más relajada, las bromas de su amiga han surtido efecto.

A continuación, se dirige caminando lentamente al lugar de la cita. En esos pocos metros, le viene a la cabeza la película *Seven*, en la que Brad Pitt y Morgan Freeman acuden a un sitio parecido para recibir un siniestro regalo. Espera que a Iván no se le vaya tanto la olla y no llegue hasta ese punto.

Desde la cima de uno de los montículos de tierra que rodean el descampado, la joven ve el coche azul. Es el mismo vehículo en el que se montó ayer, la llevó hasta allí. Se pregunta de nuevo de dónde lo habrá sacado, aunque algo le dice que la respuesta no iba a gustarle. ¿Lo habrá robado?

Con mucho cuidado, Vane desciende por el montículo arrastrando despacio los pies por la arena para evitar resbalar y caerse. Iván la ve y se baja del coche. Los dos se reúnen en el centro de la explanada, aunque el joven no parece muy contento. Mira a un lado y al otro confuso.

—¿Y Julia? ¿Dónde está?

—No ha venido.

—¿No ha venido?

—No. He decidido venir yo sola. Ni siquiera sabe que estoy aquí.

—¿Qué? ¡Joder! ¡Te dije que traieras a Julia! —grita Iván, que se coloca las dos manos en la cabeza y empieza a dar pasitos cortos a izquierda y derecha. Parece muy nervioso, se asemeja a un tigre enjaulado.

—No voy a dejar que la vuelvas loca con tus historias —dice Vanesa, que intenta no alarmarse por la actitud del chico—. Si he venido ha sido para decirte que nos dejes en paz de una vez por todas, que no queremos volver a verte y que, si nos sigues acosando, llamaré a la policía. Te lo digo muy en serio. ¡No voy de farol!

Iván cesa de moverse y mira fijamente a Vanesa. Esta siente como si la estuviese descuartizando con los ojos, que parecen inyectados en sangre. Es la mirada de alguien furioso y desesperado.

—No entiendes nada. ¡No entiendes nada! —exclama el joven fuera de sí—. ¡Tenía que venir Julia! ¡Te lo expliqué muy claro! ¡Ella es la que tenía que estar aquí! ¡Tenía que venir ella!

—Pues mira, no ha sido así. No he querido que viniera. Me tienes a mí, confórmate con eso —suelta Vanesa amedrentada por la agresividad de Iván. Está a punto de decirle a Marilia que vaya a por ella, pero decide aguantar un poco más. Necesita saber algo—. ¿Cómo puedo proteger a Julia? ¿Es posible descubrir quiénes son los tipos de la conversación que me enseñaste ayer y encontrarlos? ¿O era un *fake* y solo me querías asustar para que la trajera?

—¿Un *fake*? ¿Piensas que la charla entre Lobo Feroz y Oso Polar era un *fake*?

—De ti me espero cualquier cosa.

Iván suelta una carcajada, se lleva la mano a la parte trasera del pantalón y saca una pistola con la que apunta a la chica. Vanesa se estremece y da unos pasos hacia atrás.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Pensaba matar a Julia —responde el chico con la mirada perdida—. Pero me tendré que conformar contigo, como tú misma has dicho.

—¿Querías matarla? ¿Por qué?

—He apostado por su muerte. Me darán mucho dinero si palma —dice Iván, que continúa amenazando a Vanesa con el revólver—. Pensaba que no era el único, que Lobo Feroz y Oso Polar también

querían encargarse de ella por la misma razón. Pero anoche volví a entrar en el chat y descubrí que no. Su objetivo es otro, algo mucho más ambicioso. Una locura. ¡Esos tíos sí que están locos de remate!

Vanesa piensa muy deprisa mientras Iván habla. Está tentada de avisar a Marilia, pero, si ella aparece, él le disparará. Tiene una pistola y no hay nada que ninguna de las dos pueda hacer contra eso. No se le ocurre nada, así que intenta entretenerlo esperando que ocurra un milagro.

—Que hayas apostado por la muerte de Julia, ¿significa que ha vuelto Viral?

—Viral nunca se ha ido, siempre ha estado ahí. ¿O es que pensabas que Jacob no tenía un plan B por si todo se iba a tomar por culo? Ese tío es indestructible.

—¿Y tú formas parte de ese plan B?

—No, yo lo delaté y eso no me lo perdonará jamás. Traté de disculparme con él, sin éxito, claro. Jacob nunca perdona a los que lo traicionan. Ahora mismo me está buscando para matarme. Simplemente, apuesto que con una identidad falsa. Necesito pasta para huir de aquí para siempre. Se me ha terminado el dinero —dice Iván, que acerca el arma y la coloca a la altura del pecho de la chica—. Julia era mi mejor opción. No te puedes ni imaginar la fama que tiene en la *Deep Web*.

—¿Y por qué la salvaste de Hugo? Él quería matarla y tú lo evitaste, ¿o también te inventaste eso?

—¡No me lo inventé! ¡Fue así!

—¿Por qué lo hiciste entonces?

—Tuve que hacerlo.

—Le salvaste la vida y ahora quieres quitársela. ¿Qué ha cambiado, Iván? ¿Por qué te has convertido en...?

—¡Estaba enamorado de Julia! ¡Pero ya no siento nada por ella!
—exclama el chico interrumpiendo a Vanesa y hundiendo el cañón de la pistola en su seno derecho—. Se acabó la charla. ¡Al suelo! ¡Ponte de rodillas!

—No. No, por favor. Piénsalo bien.

—¡Al suelo! ¡Ya!

—Iván, por favor. No...

—¡Que te arrodilles, joder!

—Fuimos novios. ¿No te acuerdas de los buenos momentos que pasamos juntos? Fuiste el primero en muchas cosas.

—¡No! ¡Ya no me acuerdo de nada de eso! —grita Iván, que está muy alterado—. De rodillas en el suelo, Vanesa. No te lo voy a decir otra vez.

—Por favor, no..., no...

De pronto, el ruido es ensordecedor. Varias sirenas suenan al mismo tiempo y, como por arte de magia, varios coches de policía aparecen por cuatro sitios diferentes.

—¿Qué coño has hecho? ¡Has avisado a esos hijos de perra! —grita Iván desesperado.

—¡No! ¡Yo no he sido! ¡Te lo juro!

—Eres una puta.

Iván está a punto de dispararle a Vanesa, pero no lo hace. Se la quita de en medio con un empujón y se lanza a toda velocidad hacia el coche azul. El joven ignora los avisos de los policías, que le piden que se detenga. Entra en el vehículo, lo pone en marcha y pisa el acelerador. Consigue escapar por un hueco libre, pero varias patrullas comienzan a perseguirlo.

Vanesa, temblando, ve a Marilia corriendo hacia ella. Las dos chicas se abrazan durante casi un minuto. Cuando se separan, se sonríen entre lágrimas.

—¿Has avisado tú a la policía?

—No, Vane. Yo no he sido.

—Entonces, ¿cómo se han enterado?

—No lo sé. ¿Tú estás bien?

—Sí, aunque pensaba que no lo contaba —comenta Vanesa, a la que aún no se le ha pasado el susto—. Tenía una pistola e iba a dispararme.

—Está loco. Ha perdido la razón.

—Ha estado a punto de matarme. Lo iba a hacer, Marilia. Lo iba a hacer...

Un gran estruendo se escucha no lejos de allí. Las dos amigas se imaginan lo que ha sucedido. Pocos minutos después, uno de los agentes de policía que las atiende les confirmará que el coche de Iván ha sufrido un accidente. No sabe si el conductor ha muerto o ha sobrevivido.

CAPÍTULO 51

Jueves, 21 de marzo de 2019

Julia apaga su móvil y se sienta en una de las tres sillas que rodean la mesa de cristal. Las dos personas que la acompañan ocupan las que quedan libres.

—Ante todo, queremos que estés relajada y que veas esta conversación como una charla distendida y sin ninguna presión. Además, tú ya tienes experiencia en hablar con polis.

La chica asiente, pero no está para nada relajada. La figura del inspector jefe Rodolfo Martínez Prado le impone. Ese hombre y la subinspectora Miriam Iglesias le van a hacer unas preguntas en un despacho que la universidad les ha facilitado. Será la primera a la que interroguen esa mañana sobre la muerte de Ernesto Valle.

—Háblame un poco de tu profesor —le pide el inspector jefe—. Manteníais una buena relación, ¿no es así?

—Sí. Me llevo bien con todos los profesores.

—Claro que sí, pero Ernesto era especial, ¿verdad? Él te pidió que le ayudaras con un caso que sucedió hace cinco años.

—Sí, así es.

—¿Qué te dijo que tenías que hacer?

—Un trabajo sobre todo el proceso de investigación de la muerte del psicólogo Pedro Juncosa —responde Julia, que se nota cada vez más tensa—. Si lo hacía bien, podía sacar una matrícula de honor en su asignatura.

—¿Solo eso? ¿Simplemente era un trabajo?

La insistencia de Martínez Prado, que tiene los ojos clavados en ella, hace que la chica no se sienta cómoda. No es fácil responder a

ciertas cosas ni decir siempre la verdad sin verse comprometida. Sabe que a veces ha actuado rozando el límite de lo correcto.

—Empezó siendo un trabajo y luego me di cuenta de que aquello también tenía que ver con Ernesto y con su vida personal. Cuando me enteré de que él había sido la pareja de la hija del fallecido, la perspectiva cambió, aunque yo seguía viéndolo como una tarea de clase.

—Y hablaste con varias personas relacionadas con Juncosa a petición de tu profesor, ¿no es así?

—No. Fui por voluntad propia. Quería hacer el mejor trabajo posible y eso implicaba hablar con algunas personas; incluido usted, como bien sabe.

—Sí, fue una charla interesante.

—Me pareció una buena idea hablar con la persona que se encargó de dirigir la investigación. Le agradezco que me diera esa oportunidad.

—Fue un placer. Pero había una lista de personas sospechosas, ¿no?

—Sí, existía esa lista.

—Una lista elaborada por Ernesto Valle —indica Martínez Prado, que abre una libreta que ha puesto encima de la mesa del despacho—. Ricardo Acosta, Sabrina Serrano, Carlos Montero, Marcelo González, Rita Jovellanos, Úrsula Medina y María Gisbert. Según tu profesor, estos eran los sospechosos de la muerte de Pedro Juncosa, ¿es así?

—Según él, sí, una de esas personas pudo ser la culpable.

—Sin embargo, el juez Amadeo Robledo determinó que aquel hombre se había suicidado y el caso quedó archivado. ¿Encontraste algo que te hiciera pensar de otra manera? ¿O fue el propio Ernesto Valle quien te convenció de ello?

Julia no responde de inmediato. Observa al inspector jefe Martínez Prado y luego a la subinspectora que lo acompaña y que todavía no ha abierto la boca.

—¿Acaso importa eso? Ernesto ha muerto. Lo que nosotros pensáramos da lo mismo.

—Perdona que te corrija, Julia. No da lo mismo —interviene por fin Miriam en un tono bastante moderado—. Si tu profesor encontró algo que demostrara que Juncosa no se suicidó, sino que lo mataron, puede que tengamos una pista sobre quién lo asesinó a él.

A Julia le agrada que aquella mujer haya dicho eso; es justo lo que ella piensa, que ambas muertes están relacionadas. Sin embargo, Martínez Prado obvia el comentario de su compañera y cambia de tema.

—¿Fuisteis juntos a hablar con algunos de los señalados en esta lista?

—Bueno, sí. Estuvimos charlando con Carlos Montero, el mecánico de coches.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Qué conclusión sacasteis de él? ¿Os dio mala espina?

Julia no comprende las razones por las que el inspector está desviando el rumbo de la charla hacia asuntos que no tienen que ver directamente con el asesinato de Ernesto. Mira a la subinspectora, que aparta la mirada.

—Pues no lo sé —contesta la chica titubeando—. Sabíamos que había estado en la cárcel, pero...

—Mató a uno de sus primos. Es un tipo peligroso. ¿Crees que él pudo asesinar a Ernesto?

—No..., no lo sé. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque temía que lo denunciarais a la policía. Ese tipo no ha dejado de hacer chanchullos desde que salió de prisión. De hecho, andábamos detrás de él.

—¿Sí? No lo sabía.

—Ahora está retenido en la comisaría. Cuando vimos su nombre en la lista de Valle y nos enteramos de que estuvisteis en el taller donde trabaja, no dudamos en ir a por él.

—¿Y qué ha dicho?

—Lo mismo que dicen todos: que él no ha hecho nada y que es inocente —responde con frialdad el inspector jefe de la Policía Judicial—. Al final, la mayoría son culpables. Y este sujeto ya cometió un asesinato en su día. Uno que sepamos...

—Pero estaba en Brasil cuando mataron a Juncosa hace cinco años.

—Juncosa se suicidó. Sin embargo, os metisteis donde no os llamaban y pudisteis provocar a este hombre, que tiene unos cuantos antecedentes muy graves a sus espaldas. Buscó a Ernesto Valle y lo asesinó cortándole el cuello. A su primo lo mató de una manera parecida.

A Julia le va a explotar la cabeza. ¿Carlos Montero asesinó a su profesor porque pensaba que lo iba a denunciar a la policía y podían descubrir otros delitos que había cometido? ¡Pero si ni siquiera se identificaron! Solo le dijeron sus nombres y además le mintieron asegurándole que eran primos.

—Sinceramente y con todos los respetos, señor, no creo que ese hombre asesinara a Ernesto Valle —dice Julia, que cuando termina de hablar mira de nuevo a la mujer—. Pienso como ella, que a mi profesor lo asesinó alguien relacionado con la muerte de Juncosa.

—Ella no piensa así, simplemente ha planteado un supuesto. La Policía Judicial del Grupo de Homicidios en su conjunto y sin excepciones respeta y comparte las decisiones de los jueces al cien por cien. Aquello fue un suicidio. Yo mismo llevé el caso, como bien sabes —señala el hombre vehementemente—. Y ese tipejo, Montero, ha comprado unas cuantas papeletas para ser el culpable de la muerte de Valle. En cualquier caso, no nos vamos a precipitar y hasta que no haya pruebas no lo acusaremos formalmente.

Julia se teme que, si no encuentran rápido al asesino de Ernesto, todo el peso de la ley caerá sobre Carlos Montero. Al menos, de momento. Aunque ¿y si lo hizo él? Quizá sí averiguó quiénes eran después de visitarlo y fue a por su profesor por miedo a que este hablara con la policía como sospecha Martínez Prado.

—Sigamos, por favor —comenta el inspector jefe después de revisar unos segundos su libreta en silencio—. Cuando hablamos por teléfono, hiciste alusión a algo que me dejó intrigado. ¿Sabes ya lo que es el vigilante del silencio?

A la chica enseguida le vienen a la mente las letras que encontró en el interior de la caja fuerte que había en el antiguo piso de Pedro Juncosa y que se corresponden con las iniciales de esas palabras, pero prefiere guardarse aquella información.

—No, no sé lo que es.

—¿De dónde lo sacaste?

—María José Yuste, ¿se acuerda de ella?, se lo oyó decir un día a Pedro Juncosa.

—Sí, me acuerdo. La asistenta bajita del pelo de colores.

—Exacto, esa misma. Parece que no le hicieron demasiado caso y eso que fue ella la que encontró el cadáver.

—No era una persona muy fiable.

—Ella dice que también le habló del vigilante del silencio y que

usted se burló —se atreve a decirle Julia, que cada vez se siente menos intimidada por Martínez Prado—. Usted le dijo que, seguramente, la víctima se refería a los Héroes del Silencio, un grupo de música que le gustaba mucho al psicólogo.

—Eso no lo recuerdo, pero no es cierto. Jamás me reiría de un testigo. Somos profesionales y escuchamos a todas las personas que lo requieren.

—A María José no la escuchó nadie.

—Te repito que esa señora no tenía ninguna credibilidad. Además, fue la que le comió la cabeza a Sofía. Le insistió en que lo de su padre había sido un asesinato y ella picó. Afortunadamente, por su salud mental, cambió de opinión y terminó aceptando la realidad.

Julia prefiere no rebatirle más. El inspector jefe Martínez Prado no va a cambiar de opinión y considera una pérdida de tiempo discutir con él. En cambio, su compañera es diferente, parece una persona más abierta. Es ella, precisamente, la que se dirige ahora a la chica.

—A parte de Carlos Montero, ¿sabes de alguien con quien Ernesto Valle tuviera algún tipo de problema?

—¿Un problema tan grave como para degollarlo? No.

—¿No lo viste enfrentarse con alguna persona estos últimos días?

—No. Mi abuela murió el miércoles pasado. Fue el último día que coincidí con él. Desde entonces, ni siquiera hablamos por teléfono.

—Lo siento mucho, Julia.

—¿No te llamó en todos estos días? —pregunta el inspector jefe, que pasa por encima lo de la muerte de la abuela de la joven—. ¿Ni para darte el pésame?

—Estaba con él cuando me enteré. Me llevó en coche y ya no volvimos a hablar.

—Entiendo. ¿No fue al entierro?

—No, no fue.

Martínez Prado hace una anotación en la libreta y después mira su móvil. Parece algo impaciente. Tal vez ha mirado la hora y ha visto que se les ha hecho un poco tarde.

—¿Y qué hacías con él?

—Bueno, habíamos ido a hablar con el profesor Ricardo Acosta.

—Otro de la lista.

—Sí, era muy amigo de Pedro Juncosa y estuvo en su piso el día que murió.

—Lo sé, lo sé —dice suspirando el inspector jefe—. Hablé con él y me lo explicó todo. Ese hombre no mataría ni a una mosca.

También Julia tuvo esa sensación cuando charló con él. Acosta era un hombre elegante e inteligente y no parecía capaz de colgar o cortarle el cuello a nadie.

—Bueno, para terminar... Según tu opinión, ¿pudo alguna de las personas de esta lista asesinar a Ernesto Valle?

La chica se lo piensa. Úrsula, imposible. Sabrina está muerta. Carlos, improbable. Marcelo o Rita, ¿por qué habrían de hacerlo? Ricardo no se mancharía las manos. Y... ¿María Gisbert? No ha hablado nunca con la madre de Sofía y exmujer de Pedro, por lo tanto, no sabe qué pensar acerca de ella.

—No lo sé.

—Vamos, Julia. Seguro que tienes una teoría. Cuéntanosla.

—Lo siento. No tengo ninguna teoría.

—No me lo creo.

—Es la verdad.

—Bien. Eso significa que lo más probable es que la persona que ha matado a Ernesto Valle no tenga nada que ver con el informe que tu profesor te entregó para que hicieras ese trabajo, sino que es alguien que está alejado completamente del caso que quedó archivado hace cinco años, ¿no es así?

Julia resopla. Ni afirma ni desmiente. No quiere dar una respuesta rotunda, como parece que le está pidiendo Rodolfo.

—No lo sé, inspector jefe. Sinceramente, no tengo ni idea de quién pudo matar a Ernesto ni de si su asesino es alguien de esa lista.

CAPÍTULO 52

Jueves, 21 de marzo de 2019

Lo que le anunció Sofía Gisbert a Emilio se ha cumplido: a Claudia la han expulsado de la universidad. La reunión ha sido corta. Simplemente le han leído un comunicado con la decisión del comité disciplinario de la facultad. Tampoco ha tenido derecho a réplica, aunque la joven podrá recurrir la resolución.

—Esto es el fin —dice la chica abrazada a su novio.

Ambos se han sentado a unos metros del edificio universitario, en uno de los bancos del caminito que conocen bien, donde se besaron la primera vez. Por allí no pasa demasiada gente y están a salvo de miradas indiscretas.

—No, esto es el principio de algo nuevo. Ya lo verás. Además, todavía puedes recurrir la decisión del comité.

—¿Para qué, Emi? Cometí un error muy grave y tengo que pagarlo. Es lo que hay. Toca resignarse y llorar.

—No quiero que tires la toalla.

—¿Y qué hago? Lo siento sobre todo por mi madre; se va a poner fatal cuando se entere. Ella estaba muy ilusionada con que su hija estudiara una carrera.

—Lo aceptará y te seguirá queriendo. Es tu madre.

—Será una gran decepción para ella. Con todo lo que ha sufrido en la vida y ahora voy yo y meto la pata hasta el fondo. Soy lo peor.

Claudia agacha la cabeza y se echa el pelo hacia atrás. Emilio la observa apenado. No sabe qué hacer o qué decirle para animarla; hasta el momento, nada ha servido. Ella rechaza todo y solo se lamenta de su situación.

—No debería haber venido. Tendría que haberme quedado con mi madre —dice Claudia, que aprieta con fuerza las manos contra la cabeza—. Allí estaba protegida de todo, incluso de mí misma.

—Si no hubieras venido, no nos habríamos conocido.

—Habría sido mejor. Ahora, contigo, todo es más complicado.

—¿Por qué dices eso? No lo entiendo —protesta el joven, que se libera del abrazo de su novia y la mira confuso.

—Porque siento algo por ti y me va a doler más tener que irme.

El chico del cabello tintado de azul se queda en *shock*. Lo que Claudia dice es tan bonito como triste, muy triste. Y le duele; le duele en el corazón que las cosas vayan a terminar de esa forma. No puede ser. Se niega a separarse de ella.

—No tienes que marcharte. Al menos no de inmediato.

—No puedo quedarme aquí sin residencia y sin universidad en la que estudiar.

—¿Por qué no? Hasta que acabe el curso.

—Emilio, mi madre y yo no vamos sobradas de dinero precisamente. Y estoy viviendo en casa de Julia. Ninguna residencia me aceptará si no estoy matriculada en alguna carrera. Hay que ser realistas.

—Pues busca un piso, un estudio..., una habitación. Lo que sea. No tienes que vivir en una residencia de estudiantes.

—Eso no es tan fácil.

—Yo te ayudaré. Incluso podría irme a vivir contigo. ¿Qué te parece? ¡Podríamos ser compañeros de piso! Así te ahorrarías la mitad del dinero.

—¡Qué dices! ¡Estás muy mal de la cabeza! ¡Eso no tiene sentido!

—¡No! ¡Al contrario! ¡Creo que es la mejor idea que se me ha ocurrido en los últimos meses!

Claudia sonríe, aunque también tiene ganas de llorar. Emilio, por el contrario, se siente eufórico. Se levanta de un brinco y luego se inclina delante de ella. Hince una rodilla en el suelo y le coge la mano.

—Querida Claudia Comino, ¿quieres irte a vivir conmigo?

—¡Cómo vamos a hacer eso! Piénsalo bien, anda.

—No, piénsalo tú. Usa el dinero de la residencia para pagar la mitad del piso y tus gastos. Busca un trabajo de media jornada, así no estarás sin hacer nada y también ahorrarás dinero ganado por ti y no dependerás de tu madre. El año que viene te matriculas en otra

universidad, en un curso, en un módulo o en lo que sea. Es un plan perfecto.

—Es un plan con muchas lagunas y muy complicado.

—Todo es proponérselo. Yo lo veo muy sencillo.

La chica contempla a Emilio, que continúa arrodillado en el suelo. No es una decisión tan fácil de tomar como él dice. Claudia le suelta la mano y le pide que vuelva a sentarse en el banco, pero él se queda de pie mirándola.

—Necesito pensarlo.

—Si lo piensas demasiado, no lo harás.

—Si no lo hago es porque no estoy preparada para ello, Emi. Solo llevamos juntos una semana.

—Ocho días —la corrige el joven.

—¡Vale! ¡Ocho días! ¿Te parece normal irte a vivir con una persona con la que llevas saliendo ocho días?

—Hay gente que se va a vivir y comparte piso con personas que ni conoce.

—¡No es lo mismo! ¡Nosotros somos... novios! Viviremos como una pareja. ¿Y si no funciona? ¿Y si nos cargamos esto que tenemos?

—Si te vas, seguro que no funcionará, Claudia.

—No puedo decidir algo tan importante en dos minutos. Lo siento.

Emilio se sienta en el banco de nuevo. Se inclina y mira hacia el suelo. Su euforia se ha apagado y ahora parece abatido y sin energía.

—Tienes razón. A lo mejor es una mala idea irnos a vivir juntos.

—No pases del blanco al negro. Dame tiempo para pensarlo. Ni siquiera hace media hora que me han echado de la universidad. Tengo que digerirlo todo.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—No lo sé. Estoy un poco agobiada ahora mismo.

—¿Quieres que te deje sola?

La chica mira a su novio y termina asintiendo. Emilio le da un beso cortito en los labios antes de marcharse. Después, se pone de pie y se aleja por el caminito hacia la universidad. Está muy preocupado. No quiere presionar a Claudia, pero cree que la única forma de que la relación resista es que ella no se vaya y que, si no se atreven a vivir juntos, va a ser muy complicado que siga allí.

A punto de llegar al edificio en el que estudia, le suena el móvil. El chico cree que es Claudia, pero se trata de Vanesa.

—¿Sí?

—Hola, Emi. ¿Estás con Julia?

—No, no estoy con ella.

—Vaya. Eras mi última esperanza de encontrarla. Tiene el móvil apagado o fuera de cobertura desde hace rato.

—Imagino que estará en la universidad. Yo también quería hablar con ella de un tema.

Con todo lo que ha sucedido con Claudia, no se ha acordado de llamar a su amiga para contarle lo que le había revelado Sofía Gisbert acerca de la nota de suicidio que su padre había dejado al morir. Está seguro de que a Julia le va a interesar mucho ese detalle.

—Emi, voy con Marilia camino del hospital.

—¿Vais al hospital? ¿Qué ha pasado esta vez? ¿Estáis bien?

—No es por nosotras, es por Iván. Está internado muy grave en el mismo sitio en el que me ingresaron a mí.

—¿Iván? ¿Iván Pardo?

—Sí. Ya te contaré. Es una historia larga y confusa —dice Vanesa, a la que se le nota bastante afectada—. Ha tenido un accidente.

—Vaya. No sabía ni que había vuelto.

—Ni tú ni nadie. Tampoco Julia lo sabe. Si hablas con ella, dile que me llame, ¿vale?

—Vale. Y si la localizas tú, dile que se ponga en contacto conmigo cuando pueda.

—Muy bien. Nos vemos, Emi.

—Que vaya lo mejor posible.

El joven cuelga y continúa caminando hacia la universidad. La llamada de Vanesa lo ha desconectado de lo que iba meditando y lo ha devuelto a la tierra. No sabe por qué, pero ahora lo ve un poco más claro. Posiblemente, se ha precipitado. No era necesario atosigar a Claudia con lo de irse a vivir juntos. A decir verdad, él no se lo había planteado hasta el mismo instante en el que se lo ha propuesto. Ha ido improvisando sobre la marcha y esa no es la mejor manera de afrontar la realidad. ¡Solo llevan ocho días saliendo! Si hasta hace nada ni siquiera habían cruzado más de dos frases.

Seguramente ella le dirá que no. Es lo lógico y lo más sensato. ¿Qué pasará entonces con la relación? ¿Se marchará Claudia y tendrán que poner fin a lo que tienen? ¿Cuál es el siguiente paso que debe dar?

La incertidumbre lo saca de quicio. Quiere hablar con su novia, pero esta le ha pedido que la deje sola. Debe respetarlo y aceptarlo.

Para colmo se ha puesto a llover. Menos mal que ya está muy cerca del edificio y no se mojará mucho. Ve cómo la gente pasa corriendo a su lado para resguardarse. Sin embargo, él se lo toma con calma. No se da prisa. Es más, ni tan siquiera entra en la facultad. Se siente bien bajo la lluvia. Liberado. Mira hacia arriba y permite que las gotas de agua le golpeen la cara. Le encanta. Decide dejarse llevar y disfrutar del aguacero. Saca los auriculares y los conecta al móvil. Se los coloca en los oídos y entra en Spotify. Elige una lista de música de los años noventa y pone a todo volumen *With or without you*, de U2. Emilio se da la vuelta y regresa por el camino que lo ha llevado hasta allí. Se está empapando, pero le da lo mismo. La lluvia y la música se han convertido en sus aliadas. Canta el estribillo de la canción con todas sus fuerzas. La gente que se lo encuentra a su paso, protegida bajo sus paraguas, piensa que ese tipo del pelo azul se ha vuelto completamente loco.

A muy poca distancia de allí, Claudia mira por la ventana. La lluvia no le agrada demasiado. En el Norte se ha cansado de ver llover. Se ha puesto nostálgica y tiene ganas de llorar. Piensa en llamar a su madre, pero no lo hace. No quiere que la escuche en ese estado.

Irse a vivir con un chico no estaba en sus planes, pero Emilio es alguien especial..., ¿o será solo un cuelgue pasajero? No está segura.

Da un trago a su vaso y se termina la cerveza. Es la segunda de esa mañana. Levanta la mano para pedirle al camarero que se acerque hasta la mesa en la que se ha sentado. Es un tío joven, un posadolescente, como ella. El muchacho acude enseguida y la atiende. Claudia sonrío y le guiña un ojo; tal vez así consiga que la invite a la siguiente ronda.

CAPÍTULO 53

Jueves, 21 de marzo de 2019

El vehículo que conducía Iván se salió de la carretera y chocó frontalmente contra un árbol. Así había terminado la persecución. La ambulancia no tardó en llegar y de inmediato trasladaron al chico al hospital. Vanesa y Marilia se dirigen hacia allí en el coche de la rubia del cabello rizado.

—Nada. Julia sigue con el móvil apagado.

—Mándale un WhatsApp.

—No, no quiero que al encender el teléfono se encuentre de golpe con la noticia del accidente de Iván. Prefiero contárselo yo misma —dice Vanesa, que todavía está intentando asimilar lo que ha sucedido.

Parece una pesadilla. Iván está muy grave, pero no puede olvidar que antes de que llegara la policía estaba apuntándole con una pistola y parecía dispuesto a disparar. Tampoco olvida que su verdadero objetivo era Julia.

—No me puedo creer que Viral continúe funcionando —comenta Marilia al detenerse en un semáforo en rojo—. ¿Cómo es posible? La policía detuvo a todos sus miembros.

—Menos a Jacob. No hay que subestimar el poder de ese tipo. En cualquier caso, yo tampoco me lo explico.

—Julia tiene que andarse con ojo si de verdad es tan popular en ese submundo tenebroso. Me da escalofríos pensar que Iván podía ganar mucho dinero apostando por su muerte; es terrible.

—Lo sé, da miedo. ¿Dónde se habrá metido?

—No te preocupes. Estará en clase. Ya verás como te llama

enseguida.

—Eso espero. Me voy a volver loca si no hablo con ella pronto.

Marilia arranca de nuevo su coche cuando el disco del semáforo cambia de color. En el trayecto hacia el hospital Vanesa le ha contado todo lo que ha sucedido con Iván y también ella está preocupada por Julia, aunque deben conservar la calma.

—Me pregunto dónde puede estar escondido Jacob. Si lo atraparan a él, terminaría toda esa mierda de Viral y sus apuestas del terror.

—Podría estar ocultándose en cualquier parte. Iván me dijo que siempre le estaba pisando los talones y que en cualquier momento lo mataría por haberlo traicionado.

—¿Y él cómo sabe eso? —pregunta Marilia extrañada—. ¿Cómo sabe que está cerca?

—Pues la verdad es que no tengo ni idea. Pero parecía convencido de que Jacob iba tras él para vengarse. No paraba de decirlo cada vez que nos encontrábamos.

Vanesa le explica a su amiga que quizá el contacto del que tanto hablaba Iván y que, según él, lo había abandonado le informaba del paradero de Jacob. Al haberlo perdido, ya no tenía forma de saberlo. Necesitaba huir cuanto antes y lo más lejos posible y eso solo podía hacerlo con dinero. Pensaba obtenerlo ganando la apuesta que implicaba la muerte de Julia.

—Y pensar que Iván estuvo enamorado de ella y que la salvó de Hugo...

—Las cosas cambian de un día para otro, Marilia. Está claro que todo puede pasar —comenta Vanesa, que también ha pensado muchas veces en eso—. ¿Hemos llegado?

—Sí, el hospital está ahí mismo.

El recuerdo de las semanas que estuvo ingresada le viene a la mente a Vanesa, que nunca olvidará aquellos días tan difíciles. Aunque también allí comenzó su acercamiento a Julia. Las dos pasaron buenos momentos juntas en una de esas habitaciones.

Mientras Marilia aparca, Vanesa llama de nuevo a su novia. En esta ocasión, el teléfono da tono y al tercer *bip*, la chica responde.

—¡Hola! Acabo de encender el móvil y he visto tus llamadas perdidas. Estaba a punto de marcar tu número.

—¡Me tenías muy preocupada! ¿Dónde estabas?

—En la universidad. Resulta que ha venido a vernos el inspector

jefe Martínez Prado y me ha estado interrogando sobre la muerte de Ernesto Valle durante un buen rato.

—¿En serio? ¿Y cómo ha ido?

—Bueno. Ese tipo da escalofríos. Me ha hecho preguntas que nada tenían que ver con el asesinato de mi profesor. Pero creo que he superado la prueba. ¿Y tú? ¿Dónde estás? ¿En casa? Tengo el resto de la mañana libre. Si quieres, podemos vernos en el pueblo.

Vanesa mira a Marilia, que le hace un gesto de OK con el dedo y le sonríe. No debe andarse con más rodeos.

—No estoy en el pueblo.

—¿No? ¿Y dónde estás?

—Uf... Tengo mucho que contarte. Acabo de llegar al hospital. He venido a ver a Iván.

—¿A Iván? ¿Está en el hospital?

—Sí, en el mismo en el que me ingresaron a mí.

—Pero..., no entiendo..., ¿cuándo ha regresado? ¿Y qué le ha pasado?

—¿Por qué no vienes hasta aquí y te lo cuento en persona? —le propone Vanesa mientras se peina nerviosa con la mano.

—¿Estás sola?

—No, con Marilia. Me ha traído en coche hasta aquí.

—Bien. Voy para allá —dice Julia algo aturdida—. ¿Nos vemos en la cafetería?

—Vale. Te esperamos. Te quiero.

—Y yo. Hasta ahora.

Al colgar, a Vanesa la invade una sensación rara, como si ella y su novia estuvieran en dimensiones distintas, viviendo experiencias diferentes. Tiene la impresión de que se han distanciado y de que ese pegamento que las unía está dando de sí.

—Creo que Julia ya no me quiere —le comenta a Marilia mientras entran en el hospital.

—Eso es una tontería.

—No lo es. Está pasando.

—¿En qué te basas para asegurarlo?

—Es una sensación muy fuerte que tengo. No sé cómo explicártelo con palabras.

—Igual estás equivocada. A veces pasa cuando interpretamos las sensaciones.

—Ojalá sea así. No quiero perderla.

El hospital está lleno de gente ese jueves por la mañana. No saben en qué zona ni en qué planta se encuentra Iván, así que preguntan en el mostrador de recepción, pero al no ser familiares del paciente no pueden darles la información.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Vamos a esperar a Julia. A lo mejor, mientras, aparecen los padres de Iván y nos dicen algo.

—¿Los conoces?

—Claro. En su día fueron mis suegros, aunque no me relacioné mucho con ellos.

Las chicas se sientan en los dos únicos huecos libres que están juntos en una especie de sala de espera al lado de la recepción del hospital. Marilia se entretiene con el móvil charlando a través de WhatsApp con su novio. Vanesa, por su parte, examina las redes sociales; últimamente las tiene abandonadas. Le encantaría subir una foto a Instagram con Julia dándose un beso apasionado. Que todos sepan que se siguen queriendo, que no hay fracturas en su relación y que así será por mucho tiempo. Quién sabe si para siempre.

Sentada a su lado, una adolescente se queja de su brazo roto. La acompaña su hermana, una joven morena muy guapa que va vestida como una presentadora de televisión. Se parecen mucho, aunque habrá unos diez u once años de diferencia entre ambas.

—Paula, me duele mucho.

—No seas quejica, Erica. No ha sido para tanto. Si no hicieras tanto la loca, no te pasarían estas cosas.

—¿Encima me echas la bronca? Tendría que haber venido tu novio conmigo y no tú.

—Bastante tiene el pobre Álex con su nuevo libro.

Vanesa está tan ensimismada escuchando la conversación entre las dos hermanas que no se da cuenta de que un hombre las observa. Marilia, en cambio, sí se ha percatado.

—Oye, ¿has visto a ese?

—¿A quién?

—Al tipo aquel, el que está junto a la pared. No nos quita ojo.

Vanesa mira hacia donde le indica su amiga y ve a un hombre de entre cuarenta y cuarenta y cinco años ataviado con una gabardina marrón. Tiene un aspecto curioso; es bastante bajito, su piel es de color canela y lleva la cabeza totalmente afeitada.

—Parece un espía de una película de risa —susurra Marilia, que se queda a cuadros cuando aquel sujeto comienza a andar hacia ellas —. Que viene, que viene.

—¿A hablar con nosotras?

—Yo qué sé.

Las dos se callan cuando el hombre llega a donde están ellas. También guardan silencio las hermanas que están sentadas a su lado. Las cuatro observan con curiosidad al señor de la gabardina.

—Disculpe, señorita. Vanesa Izquierdo, ¿no es así? —pregunta amablemente con voz profunda y clara.

—Sí, soy... soy yo.

—Un placer. Mi nombre es Andrés Montesinos, trabajo para la Policía Nacional, concretamente para la Brigada Central de Investigación Tecnológica. ¿Podemos hablar un momento?

—Claro. Por supuesto.

—¿Vamos fuera? Estaremos más tranquilos. No la molestaré demasiado. No serán más de cinco o diez minutos.

La chica accede y se pone de pie. Le pide a Marilia que la espere allí por si viene Julia. Después acompaña a Andrés Montesinos fuera del hospital y se sientan en unos bancos situados en los pórticos del edificio.

—Perdone que la haya abordado así, Vanesa. Creo que ya era hora de presentarme. Llevaba mucho tiempo observándola en la sombra.

—¿Me ha estado espiando?

—A usted no, a Iván Pardo. Él era mi objetivo, aunque después de que contactaran, también a usted le pusimos seguimiento. No estábamos muy seguros de su papel, pero pronto nos dimos cuenta de que no era uno de ellos.

¡Por eso se sentía observada! No era una paranoia de ella, ¡realmente alguien la estaba siguiendo!

—Así que la policía me seguía.

—Exacto.

—¿Usted conducía el coche azul que casi me atropella?

—No. Ese tipo ya ha sido detenido. Lo mismo que le hizo a usted se lo hizo a más personas. Hace tres días lo atraparon. Hay mucho loco suelto por ahí —comenta sonriente el hombre de la cabeza afeitada—. De lo que sí me encargué yo fue de avisar a mis compañeros del encuentro que se iba a producir hoy. Sabíamos de la

reunión que tenían pendiente en el descampado. Al final, no nos ha quedado más remedio que intervenir, aunque se nos ha fastidiado un poco el plan.

—¿Qué plan?

—Nuestro verdadero objetivo es Jacob, uno de los tipos más peligrosos que existen en Internet. Creíamos que siguiendo a Iván Pardo terminaríamos llegando hasta él. Hace mucho tiempo que localizamos a su amigo y que lo teníamos controlado. Hemos sido su sombra, pero eso no nos ha servido para dar con el jefe de Viral. Hasta nos inventamos un contacto que conversaba con él por teléfono.

—¿El contacto del que me hablaba era usted?

—No, uno de mis compañeros. Mis funciones son otras. Pero Iván se ha ido poniendo cada día más violento y ha ido perdiendo la cabeza, estaba desquiciado. Jacob no ha contactado directamente con él en todo este tiempo; creemos que sufre una especie de manía persecutoria.

—¿Y han esperado a que casi me mate para actuar y detenerlo?

—Le pido disculpas por eso. Quizá arriesgamos demasiado. No sabíamos que tenía una pistola. Estábamos convencidos de que tarde o temprano nos llevaría hasta Jacob y eso primaba por encima de casi todo.

—¿Incluso por encima de la vida de Manolita y de la mía?

El hombre cabecea, sin dejar muy clara su respuesta. Se pone de pie y sonríe.

—Ya le he pedido disculpas. Ahora todo ha terminado. Me gustaría hacerle una pregunta más si me lo permite.

—¿Qué quiere saber? —dice Vanesa molesta por las prioridades de la policía.

—Ayer escuchamos una conversación muy interesante entre Iván Pardo y usted y no estamos seguros de que esa haya sido la única charla que han mantenido al respecto. ¿Qué le ha contado exactamente Iván acerca de un chat de Internet entre un lobo feroz y un oso polar?

CAPÍTULO 54

Jueves, 21 de marzo de 2019

Una mezcla de sensaciones la invade desde que ha hablado con Vanesa. Que Iván haya vuelto a aparecer la ha removido por dentro. ¿Qué le habrá pasado para estar ingresado en el hospital? Su novia no ha querido darle detalles por teléfono y ha preferido que se vean para contárselo.

Julia sale de la universidad y camina hacia la estación de metro pensando en el interrogatorio que le ha hecho Martínez Prado. Tiene la impresión de que ese hombre ha intentado intimidarla y al principio lo ha conseguido, pero poco a poco ella se ha ido calmando y no se ha amedrentado ante la actitud del inspector jefe de la Policía Judicial. En cambio, Miriam Iglesias se ha mostrado muy amable en todo momento. La subinspectora le ha parecido una persona muy inteligente, con la mente abierta y dispuesta a descubrir la verdad, aunque eso vaya en contra de lo establecido.

Está intentando acordarse de lo que le ha dicho a los dos policías cuando escucha el sonido de un claxon a su lado. Un vehículo rojo circula lentamente junto a ella. Julia se lleva una sorpresa mayúscula al descubrir quién lo conduce.

—¿Desde cuándo tienes coche?

—No es mío, es de mi padre —responde Daniel Durán, que ha bajado el cristal de la ventanilla del conductor—. Me lo ha dejado hoy con la condición de que luego vaya a comprarle unas cosas. ¿A dónde vas tú?

—Al hospital. Han ingresado a un amigo mío.

—¿Al que está al final de la avenida?

—Sí, a ese.

—Venga, sube, que te llevo.

—No hace falta, gracias. Son solo dos paradas de metro.

—Tengo el resto de la mañana libre. Además, me pilla de camino. No hace mucho que tengo el carné, pero no lo hago mal del todo.

Julia se lo piensa un instante y termina aceptando la propuesta de su amigo. Sube al coche y le da las gracias por llevarla. Durante un par de minutos no hablan, se limitan a escuchar la música que suena en la radio. Daniel tararea el estribillo de *Tanto*, de Pablo Alborán. La chica sonríe para sí. No lo hace nada mal; hasta diría que canta muy bien.

—¿Qué le pasa a tu amigo? —le pregunta el joven cuando la canción acaba y comienza otra en inglés.

—Si te soy sincera, todavía no lo sé muy bien.

—Espero que no sea nada y que se recupere lo antes posible.

—Yo también lo espero.

—No me gustan mucho los hospitales. De pequeño me operaron de apendicitis y les cogí manía. El olor que hay me da náuseas.

—A mí tampoco me agradan, aunque últimamente me está tocando ir demasiadas veces.

—Una sola vez ya son demasiadas veces. Pero, en ocasiones, no queda otra, ¿verdad?

Julia asiente y mira de reojo a Daniel. Si Yi Lin se enterara de que está a solas con su amor platónico en su coche, se moriría de la envidia. Su amiga está enamoradísima de ese joven de pelo alborotado, nariz aguileña y grandes ojos verdes. Y la verdad es que razones tiene para ello.

—¿Irás mañana al entierro de Ernesto? —le pregunta ella para romper el nuevo silencio que se ha creado entre ambos. De fondo suena *Coldplay*.

—Imagino que sí. ¿Y tú?

—Sí, no puedo faltar.

—Es muy triste lo que le ha pasado. ¿Tienes alguna idea de quién ha podido hacerle algo así?

—No, ninguna —responde Julia, repitiendo lo que hace unos minutos le ha contestado a Martínez Prado—. Seguro que la policía da con el culpable pronto.

—Yo no estoy tan seguro —comenta Daniel tras soltar un silbido

—. Te vi con Ernesto varias veces la semana pasada, ¿estabas colaborando con él en alguna historia?

La chica no sabe qué responder a esa pregunta. No va a contarle a nadie más lo que estaban investigando. A pesar de que su compañero de clase es un chico muy listo y prudente, no desea implicarlo en ese asunto. Julia deja pasar unos segundos antes de volver a hablar. Hay algo que le ronda en la cabeza y que le encantaría saber, así que aprovecha el clima de confianza y se lanza.

—¿Sabes que le gustas a Yi?

—¿De verdad?

—Sí, le gustas mucho.

—Está bien saberlo.

—¿No lo habías notado hasta ahora?

—Pues no, la verdad. Soy muy torpe para descifrar los sentimientos. Incluidos los míos.

—Los tíos sois así.

—No generalices. Algunos tendrán más facilidad que yo para esos temas.

—Llevas toda la razón. Lo siento. ¿Y tiene alguna posibilidad contigo?

—¿Yi?

—Sí, Yi. ¿Es tu tipo?

Dani estaciona el coche en doble fila y mira a Julia a los ojos. Son realmente bonitos y tienen una expresividad fuera de lo común. Una mirada que podría enamorar a cualquiera.

—Hemos llegado.

—¿Qué?

—Es este el hospital, ¿no?

Julia mira el gran edificio blanco que tienen delante. Sí, allí es donde está ingresado Iván y donde la esperan Vanesa y Marilia.

—¿No me vas a contestar a lo de Yi? —insiste la joven antes de bajarse del coche.

—Tú tampoco me has contestado a la pregunta que te he hecho antes de que cambiaras deliberadamente de tema.

—Ya no me acuerdo de eso.

—Mentira. Eres Julia Plaza, la chica de la memoria prodigiosa.

La joven niega con la cabeza y sale del vehículo con un extraño cosquilleo en la parte baja del estómago. ¿Por qué ha flirteado con Daniel Durán? No es la primera vez que lo hace. Se gira hacia el

coche rojo y ve a su compañero de clase sonriéndole. Julia le dice adiós con la mano y corre hasta la entrada del hospital.

En ese momento, en otro lugar de la ciudad

La subinspectora de la Policía Judicial del Grupo de Homicidios, Miriam Iglesias Canales, no las tiene todas consigo, y menos después de hablar con Julia Plaza. La chica es muy inteligente y parece que tiene las cosas muy claras. Ella piensa que la muerte de Pedro Juncosa y el asesinato de Ernesto Valle están relacionados de alguna forma, incluso que detrás de ambos puede estar la misma persona.

—¿En qué piensas, Iglesias? —le pregunta el inspector jefe Martínez Prado mientras examinan el despacho del profesor fallecido.

—En nada en concreto.

—Vamos, mujer, puedes contármelo. Estás como ausente. ¿Te has pillado de alguno de tus compañeros de la comisaría? Puedo echarte una mano en temas de amores si quieres.

Miriam fuerza una sonrisa, aunque no le hace gracia la manera frívola en la que su jefe se dirige a ella. Además, no le gustan los tíos. De hecho tiene novia desde hace un par de años, aunque no le haya dado la gana de contarlo en la comisaría.

—No es nada de eso, inspector jefe.

—Entonces, ¿qué carajo te pasa?

—La conversación con Julia Plaza me ha hecho pensar.

—No me jodas... ¿Qué es lo que se te ha metido en la cabeza?

—Ya sé que tú llevaste la investigación del psicólogo que apareció ahorcado en su casa y que todos concluisteis que fue un suicidio, pero...

—Pero nada. No vamos a volver a lo que pasó hace cinco años. Tenemos un caso que resolver ahora y en eso debemos centrarnos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, inspector jefe. Pero... ¿y si ambos asuntos están relacionados? ¿Y si hay un asesino que mató en 2014 y ha vuelto a asesinar en 2019 porque se ha visto amenazado por las preguntas que han estado haciendo Julia y el profesor Valle?

—¡Que no, cojones! —grita Rodolfo levantando un pisapapeles que tiene en la mano—. El puto psicólogo se suicidó en su habitación.

Punto final. Y al profesor lo han liquidado a saber por qué motivo. Lo más probable es que haya sido el mecánico expresidiario. Eso es lo que tú y yo vamos a averiguar.

—Dados los acontecimientos actuales y la relación que mantuvo Ernesto con la hija de Juncosa, ¿no deberíamos repasar aquel suceso?

—No. Tenemos trabajo que hacer. No estamos para perder el tiempo. Y no quiero volver a oír que lo de Juncosa no fue un suicidio. Lo investigamos en su día y quedó claro como el agua.

Miriam entiende que va a resultar imposible convencer al inspector jefe, así que prefiere no insistir más. Se muerde la lengua y se guarda para ella lo que piensa.

Los dos terminan de inspeccionar el despacho de Ernesto y se dirigen a la cafetería de la facultad para tomarse un café y descansar unos minutos.

—Voy al baño un momento. Enseguida regreso —le dice la subinspectora a su superior.

—No tardes. Quiero acabar aquí lo antes posible.

La mujer asiente y sale de la cafetería. Camina deprisa hacia la zona de los baños, pero, antes de entrar, saca su móvil y realiza una llamada.

—¿Hola? —contesta la voz de una mujer joven.

—Hola, Perea. Soy Iglesias. Necesito que me hagas un favor.

—Dime, subinspectora. ¿Qué necesitas?

—Reúne todo lo que encuentres sobre el caso Juncosa. Abril de 2014, un psicólogo apareció ahorcado en su casa, colgado de un ventilador de techo con una soga de rodeo. Se archivó como suicidio.

—Lo recuerdo. Lo llevó el inspector jefe Martínez Prado, ¿verdad?

—Sí, él se encargó de la investigación. ¿Podrías tenerlo preparado a primera hora de la tarde? Me pasaré por la comisaría.

—Ahora mismo me pongo, subinspectora.

—Fenomenal. Muchas gracias. Una cosa, Perea. De momento, estoy investigando esto por mi cuenta, tengo una corazonada. Hasta que no sea oficial, por favor, no se lo digas a nadie, ¿vale?

—Tranquila, Miriam. Seré una tumba.

—Gracias, Diana. Luego te veo.

La subinspectora de la Policía Judicial cuelga y entra en el cuarto de baño. Sabía que podía confiar en Diana Perea para ese

asunto. La discreción es uno de sus puntos fuertes y para los planes de Miriam es completamente necesaria. Nadie se puede enterar de que va a investigar de nuevo el suicidio de Pedro Juncosa y mucho menos el inspector jefe Martínez Prado. Pero, como acaba de decirle a su compañera por teléfono, tiene una corazonada.

Mientras tanto, en la cafetería de la facultad, el inspector jefe de la Policía Judicial se moja los labios con un café muy caliente. Se seca con una servilleta de papel y saca un móvil pequeño de su abrigo. No es el que usa normalmente; ese solo lo utiliza para hablar con un reducido grupo de personas. Marca un número y espera a que respondan.

—Dime —dice una voz masculina al otro lado de la línea.

—La chica no sabe nada.

—¿Estás seguro?

—Sí. Completamente. Tampoco ha averiguado nada más sobre el vigilante del silencio.

—Eso está bien.

—¿Estás preocupado?

—No. Por el momento estoy tranquilo, aunque sigo sin fiarme de ella.

—Ya te digo que está todo controlado —repite Rodolfo, que juguetea con la servilleta de papel—. Voy a hacer el paripé un poco más por aquí y regreso a la comisaría.

—Perfecto. Prepárate para el gran día.

—Llevo mucho tiempo preparado.

—Genial. Gracias, inspector jefe. Estamos en contacto.

Martínez Prado cuelga, se guarda de nuevo el móvil y da otro sorbo al café hirviendo. A su mente vienen un puñado de recuerdos de lo sucedido cinco años atrás. Fue un gran día para él y para todos los demás. Un día señalado en sus vidas, pero que no es nada comparado con lo que tienen planeado. Sí, al día siguiente irán un paso más allá y todo el mundo hablará de ello, aunque nadie descubra ni sepa la verdad.

CAPÍTULO 55

Jueves, 21 de marzo de 2019

A Vanesa le da igual que esté Marilia delante y que haya una decena de personas observándolas. En cuanto ve a su novia, le planta un beso de película. Cuando se separan, Julia se pone colorada y ve que todo el mundo las está mirando.

—Ahora mismo sois las estrellas de la cafetería —dice Marilia sonriente dándoles unas palmaditas en el hombro a ambas—. Cuánta falta le hacen a esta gente alegrías como esta.

Las tres piden un café en la barra y después se sientan en una de las mesas que están libres.

—Bueno, ¿quién me cuenta qué es lo que está pasando aquí? —dice Julia, que está ansiosa por saberlo todo.

—Iván ha tenido un accidente de tráfico muy gordo —le responde Marilia anticipándose a Vanesa—. Huía de la policía en coche, se salió de la carretera y chocó con un árbol. De momento no nos han dicho cómo se encuentra, aunque parece que está muy grave. Hay hasta cuatro agentes vigilando la planta en la que lo están operando de urgencia. El resto es mejor que te lo explique tu novia.

Los ojos de Julia se centran de inmediato en Vanesa que, nerviosa, da un sorbo a su café caliente y se quema la lengua. Se queja en voz alta y suspira profundamente. La historia es tan larga y se remonta a tan atrás que no sabe cómo empezar.

—Te pido perdón por no haberte contado antes que Iván había regresado. No ha sido fácil para mí guardar el secreto.

—Pero Marilia lo sabía.

—Porque me pareció verlo cerca de mi casa y se lo dije a Vane.

—Teníais que habérmelo dicho.

—No pude, Julia, de verdad. Iván vino a verme al hotel la semana pasada. Huía de Jacob. Me pidió quedarse en una habitación y que no le dijera absolutamente nada a nadie. Y menos a ti.

Vanesa le explica la historia completa a su novia, que escucha asombrada el relato. Le cuenta lo de la retención de Manolita, lo del descampado y la pistola, lo del seguimiento de Andrés Montesinos y lo del regreso de Viral y las apuestas.

—Y todo esto ha sucedido delante de mis propias narices sin que yo me enterara —dice Julia cabizbaja—. Es increíble, realmente increíble.

—Debes entender que cuando Iván apareció, no quería que avisara a nadie; después, cuando me pidió encontrarse contigo, fui yo la que decidió no meterte en más líos. Por suerte, acerté con lo que hice, porque te hubiera matado.

—Si te hubiera disparado a ti, no me lo habría perdonado. Era por mi muerte por la que había apostado, no por la tuya. Me quería a mí.

—Sí, y estoy muy preocupada por eso. ¿Y si hay más gente que quiere asesinarte? Por lo que se ve, en la *Deep Web* eres muy conocida. Eso es lo que me dijo Iván antes de que apareciera la policía.

—Cuéntale lo del lobo feroz y el oso polar —le pide Marilia a Vanesa—. Saliste en su conversación.

—Iván pudo habérselo inventado todo.

—Sí, pero ese hombre bajito, el policía de delitos informáticos, Montesinos, también te ha preguntado sobre eso.

—Sigo sin estar segura de que sea verdad.

—Me vais a volver loca entre las dos. ¿De qué estáis hablando? ¿Me lo podéis aclarar, por favor? —protesta Julia, que se ha cruzado de brazos.

Vanesa no está muy segura de querer sacar ese tema, pero, ahora que su amiga ha hablado de ello, no le queda más remedio que contárselo a Julia.

—Ayer Iván me enseñó la captura de una imagen de un chat de la *Deep Web* en el que dos tipos hablaban de ti. Uno se hacía llamar Oso Polar y otro Lobo Feroz.

—Vaya nombres... ¿Y qué decían?

—Que eras muy lista y que seguías haciendo preguntas. Que no

eras una joven normal y que, si seguías dando problemas, se ocuparían de ti. También sabían que tu padre era guardia civil.

—¿Que yo hacía preguntas?

—Sí, eso leí en la foto que me mostró Iván.

—Y esa foto... ¿estás segura de que era real?

—No lo sé. Lo parecía, pero no te lo puedo garantizar.

Julia se queda pensativa un instante. Está claro que, si aquella conversación se había producido en la *Deep Web*, lo de «hacer preguntas» hacía clara referencia al caso Juncosa.

—¿Leíste algo más?

—Que estaban preparando algo épico y que superaría a lo de 2014.

—¿De qué hablaban?

—No lo sé, pero sea lo que sea sucederá un viernes.

—¿Mañana?

—Posiblemente. Creo recordar que hablaban de «el viernes» — comenta Vanesa haciendo memoria—. La impresión que a mí me dio al leerlo era que la fecha concreta era el viernes más cercano, es decir, mañana.

Pedro Juncosa había muerto en 2014. ¿Habría pasado algo durante esos días que tuviera relación con su muerte?

—En conclusión —dice Julia tratando de ordenar sus pensamientos—. Esos dos tipos, que me conocen, van a hacer algo mañana que superará a algo que hicieron hace cinco años y temen que yo se lo pueda fastidiar. ¿No es así?

—Si la imagen que me mostró Iván no es un *fake*, sí.

—Tenemos que buscar hechos importantes que tuvieron lugar en 2014. Probablemente, entre enero y principios de abril.

—¿Por qué en esos meses?

—Porque Pedro murió el 4 de abril, Marilia, y tengo la impresión de que su muerte fue posterior a ese suceso del que hablan. Aunque no puedo asegurarlo, creo que el psicólogo se suicidó o lo mataron por aquello que pasó.

—O, a lo mejor, él lo iba a impedir y por eso lo asesinaron — apunta Vanesa.

—Es otra posibilidad. En cualquier caso, debemos elaborar una lista de hechos acontecidos ese año. Tal vez así consigamos averiguar qué quieren hacer mañana.

—Será como buscar una aguja en un pajar —dice Marilia

poniéndose de pie—. Chicas, yo os tengo que dejar. He quedado con mi azafato para comer. Mandadme un WhatsApp con cualquier novedad, ¿vale?

Vanesa y Julia se despiden de su amiga y se quedan solas en la mesa de la cafetería del hospital. Hacía tiempo que eso no sucedía.

—Perdona por no haberte contado lo de Iván. No sabía muy bien qué hacer.

—Ya está hecho. No volvamos otra vez a eso.

—Es que te he visto molesta y me siento mal —comenta Vanesa, que acerca su silla a la de Julia—. ¿Está todo bien entre nosotras?

—Era por esto, ¿verdad? Iván era la causa por la que la semana pasada te comportabas de una manera tan rara. Indirectamente, discutimos por su culpa, ¿no?

—Puede ser. Estaba soportando mucha presión. Me llevó al límite y además tuve que mentirte. Tengo la sensación de no haber acertado en nada últimamente, aunque tenía razones para comportarme así.

Julia mira a su novia sin decirle nada. Está siendo sincera y le duele verla cabizbaja y triste, pero hay algo que le impide darle un abrazo de esos que se daban siempre para consolarla. No sabe qué es, pero está ahí, dentro de ella. Quizá sea algo pasajero y pronto volverán a estar como siempre. Eso espera.

—¿Crees que Iván vio más conversaciones en la *Deep Web* entre Oso Polar y Lobo Feroz? ¿Algo que tuviera relación con eso que va a pasar mañana?

—No lo sé, Julia, pero antes me dijo que lo que estaban planeando esos tipos era una locura. Algo muy grande.

—Entonces, ¿él sabe de qué se trata lo de mañana?

—Yo no me fiaría mucho de Iván, su estado mental no es el mejor. Aunque la conversación que me mostró fuera real, es complicado creerse todo lo que dice.

—Es lo único que tenemos.

—Le he contado todo a Andrés Montesinos. Ellos hablarán con Iván cuando puedan hacerlo.

—Has hecho bien. Pero me asusta lo que pueda pasar.

A Julia aquella situación no le gusta nada y le preocupa. Su instinto le dice que en lo que está involucrada esa gente puede ser muy peligroso. Si la policía no actúa con celeridad, luego vendrán las lamentaciones.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Vanesa tímidamente.

—Yo voy a irme a casa. En la universidad nos han dado el día libre. Me pondré a buscar en Internet e intentaré averiguar qué es lo que sucedió en 2014.

—En ese año pasaron millones de cosas. ¿Cómo vas a saber lo que buscas?

—No lo sé, Vane, pero tengo la sensación de que todo está relacionado: la muerte de Pedro Juncosa, lo que ocurrió hace cinco años, el asesinato de Ernesto y lo que va a pasar mañana. No puedo quedarme sin hacer nada. Además, tenemos una ventaja.

—¿Qué ventaja?

—Esos tipos no saben que Iván ha leído sus conversaciones en la Internet Profunda y que la policía está informada.

—Si es que es verdad y no se lo ha inventado todo.

Julia asiente y se pone de pie. Está impaciente por iniciar la búsqueda y encontrar la conexión que una todos los datos que ocupan ahora su mente.

—¿Te vas a quedar en el hospital?

—Sí, un rato. Por lo menos hasta que lleguen los padres de Iván.

—Vale, avísame con cualquier cosa.

—Lo haré, tranquila —dice Vanesa, que continúa algo alicaída—. Ah, se me olvidaba. Emilio quiere hablar contigo.

—¿Te ha dicho sobre qué?

—No, pero parecía importante.

—Lo llamaré luego. Gracias.

Julia está a punto de marcharse cuando Vanesa la agarra de la mano. Se muerde los labios y la mira fijamente.

—¿Harry Styles?

—Claro. Harry Styles.

Las dos sonríen y sellan la paz con un beso en los labios. Aunque ambas saben que, esta vez, ese beso solo es una pequeña tregua provisional. Un oasis en el desierto. Porque, cuando Julia sale de la cafetería, ninguna está segura de lo que va a pasar entre ellas en el futuro más próximo.

CAPÍTULO 56

Jueves, 21 de marzo de 2019

—Casper, quieto —le dice Emilio a su perro, que no para de dar saltos y lamerle las manos—. ¡Sentado! ¡Sentado!

—¿Me puedes explicar qué has hecho para ponerte así? ¡Estás empapado!

En cuanto lo ha visto, su madre ha dado un grito que ha asustado hasta al perro. Y eso que en el autobús se ha secado bastante. Temía que el conductor no lo dejara subir, pero le ha tocado uno simpático con el que ha coincidido muchas veces y se lo ha permitido.

—Me voy a la ducha.

—Sí, por favor. Dúchate enseguida. Vas a pillar una pulmonía.

—No te preocupes. Solo es agua.

El joven se quita los zapatos y los calcetines, que deja en la entrada del piso, y corre hasta el cuarto de baño con Casper detrás meneando el rabo. Su madre continúa protestando en voz alta, pero Emilio no le hace demasiado caso. Tiene cosas más importantes en las que pensar. Claudia no le responde los WhatsApp ni las llamadas. Quedaron en que la dejaría sola y en que hablarían cuando ella estuviera más tranquila, pero hace cinco minutos la chica le ha enviado un mensaje extraño.

«Loo mеееејor esque me vaya a mi casa. Allí tengo a mamá. Me echa de manos. Tu amigo Julia es odioso. No soporto. A ti tess quiero siempre».

Aquel WhatsApp ha inquietado mucho a Emilio. Lo peor es que

no ha conseguido contactar con ella todavía, pero puede imaginarse el estado en el que se encuentra para escribir de esa forma.

Su idea era darse una ducha caliente, cambiarse de ropa y regresar a la ciudad lo antes posible. Ahora tendrá que hacerlo todo más deprisa e intentar encontrar a su novia. ¡Quién le mandaría a él creerse Gene Kelly en *Cantando bajo la lluvia*!

La ducha no dura demasiado. Mientras se está secando, todavía en el cuarto de baño, recibe otro mensaje de Claudia.

«*Estoyyy* triste. Muy triste. No me *quier* ir. Quiero quedarme *contigooo*. Muy triste».

El chico se alarma todavía más y la llama rápidamente. Aquellos mensajes son muy preocupantes y necesita hablar con ella, pero la joven no responde. Emilio suelta un gruñido de desesperación e insiste. A la cuarta llamada, Claudia contesta.

—¿Qué?

—¡Por fin! ¿Dónde estás?

—No lo sé. ¿Qué importa eso? ¡Qué importa eso!

—Claro que importa.

—No. Nada de nada. Nada de nada. No importa nada.

Emilio enseguida detecta que la joven arrastra las palabras al hablar y que repite las cosas. Intenta no mostrar su preocupación y procura ser lo más amable posible.

—Cariño, ¿sigues en la ciudad?

—No lo sé. No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Tengo mucho sueño.

—¿Dónde estás? ¿Has vuelto a la universidad?

Emilio escucha cómo Claudia sorbe por la nariz y empieza a llorar. Se siente impotente por no estar a su lado en ese momento, pero debe averiguar dónde se encuentra. En ese momento es lo más importante.

—Tranquila, ¿vale?

—Va... vale.

—¿Has cogido el autobús de regreso al pueblo?

—No. Estoy... estoy... aquí.

—¿Dónde es aquí?

—En la ciudad.

—¿En qué parte?

La llamada se corta y Emilio suelta un grito de frustración. Vuelve a llamar a su novia, pero otra vez no le coge el teléfono. El chico suspira hondo e intenta calmarse. Por lo menos sabe que está consciente y que no ha vuelto al pueblo. No cree que se haya alejado demasiado de la universidad; en esas condiciones, le extrañaría que hubiese caminado mucho. Volverá a llamarla en cuanto salga de casa.

Se viste a toda prisa y se despide de su madre, que muy confusa le pregunta a dónde va.

—A la universidad de nuevo —responde al tiempo que abre la puerta y le hace carantoñas en la cabeza a Casper—. Vendré para cenar.

—Pero...

—Adiós, mamá. ¡Adiós, Casper! —dice Emilio dándole el último mimo a su perro.

El chico sale de casa y se dirige veloz a la estación de autobuses. Por el camino, llama en varias ocasiones a Claudia, que no contesta. La impaciencia y la desesperación vuelven a noquearlo. ¿A dónde va a ir si no sabe dónde está? Espera poder contactar con ella antes de llegar a la ciudad.

No es así; pese a que lo intenta una y otra vez, no lo consigue. En su asiento, Emilio está a punto de perder los nervios por completo, incluso tiene ganas de golpearse la cabeza contra la ventanilla. ¿Por qué siempre tiene que ser todo tan difícil?

Sin embargo, cinco kilómetros antes de llegar a la estación de autobuses, se produce la llamada que tanto esperaba.

—¡Claudia! ¿Estás bien?

—Sí. Bueno..., creo que sí. Me he... dormido.

—¿Que te has dormido? ¿Dónde?

—En el baño de... una cafetería de churros —dice la chica, que parece algo más despejada que en su anterior conversación, aunque su voz suena ronca y poco consistente.

—¿Dónde está esa cafetería?

—Al... lado de... mi antigua residencia. Huele muy bien a cho... colate.

—Sé cuál es. Voy hacia allí. Quédate ahí y no te muevas, ¿de acuerdo?

—Me duele mucho la cabeza. Y tengo hambre.

El joven ríe y le entran muchas ganas de gritar de felicidad por haber dado por fin con Claudia.

—Ahora te invitaré a comer algo, pero espérame ahí, ¿vale?

—Vale. Te espero aquí. No tardes.

—No tardo. Ahora nos vemos.

Emilio resopla cuando cuelga. Ha experimentado una tensión tan grande que todavía le tiembla todo el cuerpo. Afortunadamente, ya sabe dónde está Claudia y esta parece que ha recuperado la cordura.

El autobús llega a la estación. Al bajarse, sentada en un banquito mirando su móvil, Emilio descubre a alguien a quien no esperaba ver allí.

—¡Julia! —le grita a su amiga mientras camina hacia ella. Le ha dado una gran alegría encontrársela.

—¡Emi! —exclama la joven, que se pone de pie—. ¿Qué tal? ¿Vas para la universidad?

—No. Voy a... recoger a Claudia —se limita a contestar el joven, que recuerda que tiene un asunto pendiente con ella—. Tengo que hablar contigo de un tema importante.

—Mi bus sale en diez minutos.

—Yo también tengo un poco de prisa.

—¿Hablamos luego entonces?

Emilio se lo piensa un instante y decide que es mejor contárselo ya. Le pide que se vuelva a sentar y él se coloca a su lado.

—Han echado a Claudia de la universidad —suelta directamente.

—¿Qué? ¿En serio? Lo siento mucho, Emi.

—Todo es un lío ahora. Me lo dijo Sofía Gisbert antes de que el comité se lo comunicara a Claudia. Pero no me contó solo eso; y de ese tema es del que quería hablar contigo.

Emilio le explica a Julia que se acercó a su profesora en la cafetería para darle el pésame por la muerte de Ernesto Valle. Estaba muy abatida por su asesinato y cuando el chico le planteó la posibilidad de que la persona que lo mató pudiera ser la misma que asesinó a su padre, ella sacó una hoja de un cuaderno con una nota de suicidio. La había encontrado dos años después del suceso dentro de una caja fuerte que había en el piso en el que vivía el psicólogo.

—Me acabas de dejar de piedra, Emi.

—Quería haber hablado contigo antes, pero he estado muy liado con lo de Claudia.

—No te preocupes, lo comprendo. ¿Te comentó Sofía si esa caja fuerte estaba detrás de un cuadro?

—Sí, eso es. ¿Cómo lo sabes?

—Ayer estuve en el piso en el que vivía Juncosa. La mujer que reside ahora allí me la enseñó. ¿Qué ponía esa nota? ¿Dejaba claro que se había suicidado?

—Sí, muy claro.

—¿Y no puede ser que la escribiera otra persona?

—Sofía la llevó a un especialista para comprobarlo y este le aseguró que la letra era la de su padre, que no había ninguna duda.

—Madre mía. Esto sí que supone un giro inesperado a los acontecimientos y cambia las cosas.

—Mucho. Si Pedro Juncosa se suicidó realmente, ambas muertes no pueden estar relacionadas, ¿no?

Julia chasquea la lengua. Algo no le cuadra. Tiene demasiadas informaciones contradictorias y un montón de frentes abiertos. Aunque la aparición de esa nota de suicidio era completamente inesperada. Le encantaría verla para leer lo que pone exactamente en aquella hoja de cuaderno.

—¿Te ha contado algo más Sofía?

—No, estaba rota por la muerte de su ex. Solo me dijo que Ernesto no se creía que Pedro hubiera escrito la nota de suicidio.

—¿Ernesto sabía de la existencia de ese texto? Él nunca me comentó nada.

—Porque Sofía no se la mostró hasta este lunes, cuando fue a verla. Le explicó lo mismo que me ha contado a mí hoy, pero él no confiaba en su autenticidad —dice Emilio, que mira el reloj de su móvil—. Perdóname, tengo que irme. Claudia me está esperando y no quiero retrasarme mucho. Está un poco nerviosa con lo de la expulsión.

—Normal. ¿Seguimos hablando luego?

—No sé si iré a clase hoy, pero te llamo en cuanto tenga un huequecito libre —dice Emilio, que se acuerda entonces del WhatsApp que le envió antes su novia—. Oye, Julia, ¿seguro que todo fue bien con Claudia ayer? ¿No pasó nada entre vosotras?

A la chica la pregunta la coge desprevenida y duda sobre qué responder. Tiene miedo de mentirle y que la descubra. Puede que Claudia le haya dejado caer algo a su novio sobre el episodio de la noche anterior en la cocina, así que decide contestarle con la verdad.

—Tuvimos una pequeña discusión.

—Vaya. Me lo imaginaba. ¿Por qué discutisteis?

—No sé, Emi. Claudia bebió alcohol y eso hizo que se comportara de una manera rara.

—¿Bebió alcohol?

—Sí, en su habitación. Luego se tomó una cerveza en la cocina y me hizo algunos reproches.

El joven se frota los ojos con los dedos y luego se cubre la boca con la mano. Parece realmente preocupado. Su amiga sabe perfectamente lo que está pensando.

—¿Crees que tiene un problema con la bebida?

—Sí, está claro que sí. Se ha quedado dormida en una cafetería y me ha enviado mensajes muy confusos y muy mal escritos. Cuando se ha enterado de su expulsión de la universidad, ha querido quedarse sola y me da la impresión de que ha estado ahogando las penas en alcohol.

—Tendrás que hablar con ella sobre eso.

—Sí, urgentemente. Solo espero que Claudia me escuche; algo que no tengo nada claro.

CAPÍTULO 57

Jueves, 21 de marzo de 2019

—Tengo la impresión de que siempre soy la última en enterarme de todo.

—No es así, Yi —contradice Vanesa a su amiga—. Te he avisado en cuanto he podido. Las cosas se han ido complicando durante toda la mañana.

—Pero todos los demás ya sabían lo de Iván. ¿Por qué no contáis las cosas en el grupo que tenemos de WhatsApp? ¡Para algo está! Así nos enteraríamos todos al mismo tiempo.

Vanesa sabe que Yi tiene razón. Asiente y le da un sorbo a otro café con leche que ha pedido. Las dos chicas están en la cafetería del hospital aguardando noticias sobre el estado de salud de Iván. En los minutos que llevan allí, Vanesa ha puesto a su amiga al día de la situación.

Hace un rato llegaron también los padres del joven ingresado, que parecían muy afectados. Su madre lloraba y su padre tenía el rostro pálido, como si llevara semanas sin que le diera el sol. Saludaron amablemente a Vanesa y subieron a la planta en la que se encuentra su hijo. Un policía nacional los acompañó hasta arriba.

—No me puedo creer que te apuntara con una pistola. Ese muchacho se ha vuelto loco por completo. ¿Y quería matar a Julia?

—Eso fue lo que me aseguró.

—Y por dinero. Qué fuerte. Espero que la policía acabe con Viral de una vez por todas. Es horrible que la gente pueda apostar por la muerte de una persona. ¿Crees que Julia se encuentra a salvo ahora

que Iván está fuera de juego?

—No lo sé, Yi. La verdad es que no lo sé.

Le preocupa la charla en la que Lobo Feroz y Oso Polar hablaban de su novia. ¿Averiguarán Montesinos y su equipo de la Brigada Central de Investigación Tecnológica quiénes son esos dos tipos y sobre lo que están conspirando? ¿Qué sucedió en 2014 que tanto les agradó? ¿Qué será eso tan grandioso que van a llevar a cabo al día siguiente?

—Ese Jacob es un gran hijo de puta.

—¡Yi! ¡Nunca te había escuchado hablar así!

—Es la verdad. Me pongo de los nervios. Por su culpa se ha montado todo este follón. Ojalá lo atrapen pronto y le apliquen un martirio chino. ¡Se iba a enterar de lo que es bueno!

Aunque ella no lo ha dicho con esa intención, Yi hace reír a Vanesa; siempre lo consigue de una u otra forma. Ha sido una buena idea llamarla para que se acercara al hospital. Comerán juntas en la ciudad y luego volverán al pueblo. Su compañía hace que no piense tanto en Julia y en lo que está pasando entre ambas, porque no le cabe duda de que algo les está sucediendo.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal? —dice la manchega bajando la voz.

—Pues depende de la pregunta. Si es muy personal, a lo mejor no te la puedo responder.

—No es nada sobre cómo os lo montáis Julia y tú, tranquila. Ya he visto vídeos de relaciones sexuales entre chicas.

—¡Yi! ¡Pero...! ¡Tía! ¡Shhh!

—¿Qué he dicho? No es nada de eso, de verdad.

—Vale, vale. Venga, pregunta —le pide Vanesa muerta de vergüenza.

Se ha puesto muy roja con lo que ha dicho su amiga, que a veces parece no tener ningún filtro cuando habla.

—A ver, ¿cómo hiciste tú para salir con Iván?

—¿Con Iván? Uf. De eso hace mucho tiempo. Casi ni me acuerdo.

—Lo sé, todos nos hemos hecho viejos —dice Yi impacientándose. Necesita más información sobre esa relación—. ¿Fuiste tú la que se lanzó o esperaste a que él te sedujera?

—Mmm... Creo que fui yo la que lo busqué. No recuerdo que hubiera mucho de seducción por parte de ninguno de los dos. Nos

liamos en un pub un par de veces y luego empezamos a quedar.

—Pero ¿sabías que os gustabais?

—A mí me gustaba él por aquel entonces. Era guapo, misterioso y me encantaban sus ojos. Pero no sabía qué pensaba él de mí ni qué sentía.

—¿Fuiste a ciegas? ¿Sin saber si serías correspondida?

—A ciegas a ciegas me parece que tampoco fue. No me acuerdo muy bien.

A Vanesa le cuesta recordar aquellas sensaciones, cómo comenzó su historia. No ha transcurrido tanto tiempo desde entonces, pero han pasado muchas cosas en los últimos tres años. Ella solo era una cría; además, aunque él fue su primer novio serio, luego salió con Ingrid y ahora está con Julia. Es como si los sentimientos por Iván se hubieran borrado, tanto de su mente como de su corazón. A pesar del beso que se dieron la semana pasada. Ese beso insignificante que Vanesa no ha sido capaz de confesarle a Julia y que, tal vez, sea la clave de todo lo que está sintiendo esos días. A lo mejor, hasta que no le cuente lo que sucedió en la azotea del hotel, su conciencia no descansará tranquila.

—Entonces, ¿cuándo le dijiste que te ponía?

—¡No le dije que me ponía! No fui tan brusca.

—Vale, fuiste más sutil. Eso me da un poco lo mismo. Yo quiero saber cómo diste el paso para que él se fijara en ti y cómo te las ingeniaste para ser su novia.

Vanesa se cruza de brazos y se inclina hacia delante. El olor del café penetra intensamente en sus fosas nasales. Nota que su amiga está comenzando a impacientarse con sus respuestas.

—Todo esto es por ese chico de tu clase, ¿verdad?

—Claro, ¿por quién si no? Yo no soy una poliamorosa de esas. Solo soy capaz de quererlos de uno en uno. ¿Qué hago? ¿Me lanzo? ¿Le digo lo que siento? Tengo miedo de que me lo quiten.

—¿Crees que hay alguien más que va detrás de él?

—No lo sé, pero tu novia le gusta y temo que acaben liados. Hoy los he visto juntos.

—¿Los has visto juntos? ¿Liándose? —pregunta Vanesa completamente desconcertada.

—No, mujer, no te ha puesto los cuernos todavía. Julia solo se subió al coche que conducía Dani. Es raro, porque no sabía que tenía coche. No sé a dónde irían.

Vanesa resopla y quiere matar a Yi Lin por el susto que le acaba de dar. ¿Tiene que preocuparse por ese chico? No ve a su novia siéndole infiel. No, Julia no la engañaría con otra persona.

—Pues la llevaría a algún sitio. A lo mejor, la trajo al hospital. Simplemente, son buenos amigos. No te preocupes, Julia no es tu rival.

—¿A ti no te molesta?

—No, la verdad es que no. Julia puede tener los amigos que quiera.

—¿Y si se enamora de otro o de otra?

La chica se encoge de hombros y no responde a la pregunta que le hace Yi. Esboza media sonrisa y después bebe de su café. Si pasara eso, se le partiría el alma en trocitos. No está preparada para afrontar la vida sin Julia.

—Creo que le voy a decir a Daniel lo que siento —suelta Yi de repente—. Y si me pego un batacazo, pues intentaré enamorarme de otro. O de otra.

—¿Te gustan las chicas también?

—No, de momento. Pero quién sabe en el futuro. Tú y Julia empezasteis saliendo con tíos. ¿Por qué no me puede pasar a mí lo mismo y pillarme de una chica?

Vanesa sonríe y niega con la cabeza. Su amiga es de lo que no hay y tiene unas ocurrencias únicas, a pesar de que a veces no la comprenda. Le parece una buena idea que le diga a Daniel lo que siente por él. Y si la rechaza, que intente olvidarlo rápido; aunque, por experiencia, sabe que la teoría es más fácil que la práctica.

—¿Ese tipo bajito de allí es con el que has hablado antes? —le pregunta Yi señalando a un hombre con la cabeza afeitada que está sentado al otro lado de la cafetería.

—Sí, es Andrés Montesinos —responde Vanesa, que se ha girado para mirar hacia donde su amiga le indica.

—Es un personaje curioso. No parece policía.

—Pues lo es.

—¿Seguro?

—¡Claro! De los que se dedican a perseguir los delitos informáticos.

—¿Y si es un infiltrado?

—¿Un infiltrado de quién, Yi?

—De Viral. Imagina que es un enviado de Jacob y lo que quiere

es matar a Iván. No es tan loco, ¿no?

—Es algo loquísimo —responde Vanesa, que se da la vuelta otra vez y mira de nuevo a Montesinos.

En esta ocasión, el hombre se da cuenta de que la chica lo observa. Se levanta de la silla y le hace un gesto con la mano para que se acerque. Vanesa se señala a sí misma y Andrés asiente con la cabeza.

—Te está llamando, tía.

—Ya lo veo.

—Pues ve. Igual te dice que trabaja para Jacob.

—No seas tonta, Yi. Ese hombre pertenece a la Policía Nacional y lo que quiere es acabar con Viral.

Andrés Montesinos vuelve a pedirle con otro gesto que vaya hasta su mesa. En esa ocasión, la chica accede a lo que le pide. Se pone de pie y camina hasta el otro lado de la cafetería.

—¿Qué ocurre? —le pregunta Vanesa cuando está frente él.

—Acaban de comunicarme una noticia muy importante, trascendental, que creo que le gustará saber. Además, la prensa no tardará en publicarla.

—¿De qué se trata?

La curiosidad de Vanesa va en aumento. Espera que no sea nada relacionado con la salud de Iván. Aunque las cosas hayan ido tan mal entre ellos, no desea que muera.

—Hemos puesto fin a nuestra investigación. Todo ha terminado.

—¿Sí? ¿Y qué ha pasado para que así sea?

—Hemos encontrado a Jacob.

—¿De verdad? ¿Dónde? —pregunta Vanesa, que se muestra sorprendida pero muy feliz.

—En Cali, Colombia, en una plantación de café. Muerto. Parece que lo han asesinado. Alguien le rajó el cuello.

CAPÍTULO 58

Jueves, 21 de marzo de 2019

En la salida del metro, un joven toca con su guitarra una versión muy personal del *Take me out* de Franz Ferdinand. A Emilio le encanta cómo lo hace y le echa un euro en un sombrero negro que ya está repleto de dinero. El artista, al que una muchacha ha llamado César, le da las gracias con una reverencia y una bonita sonrisa.

Fuera no llueve. Menos mal, porque ha vuelto a salir sin paraguas. La cafetería en la que va a encontrarse con Claudia no está lejos de allí. Emilio camina deprisa hasta el establecimiento. Teme que ella se haya marchado o que le haya vuelto a dar un bajón. Pero, sobre todo, espera que no haya bebido. El tiempo que ha durado el viaje en metro lo ha dedicado a pensar en cómo afrontar aquel asunto y cree que la única forma de hacerlo es ser directo y no andarse con rodeos. Su novia tiene un problema y ha de solucionarlo para que las cosas mejoren en su vida. Esa es la primera piedra que debe colocar en la base de la estructura que quiere reconstruir.

En el interior de la cafetería hace bastante calor. Huele a chocolate y suena *All you need is love*; todo mejora con una canción de los Beatles. En una mesa del fondo está sentada Claudia, que ya ha pedido. Al verlo, se pone de pie y se tapa la cara con las manos. Su saludo de bienvenida llega en un susurro, pero el chico se encarga de hacerse sitio entre sus dedos y plantarle un beso en la boca, que le sabe a chocolate.

—¿Quieres un churro? —le pregunta la chica mientras se recomponen y se sientan—. Creo que he pedido demasiados. Tenía hambre. Ya me he comido tres.

—Gracias. Cogeré uno.

Emilio llama al camarero y pide un café con leche. Espera a que Claudia hable, pero su novia o no se atreve a decir nada, o prefiere que sea él quien se aventure a pronunciar la primera palabra sobre lo que ha sucedido. Finalmente es ella la que toma la iniciativa, aunque habla de algo que el chico no imaginaba.

—¿Has visto a esos dos? —dice la joven, que embadurna uno de los churros en azúcar antes de morderlo—. Han llegado hace un rato. Ella es *youtuber* o algo así. Están grabando un vídeo muy gracioso.

—¿De qué va el vídeo? —pregunta Emilio, que se gira para observar a la pareja que señala Claudia.

—Ella le cubre los ojos con una venda y él tiene que morder el chorro mojado en el chocolate. La chica se lo pone delante de la boca y luego se lo quita, pero él no lo ve. No para de darle mordiscos al aire. Cuando falla, ella aprovecha y lo pringa. Mira cómo tiene la cara de manchada. Es muy divertido.

—Seguro que siguen un guion. Estos *youtubers* improvisan poco y no dejan nada al azar.

—Puede ser, pero el juego me ha hecho mucha gracia. Además, son muy monos. Tengo la impresión de que son pareja.

Emilio piensa que también se prestaría a ponerse perdido de chocolate en una cafetería si Claudia se lo pidiese. Se alegra de verla mejor, pero sabe que tienen que hablar seriamente, así que espera a que el camarero le sirva el café con leche y se marche para continuar la conversación de una manera más seria.

—¿Cómo te encuentras? Me has tenido muy preocupado.

—Lo siento, no era mi intención. Estoy bien ya. No sé qué me ha pasado.

—¿Has bebido alcohol?

—Un par de cervezas.

—Por los mensajes que me has enviado y por tu manera de arrastrar las palabras al hablar, por no mencionar que te has quedado dormida aquí mismo, no parece que hayan sido solo un par de cervezas.

—Solo han sido dos cañas. Te lo prometo.

—Ya, dos cañas...

—Mira, no tengo ganas de discutir. Bastante mal lo he pasado ya hoy, ¿no crees?

Emilio no quiere impacientarse ni dar un paso en falso. Sabe

que, si no se anda con cuidado, Claudia se alterará e incluso puede marcharse de la cafetería en un arrebató. Pero, por otra parte, ha decidido ser directo y firme con ella para tratar de analizar y solucionar el problema.

—¿Quieres que te enseñe los WhatsApp que me has mandado?

—No hace falta. Sé lo que he escrito.

—¿Por qué no me has dicho nada del lío que tuviste anoche con Julia?

—Porque es algo entre ella y yo —responde Claudia con rotundidad sin ni siquiera mirar a su acompañante—. No tengo que darte explicaciones de todo, ¿no?

—Julia me ha contado lo que pasó.

—Lo sospechaba. Acordamos que quedaría entre nosotras, pero era previsible que te lo diría.

—Tuvisteis una fuerte discusión en su casa. Yo le pedí que te alojara, es normal que me terminara enterando. En parte, también es responsabilidad mía.

—Esta tarde cogeré mis cosas y me iré a otro lado, no te preocupes.

—No tienes que hacerlo. Julia no me ha dicho que tengas que marcharte.

—Claro. Ella es perfecta, más buena y caritativa que yo —dice Claudia, que sonrío irónicamente—. No sé por qué no estás con ella. Bueno, sí lo sé. Te rechazó y yo soy algo así como las migajas, el segundo plato. Como doña perfecta no te quiere, sales con la triste y asocial chica alcohólica.

—Es injusto que digas eso. Para ti y para mí.

—¿Por qué, Emi? Es la verdad. La pura y dolorosa verdad.

La chica agacha la cabeza y se esconde detrás de su taza de chocolate. Da un sorbo e intenta no llorar. Emilio la contempla cada vez más preocupado. Ahora no está bajo los efectos del alcohol, pero hay mucho rencor en sus palabras. Quizá, que se fuera a vivir a casa de Julia no fue la mejor de las ideas.

—Ya sabes lo que siento por ti. No estoy contigo porque no pueda estar con ella.

—Me han expulsado de la universidad y de la residencia, no tengo a dónde ir, he agredido a dos profesores y tengo problemas con el alcohol, ¿qué has visto en mí? Nada. Soy un simple capricho momentáneo. Se te pasará pronto.

—Así que admites que tienes problemas con el alcohol.

—Según tú, sí. Yo lo que creo es que, en situaciones de tensión, se me sube todo demasiado deprisa.

—¿Ese es tu diagnóstico?

—Sí, Emilio. Eso es lo que pienso que me pasa.

—Si no bebieras, no se te subiría nada.

—No me tomo una botella de ginebra cada veinte minutos. Lo que he bebido las últimas veces no me afectaría si estuviera bien de ánimo.

—¿Y no has pensado en que cuando te encuentras mal bebes? ¿En que se ha convertido en una solución para ti, en una especie de vía de escape que se ha transformado en una adicción?

—No soy adicta. Lo tengo controlado.

—No es así. Las pruebas están ahí. No puedes controlar lo que bebes ni lo que haces cuando bebes —asegura Emilio cada vez más firme—. Necesitas ayuda, Claudia. Y cuanto antes, mejor.

—Lo que necesito es irme.

La chica se levanta para marcharse, pero Emilio está rápido y le agarra la pierna derecha. Claudia tropieza, y aunque está a punto de caer al suelo, acaba aterrizando en el regazo del chico, que la sujeta por los hombros.

—Te tengo —le dice aliviado por evitar el previsible porrazo de su novia.

—Deja que me vaya. No quiero estar aquí.

—Hablemos, por favor.

—¡No! ¡No quiero!

Tras su negativa, Claudia intenta zafarse de Emilio con las manos, braceando con fuerza. El movimiento que hace es tan descontrolado y furibundo que golpea con el codo al joven en la nariz. Este se queja por el dolor y se lleva la mano a la zona dañada.

—Tengo sangre —dice Emilio alarmado.

—Lo siento. Te juro que no he querido darte. Ha sido sin querer.

—Tranquila, no pasa nada.

—Emi, perdóname, por favor —insiste Claudia desconsolada—. Estás sangrando mucho. Joder, soy lo peor.

—No te preocupes. Voy al baño un momento a cortar la hemorragia. No te vayas.

—Te acompaño.

—No, quédate aquí. Será solo un minuto.

El chico se levanta con la cabeza echada hacia atrás para evitar que la sangre caiga al suelo y con una servilleta de papel que no sirve de mucho en la nariz. Camina deprisa hasta el cuarto de baño y se encierra dentro. Primero, se lava las manos para quitarse la sangre; luego, coge papel higiénico y se tapa ambos orificios y se limpia el tabique nasal, la barbilla y las mejillas. Nota el sabor de la sangre en la boca.

—¡Emi! ¡Déjame pasar, por favor! —grita Claudia desde fuera.

—¡Vete a la mesa! ¡Enseguida voy!

—¡No! ¡Quiero ayudarte!

—¡No es nada! ¡Salgo ya!

—¡No me pienso ir! ¡Déjame entrar!

El chico suspira resignado. En el poco tiempo que llevan juntos, ya ha podido comprobar que Claudia puede llegar a ser muy insistente, y él no está en condiciones de discutir, así que quita el cerrojo y permite que pase.

—¡Joder! ¡La tienes fatal! —exclama la chica al ver a Emilio con la nariz como un pimiento—. Voy a curarte.

—Ya no sangro mucho, no te preocupes.

—Claro que me preocupo. He sido yo la que te ha puesto la nariz así. Te he traído esto. Se lo he pedido al camarero.

La chica le muestra su fular; lo ha utilizado como una canasta para llevarle hielo. Se lo coloca sobre la hinchazón y le acaricia el pelo. Permanecen así durante un par de minutos.

—¿Te alivia?

—Bueno, un poco. Gracias.

—No sabes lo avergonzada que estoy por lo que ha pasado, Emi. Tú solo intentas ayudarme y a cambio casi te parto la nariz.

—Son cosas que pasan. No le des más vueltas.

—Claro que se las doy. Tengo que escucharme menos a mí y más a los demás, ¿no?

—No lo sé.

—Sí lo sabes, pero no quieres presionarme más —dice Claudia sonriendo—. Eres muy bueno conmigo, un auténtico sol. Yo también quiero ser buena contigo.

—Ya eres buena conmigo.

—No, no lo suficiente. Tengo que demostrártelo más y hablar menos.

La joven acerca su rostro al de él y le da un beso en los labios. Y

luego otro, entre risas. Y otro. Y otro...

Emilio siente de pronto mucho calor. Se toca la nariz y se da cuenta de que ya no sangra. Los besos de Claudia bajan al cuello y suben otra vez hasta su boca deteniéndose en las orejas. Un pequeño mordisco. Dos. Uno más. Y una pregunta susurrada.

—¿Y si lo hacemos? —dice la joven, que suelta el hielo en el lavabo—. Quiero hacerlo aquí.

—¿Aquí? ¿Ahora?

—Sí. Estoy a cien. Lo necesito. Tengo un condón en el bolso. Y quiero utilizarlo ahora mismo.

A Emilio le entra un escalofrío y hasta se le olvida que le duele la nariz. Le sorprende que ella lleve un preservativo encima, pero se alegra. A él ni se le había pasado por la cabeza. Jamás habría imaginado que su primera vez con Claudia fuera en el cuarto de baño de una cafetería en el que el olor a chocolate con churros predomina por encima de todos los demás.

En ese momento, un mensaje importante llega al grupo de WhatsApp que Emilio tiene con sus amigas. Vanesa les anuncia que la policía la ha informado de que Jacob, el jefe de Viral, ha aparecido muerto en Colombia. Y no solo eso: acaban de detener a su presunto asesino en el aeropuerto de Barajas.

CAPÍTULO 59

Jueves, 21 de marzo de 2019

Julia todavía se encuentra en el autobús que la lleva al pueblo cuando lee el WhatsApp que Vanesa ha enviado al grupo. De inmediato, la llama.

—¿Quién te ha dicho lo de Jacob? —le pregunta a su novia sin ni siquiera saludarla.

—Andrés Montesinos. Se lo acaban de comunicar. Me ha visto en la cafetería y me lo ha contado.

—¿Qué hacía Jacob en Colombia?

—No lo sé, aunque Montesinos sospecha que tenía algún tipo de negocio turbio con alguna mafia de allí. Aún están investigándolo. Hay varios departamentos de la policía española y colombiana trabajando en el asunto.

—Imagino que este es el final de Viral.

—Espero que sí. Está mal que me alegre de la muerte de alguien, pero todos vamos a dormir más tranquilos a partir de ahora. Esa gente da mucho miedo.

Julia piensa lo mismo, aunque ella no está feliz por la noticia; pero está claro que, sin su creador y precursor, Viral tiene las horas contadas.

—¿Te ha revelado Montesinos algo más sobre Oso Polar y Lobo Feroz?

—No hemos hablado de eso, así que imagino que no habrá novedades. Lo que sí me ha dicho es que su trabajo ha finalizado.

—¿E Iván? ¿Qué pasará con él?

—Iván solo era un peón en la partida para llegar hasta Jacob.

Ahora que lo han encontrado, la misión de Montesinos ha concluido. A partir de ahora, otros se encargarán de él.

—¿Sigues en el quirófano?

—No lo sé, me parece que sí. Sus padres ya están aquí. Yo me iré del hospital en breve. Voy a comer con Yi, que está conmigo.

—Bien. Yo estoy llegando al pueblo en el bus.

En ese instante, Julia siente como si Vanesa quisiera decirle algo, pero no se atreviera a hacerlo. De hecho, un silencio momentáneo la delata.

—¿Algo más?

—No. Bueno, ¿todo bien?

—Todo lo bien que se puede estar después de lo que ha pasado — responde Julia, que mira por la ventanilla del autobús y ve que ya están entrando en el pueblo.

—¿Nosotras bien?

—Pues como hace un rato. No podemos analizar cómo estamos cada vez que hablemos o nos veamos.

—Es que estoy preocupada.

Julia cierra los ojos e intenta no ponerse nerviosa. Le duele un poco la cabeza y no le apetece hablar de eso otra vez.

—Besé a Iván —suelta Vanesa de repente.

—¿Qué dices?

—La semana pasada en el hotel. Pero no fue nada. Solo un beso sin importancia.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—No. Ojalá fuera una broma. Creo que por eso he estado tan rara últimamente. Mi conciencia se negaba a olvidarlo y pasar página.

Julia se queda petrificada. Eso no se lo esperaba. Ni siquiera sabe qué decir. Se ha bloqueado y es incapaz de gritar, enfadarse o hacerle un reproche a su novia. Solo mira por la ventanilla del autobús, que está a punto de llegar a la estación.

—Lo siento. No fue culpa mía, pero lo besé —comenta Vanesa al ver que Julia no dice nada—. Podemos hablarlo luego tranquilas, en tu casa o en la mía, y te lo explico todo detalladamente.

—Estoy cansada y saturada de tanto hablar.

—¿Te has enfadado? Lo entendería.

—No sé cómo estoy, Vane. Voy a colgar, ¿vale?

—Espera. ¿Quieres que vaya a tu casa después?

—Luego te llamo. Adiós.

La chica da por finalizada la llamada y pone el móvil en modo avión. No quiere recibir llamadas ni mensajes en los próximos minutos. Está agotada, harta y confusa.

La vida da tantas vueltas... Hace dos años cortó cualquier tipo de relación con Iván por liarse con Vanesa, y ahora que sale con ella, la historia vuelve a repetirse, aunque su novia asegure que ha sido un beso sin importancia. Tal vez los que estén hechos el uno para el otro sean Iván y Vanesa, y ninguno de los dos para ella.

Le fastidia que el amor le dé tantos problemas y le impida ser más racional. Si no se enamorara, no perdería tiempo ni neuronas con asuntos como ese que ahora le martillea el cerebro. Pero eso no se puede controlar.

El camino desde la estación de autobuses hasta su casa no es nada grato. El viento sopla muy frío y el cielo se ha vuelto a llenar de nubes amenazantes de lluvia. Acelera el paso y camina sin mirar a ninguna de las personas con las que se cruza. Quiere llegar cuanto antes a su habitación y meterse en la cama, cubrirse entera con la manta y dormir profundamente, sin pesadillas ni sueños indescifrables que la atormenten. Ni siquiera tiene ganas de ponerse con el caso Juncosa ni de buscar qué fue eso que sucedió hace cinco años que tanto satisfizo a Oso Polar y Lobo Feroz.

Sin embargo, su mente siempre está en funcionamiento. Como la de su abuela, su pobre abuela Pilar. Las teorías se van hilando y tejiendo en su cabeza, aunque ella no lo desee. Piensa en que hace cinco años Oso Polar y Lobo Feroz ya se conocían... y seguro que también conocían a Pedro Juncosa. Si no, ¿por qué les preocuparía que ella hiciera preguntas sobre él? ¿Serían amigos los tres? ¿Formarían parte de alguna clase de colectivo? ¿Y si Pedro era el vigilante del silencio de ese colectivo del que también formaban parte esos dos tipos? La caja fuerte del psicólogo tenía las iniciales de esas cuatro palabras: «EVDS». Y la nota de suicidio estaba en su interior, detrás de un cuadro. ¿Por qué la colocó allí? ¿Por qué no dejó aquella hoja en su habitación? ¿Es que no quería que la policía la viera? Si era tan torpe con las manos, ¿por qué y cómo se ahorcó con un nudo tan bien hecho? ¿Y dónde está el teléfono que vio María José? ¿Hablaban con ese móvil con Oso Polar y Lobo Feroz?

—Hola, hija, ¿cómo ha ido la mañana?

Acaba de entrar en casa y la que le habla es su madre. La mujer

está regando las plantas del patio y lleva puesto un delantal algo manchado de tomate.

—Huele muy bien, ¿qué es?

—*Rigatoni al forno*. Hoy me he tomado el día libre y me apetecía cocinar algo rico.

—Yo no tengo demasiada hambre.

—¿No? ¿Te encuentras mal? ¿Estás enferma?

Julia no quiere explicarle a su madre que tiene el estómago cerrado por culpa de Vanesa y de su estúpido beso con Iván. Eso le ha afectado; sí, definitivamente, le duele mucho.

—Ha sido un día complicado —dice la chica, que entra en la cocina y se sienta en la mesa en la que suelen desayunar—. El inspector jefe Martínez Prado me ha interrogado.

—Ya lo sé. Estuvimos hablando anoche con él. Espero que haya sido amable contigo.

—Bueno, hace su trabajo. Me ha caído mejor la subinspectora que iba con él, Miriam Iglesias.

—La conozco. Esa mujer tiene muy buen cartel dentro de la Policía Judicial. No tardarán en ascenderla.

—Se la ve muy competente —comenta Julia, que juguetea con el rabito de una manzana que hay en el frutero que está sobre la mesa—. Han pasado más cosas.

—¿Sí? ¿El qué?

—Ha aparecido Iván Pardo.

—¿En serio? ¿Y cómo está?

—Mal. Ha tenido un accidente de coche huyendo de la policía. Ha chocado frontalmente con un árbol —responde Julia poniéndose otra vez de pie.

—¡Dios mío! ¿Está muy grave?

—No lo sé. He ido al hospital a visitarlo, pero no he podido verlo. Lo estaban operando.

—Pobre muchacho. Y pobre familia. Espero que se recupere y que las cosas se solucionen para él. ¿Dónde ha estado todo este tiempo?

—Más tarde te contaré todo con más detenimiento. Me voy a mi cuarto, estoy muy cansada.

—¿No vas a comer?

—Ahora mismo no me apetece, mamá. Necesito dormir.

Aitana asiente y se acerca a su hija para abrazarla. La joven

siente el calor que desprende el cuerpo de su madre, le encantaría quedarse abrazada a ella lo que queda de jueves; sin embargo, se separa y sube hasta su habitación. Mira la pizarra y niega con la cabeza. No es el momento de pensar en eso.

Suelta sus cosas y deja el móvil, todavía en modo avión, sobre la mesa. Se pone el pijama, se mete en la cama y se tapa hasta el cuello. Cierra los ojos e intenta despejar la mente para poder dormir.

—Julia, ¿tienes el móvil apagado?

La chica abre los ojos y ve a su madre, que entra en la habitación y camina hasta ella con su teléfono en la mano.

—Lo tengo en modo avión.

—Toma, es tu abuela, quiere hablar contigo.

—¿Qué? ¿Mi abuela? ¡Eso no es posible!

Aitana le entrega el móvil a su hija y sale del dormitorio cerrando la puerta. La habitación está completamente a oscuras, salvo por la luz de la pantalla del teléfono.

—¿Sí?

—Hola, querida nieta.

—¡Abuela! ¡Tú no deberías poder llamarme por teléfono! ¡Estás muerta!

—Solo será un momento, Julia.

—Dime, ¿qué pasa?

—Lo sabes.

—¿Qué es lo que sé, abuela?

—Lo de Pedro Juncosa. Tú sabes que no fue un suicidio. Y yo pienso igual.

—Pero ese hombre dejó una nota y, según parece, es auténtica. La escribió él, lo confirmó un especialista.

—Seguro que sí. Aunque ni tú ni yo lo vemos tan claro. Algo falla, ¿no es así?

La chica sigue pensando que quedan flecos sueltos en el suicidio del psicólogo, incluida esa nota que Sofía Gisbert le ha mostrado a Emilio.

—¿Y qué puedo hacer?

—Lo que haces siempre, querida: usar tu brillante y prodigiosa cabecita. Seguro que terminas tocando una tecla que te sirve de ayuda para resolver el misterio.

—Pero he prometido no meter más las narices en el caso. No puedo seguir investigando.

—Nadie se enterará. Yo no diré nada.

Julia imagina la media sonrisa sarcástica y juguetona de su abuela Pilar al otro lado de la línea. ¡Cómo la echa de menos! La necesita tanto en ese momento que siente un tremendo vacío en su corazón por su ausencia.

—Temo que me pillen. Además, no sé por dónde continuar. ¿Con quién debo hablar?

En esa ocasión, la pregunta no obtiene respuesta. Julia llama a su abuela varias veces, pero esta ya no responde. Abre los ojos y se encuentra con la oscuridad de su habitación. No tiene ningún móvil en las manos; mira a su alrededor y debajo de las sábanas, pero el teléfono de su madre no está allí.

Suspira. La conversación con Pilar no ha sido real. Se siente aún más vacía y tiene muchísimas ganas de llorar. Se permite derramar algunas lágrimas de impotencia y de tristeza. Cuando termina de desahogarse, analiza el significado de aquel sueño. Algo tiene muy claro: no puede descartar que a Pedro Juncosa lo asesinaran. Desde que Ernesto le habló del caso, ha dudado de ello. Pero entonces ¿quién podría ser su asesino? ¿Alguno de los sospechosos de la lista?

Hasta el momento, ninguna de las personas con las que ha hablado le ha parecido culpable, pero es hora de ponerse de nuevo en funcionamiento. Y cree saber por dónde debe retomar el caso.

CAPÍTULO 60

Jueves, 21 de marzo de 2019

Antes de volver a salir de casa, se ha comido un pequeño plato de *rigatoni al forno* para contentar a su madre. Le ha dicho que regresaba a la ciudad, que había quedado con un chico de su clase para que le explicara lo que han dado durante la semana que ella no ha ido a la universidad.

—¿Un chico de tu clase? —pregunta Aitana alzando una ceja no demasiado convencida.

—Sí. Se llama Daniel Durán. Es bastante listo. Me ha escrito mientras dormía.

—¿Y tienes que ir a la ciudad otra vez?

—Él vive allí, no me queda otra. ¿O prefieres que sea Yi Lin la que me ponga al día con lo que tengo atrasado?

Esa pregunta hace que su madre se dé por vencida y no replique más.

El tiempo se le pasa rápido a Julia mientras espera que salga su autobús. Se entretiene buscando información en el móvil sobre hechos acontecidos en el 2014. Encuentra un artículo en Google en el que se destaca que fue un año cargado de sucesos que alertaron a la opinión pública española: aparecen varios casos sonados de pederastia y la muerte de un ultra de fútbol que suscitó una gran polémica; se cometieron bastantes asesinatos y se produjeron algunas muertes en extrañas circunstancias que tuvieron una gran repercusión en las redes sociales; también fue el año de los incendios de un poblado de chabolas, que se saldó con once fallecidos y más de cien heridos con quemaduras de diversa gravedad, y de la fábrica de

Campofrío más grande en el país.

Julia sube al bus y decide no seguir buscando noticias en Internet para no gastar más batería del móvil. Apenas le queda el cuarenta por ciento y quiere que le dure hasta su regreso. Apoya la cabeza contra la ventanilla y cierra los ojos. Le encantaría dormirse y volver a hablar con su abuela. Sabe que son sueños y que las conversaciones con ella no pertenecen a la realidad; además, cuando se despierta experimenta una sensación de vacío muy grande en su interior. Aun así, siente como si Pilar no hubiese muerto, como si todavía anduviese cerca cuidándola y dándole todo su apoyo.

No logra dormirse. Durante todo el trayecto hasta la ciudad permanece con los ojos cerrados pero despierta. De vez en cuando los abre y observa el paisaje o mira de reojo a la señora que se ha sentado a su lado y que no deja de ver vídeos de gatos y perros en Facebook. Tiene una risa contagiosa que también hace sonreír a Julia.

La única vez que la chica usa el móvil en el viaje es para enviarle un mensaje a Daniel Durán pidiéndole un favor. Sabe que su compañero de clase no vive lejos de la estación y tampoco le hará perder mucho tiempo. La contestación del joven es afirmativa: la estará esperando a su llegada a la ciudad.

Y así es. Cuando Julia baja del autobús, enseguida ve a Daniel. Lleva un bonito abrigo largo oscuro que le llega casi a la altura de los zapatos y se ha puesto una boina francesa que le hace parecer algo mayor de lo que es. Sonríe mientras la chica camina hacia él.

—Gracias por venir. Te debo una muy grande —dice Julia, que se sorprende cuando Dani le da dos besos.

—No es ninguna molestia. Sigo teniendo el coche de mi padre además.

—¿Has venido en coche?

—Tengo que aprovechar. Mañana volveré a ser un ciudadano sin vehículo.

Daniel huele muy bien. Se ha echado perfume, algo que no suele ser habitual. Ella, en cambio, se ha dado tanta prisa en salir de su casa que ni siquiera se ha peinado y lleva la misma ropa que por la mañana.

—No te quiero robar mucho tiempo. ¿Lo hacemos con el tuyo? Me estoy quedando sin batería.

—Perfecto. Busquemos un sitio chulo.

La pareja sale de la estación y en una calle cercana descubren una pared con un grafiti; es un muñeco de nieve envuelto en una bandera de colores. A los dos les gusta.

—¿Haces tú el selfi? —le pregunta Julia a su amigo—. A mí no se me da muy bien.

—Será una de las pocas cosas que no hagas bien.

Julia se pone colorada y no responde. Los chicos acercan sus cabezas y, tras unos segundos buscando la pose y la sonrisa adecuadas, Daniel hace la foto. Y una segunda y una tercera, «por si acaso».

—Muchas gracias. Como te he dicho antes, te debo una.

—Tranquila. ¿Puedo preguntar para qué es la foto?

—Para que mi madre se crea que he estado contigo. Le he dicho que venía a la ciudad a que me explicases unas cosas de la universidad.

—¿Me has utilizado de excusa para mentirle a tu madre?

—No me ha quedado otra, perdóname. Si te molesta, no subo la foto a mis redes sociales y solo se la mando a ella.

A Daniel no solo no le molesta, sino que le saca una carcajada. Está encantado de aparecer en el Instagram de Julia. Luego, los dos caminan de nuevo hacia el punto de partida. Ella tiene que coger el metro para dirigirse a su verdadero destino.

—¿Quieres que te lleve a dondequiera que vayas?

—No, ya has hecho bastante. Muchas gracias.

—Tengo toda la tarde libre y no hace falta que me digas por qué le has mentido a tu madre ni qué vas a hacer. Tus motivos tendrás.

—No quiero que seas mi taxista.

—Soy tu amigo con coche. ¿Suena mejor así? Aprovéchalo.

La tentación es grande; se ahorraría tiempo y viajes en metro. El sitio al que va no está precisamente cerca y tiene que cambiar de tren un par de veces. Por otra parte, le gusta estar con él. Fuera de la universidad se muestra diferente, más divertido.

—Vale, acepto. Pero me conformo con que me lleves. Luego no hace falta que me esperes.

—Poco a poco. ¿Está lejos el sitio?

Julia le indica la ubicación. Sí, está bastante alejada del lugar en el que se encuentran, aunque a Dani parece no importarle. Ya en el coche, el chico deja que sea ella quien elija la música: Cadena Dial, un tema del disco de Cepeda, uno de sus cantantes preferidos y su

favorito de *Operación Triunfo 2017*.

Julia y Dani se ríen mucho y hablan de todo un poco en aquel improvisado encuentro. La joven ya no se siente cansada. Por un momento, no piensa en nada relacionado con la muerte de Pedro Juncosa, el asesinato de Ernesto Valle o el accidente de Iván Pardo. Ni siquiera le viene a la mente el beso del que antes le habló Vanesa. Durante esos minutos solo existen Daniel Durán, la música que suena en la radio y sus cinco sentidos. Y se siente bien. Muy bien.

—¿Has hablado con Yi? —le pregunta Julia anulando así el primer silencio que se produce entre ambos desde que se subieron al coche.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Por lo que te dije. Le gustas.

—Bueno, me siento halagado, pero no sé si ella me gusta a mí.

—¿Ni un poquito?

—No me lo he planteado. Hasta ahora solo la veía como a alguien de clase.

—¿Ni siquiera como a una amiga?

Daniel se piensa la respuesta. En la radio suena una canción antigua de Laura Pausini que a Julia le recuerda a cuando era niña. Ha crecido mucho desde la primera vez que la oyó y las cosas han cambiado. Sobre todo, que ya no es una niña. Sus sentimientos son más fuertes e intensos, algunos incontrolables.

—Imagino que sí, que puedo considerar a Yi Lin como mi amiga —responde finalmente Dani, al que Julia no deja de mirar.

—Yi es una gran chica. Nunca te aburrirías con ella.

—¿Eres su representante?

—No, es mi amiga.

—Pues parece que te vayas a llevar una comisión si consigues que salgamos juntos.

Julia sabe que lo dice en broma, pero el comentario no le gusta mucho. De hecho, no vuelve a hablar lo que resta de camino. Cuando llegan a la calle señalada, Daniel aparca en doble fila.

—¿De verdad que no quieres que te espere?

—No, de verdad. No sé cuánto puedo tardar.

—Bien. Pues nos vemos mañana en el entierro de Ernesto.

—Nos vemos mañana. Muchas gracias por traerme.

El chico asiente, se inclina hacia Julia y le da dos besos de despedida en la mejilla. Ambos se quedan mirándose fijamente, de

una manera que hace que a la chica le tiemble todo. Por un instante, se le nubla la razón. No, no puede pasar lo que está imaginando. Julia se gira con cierta brusquedad, abre la puerta del copiloto y sale del vehículo apresuradamente. El edificio al que va está justamente delante. Camina hacia la entrada y espera unos segundos a que el coche de Daniel desaparezca de su campo de visión.

Suspira y se pregunta si aquel chico le gusta. No tiene una respuesta. Pero, aunque así fuera, ella sale con Vanesa y él es el tío del que está pillada su amiga Yi. Tiene la palabra «prohibido» tatuada en la frente. Lo conoce desde septiembre, ¿por qué ha tenido que pasar en ese momento de su vida? O a lo mejor no ha pasado nada. De todas maneras, no va a decidir ni a solucionar nada machacando su cerebro con esa historia. Ella está allí para otra cosa. Necesita centrarse y actuar.

Busca en el tablero del portero automático el número del piso en el que reside la persona a la que ha ido a ver. No la ha llamado ni la ha avisado por teléfono, pero espera encontrarla en casa. Pulsa el botón del décimo D y aguarda a que alguien conteste. La voz de una mujer no tarda en responder.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Hola, buenas tardes. Me llamo Julia. ¿Está María Gisbert?

—¿Eres Julia Plaza? ¿La amiga de Emilio Viñales?

—Pues... sí. ¿Con quién hablo? —pregunta la chica muy sorprendida.

—Soy Sofía Gisbert, la profesora de Sociología de Emilio. Sube. A mi madre le encantará charlar un rato contigo.

CAPÍTULO 61

Jueves, 21 de marzo de 2019

Lo que han hecho ha sido una completa locura. Si los hubieran descubierto en el baño de la cafetería, los habrían podido hasta denunciar. Emilio ni siquiera sabe cómo ha sido capaz de concentrarse, pero el subidón de adrenalina que ha sentido al llegar al orgasmo ha sido inigualable. ¿Le habrá parecido a ella tan increíble como a él? No se ha atrevido a preguntárselo, aunque Claudia ha estado de buen humor desde entonces y hasta se ha quedado dormida.

Ninguno de los dos tenía hambre, así que se han saltado la hora de la comida y han estado paseando sin dirección ni rumbo. El destino los ha llevado a un parquecito en el centro de la ciudad, donde han descubierto un coqueto merendero techado con una decena de banquitos en su interior. Decidieron sentarse allí y tomarse un descanso. Han hablado de muchas cosas, aunque evitando temas complicados, como el de irse a vivir juntos, el posible regreso de ella a su casa o la expulsión de la universidad. Tampoco han hecho referencia al alcohol ni al conflicto con Julia. Se han centrado en seguir conociéndose, en contarse anécdotas divertidas del pasado y en disfrutar de ese instante juntos. Han estado tan a gusto el uno con el otro, se han relajado tanto, que hasta se han quedado dormidos. Emilio no tardó mucho en despertarse, pero Claudia lleva más de una hora en brazos de Morfeo. La madera del banco le sirve de colchón y las piernas de su novio, de almohada.

Mientras duerme, el joven la contempla ensimismado. Se da cuenta de que realmente está enamorado de ella. Sí, no le cabe duda

de que la quiere. Siente lo mismo que en su día sintió por Julia o por Kerstin. Es amor de verdad, sincero, auténtico; un amor que está por encima de etiquetas y contratiempos. A pesar de eso, Emilio reconoce que está igual de enamorado que de preocupado por la situación y eso le impide ser feliz. No, ahora mismo no es feliz y le encantaría serlo. No hay mayor felicidad que querer a alguien y que te corresponda.

Pero necesita hacer algo. Sabe que a su novia le va a molestar, pero sigue creyendo que debe ayudarla a solucionar sus problemas. Decidido, coge el móvil y envía un WhatsApp. La respuesta llega enseguida. Emilio sonríe y manda un nuevo mensaje.

—¿A quién le escribes? —le pregunta Claudia sorprendiéndolo.

—¿Cuánto llevas despierta?

—Unos cinco minutos, pero estoy muy bien así. No quería abrir los ojos.

—Creía que seguías dormida. ¿Tienes frío?

—No. Bueno, un poco.

—¿Nos vamos?

Claudia asiente y se incorpora poco a poco. Le da un beso a Emilio y después se despereza. La pareja se pone de pie y comienza a caminar hacia la salida del parque. La temperatura ha bajado y sopla el viento, que esparce las hojas por el camino por el que van.

—¿Quieres que comamos algo? Debes de estar hambriento.

—¿Tú tienes hambre?

—No demasiada, me he llenado con los churros, pero sí tengo sed.

—Bien, pues vamos a tomar algo a algún sitio.

Los jóvenes se sientan en una cafetería que encuentran a pocos metros del parque. Emilio pide un sándwich de pollo y un refresco y Claudia solo un zumo de naranja, aunque, entre bromas, da algún mordisquito al emparedado de su novio.

—No me quiero ir —suelta la chica, que se balancea en su silla—. ¿Todavía quieres que nos vayamos a vivir juntos?

La pregunta hace que Emilio se atragante y tenga que beber un gran trago de su refresco. Luego, contempla a Claudia, que tiene media sonrisa dibujada en el rostro y los ojos fijos en él.

—¿Estás hablando en serio? ¿Lo has pensado bien?

—No he pensado nada.

—Entonces, ¿a qué viene este cambio tan repentino?

—Me ha gustado lo del baño de la cafetería de los churros — responde Claudia, que ahora sonrío de oreja a oreja.

—Estás de coña, ¿no?

—Sí. Bueno, no. Me ha encantado lo que hemos hecho, aunque ese no es el motivo por el que quiero irme a vivir contigo.

—Menos mal.

—Aunque, si vivimos juntos y tenemos una habitación con una cama grande, voy a echar de menos hacer ese tipo de cosas.

Emilio nota que le hierven las mejillas y se coloca el vaso frío de refresco en la cara. Claudia se ríe y da un sorbo al zumo de naranja sin dejar de mirarlo de forma pícara. En ese momento, suena el móvil del chico. Él se levanta de la mesa y sale de la cafetería para responder. En menos de dos minutos está de vuelta. Cuando vuelve a sentarse, la expresión de ella ya no es la misma.

—¿Qué ocurre? —le pregunta Emilio, que se ha dado cuenta del cambio.

—No sé. Dímelo tú.

—¿Qué es lo que tengo que decirte? No te comprendo.

—¿Era Julia?

—No, no era ella. Y si lo fuera, ¿qué?

Claudia no responde. En silencio, se pone de pie, va a la barra y regresa con una cerveza en la mano.

—No me lo puedo creer.

—¿Qué es lo que no te puedes creer?

—Lo que acabas de hacer —responde Emilio con tristeza—. Cada vez que tienes un problema o te sientes mal, recurre al alcohol.

—No seas dramático. Solo es una caña.

—Está claro que no puedes controlarlo.

—Te lo repito: no seas dramático. Simplemente es una cerveza.

El chico niega con la cabeza y se lleva a la boca el último trozo de sándwich mientras observa cómo Claudia se bebe la caña casi de golpe. Siente pena por ella y lamenta que tenga que tomar alcohol cuando no se encuentra bien. Necesita ayuda, la que él espera haber encontrado.

—¿Sabes, Emi? Me han vuelto a entrar dudas sobre si irme a vivir contigo.

—¿Has vuelto a cambiar de opinión?

—Sí, porque creo que vas a estar cuestionando todo lo que hago, día y noche —dice la chica, que busca con la mirada al camarero—.

Además, me ocultas cosas.

—¿Yo? ¿Qué te he ocultado?

—Por ejemplo, te has empeñado en esconder a la persona a la que antes le has escrito y que ahora te ha llamado. Seguro que era Julia, pero no me lo quieres decir.

—No era ella y, si lo fuera, no pasaría nada. Es mi mejor amiga y eso va a continuar siendo así, pase lo que pase entre nosotros dos.

—Perfecto. Lo respeto. Aunque, si dices que no pasa nada, ¿por qué no eres sincero conmigo y me dices con quién hablabas?

—Porque...

La puerta se abre y ambos se giran hacia la entrada. Quien aparece es alguien que ambos conocen, sobre todo Emilio. Marilia camina elegantemente hacia ellos con sus altísimos tacones y su cabello rubio rizado suelto. Parece que está desfilando en una pasarela.

—Este sitio está guay. Nunca había venido —dice la recién llegada ocupando la silla que está libre—. ¿Qué tal, chicos?

—Gracias por venir tan rápido —la recibe Emilio, que ahora sonríe—. Bien, yo me voy. Os dejo solas.

—¿Qué? ¿A dónde vas? —pregunta Claudia, que no entiende qué está pasando.

—Marilia quiere hablar contigo de un asunto. A mí no me haces caso y quiero ayudarte. Avisadme por WhatsApp cuando hayáis terminado.

El chico se levanta e intenta darle un beso a su novia, que lo rechaza. No insiste. Sonríe a la otra joven y se marcha de la cafetería.

—Yo no pinto nada aquí —dice Claudia, que amaga también con irse.

—Quieta, relájate. No me dejes tirada, por favor. Solo he venido para que charlemos como amigas.

—No somos amigas.

—Pero, si estás con Emilio, lo más probable es que, si las dos ponemos de nuestra parte, terminemos siéndolo. Según me han contado, no andas sobrada de amigas ni de gente en quien confiar, ¿no? Pues siéntate cinco minutos, escúchame y luego, si quieres, te vas.

Las palabras de Marilia templan los ánimos de Claudia, que decide permanecer sentada y escuchar lo que la rubia de cabellos rizados tiene que decirle.

—¿De qué quieres hablar?

—De eso —contesta Marilia señalando el vaso de cerveza.

—¿Tú también? ¡Que solo es una puta caña!

—No es solo eso y lo sabes.

—Sé que es una estúpida y simple cerveza.

—Aunque pienses lo contrario, yo te comprendo.

—Tú no me comprendes.

—Por supuesto que sí. Estuve enganchada al alcohol como lo estás tú ahora y tampoco lo admitía. Pensaba que lo tenía todo controlado.

—Es que yo lo tengo controladísimo.

—Lo que tú digas. ¿A quién quieres engañar? ¿A mí? ¿A ti misma?

—A nadie. No pretendo engañar a nadie.

—Mira, Claudia. Sé perfectamente que, cuando beber se convierte en una vía de escape o de desconexión de la realidad, no es fácil no recurrir a ello cuando tienes un problema. De verdad que lo sé. Lo he vivido en mis propias carnes.

A Marilia le brillan los ojos cuando habla. Claudia se da cuenta de que está conteniendo la emoción y de que está siendo completamente sincera con sus sentimientos. Ha debido de pasarlo mal con ese tema.

—El problema no es que te tomes una cerveza. ¡Es genial que te la tomes! El problema viene cuando necesitas esa cerveza o beberte una copa para sentirte mejor o para huir del mundo. En realidad, no te sientes mejor, es un engaño. La evasión es solamente momentánea. Por no hablar de la resaca que te queda después...

—No estoy en esa situación, de verdad. Bebo porque me apetece, no porque lo necesite.

—La negación es el primer síntoma del problema. Nadie admite que tiene una adicción como esta. Estamos diseñados para creer que estas cosas les pasan a otros, pero nunca nos pasará a nosotros.

—Es que, si no tengo un problema con el alcohol, ¿por qué voy a admitirlo? Es absurdo.

—Absurdo es que la bebida condicione tu vida —dice Marilia poniendo una mano encima de la de Claudia, que está sobre la mesa—. Mira, yo no soy nadie para decirte lo que tienes o no tienes que hacer. Solo te pido que escarbes bien dentro de ti. Que te hagas preguntas. Que seas honesta contigo misma y que, si llegas a la

conclusión de que, realmente, tienes un problema, busques ayuda y soluciones. Estas cosas no se pueden afrontar en solitario, de manera individual. Y no pasa nada por ir a un especialista que te aporte lo que tú no eres capaz de conseguir. Están para eso. Pero el primer paso lo tienes que dar tú, Claudia. Solo tú puedes decidir qué hacer.

CAPÍTULO 62

Jueves, 21 de marzo de 2019

María Gisbert se apoya en una muleta para caminar. Hace unas semanas que la han operado de una rodilla y todavía no se ha recuperado del todo. Es una mujer atractiva, de no más de uno sesenta, delgada y a la que le gusta maquillarse y vestir bien. Lleva el pelo cortito y tintado de un color anaranjado que la hace parecer más joven de lo que es. Recibe a Julia con amabilidad cuando su hija las presenta. Sofía también ha sido bastante atenta con ella, aunque la ha notado algo incómoda con su presencia. Todavía tiene los ojos rojos de llorar. Ha pedido libre lo que queda de semana en la universidad, que ha aceptado su propuesta dadas las circunstancias.

Las tres pasan a un amplio y bonito salón en el que la anfitriona le ofrece asiento a su invitada en un llamativo sofá negro de piel. La chica acepta y observa cómo la mujer ocupa, no sin cierta dificultad, el que parece su sillón habitual. Por su parte, Sofía se queda de pie y le pregunta a Julia si desea un café. La joven lo pide con leche y la profesora se marcha a la cocina a prepararlo.

—Es una gran desgracia lo que le ha ocurrido a Ernesto. Sofía me ha dicho que era tu profesor. Era un buen chico, a pesar de que con mi hija fue un poco pesado. Pero no seré yo la que hable mal de los muertos.

—¿Hacía mucho que no lo veía?

—Si te digo la verdad, Julia, no lo recuerdo —contesta María, que intenta hacer memoria—. Quizá tres años, dos y medio... No lo sé. A mi edad las cosas empiezan a resultar confusas y el tiempo va fulminando los recuerdos.

—Mañana es su entierro, ¿irá?

—Eso es lo que estaba hablando antes con Sofía. Me gustaría asistir, pero no sé si es lo más conveniente para mi rodilla.

La tranquilidad con la que aquella mujer habla llama la atención de Julia. Su tono de voz es pausado y agradable, quizá incluso demasiado meloso. No se imagina a María discutiendo o siendo agresiva, aunque a veces las apariencias engañan.

—Le voy a ser muy sincera —dice Julia, que va directamente al grano—. He venido a verla porque su nombre está en una lista de sospechosos que Ernesto elaboró. Él consideraba que usted podría haber tenido algo que ver con la muerte de su exmarido, Pedro Juncosa.

—¿Y qué quieres que te diga exactamente sobre eso? —pregunta María con la misma calma que ha empleado hasta el momento.

—¿Por qué piensa que él la incluyó en esa lista?

—Imagino que por mi nefasta relación con Pedro. Fue un matrimonio traumático. Incluso necesité tratamiento psicológico. El hombre con el que me casé no era el mismo hombre del que me divorcié.

—¿Tanto cambió?

—Mucho, Julia, mucho. Aunque también debo reconocer que se arrepintió de muchas de las cosas que hizo y me pidió disculpas. De hecho, el mismo día que se suicidó me llamó por la mañana para pedirme perdón otra vez.

—¿La llamó el día que murió?

—Sí. Me dijo que me comprendía, que no lo había hecho bien y que ojalá pudiera cambiar algunas cosas.

—¿Lo perdonó?

—No, la verdad es que no. Hay cosas que no se pueden perdonar, pero fui bastante complaciente con él esa mañana. Le dije que el pasado era pasado y que la vida seguía. Yo había rehecho la mía y esperaba que él hiciera lo mismo. A las pocas horas, se ahorcó.

Julia palpa el rencor en las palabras de María Gisbert. No va a preguntarle si sintió pena por la muerte de su exmarido, pero no parece que así fuera. Sospecha que no le importó demasiado que Pedro se suicidara; como acaba de reconocerle, no lo había perdonado. Tampoco cree que se alegrara.

—Sé que durante un par de años Sofía y Ernesto estuvieron investigando la muerte de Pedro —continúa diciendo la mujer—. A

Sofi le afectó mucho. Vivió muy de cerca el conflicto entre nosotros y se distanció casi por completo de su padre cuando nos divorciamos. Hasta cambió el orden de los apellidos. Ese distanciamiento hizo que se sintiera culpable cuando se enteró de que se había suicidado. Pero apareció aquella mujer y le dijo que no creía que Pedro se hubiese quitado la vida, que lo habían asesinado.

—¿Habla de María José Yuste?

—Sí. Fue la que les comió la cabeza a Sofía y a Ernesto. Por su culpa mi hija casi se vuelve loca. Afortunadamente, reaccionó a tiempo y aceptó lo que su padre había hecho. Pasó página y volvió a recuperar su carácter y a ser la de siempre.

Como el inspector jefe Martínez Prado, María también le atribuye a la asistenta de Juncosa la responsabilidad de que Sofía y Ernesto creyesen que al psicólogo lo habían asesinado. Ambos hablan de la peculiar señora de una manera despectiva.

—Hay algo que me ha inquietado desde que supe de este caso. ¿Su exmarido era habilidoso con las manos?

—No te comprendo, Julia. ¿A qué te refieres? —pregunta la mujer confusa.

—Pedro hizo un nudo prácticamente perfecto en la cuerda con la que se ahorcó. Usted lo conocía muy bien, ¿lo veía capacitado para hacerlo, y más en esas circunstancias?

—Pues, en realidad, mañoso no era. Más bien torpe —comenta María en el momento en que su hija aparece en el salón con una bandeja en las manos—. Pero a saber... Había cambiado tanto en los últimos años que no me extraña que se hubiera convertido también en un experto en nudos.

Sofía se sienta en el sofá al lado de Julia. Le da una taza a la chica y otra a su madre, a la que le pone dos cucharadas de azúcar.

—¿De qué hablabais?

—De tu padre. ¿Sabías que Ernesto me consideraba una de las principales sospechosas de su muerte? —dice María, a la que ahora se le escapa una risilla nerviosa—. Ese chico estaba muy perdido.

—Mi padre se suicidó, Julia. Hoy mismo he ido a entregarle a la policía una nota de suicidio que dejó escrita. Imagino que tu amigo Emilio te habrá hablado de ello.

La chica escucha a Sofía mientras se echa una cucharada de azúcar en su café. Esperaba sacar lo de la nota más adelante. Le hubiera encantado verla, pero, al menos, sabe que ya está en manos

de la policía. Ellos la analizarán y determinarán si es auténtica o no.

—Mi exmarido era tan raro que guardó su propia nota de suicidio en una caja fuerte que tenía en el piso —comenta María después de soplar sobre su taza—. Cuando Sofí me lo contó el lunes, no me lo podía creer.

—¿Usted no sabía nada de esa nota?

—No hasta esta semana.

—Yo me la quedé cuando la encontré —interviene ahora Sofía—. No le dije nada a nadie. El caso estaba ya juzgado y archivado y habían pasado dos años. La nota podía desenterrar el pasado y yo ya había sufrido bastante. Quizá no lo hice bien, pero en ese momento consideré que era lo mejor. Ahora ya la tiene la policía. Que ellos hagan con ella lo que crean oportuno.

—¿Usted la vio? —le pregunta Julia a María.

—Sí, mi hija me la enseñó.

—¿Y reconoció la letra de su marido?

—Indiscutiblemente. No solo la letra, también su forma de expresarse. A pesar de que ya no nos llevábamos bien y de que lo pasé mal con él, nos conocíamos a la perfección en algunos aspectos. Y su caligrafía era muy característica.

El móvil de Sofía interrumpe la charla. La profesora de Sociología se disculpa y sale del salón con el teléfono en la mano. Julia y María se quedan solas de nuevo. Ambas beben de sus tazas prácticamente al mismo tiempo. La mujer mira a la chica y no se reprime.

—¿Tú piensas que yo asesiné a Pedro? ¿Por eso has venido? ¿Para comprobar si Ernesto tenía razón?

—Si la nota la escribió él, no hay más opciones que el suicidio.

—No tienes que fingir conmigo, Julia. A ti te da igual la nota, está claro. Piensas que, de alguna forma, a Pedro lo mataron. No sabes cómo ni por qué existe esa hoja en la que él dice claramente que se va a quitar la vida. Tú estás convencida de que hay un asesino suelto, alguien que está todavía libre y que no ha pagado por lo que hizo.

Los ojos de María Gisbert se han hecho más grandes de repente y su forma de hablar, hipnotizadora y pausada, se parece ahora más a la de la mala de un cuento.

—Yo no maté a Pedro. Debes creerme —insiste la mujer, que vuelve a su tono calmado—. Lo odiaba, lo odiaba a muerte, pero no

hubiera sido capaz de ahorcarlo.

—¿Tanto daño le causó?

—Sí, mucho. No fue un día aislado. Los problemas entre él y yo comenzaron por sus continuas mentiras. Me decía que estaba en la consulta y no era verdad. Sé que me fue infiel varias veces y también que se jugaba mucho dinero a las cartas. Había noches que regresaba a las cuatro o cinco de la mañana agresivo, de mal humor.

—¿La maltrataba?

—Nunca me pegó, pero sí que me gritaba y me hacía reproches —responde María con cierta frialdad—. Una noche llegó a casa bastante mal. No sé si había bebido o tomado drogas, pastillas..., ni idea. Solo sé que fue a la cama y me echó en cara algo que yo ni siquiera había hecho. Gritaba: «¡Soy el vigilante del silencio! ¡Me debes respeto! ¡Todos tienen que rendir pleitesía al vigilante del silencio! ¡Y tú, como mi mujer, la primera!».

—¿Le dijo que él era el vigilante del silencio?

—Sí. Y que gracias a su compromiso y al de su gente el mundo iba a ser un lugar mejor.

—¿Su gente? ¿Qué gente?

—Ni idea. Se lo pregunté y él se rio a carcajadas. Parecía como ido; luego se fue a dormir al sofá. Al día siguiente me busqué un abogado para que me tramitara los papeles del divorcio y me fui del piso.

A Julia le sobrecoge el testimonio de la mujer. No sospechaba que lo había pasado tan mal con su marido. ¿Serían Lobo Feroz y Oso Polar esa gente de la que él hablaba? Un pensamiento cruza la mente de Julia y no se resiste a preguntarle a María sobre ello.

—¿Cree que Pedro podría haber formado parte de una especie de secta?

—Lo pensé en su día, pero no lo sé. Después de marcharme del piso, apenas lo vi y me desentendí de él.

—¿Y sabe a qué se refería con eso del vigilante del silencio?

—No. Busqué el término en Internet, pero no descubrí nada.

—¿Se lo dijo a la policía?

—Sí. Cuando Pedro murió, el inspector jefe Martínez Prado vino a hablar conmigo y le conté aquel episodio por si pudiera servirle de algo, pero creo que no se lo tomó muy en serio.

Julia se queda de piedra al escuchar su respuesta. ¡No solo había sido María José Yuste! ¡También María le había hablado a aquel

hombre del vigilante del silencio! Y él las había ignorado a las dos.
¿Por qué?

—Ya estoy aquí —dice Sofía entrando por la puerta del salón—. Era un compañero de la universidad para preguntarme cómo estoy.

—En el fondo, los profesores no sois tan malos —comenta su madre, que hace un gesto de dolor cuando cambia de postura en el sillón—. La rodilla, que tiene ganas de guerra.

—¿Por qué no te tumbas un rato, mamá?

—Ahora, cuando se vaya nuestra invitada.

La chica enseguida entiende la indirecta, así que se pone de pie y les da las gracias a ambas por el café. Julia está a punto de salir del salón cuando un cuadro colgado en la pared de enfrente llama su atención. Es el retrato de alguien.

—¿Te gusta? —le pregunta María al verla interesada—. Es lo único que conservo de mi difunto exmarido. Y porque me lo dio mi hija.

—¿Quién es?

—Charles Darwin. Ese cuadro es el que ocultaba la caja fuerte en la que estaba la nota de suicidio. Me gustó la idea de Pedro y se la copié. Ahora Darwin es quien custodia las pocas joyas que tengo.

CAPÍTULO 63

Jueves, 21 de marzo de 2019

La efectividad de Diana Perea queda patente cuando, al llegar la subinspectora Iglesias a la comisaría, ella le tiene preparado lo que le pidió hace apenas unas horas. Ha metido todo lo referente al caso de la muerte de Pedro Juncosa en un *pendrive* que Miriam analiza ahora en su portátil. Le sabe mal investigar a espaldas del resto y sin que se entere el inspector jefe Martínez Prado, pero algo le dice que debe hacerlo así si quiere encontrar algo nuevo que se les pasara por alto hace cinco años. No es que crea que entonces se hicieran las cosas mal y que todo el mundo se equivocó; simplemente, se está dejando llevar por un presentimiento, por su instinto de policía. Es muy probable que su investigación paralela no llegue a ninguna parte y que también ella acabe concluyendo que el hombre se suicidó.

El juez tuvo que verlo muy claro para archivar tan pronto el caso sin ni siquiera plantearse la posibilidad de que el psicólogo hubiera sido asesinado. El informe que le entregó la forense y el que redactó el inspector jefe fueron suficientes y decisivos. Y, en realidad, por lo que lee en la pantalla de su ordenador, no habría por qué dudar que Pedro Juncosa acabó con su propia vida: ató una cuerda, que tenía sus huellas, en el ventilador de su habitación, se subió a una silla y cuando la soga le apretaba el cuello, le dio una patada a la silla y se quedó colgando del aparato, que aguantó su peso. La muerte por asfixia no tardó en llegar. El suceso tuvo lugar la tarde del viernes 4 de abril del año 2014.

No hubo testigos directos ni acusados ni sospechosos. Simplemente, fue el suicidio de un hombre que no pasaba por su

mejor momento. Un suicidio de los casi cuatro mil que se registraron ese año en el país.

A continuación, Miriam repasa el testimonio que dieron los vecinos de Pedro Juncosa. Nadie vio nada extraño aquel día ni sospechaban lo que había sucedido en el interior del apartamento. También está la declaración del profesor Ricardo Acosta, amigo del fallecido. Este había ido a ver al psicólogo esa misma tarde hacia las cinco, pero el hombre no le había abierto la puerta. ¿Estaría ya muerto o simplemente no quería ver a nadie porque sabía lo que iba a hacer?

El resto del informe es muy sencillo y no ofrece anomalía alguna. La decisión tomada por el juez parece muy razonable. Caso archivado.

Entonces, ¿por qué han asesinado a Ernesto Valle después de que este removiera el pasado? ¿De verdad no están conectadas ambas muertes? ¿Se equivoca Julia Plaza? Y su corazonada ¿también es errónea?

—¿Qué haces? —le pregunta Martínez Prado, que aparece delante de Miriam sin que esta se dé cuenta—. Te veo muy concentrada.

—Estoy buscando pisos en Internet —le miente la mujer.

—¿Y eso? ¿Te quieres mudar?

—Lo estoy barajando. Me he cansado de vivir en cuarenta metros cuadrados. Me agobio.

—Pues ya verás cuando te toque compartir casa con un hombre y unos cuantos hijos. El agobio será total.

Miriam no responde. Cierra la pantalla del portátil y lo guarda en un maletín mientras se pone de pie. Busca rápidamente en su cabeza una excusa para marcharse de la comisaría, pero no se le ocurre nada.

—Tengo que irme —se limita a decirle al inspector jefe—. Regreso en un par de horas. Si me necesitas, llámame.

—¿A dónde vas?

—Asuntos personales.

—¡Oh! ¡Qué misteriosa estás últimamente! —suelta Martínez Prado en tono de burla—. Salúdalo de mi parte.

—Lo haré. Hasta luego, inspector jefe.

La mujer camina por la comisaría con el maletín en la mano. Le fastidia que su jefe la trate de esa forma. No tiene dudas de que

Rodolfo es un buen policía, un gran inspector jefe, pero hay aspectos de su personalidad que no soporta. Afortunadamente, ha adquirido una paciencia de hierro, aunque no descarta que algún día se le crucen los cables y le conteste como se merece, para ponerlo en su sitio.

Miriam prefiere no utilizar una patrulla y coge su propio vehículo. Mientras conduce piensa en el siguiente paso. Primero irá al edificio en el que vivía Pedro Juncosa, a ver si encuentra a algún vecino que pueda decirle algo interesante. Siempre le ha gustado el trabajo de campo: charlar con la gente e introducirse de alguna manera en el ambiente en el que vivía la víctima. Es como si así se sintiera más cerca de los hechos.

La subinspectora de la Policía Judicial deja el coche en un *parking* cercano a la calle en la que vivía Juncosa. No va directamente al edificio en el que se produjeron los hechos; antes se detiene en algunos establecimientos que encuentra de camino. No dice que es policía, sino que está investigando para un artículo. En una panadería y en una tienda de ropa no saben nada de lo que ocurrió hace cinco años, pero en una peluquería de las de toda la vida tanto las peluqueras como las clientas sí recuerdan lo sucedido. Debaten entre ellas mientras Miriam las contempla en silencio, escuchando atentamente lo que dicen.

—Ese hombre no lo estaba pasando bien. Su mujer lo dejó, sus hijos le dieron de lado y, por lo que decían los rumores, no estaba bien económicamente. No me extraña que terminara así. Hay que estar muy desesperado para suicidarse.

—Yo no creo que se quitara la vida, Guillermina —opina la mujer de al lado, a la que le están echando un tinte oscuro en el pelo.

—La policía y el juez así lo dijeron. No es algo que me haya inventado yo.

—¿Desde cuándo la policía y los jueces son infalibles en este país?

Miriam observa atentamente a la señora, que debe de rondar los sesenta años. La otra clienta se refiere a ella como Poki cuando vuelve a llevarle la contraria, pero ella sigue manteniendo la misma opinión.

—¿Tú sabes lo que estás diciendo? ¿Tienes pruebas de que no fuera un suicidio?

—No, ni siquiera lo conocía. Pero una muy buena amiga mía era

vecina suya, vivían en la misma planta. Ella me contó que ese día, al llegar de la compra, se lo encontró hablando por teléfono con alguien; le estaba diciendo a la otra persona que lo mejor que podía hacer era marcharse de viaje y que iba a reservar los billetes enseguida.

—Eso no significa que no se suicidara, Poki.

—No es lo lógico.

—Tampoco es imposible. De hecho, fue lo que pasó. El caso se cerró como un suicidio. ¿O es que no te fías del juez?

—Ya te he dicho lo que pienso de los jueces y de la policía de este país. Yo no planearía un viaje antes de suicidarme —insiste la señora, que parece muy convencida de lo que dice.

A Miriam la conversación le llama mucho la atención. En el informe policial no aparece la declaración de esa vecina y en el registro de llamadas de ese día del teléfono de Pedro Juncosa tan solo se ven reflejadas dos llamadas realizadas por la mañana: una a su hijo Simón y otra a su exmujer.

—Perdone, señora, ¿cómo se llama su amiga? —le pregunta la subinspectora a Poki.

—Mafalda Sanz Martínez. Como la de los cómics.

—¿Y sigue viviendo en el edificio?

—Sí. En el tercero A, con su marido. Estuvieron a punto de marcharse después del suceso, pero todavía continúan allí.

Miriam le da las gracias a todas y camina deprisa hacia el número 26. Si lo que le ha dicho esa mujer es cierto, algo falla. ¿Por qué en el registro de testimonios no aparece esa declaración? ¿Y por qué no está reflejada en el registro esa llamada en la que Juncosa le hablaba a alguien de un viaje?

La subinspectora llama al telefonillo del número 26, al tercero A. La voz de un hombre responde.

—¿Sí?

—Hola, perdone, ¿está Mafalda Sanz?

—Sí, está. ¿Quién es?

—Me llamo Miriam Iglesias, soy subinspectora de la Policía Judicial. Me gustaría hablar con ella —dice la mujer, que en esta ocasión prefiere presentarse con su verdadero oficio por tratarse de alguien que está relacionado con el caso.

Después de un pitido, la puerta se abre. Miriam entra en el edificio sin saber muy bien lo que se va a encontrar. Está inquieta y

bastante confusa. Sube hasta la tercera planta, donde una señora de unos cincuenta y pocos años que se identifica como Mafalda Sanz ya la está esperando y la invita a pasar.

El interior del apartamento está muy recargado para el gusto de la subinspectora. Desde el pasillo de la entrada hasta el salón, hay estanterías, muebles y objetos de decoración por todas partes; también cuadros de todos los estilos y tamaños llenan las paredes.

El hombre que ha respondido al telefonillo es Tomás, el marido de Mafalda, que enseguida desaparece para dejar solas a las dos mujeres.

—¿Quiere un té, un café? ¿Tal vez un refresco?

—No, gracias. Solo serán un par de minutos —comenta Miriam, que sí acepta sentarse en un sofá de tela gris—. Me gustaría hacerle algunas preguntas respecto a lo que sucedió hace cinco años en este edificio, en esta misma planta.

—¿La muerte de Pedro Juncosa?

—Exacto. ¿La recuerda bien?

—Perfectamente. Aunque ya le dije todo lo que sabía a la policía en aquel momento. ¿Han abierto de nuevo el caso?

—No, realmente no —dice Miriam dudando sobre la información que debe facilitarle a la mujer—. Estamos revisando algunas circunstancias de aquel suicidio.

—No fue un suicidio, señora. En mi humilde opinión.

—¿Por qué dice eso?

Mafalda le repite a Miriam lo que hace unos minutos ha dicho Poki en la peluquería y termina su relato diciendo casi las mismas palabras que ella.

—No es normal que planees un viaje antes de suicidarte, ¿verdad?

—No, no es lo habitual, pero cada persona es un mundo.

—Ya. Sé que ese hombre estaba mal. Sufrió mucho con la separación de su mujer, no fue algo agradable. Sus hijos no venían por aquí.

—Por desgracia, sucede en algunas familias. ¿Usted está completamente segura de que Pedro hizo esa llamada la tarde en la que murió?

—Claro. Completamente segura. Serían alrededor de las cuatro y media de la tarde. Yo llegaba de comprar unos pasteles, leche y café para merendar con mi marido, y lo vi hablando por teléfono delante

de la puerta de su piso.

—¿Qué hizo cuando la vio? ¿Se comportó de manera extraña?

—No, no hizo nada raro. Me saludó amablemente y se metió otra vez en su apartamento.

—¿Recuerda si estaba nervioso, inquieto, enfadado..., contento?

—Tenía los ojos irritados, pero parecía contento. Hablaba de ese viaje de una manera alegre. No era la actitud de un hombre que va a suicidarse a las pocas horas si es a lo que se refiere.

A Miriam hay algo que no le encaja. Ese testimonio es lo suficientemente importante como para aparecer reflejado en el informe del inspector jefe: se trata de la declaración de una vecina que vio con vida a Juncosa poco antes de su muerte hablando sobre un viaje y sobre la reserva de unos billetes. Además, afirma que su comportamiento no era el de alguien que quisiera acabar con su vida.

—¿Y esto se lo contó a la policía en su momento?

—Por supuesto. Me acuerdo de que las preguntas me las hizo un chico joven, aunque la investigación la llevaba un policía que se llamaba Martínez Prado. Lo recuerdo porque mi segundo apellido es Martínez.

Miriam Iglesias sale del edificio en el que asesinaron a Pedro Juncosa con muchas dudas. ¿Habría ocultado el inspector jefe ese testimonio deliberadamente? ¿O se trata simplemente de un error? Esa declaración habría supuesto un gran cambio en la investigación o, por lo menos, habría planteado una hipótesis alternativa. La subinspectora se queda delante del edificio pensativa. Está a punto de volver a entrar para buscar nuevos testimonios y más pistas, pero mira el reloj y comprueba que se le ha hecho algo tarde. Debe volver a la comisaría. Mañana regresará con las ideas más claras. Esa noche revisará tranquilamente todo lo que hay en el *pendrive* que le ha pasado Diana Perea y así podrá actuar con más conocimiento de causa.

Regresa al *parking* donde ha dejado su coche, entra en el vehículo y selecciona la dirección de la comisaría en el GPS. De momento, no va a decirle a nadie lo que ha descubierto; necesita investigar más sobre el tema. Siente pavor por lo que pueda averiguar, pero es su trabajo. Ella es policía y la verdad es su única prioridad. Pase lo que pase.

Enciende la radio y sintoniza una emisora de música clásica. Le vendrá bien para relajarse. Pero el relax dura solo un instante.

Miriam siente cómo algo se le clava en el cuello, y antes de que pueda girarse, escucha una voz que proviene del asiento trasero de su coche.

—Lo siento, subinspectora. Has llegado demasiado lejos.

CAPÍTULO 64

Jueves, 21 de marzo de 2019

Después de salir del piso de María Gisbert, Julia camina por la ciudad sin rumbo fijo. Ni siquiera conoce la zona. Le duele la cabeza y se siente cansada. Si su abuela viviera, iría a su casa a descansar un rato antes de regresar al pueblo, o se quedaría a dormir allí. Ha pasado más de una semana y todavía no se ha acostumbrado a vivir sin ella. El luto promete ser largo. Largo y desolador. Sin duda, todo es mucho peor desde que Pilar se fue.

Un WhatsApp de Vanesa la devuelve a la realidad. Es bastante largo y Julia lo lee un par de veces.

«He ido a tu casa para hablar contigo, pero me ha dicho tu madre que has vuelto a la ciudad, que habías quedado con un compañero de clase para que te explicara unas cosas. Acabo de ver tu foto con Daniel en Instagram. Es mono. No me extraña que Yí esté loquita por él. No te quiero presionar. Hablamos cuando estés preparada. Te quiero».

La chica no contesta porque no sabe qué decirle a su novia. Es la propia Vanesa la que insiste con otro mensaje un par de minutos después.

«Y lo del beso con Iván fue una tontería, te lo juro. Fue un error y no lo busqué yo. No significó nada. Te quiero mucho, Julia. Solo te quiero a ti y necesito que hablemos. Sin presión».

Le resulta curioso que en ambos WhatsApp le diga que no quiere presionarla. Eso indica que la que se siente presionada es ella misma;

también se le nota preocupada por la situación. Julia no quiere ser cruel con ella y decide mandarle un mensaje de audio.

«Sí, tenemos que hablar. Si quieres, recógeme en la estación. Llegaré sobre las ocho y media. Podemos tomar algo por allí. Yo también te quiero».

Julia escucha varias veces lo que ha grabado y finalmente lo envía. Su voz no ha sonado muy convincente ni cariñosa. No le sale ser así ahora mismo. ¿Realmente desea arreglar lo que se ha estropeado con Vanesa? ¿La quiere de verdad? ¿Sigue enamorada de ella? Decide no pensar más en eso. Hasta que no la tenga delante no tomará ninguna decisión; no quiere precipitarse. Quizá las respuestas que busca estén en sus ojos.

Para olvidarse del tema, hace un esfuerzo y repasa mentalmente la charla que ha tenido hace unos minutos con María Gisbert mientras camina hacia la estación de metro más cercana. Una mujer interesante, que lo ha pasado mal, pero que ha conseguido salir adelante y rehacerse. Hasta el momento, siempre había escuchado que había sido ella la que había dejado a Juncosa y que había sido muy traumático para el psicólogo. Ahora comprende los motivos por los que María Gisbert pidió el divorcio y sabe que la que lo pasó realmente mal fue ella. ¿En qué estaría metido Pedro para cambiar tanto y tratar así a la que era su mujer?

Lo del vigilante del silencio la tiene intrigada. Definitivamente, es algo relevante para la investigación. No entiende cómo Martínez Prado se lo tomó a broma y ni siquiera lo incluyó en el informe de las declaraciones de María ni de María José Yuste. ¿Sería Pedro Juncosa una especie de maestro de ceremonias de alguna secta?

A su móvil apenas le queda batería, así que no podrá buscar información sobre eso durante el trayecto de vuelta. Por la misma razón, se ve obligada a decidir si coge o no el teléfono cuando su *smartphone* suena antes de entrar en la estación. Es un número que no tiene en su agenda. Julia se lo piensa un instante y responde.

—¿Sí? ¿Quién es?

—¿Julia? ¿Eres tú?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Soy María Gisbert. Acabas de estar en mi casa.

Por teléfono aquella mujer parece diferente. Antes de irse han intercambiado sus números por si acaso necesitaban algo la una de la

otra, pero a Julia todavía no le ha dado tiempo a introducirlo en la memoria de su *smartphone*. No esperaba que la llamara tan pronto.

—¡Ah! Hola. ¿Me he dejado algo? —pregunta la chica extrañada.

—No, no te has olvidado nada. ¿Puedes hablar ahora?

—Sí, dígame. ¿De qué se trata?

La mujer guarda silencio durante unos segundos antes de responder. Julia ya se ha dado cuenta de que eso forma parte de su protocolo. María no va a alterarse ni a precipitarse. En su juego, ella es siempre la que lleva el ritmo y la que marca los tiempos.

—Desde que te has marchado le he estado dando vueltas a una cosa. Yo sigo pensando que Pedro se suicidó, pero ¿y si alguien lo asesinó como tú piensas? ¿Quién pudo ser?

—Usted tiene una respuesta, ¿no es así?

—Bueno..., no. O sí... No estoy segura. ¿Me puedes revelar quién más estaba en esa lista que hizo Ernesto?

Julia no está muy segura de si debe facilitarle o no los nombres a María Gisbert, pero ya no hay nada que ocultar y tampoco tiene nada que perder; a lo mejor, hasta le sirve de ayuda. Así que, uno a uno, va recitando los nombres de los sospechosos y la relación que mantenían con el psicólogo. Cuando finaliza, espera la conclusión de la exmujer de Juncosa. Esta, en cambio, vuelve a quedarse callada.

—¿Conoce a alguna de estas personas? —pregunta Julia ansiosa por saber más.

—Claro. A la mayoría. Aunque me parece increíble que Ernesto nos metiera a mí o a Ricardo en el mismo saco que a la loca de Úrsula Medina o a ese expresidiario que asesinó a su primo.

—¿Y qué opinión tiene? ¿Le parece que alguna de esas personas pudo asesinar a Pedro?

—¿Recuerdas que antes te dije que estuve en tratamiento psicológico?

—Sí, claro.

—Marcelo González fue quien me trató.

—¿De verdad? ¿El mismo de la lista?

—Exactamente. Lo conocía de oídas y decidí ir a hacerle una visita.

—¿Cuánto tiempo estuvo yendo a su consulta?

—Un par de años. Antes y después de la muerte de Pedro —contesta la mujer—. De hecho..., tuvimos una especie de idilio. Tal vez me equivoqué, pero me resultaba muy placentero acostarme con

el máximo rival de mi exmarido. Fue como una venganza servida en un plato muy frío.

—Pero, según tengo entendido, ¿Marcelo y Pedro no eran amigos?

—Eran amigos, pero sobre todo eran rivales. Competían por todo. De hecho, en aquella pelea que tuvieron en televisión se dijeron lo que realmente pensaban el uno del otro.

—¿No fue por dinero?

—¡Claro que fue por dinero! Pedro lo necesitaba. Hicieron la pantomima esa y cobraron una buena cantidad. Sin embargo, Marcelo me contó que se quedó muy a gusto con cada palabra que le soltó. Él sabía lo que había pasado entre nosotros y los motivos por los que yo lo había dejado. Afortunadamente, se ahorró decir en directo que nos acostábamos.

—¿Estaba enamorada de él?

—¡No! ¡Por supuesto que no! Después de mi matrimonio no he vuelto a enamorarme. Además, hubiera sufrido mucho, porque Marcelo, al final, se enamoró de Rita, la exsecretaria de Pedro, que a su vez tenía una relación secreta con mi exmarido. Y yo creo que lo quiso hasta que se murió.

La historia parece un culebrón turco de esos que se están poniendo de moda. Julia se detiene delante de la puerta de la estación de metro para no perder la cobertura. En su cabeza trata de ordenar todos los datos que tiene sobre ese extraño cuarteto: María Gisbert se divorcia de Pedro Juncosa porque este no la trata bien; después, comienza a ir a terapia y empieza a acostarse, por venganza, con Marcelo González, el rival de su exmarido. Por otra parte, Pedro y Rita Jovellanos, su secretaria, salen en secreto. Y finalmente Marcelo se enamora de Rita, que rompe con Pedro tres meses antes de su muerte.

—Pero en la actualidad Marcelo y Rita están juntos y van a casarse.

—¿Se van a casar? Me alegro por ellos. Marcelo ha conseguido lo que tanto buscaba: quedarse con la chica. Pedro se lo temía.

—¿Pedro lo sabía?

—¡Claro! ¡Pedro sabía que Marcelo se estaba acostando conmigo y con su secretaria!

—Ellos me dijeron que no sabía nada.

—Porque Marcelo es un mentiroso y hace todo lo posible para

salirse con la suya y obtener el máximo beneficio —comenta María después de soltar una pequeña carcajada—. Lo mismo que yo lo utilicé a él, él me utilizó a mí. ¡Eran rivales! ¡Nosotras éramos sus malditos trofeos!

—Eso es... horrible.

—¡Horrible se queda corto! —exclama la mujer alzando la voz por primera vez—. Pero eso no fue lo peor, Julia.

—¿Hay algo más? ¿Algo peor que eso?

—Sí. Pero esto debe quedar entre tú y yo. ¿De acuerdo?

—Por supuesto.

Julia está impaciente por lo que la mujer pueda descubrirle, pero, como ya es habitual, María Gisbert no responde de inmediato; espera unos segundos y luego suelta la bomba.

—Ese tipo lo intentó con mi hija. Le hizo una proposición bastante deshonesto que, naturalmente, ella rechazó —asegura la mujer—. Cuando Sofía se atrevió a contármelo, meses después, corté cualquier tipo de relación con él. Había cruzado los límites.

—No me puedo creer que hiciera eso.

—Sofía era el premio estrella para Marcelo. Acostarse con la hija de su gran rival hubiera sido el golpe definitivo, la jugada maestra.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Unos días antes de la muerte de Pedro.

Por si las cosas ya eran complicadas de entender, había que añadir un nuevo factor. Julia se da cuenta de que, además, en esa época Sofía tenía novio: ¡Ernesto Valle!

—Parece algo enfermizo que quisiera estar a la vez con la hija y con la madre.

—Lo era. Lástima no darme cuenta antes.

—María, ¿cree que esa rivalidad entre ellos era tan fuerte como para que Marcelo...?

—¿Matara a Pedro? No lo sé. Solo pensarlo ya me parece algo irreal. Pero sí estoy segura de que, tarde o temprano, solo podía quedar uno de los dos. Aquello era completamente insano.

El móvil se apaga sin que la chica pueda despedirse. Se ha quedado sin batería.

La conversación con María Gisbert ha sido muy reveladora y Marcelo González pasa a ocupar el primer lugar en la lista de sospechosos, aunque sigue existiendo esa nota de suicidio que, si es veraz, como parece, descartaría la posibilidad de que se tratase de un

crimen.

En el metro y después en el autobús, Julia se devana los sesos para dar con la clave del asunto. Tiene que haber algo que lo enlace todo. La sensación es la de que otra vez tiene las piezas del puzzle en las manos, pero le falta colocarlas en su sitio. Saca su libreta de apuntes y un bolígrafo azul de la mochila y comienza a escribir todas las preguntas que se le van ocurriendo en una especie de *brainstorming*.

¿A Pedro lo mataron o se suicidó? Si alguien lo mató, ¿cómo lo hizo para no dejar huellas ni rastro y para convencer a los encargados de la investigación de que fue un suicidio? ¿Tiene algo que ver la muerte del psicólogo con el asesinato de Ernesto? ¿De qué se encarga un vigilante del silencio y cuál es su función principal? ¿Por qué Martínez Prado lo pasó por alto en las declaraciones de María y de María José Yuste? ¿Formaba parte Juncosa de una secta? ¿Está alguno de los sospechosos de la lista de Ernesto relacionado con la muerte de Juncosa? ¿Quizá el mecánico expresidiario, por acusarlo del asesinato de su primo? ¿O se tomó la vecina excéntrica la justicia por su mano a raíz de la muerte de sus gatos? ¿Se vengó su exmujer por todo lo que había sufrido durante su matrimonio? ¿Decidió el psicólogo amigo y enemigo ahorcarlo y poner fin así a su insana rivalidad? ¿Lo liquidó el profesor de Historia por la deuda económica que tenía con él? ¿O quizá lo mató la paciente ya fallecida al pensar que la estaba engañando y que no le resolvía sus problemas? ¿Lo hizo su exsecretaria por haberla despedido o por algo relacionado con su relación amorosa? ¿Habrá asesinado alguna de esas personas también a Ernesto Valle por hacer demasiadas preguntas indiscretas y por temor a que se descubriera algo que quedó oculto hace cinco años? ¿Qué es lo que sucederá mañana que es tan importante para Lobo Feroz y Oso Polar? ¿Quiénes son esos tipos a los que descubrió Iván en un chat llamado La Gran Cacería? ¿Qué sucedió hace cinco años que tanto satisfizo a los dos? ¿Está ese suceso relacionado con la muerte de Pedro Juncosa? ¿Por qué un hombre que es poco hábil con las manos decide suicidarse ahorcándose? ¿Cómo consiguió hacer el nudo del ahorcado en esas condiciones de máxima tensión? ¿Y el móvil pequeño que no apareció? ¿Por qué dejó la nota de suicidio en una caja fuerte oculta detrás de un cuadro y no a la vista de todos? ¿Era para que la policía no la viera y alguno de sus hijos la encontrara?

Julia lee las preguntas que ha escrito en la libreta una y otra vez. Son muchas y todas están desordenadas y sin respuesta. Demasiados misterios sin resolver. La encrucijada es tan grande que se agobia. Tiene muchos datos, un montón de posibilidades, pero no encuentra una explicación para prácticamente nada.

Se frustra. ¿Y si el camino recorrido no tiene absolutamente nada que ver con la realidad? ¿Y si hay otros sospechosos que Ernesto Valle no tuvo en cuenta? ¿Debería comenzar de cero?

CAPÍTULO 65

Jueves, 21 de marzo de 2019

—Estamos en crisis. No sé si sigue enamorada de mí.

—¿Qué dices, tía? Eres una exagerada —responde Yi a Vanesa en la estación de autobuses del pueblo—. Ahora hablaréis, aclararéis la situación y luego os reconciliaréis a lo grande.

—Qué fácil lo ves. Besé a Iván.

—Un fallo grave, pero no significó nada para ti, ¿no? No debería tenerlo tan en cuenta. Sois la una para la otra. Igual hasta puedes reservar una habitación en el hotel de tus padres para el fin de fiesta.

Ese no sería un mal plan, aunque Vanesa no está segura de si queda alguna habitación disponible. Después de lo ocurrido en la explanada con Iván, se ha pedido la tarde libre y su madre no se ha negado. Lo que más le inquieta ahora es su situación con Julia. La conversación que tienen pendiente puede ser decisiva para su relación.

—No sé si aceptaría pasar la noche conmigo.

—Claro que sí —responde Yi, que comprueba su móvil y mira una vez más la foto que Julia ha subido a su Instagram—. Más nos vale que lo arregléis pronto, por la cuenta que nos trae a las dos. Tu novia y el futuro padre de mis hijos cada vez están más unidos.

—Solo son amigos.

—¡Estoy harta de oír eso! ¡Yo también soy amiga de él y no se hace fotos conmigo!

—Porque apenas usas Instagram.

—Soy poco fotogénica. Gano más al natural.

Vanesa suelta una carcajada que Yi Lin no comprende. Las risas

le sirven para desahogarse y liberar un poco de tensión. Ha sido un jueves complicado y no tiene claro cómo va a acabar.

—¿Quieres que nos hagamos una foto tú y yo y la subo a mi Instagram?

—¿Has entendido lo que te he dicho? ¿Lo de que soy poco fotogénica?

—Va, Yi, solo una, sonriendo las dos. Así les demostramos a todos que no estamos preocupadas por nuestras respectivas parejas.

—Yo no tengo pareja —comenta muy seria la manchega, que inmediatamente después sonrío y posa para la foto.

No sale a la primera. Ni a la segunda. Hasta el noveno intento, Yi no está conforme. Le pide a Vanesa que no use filtros. Esta acepta y sube la imagen a su Instagram tal y como la ha tomado.

—No hacemos mala pareja, ¿no?

—Sí, Vane. Hacemos mala pareja. No te ofendas, pero no eres mi tipo.

—¿En serio? Me has roto el corazón.

Yi esboza una sonrisa y contempla en su móvil la fotografía que su amiga acaba de subir. Mientras, Vanesa piensa en Julia. El autobús en el que viene está a punto de llegar. Dentro de una semana hará un año que salen juntas. Poco tiempo, por un lado, pero, por otro, toda una vida. Ojalá superen ese bache y sean muchísimos más.

—Voy a escribirle —dice Yi impetuosa.

—¿A quién? ¿A Daniel?

—Sí. ¿Qué le puedo decir?

—Que lo amas y que quieres hacerte cientos de fotos con él para subirlas a tu cuenta de Instagram para que todos las vean —bromea Vanesa.

—No seas burra. ¿Cómo le voy a decir eso? —protesta Yi Lin molesta, aunque enseguida sonrío—. Ya sé. Le voy a plantear un enigma.

—¿Un enigma?

—Sí, le encantan.

—¿Vas a intentar ligar con él mandándole un WhatsApp con un enigma?

—Exacto. ¿Qué tiene de malo?

—Nada, pero no entiendo esa estrategia.

—Mi estrategia es intentar enamorarlo con mi inteligencia, como lo está haciendo tu novia.

—Mi novia no sigue ninguna estrategia ni está intentando enamorarlo.

—Ya, seguro... ¿Qué te parece esta adivinanza?: «Si pronuncias mi nombre, desaparezco».

—¿Si pronuncias mi nombre, desaparezco? Es el silencio, ¿no?

—Sí, ¿muy fácil? Sale en *La vida es bella*.

—Demasiado sencilla. Busca otra cosa —le dice Vanesa, que ya ve aparecer el autobús en el que viene Julia—. Yo sigo pensando que deberías decirle directamente que te gusta.

—Lo haré, pero no por mensaje.

Las dos se ponen de pie y observan cómo el vehículo aparca. Vecinos conocidos del pueblo se bajan del bus, que va prácticamente lleno. Julia sale de las últimas por la parte trasera, ve a las chicas y camina hacia ellas. En ese mismo instante, suena el móvil de Vanesa. Es un número desconocido y duda sobre si debe contestar en ese momento. Le da un beso en los labios a su novia y, finalmente, responde.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Hola Vanesa, soy la madre de Iván.

A la chica le sorprende que esa mujer la llame. La ha visto hace un rato en el hospital y el saludo entre ellas fue amable pero bastante frío. Nunca tuvieron una relación demasiado afectuosa, ni siquiera cuando Vanesa era la novia de su hijo.

—Hola. ¿Qué tal está? ¿Cómo se encuentra Iván?

—Afortunadamente, teniendo en cuenta la gravedad del accidente, las lesiones no son tan importantes como parecían. La operación ha ido bien. Ha estado descansando un rato y ahora acaba de despertarse.

—¿Ya está despierto? Me alegro —dice Vanesa algo nerviosa. No puede olvidar que hace unas horas Iván le apuntó con una pistola y que estaba dispuesto a disparar—. Ha sido todo muy rápido.

—Sí, aunque para nosotros el tiempo pasa lentísimo en el hospital —comenta la mujer, que resopla—. Te llamaba por otra cuestión. En realidad, quería hablar con Julia. ¿Estás con ella o sabes dónde la puedo encontrar? La he llamado a su móvil y lo tiene desconectado.

La joven mira a su novia y le dice en voz baja lo que está sucediendo. Julia le pide que le pase el teléfono. Vanesa primero se niega, pero luego se lo entrega a regañadientes.

—¿Sí?

—¿Julia? ¿Eres tú?

—Sí, señora. Soy yo. ¿Qué sucede?

—No estoy muy segura. Estamos un poco confusos. Iván acaba de despertarse y no sabemos si está delirando, pero nos ha dicho que mañana ocurrirá algo muy grave, que morirá mucha gente.

—¿Que mañana morirá mucha gente? —pregunta la chica alarmada—. ¿Pero ha dicho de qué se trata? ¿O dónde será?

—No. No nos ha dado más información, ni siquiera a su padre o a mí. Dice que solo te lo dirá a ti. La policía lo ha presionado para que lo cuente y para que explique a qué se refiere, pero mi hijo lo ha dejado muy claro: solo hablará contigo.

Lobo Feroz: ¿Sabes algo de Rudy?

Oso Polar: No. ¿Por qué?

Lobo Feroz: Lo he llamado tres veces y no me lo coge.

Oso Polar: ¿Has probado a llamarlo al otro teléfono? ¿O al de la comisaría?

Lobo Feroz: ¡Claro que no! ¡No hay que dejar ningún rastro! ¡Y mucho menos un día antes de la Gran Cacería!

Oso Polar: Tienes razón.

Lobo Feroz: Hay que seguir siendo igual de sigilosos y precavidos que hasta ahora. No lo olvides. Nadie puede enterarse de nuestros planes o todo el trabajo que hemos hecho se irá a la mierda.

Oso Polar: Tranquilo. Entonces, ¿debemos preocuparnos por él?

Lobo Feroz: Espero que no. El inspector jefe siempre ha sido muy eficaz. Siempre nos ha ayudado mucho.

Oso Polar: Bueno, paciencia. Démosle tiempo. A lo mejor ha ido a la compra con su mujer y se ha dejado el teléfono en casa.

Lobo Feroz: Luego lo llamaré otra vez. Si ha decidido echarse atrás, tendremos que ocuparnos del asunto. No podemos permitir que ande suelto por ahí alguien con tanta información. Es una bomba de relojería y podría complicarlo todo.

Oso Polar: No creo que el inspector jefe se arrepienta después de todos estos años y justo antes del día clave.

Lobo Feroz: No sería el primero.

Oso Polar: Lo sé. No me lo recuerdes.

Lobo Feroz: Las conciencias son como las veletas: pueden girar en cualquier dirección; depende de por dónde sople el viento.

Oso Polar: Yo también trataré de contactar con él. A ver si tengo más suerte.

Lobo Feroz: Bueno. Avísame si lo consigues. Me gustaría repasar algunas cosas.

Oso Polar: Está todo listo. Saldrá perfecto. No te preocupes.

Lobo Feroz: Si no me preocupara, no habríamos llegado hasta aquí. Lo de mañana es muy importante. No podemos meter la pata.

Oso Polar: El vigilante del silencio se ha encargado de todo. No puede salir mal.

Lobo Feroz: Siempre hay una posibilidad, por pequeña que sea, de que las cosas salgan mal. Pero prefiero pensar en positivo.

Oso Polar: Sí, es mejor pensar en positivo. ¡Mañana haremos historia!

Lobo Feroz: ¡Sí! ¡Haremos historia! ¡La historia es nuestra!

Diana Perea se ha quedado cuarenta y cinco minutos más de lo que le corresponde en la comisaría. Lo que le ha encargado la subinspectora Iglesias le ha llevado bastante tiempo y se ha retrasado en otras cuestiones, pero es que, cuando se lo pidió, no tenía tanto trabajo como el que le ha entrado a última hora. De todas maneras, todo lo que Miriam le solicita, si está en su mano, lo hace con gusto, aunque sea a escondidas y a espaldas del resto. Ella es un ejemplo para todos y la persona a la que más admira.

¿Qué querría saber del caso Juncosa? Es extraño que se haya vuelto a interesar por esa historia; eso quedó resuelto hace cinco años. El propio inspector jefe Rodolfo Martínez Prado se encargó personalmente de la investigación de ese suicidio. Por cierto, ¿dónde se ha metido ese hombre? No lo ha visto en toda la tarde. Se marchó justo después de Miriam y ninguno de los dos ha regresado a la comisaría. Tenía que comentarle algo sobre papeleo de un caso que tienen pendiente, pero parece que tendrá que esperar al viernes. Por hoy, su labor ha terminado.

Diana coge su bolso y se despide de sus compañeros. Está a

punto de salir del edificio cuando suena su móvil. Es la subinspectora Iglesias desde su teléfono personal y le resulta extraño. Rápidamente desliza el dedo por la pantalla de su *smartphone* y responde.

—Dime, Miriam, ¿qué tal? Estoy saliendo de la comisaría.

—Ne... necesito una ambu... lancia. No... puedo conducir.

—¿Qué dices? ¿Qué ha pasado? ¿Estás herida?

—Sí. Creo... que... que... es grave.

—¡Joder! La madre que me parió. ¿Dónde estás?

—En... un *parking* del centro. Te mando... la ubicación.

—¡Dios, subinspectora! Enseguida te la envío. ¿Qué ha pasado?

—Luego, te... cuento. Date prisa. Creo... que he perdido... mucha sangre.

—¡Vale! ¡Voy! ¿Quieres que avise al inspector jefe Martínez Prado?

—No. No... hace falta. Está... muerto. Lo... lo... lo he matado yo.

CAPÍTULO 66

Jueves, 21 de marzo de 2019

Claudia y Emilio caminan de la mano por la ciudad. Después de la charla que ha tenido con Marilia, la chica ha cambiado un poco de parecer; al menos, ha accedido a considerar otras posibilidades. Tal vez ellos están en lo cierto y tiene un problema con la bebida, aunque sigue pensando que exageran y que puede controlarlo.

—Estás muy callada —le dice el joven, que lleva un buen rato hablando de sus películas preferidas—. ¿Te aburro?

—No, Emi, no me aburres. Es solo que... no ha sido un buen día.

—¿Sigues pensando en lo que te ha dicho Marilia?

—Sí, es inevitable. Aunque tengo más cosas en la cabeza.

—Puedes contármelo si quieres. También estoy para eso.

La chica le aprieta con fuerza la mano y se detiene en mitad de la acera. Lo mira fijamente y luego sonrío de esa manera tan característica suya, pero sus ojos están enmarcados de tristeza.

—Creo que tengo que hablar con mi madre de todo lo que está pasando.

—¿Qué le quieres contar?

—Todo. Me siento mal por ocultarle que me han echado de la universidad y de la residencia. Ella es la que pone el dinero para que yo esté aquí.

—Y que tienes novio ¿se lo vas a confesar?

—Eso también lo debería saber, aunque es secundario.

—¿Cómo que es secundario? ¿Así es como me ves?

—No, tonto, claro que no. Pero todas las chicas de mi edad les mienten a sus padres sobre sus relaciones, sobre todo cuando están

empezando.

—¿Eso lo has visto en alguna película?

—No, lo leí en un libro. Una novela juvenil.

Emilio chasquea los dedos y luego sonrío. Se acerca a la chica y le da un beso en la mejilla. Todavía no tiene claro lo que va a pasar con ellos. Claudia habla unas veces de marcharse y otras, de quedarse. Pero lo que realmente le preocupa es su posible adicción al alcohol. Marilia ha metido el dedo en la llaga, pero ¿habrá sido suficiente para convencerla de que debe buscar una solución?

—¿Tú qué piensas? ¿Debo hablar con ella?

—Eso depende de ti. Si te ayuda a sentirte mejor, deberías hacerlo.

—Me da miedo cómo pueda reaccionar.

—Es tu madre. Te comprenderá y te perdonará —dice Emilio mientras comienzan otra vez a caminar—. Además, es una mujer muy fuerte que ha superado grandes adversidades. Entenderá que tú también tienes que hacer frente a tus propios problemas.

—Sí, es una mujer fuerte.

—Ya lo creo. Fue madre soltera y sobrevivió al mayor atentado que hemos sufrido en este país. Otra se habría venido abajo. Tu madre es una gran superviviente.

—Lo sé. La admiro mucho.

—Y yo te admiro a ti. Tú también eres muy fuerte. No has conocido a tu padre y has tenido que ayudar a tu madre en todo desde pequeña. ¡Sois dos personas que os merecéis lo mejor!

En ese instante, Claudia se para de nuevo y agacha la cabeza. Emilio no comprende lo que le pasa ahora. Es como una figura de cristal que siempre está a punto de romperse. Se inclina intentando encontrar sus ojos, pero la chica se gira y no se lo permite.

—¿Qué ocurre? ¿He dicho algo malo?

—No. No has dicho nada malo.

—Entonces, ¿qué sucede?

Por fin, Claudia alza la cabeza y mira a Emilio, aunque rápidamente aparta sus ojos de los de él. El joven se pone justo delante de ella y le acaricia la cara con ambas manos.

—Ya te he dicho que puedes contarme lo que quieras. ¿Qué pasa?

—Te he mentado.

—¿Sobre qué?

—Sobre mi padre. No es cierto lo que te conté —confiesa Claudia, que se ha sonrojado—. Sí que lo conozco. De hecho, actualmente vive con mi madre, pero me avergüenzo de él.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—Porque no fue un buen padre ni tampoco un buen marido. Cuando se enteró de que mi madre estaba embarazada, la abandonó. Nunca se preocupó por mí, ni siquiera para felicitarme el cumpleaños. Hace dos años apareció de nuevo con la intención de recuperar el tiempo perdido y eso trastocó por completo mi vida.

Claudia le explica a Emilio que no comprende qué pinta ese hombre en su casa. Su madre lo ha perdonado como si nada y le repite continuamente que no es un mal tipo y que todo el mundo merece una segunda oportunidad. Además, las ayuda mucho económicamente; gracias a él pudo trasladarse allí a estudiar.

—Siento haberte mentado, pero nunca he aceptado que tengo padre.

—Te comprendo. ¿Ese es otro de los motivos por los que no quieres volver?

—Sí. Me costaría compartir casa de nuevo con él. Nunca me hizo nada malo durante el tiempo que vivimos juntos, pero no lo siento como mi padre. Para mí es la persona con la que sale mi madre, simplemente. No tengo ninguna clase de afecto o aprecio hacia él; incluso lo paso mal cuando lo veo porque me cuestiono mis sentimientos constantemente. Me duele verlo como a un extraño.

—¿Tanto te afectó su regreso?

—Más de lo que te puedas imaginar, Emi.

El joven no va a hacerle la pregunta que le está martilleando la cabeza en ese instante, pero no le extrañaría que Claudia hubiera empezado a beber a raíz de la aparición de ese hombre. Ese podría haber sido el detonante del problema.

—Quédate conmigo aquí. Estamos bien juntos. No tienes por qué regresar con tus padres. No te vayas.

—Es muy fácil decirlo.

—Y hacerlo, Clau. Hace un rato, justo antes de arrepentirte otra vez, aceptaste irte a vivir conmigo. Busquemos piso, uno por... ¿esta zona? Este sitio es bonito, ¿no te parece?

—Sí, está bien, pero no estoy segura. Es un paso muy importante.

—¡Empecemos ahora mismo!

—¡Qué dices! ¡Estás muy loco!

El chico mira a su alrededor durante unos segundos. En un balcón, en la acera de enfrente, localiza un cartel que pone «Se alquila» y un número de teléfono debajo. Se lo señala a Claudia y saca su móvil.

—Voy a llamar.

—¿Ahora? ¡Es muy tarde!

—Da igual. No perdemos nada —comenta Emilio eufórico mientras marca el número—. Solo es para ir a verlo.

Su entusiasmo se desmorona tras varios intentos sin que nadie responda a su llamada. Pero Emilio no se da por vencido; agarra de la mano a Claudia y cruzan al otro lado de la calle.

—¿Qué vamos a hacer?

—Llamar al telefonillo para ver si hay alguien.

—¿Qué? ¡Pero si no sabemos ni qué piso es!

—Preguntaremos a los vecinos hasta dar con él.

No les hace falta poner en práctica el plan de Emilio: el edificio tiene recepción. Un hombre bajito, con el pelo blanco, abre la puerta y atiende a los chicos. El portero les informa que el dueño del tercero C le ha dejado la llave del piso por si alguien quiere verlo. Rápidamente, Emilio le pide permiso para subir.

—Quedó libre hace solo un par de días. Antes vivía una pareja joven que ha tenido que cambiarse de ciudad porque a ella la trasladaron en su trabajo —comenta el portero mientras van hacia el ascensor—. No es muy grande, apenas cuarenta metros cuadrados, pero tiene un balconcito y está muy bien acondicionado.

—¿Está amueblado?

—Sí, con muy buen gusto además.

Emilio le da la mano a Claudia y le sonrío ilusionado. La chica se contagia de la alegría de su novio y también sonrío. No sabe cómo han llegado hasta ahí, pero puede ser el principio de algo muy bueno, el inicio de una aventura en común.

Cuando llegan a la tercera planta, el hombre, que se llama Facundo, los guía por un pasillito hasta la puerta C. Saca la llave y abre. Emilio y Claudia entran de la mano.

—Bueno, os dejo que lo veáis tranquilos. Si tenéis cualquier duda, podéis preguntarme cuando bajéis. ¡Ah! ¡El precio! Son setecientos cincuenta euros al mes y hay que dar tres meses de fianza por adelantado. El pago se hace mediante transferencia bancaria

entre el uno y el cinco de cada mes.

—Muy bien, gracias, señor.

Facundo se despide con una sonrisa y cierra la puerta del apartamento. Cuando se quedan solos, Emilio da un pequeño grito y besa a Claudia en la boca.

—¿No te parece emocionante? ¡Este piso puede ser nuestra futura casa!

—No corras tanto, Emi. Solo hemos venido a verlo. ¡Son setecientos cincuenta euros!

—Eso no me preocupa ahora. ¡Vamos a echar un vistazo!

La pareja recorre la vivienda de la mano. El piso cuenta con dos habitaciones, una bastante más grande que la otra, un saloncito, una cocina bastante amplia con todos los electrodomésticos y un coqueto cuarto de baño con bañera.

—Me encanta este sitio —dice Emilio abriendo el frigorífico—. ¿A ti no?

—Está bien.

—¿Te imaginas viviendo aquí?

—No lo sé, Emi. ¿No es muy precipitado?

—¿Sinceramente? No, no es muy precipitado.

—¿Y cómo pagaríamos la fianza? Son tres meses, más de dos mil euros. Yo no los tengo.

El chico no responde. Cierra la nevera y camina hacia el salón. Claudia lo sigue, aunque se detiene en la puerta al escuchar su móvil.

—Es mi madre. Quiere hacer una videollamada. Salgo un momento para hablar con ella.

—Vale. Salúdala de mi parte —bromea el joven, que se sienta en un sofá marrón que ocupa buena parte del salón.

Claudia sale del piso. Emilio cruza las piernas y acomoda las manos en la nuca. Está feliz. Le encantaría decirle al portero que avise al dueño inmediatamente de que ya tiene inquilinos, que lo van a alquilar y que mañana mismo harán el ingreso. Pero sabe que debe mantener los pies en la tierra; aunque le fastidie, no es tan fácil cerrarlo todo tan pronto.

El chico se levanta del sofá y da otra vuelta por el piso. Lo analiza como si fuera a mudarse allí al día siguiente. Piensa en sus padres y en lo que le dirán. Seguramente no estén de acuerdo, pero sabe cómo convencerlos. Ya estuvo viviendo en Estocolmo unos meses y eso le proporcionó madurez y experiencia. Además, ya había

hecho planes para irse a la ciudad o a otro país el curso siguiente.

¿Se atreverá Claudia a dar el paso?

Mira el reloj y se da cuenta de que ya han transcurrido más de quince minutos desde que salió a hablar con su madre. La conversación ha debido de alargarse por alguna razón.

—¿Va todo bien, joven? —le pregunta Facundo, que ha regresado.

—Sí, sí. Todo perfecto. Es un piso genial —contesta Emilio, que se da cuenta de que la visita está durando ya demasiado tiempo—. ¿Ha visto a la chica que venía conmigo?

—Sí. Salió hace unos veinte minutos del edificio y no ha vuelto a entrar.

—Ah. Gracias. Me estará esperando fuera.

Emilio sonrío y sale del apartamento acompañado del hombre. Bajan juntos en el ascensor e intercambian algún comentario acerca del alquiler de la vivienda. Facundo le asegura que no tardará en ocuparse, ya que está muy bien de precio y en una zona muy acogedora de la ciudad. Si lo quieren, deben darse prisa. El chico promete llamar al dueño al día siguiente y se despide.

Ya no está tan feliz; ahora está preocupado por Claudia. Una vez fuera, no sabe qué dirección tomar. Tal vez deba llamarla para no dar palos de ciego. Saca el móvil y cuando está a punto de marcar el número de la joven, la ve. Está en la esquina, sentada en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Tiene una mano en la cabeza y con la otra sostiene algo. Emilio corre hasta ella y enseguida se da cuenta de que está llorando y que tiene una pequeña botella de *whisky* en la mano.

—Le he contado todo a mi madre —susurra entre sollozos—. Se ha puesto a llorar como una magdalena. Qué frustración.

—¿De dónde has sacado esa botella?

—Da igual. Le he roto el corazón a mi madre. Ella, que ha sido tan buena conmigo, que me ha cuidado tanto... Soy lo peor.

—Dame la botella, Claudia, por favor.

La chica mira a Emilio, y en lugar de entregarle la botellita, le da un trago. El muchacho del cabello azul se lanza encima de ella e intenta arrebatársela, pero la joven emplea toda su fuerza y se lo impide. El chico no cesa en su empeño e insiste. Da un fuerte tirón y consigue quitársela. A continuación, lanza la botella contra la pared y el cristal se rompe en un montón de pedazos. Claudia contempla

desconcertada la escena. Luego mira a Emilio llena de odio. El joven se teme lo peor; ya ha visto lo agresiva que se puede poner. Sin embargo, eso no es lo que ocurre. La chica se levanta y lo abraza. Cierra los ojos y apoya la cabeza en su pecho. Está llorando, pero consigue hablar y decir lo que su corazón está sintiendo en ese momento.

—No puedo volver a casa. Y tenías razón: necesito ayuda. No quiero convertirme en alguien que no soy.

CAPÍTULO 67

Jueves, 21 de marzo de 2019

Es la tercera vez ese día que Julia coge un autobús para ir a la ciudad. Después de hablar con la madre de Iván, ha decidido ir al hospital. Necesita saber qué es eso que ocurrirá al día siguiente y por qué el joven ha dicho que va a morir mucha gente. No va sola. Vanesa se ha negado a quedarse en el pueblo y la acompaña. Ha tenido que prestarle el móvil para avisar a sus padres de que no la esperen en casa para cenar. Miguel Ángel y Aitana irán a recogerla más tarde.

—Tú piensas que lo que sabe Iván está relacionado con la muerte de Pedro Juncosa y de Ernesto Valle, ¿verdad?

—Sí, Vane. Esos tipos estaban preocupados por lo que yo pudiera descubrir con mis preguntas. Eso significa que todo está conectado. No sé cómo ni por qué, pero cada vez estoy más segura de que la muerte de Juncosa, el asesinato de mi profesor y lo que va a pasar mañana forman parte de un mismo paquete.

—¿Y cómo sabían ellos que estabas removiendo el pasado?

—Eso no lo sé. Es posible que alguna de las personas con las que he hablado esté implicada en la trama.

—¿Entonces lo del psicólogo no fue un suicidio?

—Ha aparecido una nota que indica que sí, que Pedro se suicidó, pero algo falla. Ojalá consiguiera averiguar qué es. Esa es la clave.

Vanesa asiente y mira por la ventanilla del autobús. Es noche cerrada, no hay estrellas y las nubes ocultan la luna; no es la noche más bonita de la historia. Todavía no han podido hablar de ellas, de su relación, de si Julia la sigue queriendo o si su amor se ha ido disolviendo como un azucarillo en un café. No es el momento.

Vanesa ve a su novia preocupada, pensativa, no para de darle vueltas a todo. De vez en cuando, habla en voz baja para sí misma o se queda absorta con la vista puesta en ningún sitio. ¿Qué parte de su mente estará pensando en ellas y en lo que les pasa? Probablemente, el cero por ciento. Por eso le da miedo sacar el tema y prefiere preguntarle por lo que verdaderamente le interesa en ese momento.

—¿Dónde apareció la nota de suicidio?

—La tenía guardada Sofía Gisbert. La encontró en una caja fuerte dos años después de la muerte de su padre, cuando vendieron el piso.

—¿En una caja fuerte? ¿Metió su nota de suicidio en una caja fuerte?

—Sí, escondida detrás de un cuadro de Charles Darwin.

—Qué extraño. Cuando uno deja una nota de despedida, imagino que lo que quiere es que la vean, no que permanezca oculta tanto tiempo. ¿No te ha parecido raro a ti?

—Sí, Vane, muy raro, pero su hija asegura que fue así y que la nota es, sin ninguna duda, de puño y letra de su padre. De todas maneras, ahora la tiene la policía y la están analizando.

—¿Has hablado con la hija de Juncosa?

—Sí, antes. He ido a casa de su madre, María; su nombre aparecía en la lista de sospechosos que elaboró Ernesto. Sofía estaba allí. He tomado café con ellas y me han contado varias cosas interesantes.

Vanesa resopla. La confesión le hace pensar de nuevo en ellas y en las circunstancias que pueden estar afectando su relación. No quiere agobiar a Julia con sus dudas ni que piense que la está controlando, pero no se resiste a preguntarle.

—¿No estabas en casa de Daniel Durán poniéndote al día de las clases a las que habías faltado?

—Eso fue lo que le dije a mi madre para que no se preocupara. Le prometí a ella y a mi padre que no volvería a investigar. A Dani solo le pedí el favor de que se hiciera la foto conmigo para subirla a Instagram y que mi madre no supiera que le había mentado.

—Todos nos lo creímos, incluida Yi, que piensa que tú y ese chico os gustáis y que yo debería empezar a preocuparme.

Julia mira a su novia con cara de sorpresa, pero no dice nada. Después, inconscientemente, se centra en su móvil sin batería y se lamenta de no llevar el cargador encima.

—¿Debería preocuparme? —pregunta Vanesa incómoda después de más de un minuto sin hablar—. ¿Te gusta ese chico?

—Daniel simplemente es mi compañero de clase.

—Pero ¿te gusta? ¿Te has enamorado de él?

—No, no me he enamorado de él —contesta Julia rápidamente tras chasquear la lengua—. ¿Si me gusta? No lo sé. No sé qué me está pasando.

El corazón de Vanesa se hiela. Siente una sacudida tan fuerte dentro de ella que se le remueve el estómago y la angustia se le instala en la garganta. Aunque intenta controlar sus emociones, le cuesta respirar. Se le acaba de romper el alma.

Los ojos de Julia intentan tranquilizarla, pero su mirada ya no es la de una persona enamorada, sino la de alguien que solo desea consolarla.

—Llevamos casi un año juntas, eso es mucho. Quizá necesitemos un tiempo para saber lo que sentimos.

—¿Un tiempo? Yo no necesito tiempo. Necesito tus besos, tus abrazos, pasar más tiempo contigo. No quiero nada más.

—Vane, besaste a Iván la semana pasada. Eso indica que tienes dudas.

—¿Me lo estás echando en cara? Ya te dije que fue un error y que no significó nada.

Las lágrimas caen a borbotones por el rostro de Vanesa, que apoya la cabeza en la ventanilla del autobús y se tapa la cara con las manos. Julia la observa sin saber qué debe hacer. También a ella le está doliendo lo que está sucediendo, pero no sabe si le duele porque la quiere o porque la ve mal.

—Este no es el mejor sitio para hablar de esto.

—Está claro que ya no me quieres. Lo tengo que asumir.

—No he dicho eso. Solo te pido algo de tiempo. Necesito aclararme. Han pasado muchas cosas últimamente y puede que eso me haya afectado. No soy una piedra, ¿entiendes?

Vanesa asiente. Aparta las manos de la cara, que está completamente roja, y saca un pañuelo de su bolso. Se seca las lágrimas y se suena. Después, sorbe por la nariz y mira a su novia.

—Averigua qué va a pasar mañana, resuelve este puto caso y, cuando todo esto acabe, hablaremos de nosotras y de nuestro futuro juntas. Yo te esperaré lo que haga falta.

—Me parece una buena idea —dice Julia con una sonrisa y los

ojos brillantes.

Las dos chicas se dan un beso largo en los labios y después se abrazan. No vuelven a hablar hasta que el autobús llega a la estación. Allí las espera Marilia, que se ha prestado a llevarlas al hospital en su coche.

—Últimamente soy una especie de chófer para todos vosotros — comenta la joven del pelo rubio y rizado ya dentro de su vehículo—. Si no me va bien con los bichos, puedo montar una empresa de transportes.

—No hará falta. Serás una gran veterinaria —le dice Julia, que se ha sentado en la parte delantera del vehículo.

—¿Tú crees? A mí me parece que se me da mejor conducir. Algunos animales me tratan como si yo fuera su enemiga. No saben que gracias a mí volverán a estar sanos.

La broma de Marilia las hace sonreír tímidamente, algo que Julia agradece. Necesita soltar toda la tensión que ha acumulado en el autobús. Por su parte, Vanesa daría lo que fuera por irse a casa y llorar hasta que no le quedaran ganas. No se siente bien y tiene el corazón en un puño. La presión no ha abandonado su pecho y la respiración se le entrecorta por momentos. Las palabras de su novia no cesan de repetirse en su cabeza y teme que la deje para siempre.

Marilia aparca en doble fila frente al hospital y se despide de la pareja. Ella ha quedado con su novio para dormir en su casa. Vanesa y Julia caminan hacia la entrada, donde un policía nacional las espera. Este las acompaña hasta una salita en la que se encuentran Andrés Montesinos y otro hombre que se presenta como el inspector jefe de la Policía Judicial Demetrio Ávalos. Él y su equipo están colaborando con la Brigada Central de Investigación Tecnológica. Aunque aquel asunto se les escapa de las manos a ambos.

—Cuando se ha despertado, nos ha dicho que sabe algo que nadie más sabe. Algo muy grave que va a ocurrir y que terminará con muchos muertos —comenta el hombre alto y fornido con el cabello peinado de punta que debe rondar los cincuenta años—. Hemos intentado que nos lo cuente, pero ha sido inútil. No piensa hablar. Por eso hemos contactado contigo a través de su madre. Solo a ti te dirá lo que sabe. Nos lo ha dejado muy claro.

—¿Hay alguna posibilidad de que se lo esté inventando?

—No lo sabemos, pero durante el seguimiento que le hicimos descubrimos una conversación muy sospechosa entre dos personas

en la *Deep Web* —interviene ahora Montesinos—. No hemos podido encontrar más datos sobre esa gente; al parecer, utilizan un canal en el que, pasadas unas horas, se borra todo. Iván leyó una charla que ya no existe y, presumiblemente, fue ahí donde averiguó lo que sucederá mañana.

—¿Y quién está detrás de todo esto?

—Tampoco lo sabemos. Estamos intentando averiguar quiénes son Oso Polar y Lobo Feroz, pero es complicado; en esos submundos virtuales todo está muy encriptado y cuando conseguimos una pista, la información se autodestruye.

—Iván Pardo es muy bueno accediendo a sitios imposibles de la *Deep Web*. Se mueve como pez en el agua. Nos encantaría contar con ese chico en un futuro. Tal vez podamos hacer un trato con él y negociar la condena que le caerá por los delitos que ha cometido —dice Montesinos, que hace una mueca con la boca después de anunciar sus planes para el joven—. Si se recupera, claro. Ahora mismo su cabeza no está en el sitio correcto.

—¿Y no será peligroso que Julia hable con él? —interviene Vanesa, que ha escuchado atenta todo lo que los policías han dicho.

—Yo entraré con ella —señala el inspector jefe Ávalos—. No la vamos a dejar sola.

—¿Y los padres de Iván?

—Les he pedido que se vayan a descansar. Estaban bastante alterados y no dejaban de hacernos preguntas. Iván ha cometido varios delitos muy graves, y cuando salga del hospital, pasará a disposición judicial. Pero antes debemos conseguir que nos cuente qué sabe de lo de mañana y actuar rápidamente. Es nuestra prioridad.

—Sentimos que tengas que pasar por esto, Julia —vuelve a decir Montesinos—. Pero hay que intentar evitar una catástrofe, sea cual sea. Eres nuestro último recurso, créeme.

—Acabamos de hablar con tu padre, por cierto, y ya viene hacia aquí con tu madre. Son dos grandes profesionales y referentes en sus respectivas profesiones. Ellos apoyan nuestra decisión —indica Ávalos sonriente—. La verdad es que es un honor contar contigo. Hemos escuchado hablar mucho y muy bien de ti; también por eso nos hemos decidido a dar este paso.

Las amables palabras del inspector jefe dan fuerza a la chica y la tranquilizan un poco. Solo tiene que hablar con Iván y preguntarle

por lo que pasará mañana. No parece una tarea complicada. ¿Será simplemente eso?

—Muy bien. Estoy lista. No perdamos más tiempo entonces. ¿En qué planta está?

—En la tercera. Vamos.

Montesinos le pide a Vanesa que se quede con él en la sala, esperando a que Julia y el inspector jefe Ávalos regresen. La chica acepta y ve marcharse a su novia. Está nerviosa por lo que pueda pasar. Hace tiempo que Iván no es el mismo chico al que ellas conocieron en el instituto y su comportamiento resulta impredecible. Ella misma lo ha podido comprobar recientemente.

—Lo importante es que Iván te cuente todo lo que sabe —le dice Demetrio a Julia mientras suben en el ascensor hasta la tercera planta—. Pero no correré ningún riesgo. Si se pone violento, te sacaré de la habitación.

—No se preocupe. Todo irá bien.

—Seguro que sí, pero tu integridad es lo primero. Eso no lo dudes.

La chica asiente y le da las gracias al inspector jefe Ávalos. Salen del ascensor y caminan por el pasillo hacia la habitación en la que se encuentra Iván. El hombre insiste en recordarle que todo está bajo control, que él entrará con ella y que, ante cualquier problema que se presente, la sacarán de allí.

—Es aquí. ¿Estás lista?

—Sí —responde escuetamente Julia, que se ha puesto muy nerviosa de repente.

—Vamos. Acabemos con esto.

El inspector jefe abre la puerta de la habitación y entra en primer lugar. Julia va detrás de él caminando despacio. La luz es tenue en el cuarto. Hay dos camas, aunque solo la más alejada a la entrada está ocupada. Iván está tumbado de costado mirando hacia la pared, por lo que la joven no puede verle la cara. No está solo. Hay un joven policía uniformado sentado en una silla, que se pone de pie en cuanto ve aparecer a su superior. Lo saluda formalmente y después le estrecha la mano a Julia. Es entonces cuando Iván se gira y contempla a los recién llegados. Sonríe al ver a su vieja amiga y, dibujando una mueca de dolor, trata de incorporarse.

—Has venido —susurra el chico con cierta alegría—. Se puede conseguir lo imposible si a uno lo consideran importante.

—Hola, Iván —lo saluda Julia, que se acerca hasta la cama con Ávalos a su lado—. Me alegro de verte.

—No es verdad, pero, bueno, se agradece el cumplido. Yo también me alegro.

—Aquí está Julia, como nos pediste —indica el inspector jefe, que no quiere que aquello se prolongue demasiado—. Cuéntanos lo que sabes.

—¿Tiene prisa? No me extraña, la verdad.

—Hemos cumplido con nuestra parte. Ahora te toca a ti. Dinos qué leíste en esa conversación sobre lo que sucederá mañana.

—Necesito intimidad con Julia. Se lo diré cuando estemos los dos solos.

—No vamos a dejarte solo con ella.

—Pues no hay trato.

El inspector jefe Ávalos aprieta los puños y se muerde el labio. Da un paso hacia adelante, se inclina sobre el joven y acerca su cara a la del chico.

—¡Eres un...! ¡Si por tu culpa mañana muere gente, lo vas a pagar muy caro! ¡Te acusaré de cómplice de asesinato!

—¿Cree que eso me importa? Yo ya estoy sentenciado. Me voy a pasar mucho tiempo en la cárcel. Me meterán en prisión en cuanto me recupere de la operación.

—Di lo que sabes y hablaré personalmente con el juez que lleva tu caso para ver si logramos llegar a ciertos acuerdos que te puedan favorecer. Te lo prometo.

—No me lo creo. Lo que me prometa ahora será humo después. Se lo repito: solo hablaré con Julia y no voy a cambiar de opinión. Ustedes dos sobran en esta habitación.

El tono que usa Iván es desafiante. Ávalos está a punto de perder los nervios, así que se aleja de la cama muy enfadado y habla en voz baja con el joven policía. Julia se acerca a ellos.

—No pasa nada. Me quedaré sola con él.

—No, no lo permitiré. Ese no era el trato.

—Si no se van, no hablará. Solo quiere charlar conmigo. Seguramente tiene algo más que decirme y no quiere hacerlo delante de ustedes.

—Es un tipo peligroso, Julia. No me fío.

—Acaban de operarlo, casi no se puede mover. No hará nada. Y si lo intenta, gritaré lo más fuerte que pueda. No se preocupe,

inspector jefe.

—No podemos arriesgarnos. Ni siquiera estamos seguros de si lo que dice es verdad.

—No creo que se lo haya inventado ni que sea un truco. Me parece que realmente sabe lo que va a suceder y, si no hacemos todo lo posible para lograr que nos lo cuente y mañana muere alguien, nos arrepentiremos.

El inspector jefe Ávalos resopla y mira al joven uniformado. Este le hace una señal afirmativa para indicarle que está conforme con lo que dice Julia.

—Está bien. Te doy cinco minutos. Después, entraremos sí o sí. Cinco minutos.

—Me parece bien. Espero no tardar tanto en conseguir la información que necesitamos.

El inspector jefe y el otro policía salen de la habitación y permiten que Iván se quede a solas con Julia. La chica se coloca la mano en el pecho y percibe que sus pulsaciones van más rápido que nunca. Está muy alterada. Pero no puede demorarse más. Se da la vuelta y con su mejor talante se acerca de nuevo a la cama. Iván la sigue con la mirada, sonriendo.

—Lo has conseguido. Ya estamos solos, como querías, así que cuéntame lo que sabes, por favor.

—¿Recuerdas lo que pasó el 11 de junio de 2016? —le pregunta Iván cogiéndola por sorpresa—. Claro que lo recuerdas. Tienes una memoria prodigiosa.

—Nos quedamos encerrados en el ascensor del supermercado.

—Exacto. Ese día marcó mi vida.

—No lo creo. Tu vida la ha marcado todo lo que has hecho desde que te uniste a Viral.

—¿Como salvarte la vida? —dice el chico sonriente—. Ven, siéntate.

Iván da varios toquitos con la mano en el colchón. Julia duda, pero termina aceptando. Realmente no tiene buen aspecto. Y no solo por su barba desaliñada; lleva una venda que le cubre la parte superior de la cabeza y le cuesta moverse. Los efectos de la operación todavía están muy presentes en él; incluso se le nota al hablar y un ojo lo tiene prácticamente cerrado. Si no fuera tan urgente lo que tiene que decir, posiblemente lo habrían dejado descansar unas horas más antes de pedirle a Julia que charlara con él.

—Me salvaste la vida y hoy me la querías quitar.

—Una paradoja. Ganaba mucho dinero si morías. Una pena que tu querida Vanesa lo jodiera todo. Ella ha sido tu salvadora esta vez, la responsable de que no acabara contigo. ¿Ya te ha dicho que me besó el otro día?

—Sí, está arrepentida. No quiso hacerlo.

—Los besos son cosa de dos. No se dan si uno no quiere —suelta Iván, que sonríe irónico—. ¿Os va bien?

Julia no responde. Mira hacia la ventana durante un par de segundos y luego se centra otra vez en el joven.

—Dime ya lo que sabes, por favor. Es muy importante.

—Espera un poco. ¿No te estás divirtiendo? ¿Tu maravillosa memoria no te está haciendo retroceder en el tiempo? ¿No te acuerdas de nuestros besos? ¿De lo que sentías por mí? Me querías, Julia. Me querías.

—Pero ya no es así. ¿Qué pasa mañana? Cuéntamelo.

—Te has vuelto muy impaciente, Julia Plaza.

—He venido hasta aquí como pediste. Si va a morir gente mañana, cada segundo es importante, así que te ruego que me digas lo que sabes.

—Muy bien. Te lo contaré todo. Pero antes...

La chica no ve venir el movimiento ágil de Iván, que, de un brinco felino, se abalanza sobre ella y la agarra del cuello con ambas manos.

—Me pudriré en la cárcel, pero tendré mucho dinero en mi cuenta cuando salga —le dice en voz baja el joven con los ojos en blanco—. ¿Cuánto puedo estar en la cárcel en este país con esas leyes de mierda? ¿Doce años? ¿Quince? Matar a alguien sale muy barato.

La chica intenta apartar las manos de Iván de su cuello mientras este habla, pero no lo logra. Tiene demasiada fuerza. Nota que empieza a quedarse sin aire y a perder la fuerza en sus articulaciones. Quiere gritar, pero le resulta imposible. Entonces, se le ocurre algo; una última bala en la recámara. Echa hacia atrás la cabeza y con la energía que le queda se impulsa hacia adelante, golpeando a Iván en la frente. El impacto es sobrecogedor. Los dos sueltan un terrible alarido de dolor y la sangre enseguida mancha las sábanas blancas de la cama. Julia aprovecha la ocasión para zafarse de Iván y saltar de la cama.

La puerta se abre y Ávalos y el policía que custodiaba la

habitación entran rápidamente. No saben qué ha ocurrido y contemplan el dantesco escenario con estupor. Los dos chicos están sangrando abundantemente por la frente.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien, Julia? —pregunta el inspector jefe alarmado al verla cubierta de sangre.

La chica no le responde. Ahora es ella la que se lanza sobre la cama y coge del cuello a Iván, que todavía está atontado por el golpe que ha recibido.

—¡No has podido conmigo! —exclama Julia con los ojos hinchados y la voz ronca—. ¡Y ahora vas a decirme qué es lo que sucederá mañana y por qué piensas que va a morir gente o te prometo que mi cara será lo último que veas en tu miserable vida, hijo de puta!

CAPÍTULO 68

Viernes, 22 de marzo de 2019

«El dinero no da la felicidad, pero te ayuda a encontrarla». Eso es lo que le repetía su padre cuando no era más que un crío y no comprendía el motivo por el que él se ausentaba tanto de casa, incluso los fines de semana.

—Papá se ha ido a trabajar. Volverá por la noche —le aseguraba su madre una vez tras otra.

Hasta que un día no regresó.

Roberto tiene mucho calor. ¿Cómo es posible? Son las nueve de la mañana y solo están a diez grados. ¿Tendrá fiebre? ¿Habrá pillado la gripe? Está sudando y le duele la cabeza una barbaridad. Quizá es por escucharlos cantar. Desde que salieron, hace una hora, no han parado de hacerlo.

—No te molesta, ¿verdad?

—No, tranquila. Déjalos que disfruten.

En realidad, sí le molesta porque cantar, lo que se dice cantar, no lo hacen nada bien esos niños. De todos los grupos a los que Roberto ha llevado en el autobús, sin duda ese es el que peor suena. Es como si les estuvieran pisando el rabo a veinte gatos a la vez.

—Es la emoción del viaje. Luego, a la vuelta, será diferente. Los pobres críos estarán cansados e irán durmiendo.

Sí, pobres. ¡Pobre de él! El hombre sonríe por cortesía. La monitora le ha caído bien. Es joven, guapa y tiene un tono de voz muy dulce. Si hubiera tenido una hija, le habría gustado que fuera como ella, pero ni siquiera se le presentó la oportunidad de casarse y formar una familia. De reojo, la observa. En su camiseta lleva una

pegatina que pone «Amelia». Le gusta ese nombre. Siempre le ha gustado, aunque no es muy común.

—¿Hace mucho tiempo que trabajas con estos chicos?

—Desde septiembre, aunque tengo la sensación de que han pasado cinco años.

—¿Te dan mucha guerra?

La monitora resopla y a continuación dibuja otra sonrisa. Sin hablar, mueve la cabeza negativamente y saca el móvil de un bolsillo de su vaquero. Revisa sus redes sociales y contesta un par de mensajes pendientes de WhatsApp. Detrás, los chicos continúan cantando. Ahora entonan una versión muy particular de «Los peces en el río». Un villancico en pleno mes de marzo. Perfecto. Roberto se seca el sudor de la frente con un pañuelo de tela y procura centrarse en la carretera. Solo faltan diez kilómetros para realizar la parada. Entonces aprovechará para tomarse un analgésico.

—Seño, me... me estoy meando —escucha el conductor a su espalda. Se trata de una niña de once o doce años que lleva puesta una gorra de Batman.

—Tienes un baño hacia la mitad del bus, al lado de la puerta por la que has entrado, pequeña —responde Roberto anticipándose a la monitora—. Está abierto.

—No. No... me gusta ese baño.

—¿Que no te gusta?

—No. Está oscuro. Oscurísimo.

—Pues enciende la luz, Carla —responde Amelia, que se guarda de nuevo el móvil en el bolsillo del pantalón.

—No, seño. No quiero ir a ese baño. No me gusta ni un pimiento.

La expresión de la niña hace sonreír a la monitora. Roberto, sin embargo, no esboza ninguna sonrisa. Quedan solo siete kilómetros para la gasolinera, pero allí no podrá bajar nadie para ir al baño. Ni para eso ni para nada. Las instrucciones son muy claras.

—¿Falta mucho para que paremos? —le pregunta la joven al conductor con tono de súplica.

—Bueno, no. Pero... solo es una parada para echar gasolina.

—Me meo —insiste Carla.

—Pues ve al baño de atrás —contesta Roberto cada vez más nervioso.

—No. Está oscuro y no me gusta nada.

—¿Quieres que te acompañe? —dice Amelia, que ya sabe la

respuesta que va a recibir.

—¡No! —exclama la niña, que zapatea con fuerza para hacerse oír—. ¡Me voy a mear encima! ¡Y luego mi madre se enfadará conmigo y... y me dejará sin postre! ¡Y el postre es la mejor parte... de la comida! ¡Todo... todo el mundo sabe eso! ¡Hasta Suso!

La pequeña continúa protestando y la discusión se prolonga unos minutos más. Roberto intenta mantener la calma. Entre las insistentes quejas de Carla y los odiosos villancicos que no cesan va a perder la cabeza en cualquier instante. Tiene la frente ardiendo. ¿Quién coño será Suso? ¿Otro de esos pequeñajos que canta como el demonio?

—Lo siento. ¿De verdad que no es posible que la niña baje un minuto en la gasolinera?

—La verdad es que...

Las palabras de Amelia distraen a Roberto, que no ve la salida de la gasolinera hasta que prácticamente la tiene delante. Da un volantazo y gira repentinamente a la derecha. La maniobra es tan brusca que los gritos en el interior del vehículo sustituyen a los cánticos. Algunos niños se lo toman como si hubiera sido la curva más excitante de una montaña rusa; otros, en cambio, sollozan desconsolados, presos del pánico.

—¡No os preocupéis! ¡No ha pasado nada! —exclama Amelia, que tiene a Carla sentada en sus rodillas—. ¿Estáis todos bien?

—¡Todos bien! —grita desde el fondo del autobús un joven alto con el pelo rizado.

Guillermo es otro de los cuatro monitores del grupo. Cuando Roberto lo vio subir al bus, pensó que no pegaba nada con Amelia, pero que seguramente tiene o tendrá algo con ella en un futuro cercano. Su forma de mirarse los delata. Le recordó a cómo se miraban su padre y la vecina cubana del cuarto E. Él intuía que se llevaban bien, pero nunca sospechó que los dos se fugarían a La Habana y desaparecerían para siempre. Ya no volvería a verlo. Roberto descubrió entonces que el dinero no da la felicidad, pero te ayuda a encontrarla. Por lo menos, sirve para pagar viajes como el que hicieron su padre y la vecina del cuarto E. Ese suceso le cambió la vida y le enseñó una lección importante.

—¡No! Carla, jopé... —escucha decir el conductor a la monitora.

El hombre mira a su derecha y ve a la niña junto a Amelia. Tiene manchados los pantalones amarillos.

—Lo... lo siento..., seño.

La pequeña se pone entonces a llorar. La joven intenta sin éxito calmarla. Detrás, vuelven las canciones; esta vez, un clásico: «Susanita tiene un ratón». Las voces de los niños parecen sonar con menos fuerza que antes.

—Creo que tendremos que bajar cuando pares a repostar. Carla no ha aguantado más.

—¿Por qué no usas el baño?

—Ya has oído a la niña. No le gusta. Por favor. Será solo un momentito.

Roberto se seca de nuevo el sudor con el pañuelo y escupe un insulto en voz baja. Ya ve la gasolinera, se encuentra a apenas quinientos metros.

—Por favor —vuelve a decir la monitora—. Necesitamos bajar. Tengo que cambiarla.

—¿Llevas ropa para que se cambie?

—Sí. No es la primera vez que pasa algo así. Ya vengo preparada.

El conductor del autobús chasquea la lengua. No estaba previsto que nadie se bajara en la gasolinera. Las instrucciones que recibió fueron muy claras: esa era la única parada que debían hacer y nadie podía abandonar el vehículo en ningún momento. Pero es una situación de fuerza mayor.

—Vale. Pero rápido, no podemos perder tiempo.

—Gracias. Serán solo un par de minutos. Siento todo este jaleo.

—No pasa nada.

El autobús aminora la marcha y entra despacio en la gasolinera. Roberto aparca junto a uno de los surtidores y abre la puerta delantera. Deja que primero se bajen Carla y Amelia y después lo hace él. Mientras desciende del vehículo oye cómo Guillermo les anuncia a los chicos que han hecho una parada para repostar gasolina y que todos deben permanecer en el bus.

—¡No tardamos nada! —grita la monitora, que lleva de la mano a la niña hacia la zona de los baños.

Roberto observa cómo las dos se alejan del autobús caminando deprisa. Luego comprueba en su móvil la hora. Son las nueve y doce. Está dentro de la hora prevista para hacer la parada. Marca un número y cuelga tras escuchar tres *bips*. A continuación, se dirige a la tienda de la gasolinera. Entonces recibe un WhatsApp desde un número desconocido.

«Buen trabajo. Gracias».

El conductor está sudando y siente una gran presión en las sienes. ¿Y ahora qué? Las instrucciones que recibió lo guiaban solo hasta ese momento. Llevar el autobús repleto de niños con diferentes discapacidades hasta esa gasolinera entre las nueve y diez y las nueve y veinte y esperar en la tienda. Simplemente eso. El día anterior había recibido un sobre en el buzón de su casa con las indicaciones escritas en un folio y mil euros en billetes de cien. A cambio, se le pedía discreción y no hacer preguntas.

El dinero no da la felicidad, pero te ayuda a encontrarla, incluso aunque creas que estás participando en algo de dudosa legalidad.

—Señor, ¿se encuentra bien? —le pregunta un joven pelirrojo con el rostro cubierto de pecas y el cabello rizado. Se trata del encargado de la tienda—. No tiene muy buena cara.

Roberto se queda mirando fijamente al tipo. Está a punto de responderle que no, que está fatal, que tiene mucho calor y que le va a estallar la cabeza. Que se huele que algo malo va a pasar, algo terrible, y que él está siendo cómplice de ello.

Pero el conductor no dice nada. Le pide al pelirrojo un paquete de chicles de menta, extrae de un bolsito una cartera y cuando va a pagar, escucha varias sirenas.

Rápidamente, los dos hombres se asoman a la puerta y ven cómo la policía detiene a un par de tipos con la cabeza afeitada que intentaban huir corriendo. Una agente acompaña a la monitora y a Carla. Otros dos se dirigen hacia la tienda, donde se encuentran con Roberto.

—¿Es usted el conductor del autobús? —le pregunta un policía rubio con los ojos claros.

—Sí, soy yo.

—Queda usted detenido.

—¿Yo? ¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—Participar en el intento de homicidio de un grupo de niños con diversidad funcional que, por suerte, hemos conseguido evitar.

CAPÍTULO 69

Viernes, 22 de marzo de 2019

—Acaba de llamarme el inspector jefe Ávalos. Me ha pedido que te diga que Iván te contó la verdad. Querían atentar contra un autobús repleto de niños con diversidad funcional —le comenta Miguel Ángel a su hija, que está en su habitación preparándose para asistir al entierro de Ernesto Valle.

—¡Dios mío! ¿Están todos bien?

—Sí, Julia. Todos están bien. La policía estaba en la gasolinera y ha evitado una catástrofe. Han detenido a varias personas a las que interrogarán enseguida. Estaban rociando con gasolina la parte de abajo del autobús y parece que tenían intención de hacerlo volar por los aires.

—¡Qué barbaridad! ¿A qué mente enferma se le ocurre algo así?

—A mí todavía me cuesta creerlo, pero la gente que hace eso no está bien de la cabeza. Son unos locos muy peligrosos.

—Seguro que ninguno de los detenidos es el jefe de la organización.

—Los jefes no se ensucian las manos. Esperemos que alguno hable y revele quién está detrás de todo esto. Es desolador que hayan intentado asesinar a esos críos.

Julia suspira. Menos mal que han actuado a tiempo. Al final, ha sido Iván quien ha impedido que esos niños murieran calcinados en el autobús en el que iban de excursión. Si él no hubiera visto esa conversación en la *Deep Web*, no hubieran podido evitarlo. Le costó que hablara, hasta tuvo que amenazarlo, pero la historia ha terminado bien. Al menos, de momento.

—Tengo que hacer unas cosas en la ciudad. Me voy en cinco minutos, ¿quieres que te lleve al cementerio?

—Todavía queda bastante para el entierro. Además, he quedado en ir con Emilio y con Claudia. Ellos también acudirán para estar al lado de su profesora.

—Muy bien, pero... es que voy a pasar por casa de tu abuela. No he ido desde que murió y quería ver cómo está todo, buscar unos papeles que necesito y recoger algunas cosas. Era por si te apetecía venir antes del funeral.

La chica se sienta en la cama para ponerse los zapatos negros con los que irá al entierro. Mira hacia la pizarra que le regaló su abuela; allí están todas las anotaciones del caso Juncosa y del asesinato de Ernesto Valle. Anoche, cuando llegó del hospital, borró todo y escribió uno por uno los datos actualizados. Cada vez tiene menos dudas de que todo está relacionado.

—Si no quieres, no pasa nada —indica Miguel Ángel al ver dudar a su hija.

—¿Crees que es buena idea que vaya a su casa?

—No lo sé. A lo mejor te gustaría tener algo de ella. Pronto pondremos el piso en venta.

—¿Vais a venderlo?

—Sí, ¿no te lo había dicho? Hemos pensado que es lo mejor y tus tíos están de acuerdo.

Quizá esa sea la última oportunidad de visitar el lugar que tan buenos recuerdos le trae. Allí compartió grandes momentos con su abuela, a la que todavía no ha conseguido despedir de su corazón. Continúa soñando a menudo con ella. Tal vez ir a su casa sea una buena manera de cerrar la historia. Nunca la olvidará, pero necesita pasar página y seguir adelante. Cumplir con su promesa.

—Está bien. Voy contigo.

—Perfecto. En diez minutos te espero abajo.

La chica asiente y su padre sale de la habitación después de hacerle una carantoña en la mejilla. Julia piensa en Pilar y examina una y otra vez la pizarra mientras termina de arreglarse. ¿Qué opinión tendría ella de todo eso? ¿Habría conseguido averiguar algo más sobre esos casos tan misteriosos? Su abuela tampoco creía que Juncosa se había suicidado y Julia aún comparte su opinión.

Alguien toca en la puerta del cuarto cuando está casi lista. Se acerca y abre. Es Claudia, que todavía lleva el pijama puesto. La

noche anterior solo se vieron un momento antes de irse a dormir. La chica llegó a casa un poco más tarde que ella, acompañada de Emilio.

—¿Te duele mucho? —le pregunta la joven señalándole la frente con el dedo.

Julia se toca la zona afectada. En el hospital tuvieron que darle tres puntos de sutura para cerrar la herida que se hizo al golpear a Iván. Previsiblemente, le quedará una cicatriz de recuerdo para toda la vida.

—No, estoy bien. Tengo la cabeza muy dura. Eso y que me he tomado dos calmantes en el desayuno.

—Emilio me ha contado lo que sucedió. Fuiste muy valiente.

—Cualquiera habría hecho lo mismo. Tampoco fue para tanto.

—Siempre tan modesta.

—No empecemos —dice Julia, que no se ha tomado a mal el comentario de Claudia y sonrío.

—Me ha dicho tu padre que te vas con él a la ciudad.

—Sí. Antes de ir al cementerio vamos a pasar por casa de mi abuela. Os veré allí. ¿A qué hora pasa a recogerte Emilio?

—A las diez y cuarto. Tengo que darme prisa.

Claudia mira su móvil y comprueba que son las diez menos cinco. Se despide de Julia y se gira para marcharse a su habitación, pero rápidamente se da la vuelta.

—Ayer tuve un día horrible —reconoce la joven mientras, nerviosa, estira las mangas del pijama—. Puede que no tan malo como el tuyo, visto lo visto, pero espero que me haya servido de lección y que sea un punto y aparte.

—Eso está muy bien.

—Sé que tengo un problema con la bebida, a lo mejor no tan grave como creéis, pero está ahí y necesito ponerle remedio. Así que, si algún día me ves tomando algo que lleve alcohol, recuérdame esta conversación. Quiero solucionarlo, pero no puedo hacerlo sola.

—Me parece una buena idea. Haré lo que me has dicho.

—Y... Julia, perdona por lo de la otra noche, fui una estúpida. Me has ayudado mucho dejando que me quede aquí y te lo he pagado con malas maneras. Me merecía ese tortazo.

—No estoy a favor de la violencia. Me arrepentí enseguida de lo que hice.

—Me estuvo bien empleado. Solo puedo pedirte disculpas y darte las gracias. Trataré de portarme bien mientras viva aquí,

aunque espero que no sea mucho tiempo.

—El que necesites, de verdad.

Las chicas intercambian sonrisas y finalmente terminan abrazándose. Es un abrazo reconfortante para ambas; las dos han tenido unos días muy difíciles por diversas circunstancias. Tener una aliada bajo el mismo techo es mucho mejor que tener una enemiga.

Julia y su padre no hablan mucho durante el trayecto en coche hasta la ciudad. Escuchan música y tararean las diferentes canciones que van sonando en la radio. El ambiente es relajado... hasta que la joven recibe un mensaje. Es de un número desconocido, aunque conoce a la persona que lo envía.

«Hola, Julia, soy la subinspectora Miriam Iglesias Canales. Nos conocimos ayer en tu universidad. A raíz de la conversación que tuvimos, comencé a investigar por mi cuenta la muerte de Pedro Juncosa y he descubierto algunas cosas que me hacen pensar que hace cinco años se ocultó y se falseó información. Y eso no es lo peor».

El WhatsApp se corta ahí, pero un par de minutos más tarde Julia recibe un nuevo mensaje que da continuidad al anterior. Lo que Miriam le escribe la deja sin respiración.

«Te hablo desde el hospital. Ayer me ingresaron con importantes heridas de arma blanca por todo el cuerpo. Por fortuna, ninguna demasiado grave. Mi agresor fue el inspector jefe Rodolfo Martínez Prado. Le clavé su propio cuchillo en el pecho al intentar defenderme de su ataque. El inspector jefe ha muerto».

Julia le cuenta a su padre lo que Miriam Iglesias le está explicando a través de WhatsApp. El hombre no da crédito a lo que dicen esos mensajes.

Entonces llega un tercero:

«Todavía no sé las razones de su agresión, aunque me las puedo imaginar. Están investigando lo ocurrido. Aún no ha trascendido a la prensa y el asunto se está llevando en el más absoluto de los secretos, por eso te pido discreción. Si te escribo es porque creo que algo raro sucedió hace cinco años y tú eres la que mejor conoce los hechos. Me gustaría hablar contigo en persona y poner en común la información de la que disponemos las dos. No sé cuándo me darán el alta; te avisaré. Cuídate mucho, por favor. Este es mi móvil, por si necesitas cualquier cosa».

—Tiene que haber una explicación —comenta Miguel Ángel mientras aparca—. Martínez Prado estaba considerado como uno de los policías más íntegros y capacitados del cuerpo.

—¿Y por qué intentó matar a su compañera?

—No lo sé, Julia. Dejemos que investiguen los hechos. Y, por favor, no te metas en esto. Yo mismo hablaré con la subinspectora para que te deje al margen.

—Pero, papá...

—No quiero que te veas envuelta en más líos, Julia. Estamos otra vez como el año pasado y como hace dos años. No puedes salvar el mundo todos los días. Ayer hiciste lo que tenías que hacer, eras la única que podía convencer a Iván de que hablara, pero se acabó. Será la policía quien se encargue de poner cada cosa en su sitio.

La chica no le replica, no por falta de ganas, sino porque no está dispuesta a tener más enfrentamientos con nadie. Además, ya han llegado a la calle donde vivía su abuela y no quiere que el último recuerdo de ese lugar sea una discusión con su padre.

Miguel Ángel y Julia entran en el edificio y suben en ascensor hasta la planta en la que vivía Pilar. A la joven se le remueve todo cuando cruzan la puerta principal del apartamento. Los recuerdos se le amontonan y las ganas de llorar son casi incontenibles. Aun así, resiste como puede.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, papá, gracias.

—No pienses en que ya no está. Acuérdate de todos los momentos buenos que has pasado aquí. No sufras, disfruta. Ella lo querría así.

Miguel Ángel le sonríe y luego le dice que va a revisar los cajones de los muebles que hay en el piso. Necesita encontrar unos documentos necesarios para poner el apartamento en venta. Julia, por su parte, camina hacia el fondo del pasillo, hasta la que era su habitación cuando iba a visitar a Pilar. Contempla con angustia las estanterías de madera repletas de figuritas de porcelana, fotografías enmarcadas y cajitas joyero. Luego se fija en la mesa en la que hizo el puzle de cristal. Se le saltan las lágrimas y decide salir de allí. Apura el paso hasta el salón en el que veían juntas las series y los documentales tumbadas en el sofá. Se sienta y mira la televisión que está apagada. Su padre le dijo que su abuela falleció mientras veía un documental. No le extraña. Le encantaban. También subir fotos a

Instagram, mandar memes por WhatsApp o perderse en Internet buscando datos en Google. Sonríe al recordarlo. Era una octogenaria preparada para el siglo XXI.

La chica se limpia un par de lágrimas con las manos y se levanta. Camina hacia la mesa del salón, donde está el ordenador de su abuela. La pantalla está levantada y en negro, pero el portátil no está apagado. ¿Lleva todo ese tiempo en funcionamiento? Le da al botón de encendido y, efectivamente, se carga enseguida. Julia se encuentra con la última página que visitó Pilar. Un escalofrío sacude su cuerpo. Se trata de una web en francés; recuerda que su abuela lo entendía bastante bien, lo había aprendido viendo películas francesas de los años sesenta en versión original. Pero ¿qué es exactamente lo que estaba buscando en esa web?

Julia se sienta en una de las sillas y lee la página. Entonces descubre algo que le corta la respiración. Su mente se pone rápidamente a encajar las piezas. Permanece durante unos minutos en éxtasis. Aquello no puede ser una casualidad. Sí, ahora todo está claro. ¡Clarísimo! ¡Tiene que ser así! ¡Su abuela era una genia!

—Cariño, ya he encontrado lo que necesitaba, ¿nos vamos? —le dice Miguel Ángel, que se asoma por la puerta del salón.

—Papá, sé lo que me has dicho antes, pero tienes que creerte lo que te voy a contar —le suplica Julia cogiendo el portátil y enseñándole lo que ha leído.

—¿Qué es esto? ¿Está en francés?

—Sí, es la última página que vio la abuela antes de morir.

—No te comprendo. ¿Qué significa eso? ¿Es importante?

—¡Muy importante! Ahora ya sé la verdad sobre Pedro Juncosa y quién está detrás de su muerte y de la de Ernesto Valle. ¡Lo he descubierto!

CAPÍTULO 70

Viernes, 22 de marzo de 2019

Hace unos días estuvo en ese mismo cementerio enterrando a su abuela. Ahora, Julia ha regresado para asistir al funeral de su profesor. Está inquieta e impaciente. Sabe quién está detrás de la muerte de Pedro Juncosa y, posiblemente, también de la de Ernesto Valle. Espera que la policía realice las comprobaciones oportunas y ponga fin a aquella macabra historia. Por suerte, los niños con diversidad funcional del autobús y sus monitores están a salvo. No tuvieron la misma fortuna las personas que fueron asesinadas hace cinco años en aquel poblado de chabolas. Está segura de que ese era el suceso del que hablaban Oso Polar y Lobo Feroz en el chat que leyó Iván en la *Deep Web*: un incendio, aparentemente fortuito, que acabó con la vida de once personas y dejó malheridas a otras cien. Sí, eso fue obra de los mismos que ahora han intentado quemar vivos a esos pobres críos y a sus monitores. ¿Por qué? Julia cree saber la respuesta.

—Los cementerios me dan mucho respeto —le dice Emilio, que está a su lado.

Su amigo y Claudia se han unido a ella justo después del responso que se ha celebrado en honor a Ernesto Valle. También está Vanesa, que finalmente ha decidido acudir, y Yi Lin. Los cinco aguardan en la puerta del cementerio a que aparezca el coche fúnebre en el que va el ataúd con el cuerpo del profesor.

—Últimamente, venimos mucho —comenta Julia, que no le ha contado nada a sus amigos sobre el hallazgo realizado en casa de su abuela.

Hasta que no se confirme su teoría, prefiere no pregonarlo. Solo sus padres y la policía están al tanto de su descubrimiento.

—Voy a hablar un minuto con Dani —dice Yi, que se aleja pausadamente hacia un grupito de compañeros de clase, entre los que se encuentra el chico del que está enamorada.

Vanesa y Julia la observan y, a continuación, se miran entre ellas, pero no se dicen nada. No han vuelto a hablar de su relación; el tema seguirá aparcado hasta que las cosas se aclaren y todo vuelva a la normalidad, aunque Vanesa se teme lo peor. Ha notado cómo su novia se ha fijado en ese chico y en cómo ambos se han sonreído. ¿Qué puede hacer? Nada. Si a Julia le gusta otra persona, no le quedará más remedio que aceptarlo, pero le duele en el fondo de su alma y tiene unas ganas permanentes de llorar.

Al entierro asisten más de cien personas. Julia ha visto a Sofía Gisbert, a la que acompaña su hermano Simón, que guarda un gran parecido con su padre. No ha hablado con ella, algo que sí han hecho Emilio y Claudia, que le han dado una vez más el pésame y le han mostrado su apoyo. Parece realmente afectada. Va vestida completamente de negro y no se ha quitado las gafas de sol en ningún momento.

La vibración del móvil en su bolso le indica a la joven que ha recibido un WhatsApp. Saca el teléfono y lee el mensaje de su padre.

«De momento, no ha aparecido. Han ido a su casa, pero no les ha abierto. Están esperando una orden judicial para poder entrar. Esperemos que no haya huido del país. ¿Qué tal por ahí?».

Julia le responde que por allí todo está en calma y que la informe si hay novedades. Guarda otra vez el móvil en el bolso y camina hasta sus amigos. Durante los minutos siguientes no se quita de la cabeza lo que su abuela descubrió antes de morir. Había varias historias que estaban relacionadas y ella no se dio cuenta. Solo tenía que haber buscado la información en francés. Simplemente eso. Quizá, si lo hubiera hecho, todo habría acabado antes. ¿Y si ahora ha escapado? Es posible, después del atentado fallido al autobús y de la muerte del inspector jefe Martínez Prado.

—Ahí viene el coche —le susurra Vanesa, que nota a su novia ausente.

Julia observa cómo el vehículo se coloca delante de la puerta del

cementerio; la gente comienza a situarse detrás. En primera línea va la hermana de Ernesto, que es la que más llora, abrazada a su marido. Los chicos a los que daba clase se han puesto juntos en un segundo plano. Yi camina al lado de Daniel Durán. Casi al final de la comitiva, siguen al féretro los profesores y algunos amigos que dejó Ernesto. Julia divisa entonces a algunas personas que no estaban en el responso. La capilla en la que se ha celebrado la misa era bastante pequeña y mucha gente ha ido directamente al cementerio. Entre ellas están María José Yuste, el profesor Ricardo Acosta, el psicólogo Marcelo González y su prometida Rita Jovellanos.

—No me lo puedo creer. Está aquí —le dice muy nerviosa en voz baja a Vanesa mientras caminan detrás del coche—. ¿Por qué ha venido?

—¿Quién?

—Tengo que avisar a mi padre urgentemente.

La chica vuelve a sacar el móvil y envía un WhatsApp a Miguel Ángel. Este le contesta que no haga nada y que avisará a la policía.

—Te tiemblan las manos, Julia. ¿Me vas a decir qué te pasa?

—Tenemos que vigilarlo de cerca. Está relacionado con todo lo que ha pasado.

—¿De quién me estás hablando?

Julia señala a un hombre que va un par de filas por delante de ellas, vestido elegantemente con un traje negro.

—No sé quién es.

—Es un amigo de Juncosa, aunque no solo eran simples amigos. Formaban parte de la misma organización y estoy segura de que está implicado en su muerte y posiblemente en la de Ernesto.

—Me estás asustando. ¿Cómo lo sabes?

—Gracias a una información que encontró mi abuela en Internet —le dice a Vanesa, a la que le pide que se detenga—. Fue el mismo día que murió. Ni siquiera me pudo hablar sobre ello.

Julia le cuenta a su novia que Pilar no se había conformado con rastrear en castellano aquello que tanto le había llamado la atención. Había escrito en Google, en francés, «el vigilante del silencio» y habían aparecido varias entradas en las que se hacía referencia a ese término. *Le gardien du silence* es un personaje de un libro que no está traducido al castellano titulado *La ley de Darwin*, del escritor parisino Jacques Roldán. En la novela, un grupo de la alta sociedad se encarga de honrar a Charles Darwin eliminando a personas que

consideran inferiores: matan a mendigos, adultos y niños con diversidad funcional e incluso a personas con determinadas enfermedades crónicas o degenerativas, pues, según ellos, suponen una amenaza para conformar una sociedad fuerte. El vigilante del silencio era el elegido para proteger el anonimato de la organización. Se encargaba de planearlo todo para que los hechos parecieran accidentales. No ejecutaba, solo se movía para ocultar a los verdaderos responsables.

—Pero eso... eso es terrible.

—Sí, lo es, Vane. Imagino que Pedro Juncosa se hartó de hacer ese trabajo y renunció. Por eso lo quitaron de en medio. Ese hombre fue a verlo a su casa el mismo día que murió, aunque asegura que no llegó a entrar en el piso y que no llegaron a verse.

—¿Crees que lo asesinó él?

—Sí. Mintió. Con la inestimable colaboración del inspector jefe Martínez Prado. Estoy convencida de que Ricardo Acosta es el culpable de la muerte del psicólogo.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque vi ese libro en su despacho del instituto cuando fui a visitarlo. Lo recuerdo perfectamente. ¡*La loi de Darwin* estaba en una de las estanterías!

—¡Dios mío! ¿Y qué vamos a hacer?

—Vigilar sus movimientos hasta que llegue la policía y lo detenga —responde Julia, que emprende de nuevo la marcha—. Tenemos que actuar como si no pasara nada, ¿de acuerdo? No hay que levantar sospechas.

Vanesa asiente y las dos aceleran el paso hasta el lugar en el que el coche fúnebre ya se ha detenido. Los asistentes forman un corro alrededor de la fosa en la que Ernesto Valle va a ser enterrado. Las chicas se colocan junto a Emilio y Claudia, que están enfrente del profesor de Historia. A su lado están Sofía y Simón. La que fue pareja del fallecido no cesa de llorar y agarra de la mano a su hermano.

—¿Dónde estabais? —le pregunta Emilio a Julia, que no aparta la vista del presunto culpable—. Parecéis muy nerviosas.

Ninguna de las dos responde y le piden silencio a su amigo. El ataúd de Ernesto ya está preparado para descender y ser enterrado en su tumba. Pero Julia solo presta atención a la conversación que mantienen Ricardo y Sofía. Él parece enfadado, y ella, que ha soltado de la mano a su hermano, casi no habla, solo llora.

—Le acaba de decir que dónde está el cuaderno —le susurra Claudia a Julia al darse cuenta de que está mirando a la pareja—. Que debería haberlo quemado para deshacerse de las pruebas.

—¿Qué? ¿Puedes leerles los labios desde aquí?

—Sí. No es complicado. Tienen buena vocalización los dos.

—¿Qué más están diciendo? —pregunta Julia mientras el ataúd llega al final de la fosa; se escucha el ruido de la madera chocando contra el suelo.

—El hombre le está diciendo que tienen que salir de aquí inmediatamente, que el vuelo sale en dos horas y media. Ella le contesta que no va a huir, que irá a la policía y lo contará todo, que no puede más.

—¿Ella también está implicada? ¿Sofía forma parte también de esto?

—No sé de qué me hablas, Julia. ¿Sigo trasladándote lo que dicen?

—Sí, por favor.

—Bien. El tío dice: «¿Es que no recuerdas quién es la culpable de que estemos hoy aquí? Si vas a la policía, te pudrirás en la cárcel». Sofía contesta: «Fue un accidente. Lo sabes». Él responde: «No, no lo fue. Ni este ni ninguno. Pero como quieras. Yo me voy».

Ricardo Acosta se da la vuelta y comienza a alejarse del grupo mientras el ataúd con el cuerpo de Ernesto Valle se cubre de tierra. Julia no va a permitir que escape. Le ruega a Vanesa que espere allí y sigue al profesor de Historia.

—¡Ricardo! ¡Profesor! —grita la chica, que apura el paso. El hombre se gira y ve a Julia dirigirse hacia él.

—Ah. Hola, Julia. No te había visto.

—¿Tiene prisa?

—Pues un poco, la verdad —dice el hombre, que mira su reloj.

—Solo será un momento. Es que ya sé qué libro de su colección quiero que me deje.

—¿Sí? ¿Cuál? —pregunta Ricardo confuso.

—*La ley de Darwin*. Lo vi en su despacho cuando fui a visitarlo la semana pasada. Es bueno, ¿verdad?

El profesor de Historia arquea una ceja y se acaricia la barbilla. Julia lo observa detenidamente, esperando su reacción. Sabe que tiene que entretenerlo el máximo tiempo posible, captar su atención hasta que la policía aparezca. Espera no estar corriendo un riesgo

demasiado grande.

—Muy bueno. De los mejores.

—Lo he buscado en Internet y he leído que habla de la evolución de los seres humanos de una manera muy particular, ¿verdad? De cómo los más fuertes quieren eliminar a los más débiles y crear una sociedad sin fisuras. Los inadaptados, los enfermos y los incapacitados no deberían existir, como los niños con diversidad funcional que iban en el autobús o las personas que murieron asfixiadas y calcinadas hace cinco años en el poblado de chabolas. ¿Qué piensa usted sobre eso?

—Pues... que, desde hace mucho tiempo, el ser humano está haciendo demasiadas concesiones. En la naturaleza sobreviven los más fuertes, los que logran adaptarse al medio, como bien decía Charles Darwin. No hay animales que ayuden a otros animales.

—El hombre no es cualquier animal.

—No. Por eso mismo no deberíamos dejar que los que no aportan nada positivo compartan la existencia con el resto. Eso nos debilita y, a la larga, supondrá la extinción de nuestra especie tal y como la conocemos hoy.

—¿Y ustedes se encargan de eso? ¿De intentar que no haya personas débiles en el mundo?

El hombre esboza una sarcástica sonrisa y comienza a caminar de nuevo. Julia lo sigue de cerca. Ahora que ya están las cartas sobre la mesa no tiene miedo.

—¿Sabes? Hubieras sido un miembro perfecto de nuestra entidad, pero acabarías como Pedro, devorada por los remordimientos. Eres muy inteligente, Julia Plaza, pero débil.

Entonces, Ricardo Acosta se gira hacia la chica y saca un pequeño revólver del bolsillo interior de su chaqueta. No duda, dispara.

CAPÍTULO 71

Viernes, 4 de abril de 2014

No ha podido hacerlo. No ha sido capaz de suicidarse. Lo tenía muy claro, pero le han faltado agallas y valor para dar el último paso. Pedro ve sobre la mesa del salón el cuaderno en el que antes escribió su despedida. Llorando, lo abre y vuelve a descargar sus pensamientos en él.

«Sigo aquí. Finalmente no he conseguido reunir las fuerzas necesarias para saltar por la ventana. No he logrado quitarme la vida y poner punto final al tormento por el que estoy pasando. ¿Lo haré algún día? No lo sé. Lo que sí sé es que necesito cambiar de aires, marcharme lejos, desconectar. Aunque nunca podré olvidar todo el mal que he hecho; todas esas personas a las que he perjudicado con mis acciones. De los que incluso han muerto. El incendio en el poblado de chabolas ha traspasado el límite. Mi límite. Yo quería cambiar el mundo. Quería hacer que las cosas fueran mejor para una sociedad que se está debilitando. Que está enferma y que posiblemente se extinga dentro de no mucho tiempo. Pero no soy tan fuerte como pensaba. Mi conciencia, al final, ha podido conmigo».

Pedro ni siquiera relee lo que ha escrito. Cierra el cuaderno y lo guarda en la caja fuerte que está detrás del cuadro de Darwin; la misma caja en la que un día, en un momento de locura, grabó las iniciales de su cometido en la vida. Él es el vigilante del silencio, como lo era su antes admirado Leroy Gardner en *La ley de Darwin*. Ese libro ha marcado su existencia y ha estado a punto de llevarlo también a la muerte. Pero se acabó. Es el momento de renunciar al

papel que sus compañeros le encomendaron y que él aceptó con gran orgullo. No puede seguir velando por la seguridad y el anonimato de la organización. Ya no. Es hora de partir y de comenzar de cero en otra parte.

Decidido, sale del piso y va a la agencia de viajes que tiene al lado de casa. Por desgracia, está cerrada. Hasta las cinco no vuelven a abrir y apenas son las cuatro y veinticinco. Pedro contempla las ofertas del escaparate. Ve un viaje a la India que le llama mucho la atención. Podría ser un buen lugar en el que limpiar su conciencia. El problema es el dinero. Quizá pueda pedirlo prestado, como hizo hace unos meses. Todavía le debe a Ricardo seiscientos euros del collar que le compró a Rita. ¿Y si vende el coche? Ya no lo necesita y así podrá irse de viaje. Sí, eso hará.

Ilusionado, emprende el camino de vuelta a casa. Cuando llega de nuevo al edificio, saca el móvil que solo usa para hablar con la gente de la organización y llama a Ricardo mientras sube la escalera.

—¿Sí? ¿Qué pasa? —pregunta el profesor de Historia, que contesta enseguida.

—Me voy de viaje.

—¿Que te vas de viaje? ¿A dónde?

—A la India —responde Pedro con alegría ya en la tercera planta, frente a su puerta. Introduce la llave en la cerradura, pero no entra de inmediato.

—¿Y qué coño pintas tú en la India?

—Lo necesito. Todavía no he sacado los billetes, pero los reservaré esta tarde. Me hace mucha ilusión hacer este viaje.

En ese instante, el psicólogo se da cuenta de que Mafalda, la vecina del tercero A, también ha llegado a la planta en la que viven. La saluda amablemente y entra en el apartamento. Allí continúa la conversación con Ricardo.

—No sé si te has vuelto loco o si te has tomado más pastillas de la cuenta de esas que recetas. ¡Tienes trabajo que hacer!

—No, lo dejo. No quiero seguir siendo el vigilante del silencio. He llegado al límite de mis fuerzas.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí. Completamente en serio —responde Pedro, al que se le humedecen los ojos—. He estado a punto de suicidarme, Ricardo. No estoy bien. Necesito ese viaje, marcharme de aquí.

—¿Te has intentado suicidar?

—Sí. Iba a saltar por la ventana.

—¿Y por qué no lo has hecho?

La pregunta deja mudo a Pedro. ¿Por qué no lo ha hecho? Porque no ha sido capaz, no ha tenido valor.

—¿Sigues ahí?

—Sí, estoy aquí.

—Oye, necesitas hablar con alguien. No te muevas de casa —le pide Ricardo—. Estoy ahí en media hora, ¿vale? Espérame.

Juncosa no contesta. Cuelga el teléfono y se sienta en el salón. Hace casi treinta años que se conocen. Salían de fiesta, jugaban al póker y descubrieron que les interesaban las mismas cuestiones. Veían la vida de la misma manera. Empezaron eso juntos y sumaron a otros a la causa, pero ya no es igual. Las cosas se han torcido en los últimos tiempos. Ricardo sigue empeñado en cambiar el mundo a su manera; él, sin embargo, se ha dado cuenta de que está en un callejón sin salida y de que ha perdido el rumbo por completo: se ha divorciado de su mujer, sus hijos lo han abandonado y Rita también se ha ido.

Media hora después, Ricardo llega al bloque de pisos donde vive Pedro. Este le abre la puerta del edificio. El profesor sube hasta la tercera planta y toca el timbre, pero el psicólogo no da señales de vida. Un par de vecinos saludan al visitante mientras permanece en el rellano. Ricardo espera impaciente e incluso lo llama un par de veces por teléfono, pero no obtiene respuesta. Por fin, Pedro le abre. Tiene los ojos rojos de haber llorado y la expresión de su rostro indica derrotismo.

—¿Qué te ocurre, amigo?

—No estoy bien. Necesito irme de aquí. Me voy a volver loco.

—No puedes irte, Pedro. Lo sabes. Formas parte de algo muy grande.

—Ya no quiero ser parte de eso, Ricardo. No puedo más.

—¿No te sientes bien contigo mismo? ¿Y crees que marchándote te vas a liberar de lo que sientes? No, al contrario. Pensarás más en ello. Si tu conciencia ha cambiado de dirección, jamás superará lo que has hecho. Tienes la sangre de un montón de personas en tus manos, Pedro. Eso no se olvida.

Mientras habla, Ricardo saca unos guantes de un bolsillo de su abrigo y se los pone. Sabe lo que tiene que hacer. No es la primera vez que estrangula a alguien, aunque nunca a nadie tan querido.

Pedro es su amigo, pero la organización, la misión que han emprendido, está por encima de cualquier amistad. Así lo decidieron ellos mismos en la primera reunión que tuvieron. No puede permitir que alguien con tanta información quede libre. Terminaría delatándolos.

Lo que más le preocupa es que no habrá forma de ocultar que eso ha sido un asesinato. Tendrá que prepararlo todo como si alguien hubiese entrado a robar. No es la mejor solución, pero le toca improvisar. Cuando salga de ese piso, Pedro tiene que estar muerto.

Entonces recuerda algo que podría servirle. Ni siquiera tendrá que mancharse las manos. ¿Dónde estará...? Mira dentro de un armario del salón, pero no la ve.

—¿Qué buscas? —pregunta Pedro desconcertado.

—¿Dónde está la cuerda esa que compraste en tu viaje a Texas?

—En una caja, debajo de la cama, en mi dormitorio. ¿Por qué?

Ricardo no responde. Corre hasta la habitación del psicólogo y busca donde le ha dicho. Encuentra varias cajas. En una de ellas están los recuerdos del primer viaje de Pedro a Estados Unidos. Cruzó el país de este a oeste con su mujer. En Dallas se hizo con el típico lazo que se usan en los rodeos.

—¿Para qué quieres eso?

—Para ayudarte, amigo mío —responde el profesor de Historia mientras lo prepara todo—. No tiene sentido que sigas con vida, Pedro.

—¿Qué dices? ¿Estás bromeando?

—No. Al contrario. Nunca he hablado más en serio. No puedes continuar sufriendo de esa manera. Es tu hora.

—¿Crees que tengo que morir?

—Sí, amigo. Lo creo —responde sonriente Ricardo, que está haciendo un nudo del ahorcado en la cuerda—. Antes intentaste suicidarte y no tuviste valor para hacerlo. Ahora estoy yo aquí para que no tengas miedo.

—Pero...

—Es lo mejor, Pedro. Sobre todo para ti. Tú sabes que, aunque te vayas de viaje, jamás olvidarás las muertes de esas personas. Siempre tendrás pesadillas, siempre tendrás remordimientos. En la India, en China o en Nueva Zelanda. No puedes escapar de lo que has sido y yo no quiero que sufras más por eso.

Pedro observa a Ricardo con el terror reflejado en los ojos. Su

amigo está atando la cuerda en el ventilador del techo. ¿Va a morir ahí? ¿Es el final? Sabe que tiene razón; él lleva pensándolo algún tiempo. No merece la pena seguir adelante. Además, nadie lamentará su ausencia. Está completamente solo en la vida.

—En la organización te recordarán como un héroe y no como un traidor. Has sido santo y seña de la entidad y sería una pena que algunos te vieran como a un cobarde. Yo no creo que seas un traidor ni un cobarde. Solo eres alguien que ha cumplido un ciclo y haré todo lo que esté en mi mano para que todos te respeten, querido amigo.

Ricardo coloca la silla debajo de la cuerda que ha colgado en el ventilador del techo del dormitorio. Comprueba que la sogas es resistente y luego mira a Pedro con el lazo en la mano.

—No... no puedo... no puedo hacerlo.

—No solo puedes, sino que es lo que quieres. No te preocupes. He hecho un nudo perfecto, aguantará el peso de tu cuerpo.

—Voy a morir.

—No, amigo. Vas a dejar de sufrir por fin. Jamás volverás a sentirte mal. Seguro que al sitio al que vas será mucho mejor que este. Aquí siempre te recordaremos como uno de nuestros líderes. El vigilante del silencio que todos respetábamos.

CAPÍTULO 72

Jueves, 28 de marzo de 2019

—¿Dónde estoy?

—Estás en mi nuevo hogar, querida nieta.

Julia no conoce ese lugar. Le recuerda a la casa de Bilbo Bolsón en la película *El señor de los anillos*. Los techos son bajitos, los muebles de madera y no hay demasiada luz. La chimenea está encendida y le agrada el calor que desprenden los leños ardiendo.

Su abuela está sentada en una mecedora y tiene un cubo de Rubik en las manos. Parece más joven y ágil que la última vez que la vio. Julia se acerca a ella y se deja caer en el suelo, a su lado.

—He resuelto el caso.

—Lo sé, Julia. No me he perdido nada desde que me fui.

—Ha sido gracias a ti. Tú diste con la clave. Averiguaste lo del vigilante del silencio y lo de ese libro, *La ley de Darwin*.

—Pero tú recordaste dónde lo habías visto. Es impresionante que te acordaras de que estaba en una estantería del despacho de Ricardo Acosta. Tu memoria es prodigiosa.

—No tiene mérito. Nací con ella.

—Tiene mérito que uses tus capacidades para hacer el bien. Ya has visto hasta dónde puede llegar el ser humano con sus ambiciones. Esa gente mataba a otras personas porque las consideraban inferiores. Tú, en cambio, te has propuesto mejorar la vida de los demás. Eso es digno de alabar. Estoy muy orgullosa de ti.

La chica agradece a Pilar sus palabras. Está contenta de poder charlar con ella una vez más, a pesar de que no tiene muy claro qué hace allí.

—¿Esto es un sueño?

—Pellízcate y lo comprobarás.

Julia se da un pellizco en el brazo y siente dolor. ¡No es un sueño! Entonces, si su abuela está muerta...

—¿Quieres hacer el cubo de Rubik? —le pregunta la anciana, que se pone de pie—. Voy a por una cosa.

La mujer le entrega el cubo a su nieta, que lo resuelve un par de veces mientras la espera. Julia no puede dejar de pensar en el motivo por el que se encuentra en ese lugar.

—Tenía ganas de jugar una partidita contigo —dice sonriente Pilar, que coloca un tablero de ajedrez sobre una mesita de caoba que hay junto a la chimenea—. ¿Blancas o negras?

—Me da igual. Elige tú.

La anciana elige las piezas negras y permite que su nieta juegue con las blancas. Julia empieza avanzando el peón del rey y su abuela hace el mismo movimiento. La partida se desarrolla en silencio hasta que la chica no puede aguantar más y le pregunta lo que necesita saber.

—¿Yo también estoy muerta? ¿Me voy a quedar aquí para siempre?

—¿Muerta? Que yo sepa, no. ¿Por qué ibas a estarlo?

—Pues porque estoy contigo jugando tranquilamente al ajedrez. Me he pellizcado y esto es real. No es un sueño.

La mujer sonríe y enroca el rey con su torre de dama. Luego mira a Julia y estira los brazos para acariciarle las mejillas con las dos manos. Es un tacto suave y frío que la muchacha recibe con agrado. Poco a poco, las manos de la mujer se van alejando y Pilar se evapora en el aire.

—Despierta, Julia. Despierta. Vamos, despierta.

La joven abre los ojos y se encuentra con el rostro de su madre. Está tumbada en la cama, en su habitación, con la luz encendida.

—¿Qué hora es?

—Las nueve menos diez. Acaba de llegar Vanesa. Está abajo y ha traído algo que huele muy bien. Nosotros nos vamos ya.

—¿A dónde vais?

—A cenar fuera como nos pediste. Volveremos tarde.

Aitana le guiña un ojo a su hija y luego le da un beso en la frente. Se despide de ella y sale de la habitación.

¿Qué hace Vanesa en su casa a esas horas?

¡El aniversario! Julia cae en que es jueves 28 de marzo y que ha quedado con su novia para cenar y celebrar que llevan un año juntas. Salta de la cama y baja la escalera a toda velocidad. En la cocina encuentra a Vanesa, que se ha arreglado para la ocasión. Tiene una bandeja de cristal en las manos.

—¿Vas a cenar en pijama? —le pregunta sorprendida—. ¡Que es nuestro aniversario!

—No, tranquila. Es que me he quedado dormida —comenta Julia, que se aproxima a ella para darle un beso—. Qué rico. ¿Has hecho flan?

—Sí, de galletas. Voy a guardarlo en el frigorífico hasta que nos lo comamos. También he preparado una lasaña. Está en el horno para que no se enfríe.

—Y yo tengo lista una ensalada de aguacate, salmón y tomate.

—¡Genial! ¡Vístete ya, anda! —protesta Vanesa, que le da una palmada en el trasero a Julia—. ¡Por cierto! ¿Has mirado Instagram esta tarde?

—No, ¿por qué?

Vane saca su móvil y no tarda en encontrar lo que busca. No se hace de rogar y le muestra una foto a su novia, que, al verla, da un grito y se cubre la boca con las manos.

—¡No puede ser! —exclama Julia sorprendida—. ¡Es de hace una hora!

—¡Sí! ¡Por fin se ha decidido!

En la fotografía Yi Lin está dándole un beso en la boca a Daniel Durán. Al selfi lo acompaña una frase: «Uno de los millones de besos que te pienso dar, amor. Te quiero».

—No sabía nada de esto.

—Ni yo. Luego le escribimos para preguntarle cómo se ha gestado esta unión y felicitarla. ¡La que faltaba también tiene pareja! —grita Vanesa, que se guarda el móvil en el bolsillo del pantalón—. ¡Sube y vístete, que me muero de hambre!

Mientras Julia se viste no puede quitarse de la cabeza lo que acaba de ver. Se alegra de verdad por Yi y por Dani, y eso que hace una semana fue ella la que estuvo a punto de besar a su compañero de clase. Habría sido un error. Afortunadamente, en cuanto su mente se liberó de la tensión, supo lo que quería y lo que sentía de verdad.

—Me di cuenta de que seguía enamorada de ti cuando Iván me apretaba el cuello con sus manos y pensaba que me iba a morir en

aquella habitación de hospital. Lo que más me dolía era que no iba a estar más contigo —le dijo a Vanesa aquella tarde de viernes—. Hoy he sentido lo mismo cuando he visto que Ricardo Acosta sacaba la pistola de su chaqueta. Creía que me iba a disparar y que aquellos eran los últimos segundos de mi vida. Y ahí estabas tú de nuevo, cariño. Solo podía pensar en ti.

Esas palabras hicieron llorar a Vanesa. Las dos caminaban de la mano por el cementerio en el que acababan de enterrar a Ernesto Valle y en el que el profesor de Historia se había pegado un tiro. La detención de Sofía Gisbert se produjo allí mismo. La hija de Pedro Juncosa lo reveló todo, primero a la policía y después al juez. Fue la subinspectora Miriam Iglesias Canales la que se lo contó a Julia unos días después.

Cuando puso en venta el piso de su padre, Sofía encontró un cuaderno en la caja fuerte escondida detrás del cuadro de Darwin. Se quedó helada cuando leyó lo que había escrito. El psicólogo narraba todos los delitos que había perpetrado en los últimos años y los motivos que le habían impulsado a hacerlo. Conforme pasaba las páginas, Sofía se sorprendía de todas las muertes en las que había participado su padre, pero no tardó en encontrarle sentido a su misión. Conforme iba leyendo, lo iba aceptando y comprendía las razones por las que Pedro y su organización actuaban así. Ella también terminó creyendo que era posible un mundo en el que los débiles desaparecieran y los más fuertes ejercieran su poder. ¿No era acaso aquello lo que determinaba la naturaleza? ¿No era la capacidad de adaptación al medio lo que había conformado el mundo actual? ¿Por qué con los hombres habría de ser diferente? ¿Por qué no predominaba la ley del más fuerte y se intentaba ayudar, en cambio, al débil?

Lejos de denunciar a su padre, Sofía buscó a la única persona cuya identidad aparecía en el cuaderno: Ricardo Acosta, o Lobo Feroz. Lo conocía bien. Era amigo de Pedro desde hacía muchos años y lo había visto alguna vez en casa cuando era pequeña. Sofía le pidió entrar en la organización y ocupar el puesto del psicólogo, que permanecía vacante, pues nadie había asumido el papel. Sofía Gisbert se convirtió en la nueva vigilante del silencio. Y no solo eso: se enamoró del profesor de Historia, con el que comenzó una relación sentimental.

—¿También era su pareja?

—Así es, Julia —responde la subinspectora Iglesias—. Ni siquiera le importó que él hubiera inducido a su padre al suicidio. Se enamoró de Ricardo y juntos han liderado la organización estos últimos años. Pero ahora ella, como su padre, se ha venido abajo y no ha sido capaz de seguir adelante, lo cual no significa que sus actos vayan a quedar impunes. Ha cometido verdaderas atrocidades. Todavía no las conocemos todas, tenemos que continuar con la investigación.

—¿Ha revelado quiénes son los otros miembros de la organización?

—De momento no. No ha querido hablar de eso. Dice que tiene miedo. Así que seguimos sin saber quién es Oso Polar, aunque terminaremos averiguándolo.

—¿Mató ella a Ernesto como le dijo en el cementerio a Ricardo?

—Sí, lo hizo ella.

Ernesto Valle fue a verla a su despacho de la universidad para decirle que seguía pensando que a su padre lo habían asesinado, que cada vez lo tenía más claro. Sofía se enfadó mucho con él y le pidió que no volviera a escarbar en el pasado, que ya había sufrido bastante. Él insistió tanto que a la mujer no le quedó más remedio que arrancar la página del cuaderno en la que su padre había escrito que se iba a suicidar y enseñársela para que se diera por vencido. Quedaron en casa de Sofía y ella se la mostró. Sin embargo, Ernesto no se lo creyó, le dijo que era falsa y que seguro que no la había escrito Pedro. Llevada por la rabia, Sofía cogió un cuchillo de la cocina y degolló a su expareja mientras él seguía analizando la nota. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, se asustó mucho. Llamó a Ricardo y la organización se encargó de todo. Llevaron su cuerpo hasta un bosque a ochenta kilómetros de la ciudad y se deshicieron de él en el río. Pero algo falló: el cadáver de Ernesto quedó visible y unos excursionistas lo descubrieron y dieron el aviso rápidamente. Los dos hombres que se encargaron de aquello eran los mismos que iban a atentar contra el autobús de los niños en la gasolinera.

Julia se pone un bonito vestido blanco que le llega por las rodillas y se maquilla un poco antes de bajar. Vanesa la recibe en las escaleras con un piropo y un nuevo beso, este bastante más largo que el de bienvenida.

—Deja algo para después del postre —comenta Julia rodeando el cuello de su novia con los brazos.

Las dos caminan hasta el comedor, donde la cena ya está

servida. Se sientan una frente a la otra y charlan animadamente sobre un montón de cosas, aunque la relación de Yi y Dani acapara casi toda la conversación.

—¿Has visto el comentario que ha hecho Emilio en la foto del beso de la parejita? —le pregunta Vanesa, que no para de reír mientras parte un trozo de lasaña.

—No, ¿qué ha puesto?

—¿Cuándo os vais a vivir juntos?

—¿En serio? ¡Este se cree que todos somos como él y Claudia!

Después de una semana buscando piso, la pareja por fin encontró uno que está bien de precio y en el centro de la ciudad, aunque no se mudarán hasta el verano. Claudia se ha ido unas semanas con su madre; Emilio irá a conocerla el mes que viene. Pero la decisión está tomada y es firme. Están muy ilusionados y el chico la está ayudando mucho a superar su problema, aunque sabe que todavía tendrán que pasar por momentos duros.

—¿Tú no quieres que nosotras vivamos juntas? —le pregunta Vanesa cogiéndola de la mano.

—¿Ya? Solo llevamos saliendo un año.

—¿Y cuánto tiempo necesitas para dar ese paso?

—No sé, ¿cinco?

—¡Cinco años! ¿Estás de broma?

—Bueno. No sé —dice Julia dubitativa—. Me gustaría terminar la carrera, convertirme en una buena criminóloga y conocer a Magnus Carlsen.

—¿Magnus Carlsen? ¿Sigues enamorada de él? ¡No me lo puedo creer!

Julia se ríe a carcajadas. Se levanta y acerca su silla a la de Vanesa. Le limpia la boca con la servilleta y después le regala un beso con sabor a bechamel.

—Magnus estará siempre ahí, pero tú eres a la única a la que amo y de la única de la que me enamoraré. ¿Y sabes una cosa más?

—¿El qué? —pregunta temblando Vanesa.

—Que quiero olvidarme de los misterios por una temporada, pero, si surgen, me encantaría que fueras mi doctora Watson. ¿Aceptas el reto?

EPÍLOGO

—¿Y qué ha sido de esas chicas? ¿Siguen juntas? ¿Se casaron? ¿Han tenido hijos?

—Qué más da. Eso no importa.

—¡Claro que importa! Llevas un montón de tiempo contándonos las historias de Julia. ¡Queremos saber el final!

El joven del *piercing* en la ceja sonrío y le da una palmadita en el hombro a Óscar, su compañero de celda. Después le estrecha la mano a Francis, el otro amigo que ha hecho en prisión.

—Señores, es el final. Muchas gracias por su atención. Ha sido un auténtico placer.

—¿De verdad que no nos vas a contar qué ha sido de Julia, Vanesa, Emilio y todos los demás? ¡No es justo!

Iván se sacude el pantalón y niega con la cabeza. La sonrisa no desaparece de su rostro. Hoy es el día en el que por fin volverá a pisar la calle. En unos minutos, el infierno habrá terminado y será de nuevo una persona libre.

—Nosotros no podemos hablar de justicia, camarada.

—Dinos al menos que no te has inventado nada, que todo lo que nos has contado es verdad.

—¿Sabéis qué mote me han puesto los funcionarios de esta cárcel?

—Claro. El mentiroso —responde Francis al instante.

Iván suelta una carcajada que resuena en la pequeña celda. Se abraza a Óscar, que le susurra algo al oído.

—Eres un cabrón.

—Te espero fuera, hermano. Tengo muchas más historias que contarte.

Los compañeros se separan. Luego Iván le da otro abrazo a Francis, que contiene las lágrimas. Aunque se alegra por su amigo, lo va a echar de menos.

—Tíos, nos veremos dentro de poco y lo celebraremos por todo lo alto —les asegura el joven mientras coge la bolsa con sus pertenencias—. Gracias por haber hecho esto más entretenido. ¡Y mucho ánimo!

Iván vuelve a abrazarse a sus dos amigos y sale de la celda. En la galería lo está esperando uno de los funcionarios de prisiones. Se saludan con amabilidad y juntos recorren el pasillo hacia la sala de control. Otros presos le dan la enhorabuena cuando pasa por delante de sus celdas. Compartir la misma pesadilla durante tanto tiempo une.

El proceso en la sala de control dura más de una hora y media. Después, Iván se viste con su propia ropa. Ahora sí, es libre.

Mientras espera a que le den el permiso para salir, se ríe al pensar en la reacción de Francis y de Óscar cuando les ha contado el final de la historia de Julia Plaza, que acabó con su propia detención.

—¿Estás listo? —le pregunta el alcaide de la cárcel, una vez que Iván se ha cambiado de ropa y le han dado el resto de sus objetos personales.

—Estoy listo.

El hombre asiente y abre la puerta principal de la prisión. Esa salida es el punto en el que la vida de todos esos hombres empieza de nuevo. Iván ya ha pagado su deuda con la sociedad y ahora le toca rehacer su vida de la mejor manera posible.

Lo primero que hace como hombre libre es gritar a pleno pulmón durante unos segundos. Desde un coche azul, alguien lo observa y sonrío. El joven se dirige hacia el vehículo y entra. Se acomoda en el asiento del copiloto y vuelve a desahogarse con otro grito.

—Bien. Ya estás libre. ¿Qué te apetece que hagamos?

—No lo sé. Todavía lo estoy asimilando. ¡Soy libre!

—Ya has pagado por lo que hiciste, Iván. Ahora te toca ser feliz. Y yo voy a estar ahí para que así sea.

—Gracias. Sé que no voy a recuperar el tiempo que he perdido, pero estoy muy ilusionado otra vez.

—Bien. Me gusta oírte hablar así. Entonces, ¿a dónde vamos?

El joven del *piercing* se lo piensa un instante y finalmente se

decide.

—Pon música en la radio a todo volumen y vamos en línea recta hasta que se acabe la gasolina.

—Me parece bien. ¡Vamos allá!

—Espera un segundo.

Iván se inclina sobre la chica, que agarra el volante con las dos manos, y le da un apasionado beso en los labios. Cuando se separan, ella resopla y enciende la radio. Suena un tema del primer disco de quien ganó *Operación Triunfo 2020*.

—Nunca había oído esta canción.

—¿No? Fue un exitazo en su momento.

—No he escuchado demasiada música ahí dentro.

—Yo te pondré al día, Iván Pardo.

E inclinándose sobre él, Erica le devuelve el beso. Tiene la sensación de que han regresado al punto de partida. Al momento en el que todo comenzó.

NOTA DEL AUTOR

El acertijo del capítulo uno está sacado del libro *La noche de los detectives* de Roberto Sánchez y Gregorio Benítez.

El libro *La ley de Darwin* y su autor Jacques Roldán son inventados. La ley de Darwin era el nombre de un grupo musical al que producía mi gran amigo Jaime Roldán.

AGRADECIMIENTOS

«Éramos dos cabezones. No cabezotas. Cabezones. De los que llevan sombreros y gorras XXL. Y nunca me molestó que me llamaras así. Voy a echar tanto de menos que me lo digas.

Eras una persona especial. Generosa. Fuerte. La más fuerte de todas. Yo te veía indestructible, tito. Pensaba que llegarías a los ciento treinta años, por lo menos.

Pero la vida no te ha tratado bien. Una persona como tú debería haber tenido más suerte a pesar de que jamás te escuché quejarte. Me decías que cómo ibas a hacerlo si estabas vivo, si habías tenido nuevas oportunidades. Si tus tres trasplantes te servían para continuar. Eras un superviviente. Tu forma de ver las cosas fue un ejemplo para mí.

Quiero que la gente sepa quién era Mario González Vera. Un sevillano, bético por los cuatro costados, como tu padre, como tu sobrino, el cabezón. Una persona que siempre dio a los demás lo mejor de sí. Que pese a no contar con buena salud visitaba a los enfermos en los hospitales para animarlos y explicarles que él se había librado de varias y seguía adelante. Que fue capaz de montar una biblioteca en un centro de diálisis. Querido por médicos, enfermeras y pacientes. Una auténtica eminencia allá por donde dejabas tu huella.

Siempre estabas de buen humor, riendo, sonriendo. Viviendo. Recordándonos a todos que no hay motivos para estar mal cuando puedes estar bien.

Yo me fui muy joven de tu Sevilla y no te vi todo lo que me hubiera gustado, pero sé el orgullo que sentías de que tu sobrino hubiera cumplido su sueño. Me encantaba hablarte de mis libros, de mis viajes, de las firmas. Me escuchabas. Y sonreías. Y decías que querías ser mi agente y que tuviera cuidado con lo que firmaba. Y yo te llevaba encantado cada una de mis

novelas.

Tenía que soltar todo esto porque hoy estoy destrozado. Y mañana me despediré de ti, con mi gorra de Blue Jeans, como la que te regalé, por pesado.

He llorado tres veces este año, dos han sido por ti, tito. La última mientras escribo esto. Y no te voy a perdonar que no vinieras conmigo a Carmona a hacernos la foto en el edificio que lleva mi nombre. Dejas un legado y a cientos de personas que te admiran y quieren. Sé que no estabas bien y que ahora descansarás en paz. Y que me estarás viendo desde alguna parte. Pero yo te voy a echar mucho de menos.

Hasta siempre, tito Mario».

Con este texto me despedí de mi tío Mario y con estas mismas palabras comienzo los agradecimientos de mi novela número trece publicada. Se lo debía. Aquí está mi pequeño homenaje.

Mientras escribo esta parte del libro, que para mí es tan importante, pienso en mi tío Lolo, que también se fue en 2019. Un hombre muy inteligente, con un sentido del humor especial, que cuando yo era pequeño siempre me picaba y presumía cada vez que me ganaba al ajedrez. Poeta y abogado, de los más importantes que ha tenido Sevilla. Los últimos veinte años de su vida fueron muy complicados para él. Esa injusta enfermedad, a la que tantas veces logró ganar, finalmente se lo llevó. Descansa en paz, tito, te recordaré sonriente al otro lado del tablero.

No ha sido un libro fácil de escribir. Sinceramente, me ha costado muchísimo. ¿El que más? Es muy posible. Se han acumulado un montón de factores que lo han convertido en uno de los retos más complejos a los que me he enfrentado en estos diez años. Pero en esos momentos duros es cuando uno debe crecerse, apretar los dientes y darlo todo. Trabajar y esforzarse al máximo. Estoy muy satisfecho del final de la trilogía. *La promesa de Julia* tiene lo que quería que tuviese: el misterio, los crímenes, la dinámica de *La chica invisible* y la inclusión de otros temas como el amor, la amistad y los problemas habituales que viven los jóvenes de mis historias anteriores. Consistía en reunir y mezclar la esencia de estas dos etapas que, de momento, han sido las que han marcado mi vida literaria. La novela más Blue Jeans de todas. Espero que vosotros, los lectores, también lo hayáis percibido de esa manera. Creo que es un

buen cierre; una bonita fiesta de fin de curso.

En cada novela —en realidad, en cada cosa que he hecho en mi vida— he tenido la suerte de contar con el apoyo de mis padres. En *La promesa de Julia* no ha sido menos. Ellos se han dado cuenta de que no han sido unos meses sencillos y en cada charla telefónica (los llamo todos los días) me han estado animando directa o indirectamente. Me conocen bien. Soy un afortunado por tener una madre y un padre que han aportado tanto a lo que soy. Con nuestros momentos buenos y menos buenos, les debo mucho. Sin ellos no habría llegado hasta el punto en el que hoy me encuentro. Así que millones de gracias, papá, mamá. En este pack familiar también incluyo a mi hermana María, que es a la que le pregunto por los temas más complejos relacionados con la personalidad de los personajes. Ella es psicóloga y se ha marcado como objetivo en la vida ayudar a personas desfavorecidas, a gente con diversidad funcional, e intentar ponérselo más fácil a los demás. Además, es una rescatadora de animales sin fronteras. Me quito la gorra ante ella.

Ester, seguro que hay algo en este párrafo que repito con respecto a agradecimientos anteriores. No es por falta de originalidad, sino de memoria. Porque ya te he dicho que te quiero de mil maneras posibles. En eso no hay confusión. Despertarse cada día a las siete y veinte y sentirse al lado es increíble. Bueno, si fuera un poco más tarde, sería todavía mejor. Pero has encontrado tu sitio y eso casi me hace más feliz a mí que a ti. Fuera de amores, cariños y sentimientos, te respeto como la gran persona que eres. Y la enorme trabajadora en la que te has convertido. Es impresionante verte currar y descubrir todo lo que sabes. Esto no es muy romántico, pero te admiro porque has sabido unir tu talento y tu inteligencia natural a una capacidad tremenda para resolver cuestiones de todo tipo. Y ahora sí, va lo empalagoso: parece mentira que nos miremos todavía como si fuera la primera vez. No hemos decaído. Ni hemos sido vencidos. Y ahora tenemos en común un almendro, y una tele grande, y chimenea, y hasta un frigorífico que hace cubitos de hielo. Pero seguimos siendo los de siempre. No, miento. Somos diferentes a los primeros, pero el amor intenso, precioso y sin límites, continúa ardiendo en tu corazón y en el mío, sin que se haya apagado el incendio.

Tengo una familia luchadora, que se crece ante las adversidades. Este año ha sido horrible, tanto para la familia de mi madre como

para la de mi padre. Admiro la fuerza de mis tíos y de mis primos. Son personas excepcionales, que suponen un ejemplo para mí. Para todas ellas, especialmente para mi tía Loli, van estos agradecimientos.

También quiero dar las gracias por estar ahí a la familia de Ester, que tampoco lo ha pasado bien últimamente. A comienzos de este año se fue de improviso la tía Suni, que siempre me trató con mucho cariño. Descansa en paz.

Lo he dicho muchas veces: Planeta es como mi segunda familia. No puedo quejarme del trato que he recibido en estos siete años que llevo publicando con la editorial. Ni en lo profesional (son los mejores) ni en el plano personal. Las dificultades están para superarlas y se convierten en retos. Si te arropan, te cuidan y sientes el apoyo de la gente con la que trabajas, todo resulta más fácil. Gracias a todo el equipo por vuestra paciencia y honestidad. Gracias en especial a mis editoras Puri Plaza y Raquel Gisbert, a Isa Santos, a Laia Manchón, a Silvia Axpe, a Lolita Torelló, a Belén López y a Laura Franch. También le estoy muy agradecido a Javier Sanz y a María Juncosa por el gran trabajo que hacen. Espero que sean muchos más libros y sigamos creciendo juntos.

Por suerte tengo mucha gente en mi vida a la que agradecer. A todas esas personas con las que me he cruzado en el camino, que han aportado su granito de arena un día, un año o están ahí desde hace lustros, Gracias.

No me canso de repetir que los lectores sois la parte más importante de esta aventura. En representación de los miles que leéis mis historias, quiero darles las gracias a Maite Badiola, Ángela MarRe, Génesis Sánchez, Michelle Ramón, Katlyn Marmolejo, Paula Arcas, Dafne Viloría, Sara Alonso, Anita Mikue, Aaliyah Betancourt, Dulce Rivera, María José Calvo, Frida Santibañez, Paula Babiano, Rocío Puebla, Alondra Martínez, Patricia Fabiola Orozco, Ainoa Redondo, Paula Pacheco y Alejandro del Moral.

Millones de gracias también a los que tenéis cuentas en las redes sociales para apoyarme y hablar de mis libros. Sois muy grandes Afortunados de Blue (eres un genio, Francesc Sánchez), Bluejeaners México, Bluejeaners Perú (crack, Pedro Vásquez), Bluejeaners de Argentina, Sexgus, Bluejeaners con Arte, Bluecitas de Madrid... Gracias, Irene Contenta, que me sigues dando la lata inmisericordemente. Gracias a todos los que formáis parte de este

Ejército azul por continuar leyéndome, por ir a las firmas y tenerme presente en las redes sociales.

Este ha sido el último libro escrito en mi cafetería preferida. Después de diez años yendo casi todos los días, cierra Starbucks Callao. Me da mucha pena. Ahora tendré que buscar otra «oficina» y seguro que me costará adaptarme. Millones de gracias a todos los baristas, muchos de ellos amigos, con los que he compartido tantas horas de cafés y letras. Hasta siempre.

Y hasta aquí llegó esta historia. ¿Es este el final de una etapa? No lo sé. No quiero pensar ahora mismo en lo que vendrá. Mi futuro es incierto. Solo estoy seguro de que seguiré escribiendo, intentando mejorar cada día y creciendo como persona. Tengo la sensación de que he pisado siempre el escalón adecuado. Poquito a poco, sin precipitarme, eligiendo bien. Quizá cuando leas estas líneas haya tomado decisiones. O no. En cualquier caso, gracias por estar ahí, lector. Nos vemos pronto.

EL FINAL DE LA TRILOGÍA

Me van los retos, no lo voy a negar. Cada libro lo es y se convierte en algo apasionante. Disfruto los momentos en los que empiezan a llegar las ideas, elaboras un planteamiento y la ilusión rebosa por todas partes. Se dispara la adrenalina. Aunque pase miedo o no las tenga todas conmigo. Porque siempre existe esa incertidumbre que te hace dudar cuando afrontas una nueva prueba. Ese temor al fracaso, a no conseguirlo, que es tan habitual, pero que no deja de cogerte por sorpresa. Y empiezas a creer que esta vez no lo lograrás. Que la meta está tan lejos que resultará imposible llegar a ella. Todo está en tu cabeza. Porque con esfuerzo, dedicación y mucho trabajo eres capaz de hacerlo. Esta es la decimotercera vez que yo lo consigo. ¡No sabéis lo feliz que me siento!

Escribir es un arte complicado y que requiere un gran esfuerzo físico y mental. Hay que estar preparado y ser consciente de las trabas que surgen en el procedimiento. No todo es tan bohemio o romántico como la gente pueda pensar. Esto de escribir no consiste en encontrar la inspiración y que las musas o los musos te rellenen la página en blanco. Nunca he visto aparecer a una hada madrina o a un duendecillo en la cafetería en la que escribo y que se ponga a teclear por mí. No, esto no funciona así. Ya sabéis lo que pienso, porque lo he dicho en varias ocasiones: la inspiración no existe, por lo menos en mi opinión o como yo lo veo. Que nadie se lo tome a mal. Se escribe desde las entrañas, desde el corazón o desde los sentimientos. Escribir es pasión. Emotividad. Pero sin disciplina, fuerza de voluntad y muchas horas delante de la pantalla —o de la libreta de turno para los que siguen usando el papel y el bolígrafo— la historia quedará incompleta o terminarás cansado de ella.

A veces necesitas lanzarte al barro y pelearte con las palabras. Demostrarles que tú eres el que domina la situación. Y aunque salgas derrotado en la batalla, como suele suceder en muchas ocasiones, tienes que seguir ahí, insistiendo. Picando piedra. Dándole forma y color a lo que tu mente ha ideado. No rendirte, porque nunca hay que darse por vencido. Jamás. A pesar de que mil y una vez querrás tirar la toalla. Vuelvo a repetir que escribir no es fácil. Nada en la vida lo es. Hay que pelear mucho para cualquier cosa que normalmente no vas a conseguir hacer a la primera. Porque lo que llega rápido y sin esfuerzo se irá de la misma forma.

Esta trilogía me ha dado muy buenos momentos, pero también he sufrido con ella. En concreto, *La promesa de Julia* ha sido un libro que ha estado lleno de días duros. Pero he aprendido a apretar los dientes y a no impacientarme. A manejar los tiempos, controlando las emociones. Eso ha hecho que después de escribir el final estuviera exhausto. Un agotamiento de tal calibre que todavía me cuesta enlazar las frases para que un párrafo tenga sentido. Necesito unas semanas sin escribir, sin sentarme delante del ordenador a crear. Aunque me conozco y sé que no duraré así mucho tiempo.

Es el momento de despedirme de *La chica invisible*. Parece mentira que esta historia que me ha tenido en vela desde hace tanto tiempo llegue a su punto final. Ha sido divertido. Un gran reto. Abandoné mi zona de confort y creo que no podía haberlo hecho de una manera más satisfactoria, al menos para mí. Han sido tres años trabajando con Julia, Emilio, Vanesa o Iván. Planificando asesinatos. Creando tramas en una pizarra y dejándome la piel cada vez que me sentaba delante del ordenador. Espero haber estado a la altura y que estas tres novelas os hayan gustado. No hay nada que desee más.

¿Y ahora qué? No tengo ni idea, y seguramente cuando estéis leyendo este texto tampoco lo sepa. Solo estoy seguro de que seguiré escribiendo y de que cuando me recupere completamente, que no tardaré mucho, volveré a la carga. Da igual la historia, da lo mismo el género del libro. Escribir es mi vida y todavía me queda mucho que contar. Esperadme.

Muchas gracias, Ejército azul, por estos bonitos años. Nos vemos en la vida o en las redes sociales.

La promesa de Julia
Blue Jeans

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, lpedan / Gonzalo Muiño

© Francisco de Paula Fernández, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2020

ISBN: 978-84-08-22650-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA **NEGRA**



¡Síguenos en redes sociales!

